



DIRTY ENGLISH

one night. two damaged hearts.
the passion of a lifetime.

D.J.57

ILSA MADDEN-MILLS

ILSA MADDEN-MILLS

EL INGLÉS

Traducido por María José Losada Rey



Phoebe

Título original: *Dirty English*

Primera edición: septiembre de 2018

Copyright © 2015 by Ilsa Madden-Mills

Published by arrangement with Bookcase Literary Agency and RF Literary Agency

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2018

© de esta edición: 2018, Ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-93-3

BIC: FRD

Diseño de cubierta: Luminos Graphic House

Rótulos: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

«Tengo que confesarle que usted me ha hechizado en cuerpo y alma».

Darcy

Orgullo y Prejuicio

Jane Austen

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[EPÍLOGO](#)

[CONTENIDO EXTRA](#)

PRÓLOGO

ELIZABETH

Me estallaban las sienes.

Notaba los labios hinchados.

Y tenía una palpitante quemazón entre los muslos.

¿Por qué me sentía como si estuviera muriendo?

Por mi mente pasaron algunas imágenes borrosas, pero me parecieron inconexas y sin sentido, un gran agujero negro de nada. Gracias, vodka.

El dolor se extendió a mi cara. Gruñí.

«¿Me he dado un golpe?».

Al intentar orientarme en la oscuridad me asaltaron unas intensas náuseas. Poco a poco me di cuenta de que la cama en la que estaba tendida no era la mía.

Logré enfocar la vista; me encontraba en una habitación de hotel.

Con cuidado, moví la cabeza lentamente para mirar a mi alrededor. Observé la desvencijada mesilla de noche y el escritorio que había conocido días mejores. En la esquina de la habitación estaba el *clutch* de lentejuelas que le había pedido prestado para el baile a mi mejor amiga, Shelley.

«Pero ¿dónde está ella?».

Lo último que recordaba era haber estado bailando en el gimnasio. ¿Quizá encima de una mesa?

Recorrí la habitación con la vista.

Unas raídas cortinas azul marino.

La cama, que apestaba a cigarrillos y a rancio olor corporal.

Una botella de Grey Goose.

Se me revolvió el estómago al recordar el momento en el que aquel amargo sabor se me había deslizado por la garganta, y traté de contener la bilis.

«¿Esto es una resaca?».

No lo sabía. No tenía nada con qué compararlo.

Algunos fragmentos de escenas de la noche pasada desfilaban por delante de mis ojos como si fueran unos *spots* publicitarios muy vívidos.

Había cenado con mi novio, Colby, y mis amigos, Shelley y Blake, en un restaurante italiano en el centro de Petal, Carolina del Norte. Nos habíamos reído sin parar. Colby había sacado una petaca para que pudiéramos mezclar los refrescos de la cena con alcohol. Habíamos bailado bajo las centelleantes luces del gimnasio de Oakmont Prep, en la fiesta de graduación. Horas después, nos habíamos montado en el Porsche de Colby para terminar la fiesta en el lago.

Pero no me acordaba de nada de lo que había ocurrido allí.

Sin embargo, sí tenía recuerdos de Colby invitándome a beber, acercándose la botella a los labios mientras íbamos camino de la fiesta y, también luego, cuando conducía hacia el lago.

«No seas coñazo, Elizabeth. Bebe. Vamos a dominar el mundo, cariño».

Eso era lo que él quería: dominar el mundo. Ser invencible. Y suponía que, como su padre era senador por Carolina del Norte, creía que podía. Formar parte de su círculo íntimo —en especial ser su novia— me hacía sentir como si estuviera codeándome con la realeza local.

Todavía notaba mariposas en el estómago cuando revivía el momento en el que ganamos los títulos de rey y reina del baile. Ya en el escenario, cuando nos colocaron las brillantes coronas en la cabeza, se había vuelto hacia mí y me había dicho que me amaba. En ese momento me había inundado el corazón una alocada y vertiginosa oleada de felicidad. Colby me amaba. A mí. A la chica del lado malo del pueblo. La niña que no tenía familia. La muchacha que no era nadie.

Porque llevaba toda la vida esperando que alguien me amara.

Me llegaron más *flashes* de lo ocurrido en el coche, y gemí.

Recordé el segundo sorbo. El tercero. El cuarto.

Todo se había vuelto más confuso.

«Dios..., no puedo acordarme de nada más».

Más tarde, Colby me había dado una pastilla blanca.

«¿Me la he tomado?».

Todo estaba tan borroso...

Me miré las manos; las encontré salpicadas con brillantes lentejuelas de color rosa, que también cubrían la cama. El vestido que había llevado puesto —y que para conseguir comprar había tenido que ahorrar todo el dinero que ganaba como camarera en un restaurante del pueblo— yacía hecho jirones a mi alrededor. Mi cuerpo había quedado expuesto, con los pechos al aire.

Me pesaban demasiado los brazos y gemí cuando intenté cubrírmelos. Me invadió una oleada de pánico, y luego empecé a deducir lo que había pasado. Me habían rasgado la tela desde el busto al borde inferior de la prenda, arrancando al hacerlo las delicadas lentejuelas. Tenía la ropa interior retorcida alrededor de los tobillos y había manchas de sangre en la sábana, debajo de mi cuerpo.

Durante un breve instante, mi cerebro se negó a aceptar lo que estaba claro como el agua, pero cuando la realidad se instaló finalmente en mi interior, un terrible horror me inundó las entrañas.

Intenté mover las manos, pero solo fui capaz de conseguir que revolotearan en el aire.

Vi las marcas rojas que me salpicaban la piel. Las contusiones. Los arañazos. Las huellas de dientes.

«No. No. No. Está mal. Eso no debía suceder esta noche».

Me llegaron unos susurros desde la esquina de la habitación. Era la voz de Colby.

Lo busqué con la mirada y me lo encontré de pie, sin camisa, en el cuarto de baño, donde me daba la espalda mientras hablaba por teléfono.

Oí parte de la conversación.

—... tío, está fuera de juego..., como un animal abatido..., sí, sí, la he desvirgado...

Sus palabras me golpearon como un *tsunami*, y contuve la respiración. Luché para recuperar el equilibrio, para centrarme... Intenté engañarme a mí misma diciéndome que todo el episodio era fruto de mi imaginación.

Colby soltó un gruñido.

—... no va a poder andar durante una semana... —Una pausa antes de que se echara a reír por algo que había dicho la persona con la que hablaba.

Noté cómo me agrietaba por dentro, que mi corazón se rompía.

Emití un sonido involuntario, ronco y primitivo, que llamó la atención de Colby.

Me estremecí; todos los músculos del cuerpo se me sacudieron con repugnancia.

—Tengo que dejarte. —Colgó y se acercó a mí, deteniéndose junto al borde de la cama mientras me miraba de arriba abajo con aquellos helados ojos azules—. Estás hecha un desastre.

Habiéndome criado en un campamento de caravanas, había disputado muchas peleas con chicos que querían salir conmigo y con chicas que pretendían dirigir mi vida, así que sabía defenderme. En aquel momento, cada fibra de mi ser quería saltar de la cama y desgarrarle el corazón con las uñas. Por lo que me había hecho.

Ardía de rabia, pero no podía moverme.

—Me has hecho daño —dije con un tembloroso hilo de voz.

Aunque intenté sentarme, no fui capaz, y caí desmadejada hacia atrás.

Me miró con gélida frialdad mientras me movía en la cama. Dejó que pasara el tiempo, lo que hizo que aumentara mi temor.

Me humedecí los labios resecos con la lengua.

Recogió la camisa blanca del suelo y se la puso, abrochándosela con mano firme y cuidadosa. Un gesto que lo decía todo. Se subió la cremallera de los pantalones antes de comprobar su pelo rubio en el espejo. Él no parecía borracho. En absoluto.

—¿Qué me has dado? —lo acusé—. ¿Y por qué lo has hecho?

—No me vengas con esas, cariño. Has sido tú la que me lo ha pedido. Ha sido de mutuo acuerdo. —Movié los dedos para señalar la cama con una expresión burlona—. Has tomado todo lo que te he dado sin preguntar nada.

—No, no es verdad. —«¿O sí?».

—¡Oh, sí! Y has sido el mejor polvo en meses. Sin duda ha merecido la pena el tiempo que te he dedicado. —Se inclinó hasta que sus ojos estuvieron a la altura de los míos—. Ahora no se te ocurra ir mintiendo por ahí sobre lo que ha ocurrido aquí. Nadie va a creer a una borracha como tú. Si todavía estás pedo... Estoy seguro de que apareces en muchas fotos y vídeos del baile de graduación,

y eso lo demuestra. —Se rio como si hubiera recordado algo de repente—. ¡Joder, cariño! En el gimnasio te volviste loca; te pusiste a bailar encima de las mesas y a gritarle a la gente. Nos echaron de allí, nena. Si no supiera la verdad, pensaría que tú eres una mala influencia para mí. —Inclinó la cabeza a un lado—. Eso es lo que le voy a decir a todo el mundo. —Se quitó una pelusa de los pantalones.

Negué con la cabeza. «¿Será cierto?». Yo era una buena chica; había obtenido la media más alta de la clase en las pruebas de acceso a la universidad; trabajaba como voluntaria en la protectora local de animales, y no porque me puntuaran las horas de servicio. No podían haberme expulsado de la fiesta. Apenas me invitaban a alguna.

Me apartó el pelo de la cara y me recorrió la mejilla con los dedos.

Me estremecí, apartándome de él todo lo que pude.

—No me toques.

—Ah..., y yo que esperaba que estuvieras dispuesta a echar uno rapidito... —Se rio entre dientes mientras jugueteaba con el anillo que le había regalado hacía unas semanas. Se lo había hecho yo misma, una sencilla banda de plata con nuestras iniciales cinceladas en el interior y un corazón entre ellas. Me había pasado horas grabando las letras a fuego, tallando el metal hasta que estuvo perfecto. Incluso había utilizado parte de los ahorros que tenía destinados para la universidad y había comprado el soplete, así como el resto de las herramientas necesarias a fin de que quedara perfecto.

—Me dijiste que me amabas. —Odiaba la debilidad que reflejaba mi voz.

Curvó los labios.

—Elizabeth, por favor, eso se lo digo a todas las chicas a las que quiero follarme. Aunque reconozco que contigo me ha llevado más tiempo conseguir lo que quería.

Emití un sonido estrangulado.

Él suspiró y se colocó bien los pantalones.

—No te cabrees. Sabes que los dos deseábamos lo mismo.

«¡No! ¡No! ¡No!».

Se quitó el anillo y lo hizo girar entre sus dedos.

—Supongo que ahora querrás que te devuelva esto. —Lo lanzó

despectivamente sobre la mesilla de noche, y el aro tintineó al golpear la madera, donde rodó antes de caer al suelo.

Se miró en el espejo una última vez para ponerse la chaqueta.

—Bueno, tengo que marcharme ya, nos veremos en la graduación, dentro de unos días. *Bye, bye*, nena.

Y luego se fue, cerrando la puerta con suavidad.

«¡Gracias a Dios!».

Cogí aire de forma temblorosa, llenándome los pulmones mientras intentaba dar sentido a lo que había ocurrido.

Pasó una hora. Y otra.

Los recuerdos atravesaban mi mente como si fueran escenas de una película de terror que no quería ver pero no pudiera detener. Colby llevándome al hotel... Dejándome en la cama... Rompiéndome el vestido... Tanteando entre mis piernas... Penetrándome, hundiéndose en mí... Me había dolido.

Había intentado negarme, pero no había podido pronunciar ninguna palabra.

Había intentado moverme, sin poder conseguirlo.

Mi cuerpo había sido como una estatua, y él me había hecho lo que había querido. Me había retorcido, me había arruinado.

Me mantuve inmóvil, observando cómo pasaban los minutos en el reloj digital de la mesilla de noche mientras mi cerebro, empapado en alcohol, luchaba para conseguir que mi cuerpo reaccionara. Logré deslizar las piernas hasta el suelo con pequeños impulsos, hasta que rocé con los dedos de los pies la raída alfombra barata. Gemí y me obligué a sentarme, aunque me caí de inmediato. Luego me arrastré hasta el rincón de la habitación donde estaba tirado mi bolso, y cogí el móvil.

Estaba aterrada.

Él podía volver en cualquier momento y hacerlo de nuevo.

Me temblaban los dedos cuando marqué el 911, pero me quedé paralizada cuando oí la voz nasal de la operadora.

—Ha llamado al 911. ¿Tiene alguna emergencia?

Me sentí invadida por la vergüenza, la culpa, el remordimiento, las dudas...

«¿Será verdad que se lo he pedido? ¿Es culpa mía?».

Cuando jadeé, el latido entre mis piernas me recordó mi pecado.

—¿Hola? ¿Tiene alguna emergencia? ¿Necesita ayuda?

—No —grazné, y puse fin a la llamada.

Bajé la vista al vestido destrozado. ¿Quién iba a creer a una chica que tenía a su padre en la cárcel —si es que era realmente mi padre— en vez de al hijo rico de un senador? Yo era basura blanca, una chica que había tenido la suerte de conseguir una beca en el instituto del pueblo.

Volví a sentir náuseas, ahora más violentas, hasta que no pude reprimirme y expulsé todo el contenido de mi estómago.

El olor a alcohol me puso todavía más enferma.

Parecía burlarse de mí, exponiéndome la fría y dura verdad. Yo había desempeñado un papel protagonista en lo que me había ocurrido.

Me abracé a mí misma. Me dolía el corazón. Lo tenía roto.

Notaba los músculos magullados.

Un trueno resonaba en mi cabeza.

Estaba hecho. Me sentía muerta. Fría. Incluso tenía la piel helada.

El sol se arrastraba por el cielo; los rayos se colaban entre las sucias cortinas. Amanecía. Era un nuevo día, pero ya no volvería a ver de la misma manera la salida del sol.

Cuando el corazón se rompe, la claridad desaparece, y en mi caso no fue diferente.

Noté algo tenebroso deslizándose en mi interior, arrastrándose por las grietas de mi alma, abrumándome... Todo lo que pensaba sobre mí misma, sobre quién era, sobre el amor... estaba confuso y se había convertido en algo oscuro. Sucio.

El amor era un cuchillo que había cortado mi corazón trozo a trozo para alimentar al chico que amaba.

Destrozada en más de un sentido, me juré a mí misma que no volvería a enamorarme.

Me dejé caer en el suelo, sollozando.

ELIZABETH

DOS AÑOS DESPUÉS...

El sudor me goteaba por la nuca mientras me colocaba el pelo rubio detrás de las orejas. Gemí bajo el sol; era viernes por la tarde en Raleigh, Carolina del Norte, pero también era el único día en el que podía mudarme a mi nuevo apartamento antes de que empezara el curso el lunes.

—Bienvenida de nuevo a la universidad de Whitman —murmuré al tiempo que sacaba otra caja del maletero del Camry.

Para tener solo veinte años, había acumulado muchas cosas.

La mayoría eran material y libros sobre joyería, salvo los muebles, que había heredado de la abuelita Bennet cuando falleció el verano pasado. Un sofá de cuadros verdes y beis, una mesa de cocina con unos patos pintados en la superficie, una vieja cama con el tocador a juego y una colección de tapetes de ganchillo en diferentes colores era todo lo que me quedaba de ella. No se trataba de un mobiliario con estilo comprado en Ethan Allen, pero poseía cierto encanto.

—Este apartamento parece el de una señora de ochenta años que vive con su gato —comentó Shelley cuando asomó la cabeza por encima de la barandilla para observarme. Mi mejor amiga desde primaria era una chica que siempre había disfrutado de riqueza y privilegios; lo que había supuesto un marcado contraste con mi propia existencia, pero durante toda mi vida se había mantenido a mi lado para echarme una mano. Incluso cuando ocurrió lo de Colby. Su pelo rojizo se había encrespado por la humedad, aunque eso no le restaba belleza. Se apretó la nariz con una expresión de repugnancia.

—Algo apesta...

—Deja de quejarte y mueve el culo para ayudarme. Estoy derritiéndome con este calor y quiero acabar cuanto antes —ordené.

Bajó resoplando la escalera metálica.

—Tú y tu piel blanca... Si salieras de casa de vez en cuando, podrías coger algo de bronceado. Pero no... Solo te dedicas a estudiar y a trabajar en la librería. Seguramente tengas más marcadores de colores que citas. Eso sin mencionar que te pasas tanto tiempo en la biblioteca que la gente piensa que trabajas allí.

Sonreí.

—No es tan malo. Cuando voy a clase veo a muchas personas, a algunas incluso les hablo.

Bajó la cabeza hacia mí.

—Seamos realistas: si yo no te obligara a salir de vez en cuando, como esta noche, te esconderías de mí y cenarías fideos *ramen* durante el resto de la carrera.

—Bah... Algunas veces tomo pizza.

Me brindó una sonrisa antes de inclinarse para coger una de las cajas que había colocado a mis pies. Subimos las escaleras hasta detenernos ante el apartamento 2B, en el segundo piso. El estudio con dos habitaciones —una de ellas diminuta—, salón con cocina americana, cuarto de baño y balcón me parecía una mansión comparada con el dormitorio de la residencia en el que había vivido durante el año pasado. Ocupaba una de las esquinas del edificio, y se podía disfrutar de la puesta de sol desde las ventanas. Además, solo tenía un vecino, a la izquierda. El del 2A.

Como si fuera una señal, llegó un atronador sonido de *rap* desde la puerta de al lado.

Me puse a escuchar con atención. ¿Era Eminem?

—Qué ruidoso y desagradable —protestó Shelley—. Quizá esto no sea tan tranquilo como piensas.

Traté de mostrarme optimista.

—Pero bueno... ¿Son las dos de la tarde o las dos de la madrugada?

—También se está mudando —observó, señalando con la cabeza el montón de cajas apiladas frente a la puerta del vecino, que parecía algo maltrecha. Algunas estaban abiertas y otras cerradas. Shelley se fijó en los libros—. Parece un friki... Mierda, y yo esperando que te tocara el premio gordo y tuvieras un vecino de buen ver.

Me aseguré de que el vecino no estuviera en las cercanías y me incliné para revisar con rapidez algunos de los títulos: *El gran Gatsby*, *Cumbres borrascosas*.

—Mmm... Parece que a alguien le gustan los clásicos. Quizá esté haciendo una especialidad en filología inglesa.

Shelley puso los ojos en blanco.

—Qué coñazo... Necesitas un vecino sexy al que le guste follar como un mono.

Negué con la cabeza, observándola.

—Mira, cada vez que dices «follar como un mono» me imagino un montón de animales peludos en la cama. Es brutal.

Resopló de manera burlona.

—Lo que tú digas. Es como cuando tú ves a un tío guapo: te aparece un «que se vaya a la mierda» tatuado en la frente.

Colby había sido un tío bueno, y mejor no pensar en a qué me había conducido.

Me encogí de hombros mientras bloqueaba ese pensamiento.

—¿Y qué? No quiero enamorarme de nadie. Nunca más. El amor duele, ¿no te acuerdas?

—Sí. —Se mordisqueó los labios y en su rostro, normalmente sonriente, apareció una expresión dura. Estaba rememorando la escena en el hotel y el sufrimiento que hubo después. Había sido ella quien me recogió esa mañana, quien me llevó a casa. Sin embargo, Shelley era el tipo de chica que se enamoraba al menos una vez al mes, y estaba convencida de que si encontraba al hombre correcto, todo saldría bien y sería feliz para siempre jamás. «Vaya mierda...».

—No te preocupes por mí, Shelley. Estoy bien, ¿vale? No necesito que haya un hombre en mi vida para ser feliz. Con poder disfrutar de la amistad que me une a Blake y a ti, y con que nos veamos de vez en cuando, me llega de sobra. — Blake era el otro amigo que conservaba del instituto Oakmont Prep, y que también estaba estudiando en Whitman.

Sonrió.

—¿Tus reglas sexuales de nuevo?

Asentí.

Así estaban las cosas. Había mantenido relaciones sexuales desde aquella desafortunada noche con Colby. Muchas veces. Los sucesos de esa noche no me habían dejado traumatizada, solo habían arruinado mi confianza en los hombres. Así que un año después de eso, sin mucho entusiasmo por mi parte, le había propuesto un chico de mi clase de ciencias que me acompañara a mi habitación. Se llamaba Connor, y lo había pillado observándome de vez en cuando al coincidir en el laboratorio. Recuerdo que ese día me miró como si tuviera dos cabezas, ya que mi reputación con los chicos era ser un poco borde cuando coqueteaban conmigo, pero había aceptado. Fuimos al dormitorio y, aunque el sexo había sido horrible, un encuentro furtivo e incómodo, conseguí que Colby no fuera el vencedor.

No había sido el último en tocarme.

Mi cuerpo era mío.

Así como mi corazón..., y quería que continuara de esa manera.

Después, el sexo se volvió más fácil, siempre y cuando yo mantuviera el control. Durante el último año, lo había convertido en un juego con unas reglas estrictas: siempre elegía a un chico normalito, que no fuera popular, rico o demasiado guapo. Me aseguraba de que estuviera en plena posesión de sus facultades, que no hubiera bebido ni tomado drogas, así como de que no se había fugado del manicomio local. Teníamos sexo. Y no volvía a hablar con él de nuevo. Fin de la historia.

Yo poseía el control. Yo elegía. Y yo ponía las reglas.

Era yo quien daba el primer paso, tenía que estar arriba y, lo más importante, debía ocurrir en mi propia cama, rodeada de mis pertenencias. Las relaciones sexuales conmigo era normales, supongo, según casi todos los cánones, sobre todo si las comparaba con algunas locuras que me había contado Shelley. Pero no me importaba. Si me deseaban, podían follar conmigo, aunque siempre según mis reglas.

—Quizá me meta en un convento de monjas.

Sonrió.

—El negro no te queda bien.

—Cierto.

—Y ni siquiera eres católica, idiota.

—Tienes razón una vez más. —Le respondí con una sonrisa de oreja a oreja. No me importaba que se burlara de mí. Prefería eso a que sintiera lástima por mí.

Pasé junto a ella y regresamos a mi apartamento para seguir con la mudanza. Desenvolví una foto en la que aparecía con mi abuela en el porche de su casa; ha habíamos hecho el día que me había venido a Whitman para cursar mi primer año en la universidad. Todavía me dolía mirar esa imagen, me afectaba mucho ver a aquella chica flaca de la foto con los vaqueros flojos y las muñecas vendadas. Pero era la última que me había hecho con mi abuela, y eso era mucho más importante para mí que recordar aquel estúpido error con Colby. La dejé encima de la mesita para el café.

Terminamos de colocar los platos en los armarios de la cocina y luego nos trasladamos a la habitación, donde me ayudó a distribuir mis cosas en los armarios. Más tarde, nos aventuramos en la otra habitación, más pequeña, que era más bien una especie de estudio. Se trataba de un edificio de la universidad, y los apartamentos era diminutos, pero me las arreglé para meter allí el material de joyería y una cama.

Pero habían pasado ya dos años desde que había hecho la última joya. Los metales que una vez adoraba moldear se habían convertido en una metáfora de lo estúpida que había sido al creer en el amor.

Shelley jugueteó con uno de mis blocs de dibujo con expresión pensativa. Me miró y luego clavó los ojos en las cajas que había contra la pared.

Me armé de valor para enfrentarme a las preguntas que sabía que iba a hacerme.

—¿Cuándo vas a retomar en serio lo de las joyas? ¿A qué te piensas dedicar cuando te gradúes dentro de dos años? —Abrió el cuaderno y lo hojeó—. Además, necesito un collar nuevo. Algo con una mariposa o un corazón. —Su expresión se volvió más tierna mientras me miraba—. ¿Recuerdas los medallones de amistad que diseñaste para las dos cuando teníamos quince años?

—Shelley, no quiero hablar de eso. No puedo crear nada en este momento.

La vi inclinar la cabeza a un lado.

—¿Piensas renunciar a tus sueños solo porque le moldeaste un anillo a Colby? Han pasado ya dos años, pero él sigue dictando tu futuro. Estás jodida. —Hubo un tiempo en el que solo quería dedicarme a eso: diseñar y crear—. ¿De

verdad piensas que serías feliz en un trabajo en el que no pudieras desarrollar tu creatividad? —Suspiró con una expresión de resignación—. Es decir, me refiero a que te acuestas con los hombres para presumir de que ya has pasado página, pero no es cierto. No de verdad. Todavía sigues castigándote por algo que ni siquiera es culpa tuya.

«Fue culpa mía. Estaba borracha. Tomé la droga que me dio... Y de buena gana».

Aquella familiar oleada de vergüenza me inundó una vez más. Parpadeé con rapidez.

—No estabas en esa habitación del hotel. No sabes lo que pasó en realidad.

Asintió, mordiéndose el labio.

—Tienes razón, no estaba presente. Pero te vi después. Te llevé a casa y te cuidé hasta que tu madre regresó de Las Vegas. Sé lo afectada que estabas. Te quiero..., ya lo sabes.

Solté el aire mientras recorría la habitación, colocando los objetos, ordenándolos. Nos habíamos puesto demasiado serias.

—Además, las mariposas y los corazones son como un sello. Si te hiciera algo, sería más grande.

Sonrió.

—¿Como qué?

—Quizá tu número de teléfono en alguna piedra preciosa. Ya se lo has dado a tantos chicos...

Fingió enfadarse, pero luego se rio.

—Dios, es cierto... Soy una cualquiera...

Nos reímos.

—Venga, vamos a buscar el resto de las cosas. —Salimos del apartamento y nos quedamos en el rellano. Suspiré mirando hacia el aparcamiento. Todavía tenía que subir varias cajas más antes de poder pensar en relajarme.

Shelley me dio un codazo.

—Tengo una idea. Vamos a conocer a tu vecino.

Negué con la cabeza.

—No, hoy es día de mudanza, y estoy segura de que estará tan ocupado como nosotras.

Me ignoró y se dirigió de puntillas hacia la casa del vecino. En lugar de llamar, abrió la puerta rota y echó un vistazo al interior del apartamento, que estaba a oscuras.

—No veo a nadie. Quizá se encuentre en el balcón de la parte trasera. —Una sonrisa cruzó por su rostro—. Lo que nos da tiempo de sobra para curiosear un poco. —Se inclinó para rebuscar en las cajas, y sacó una gorra con la bandera de la *Union Jack*, un par de calzoncillos de deporte y unas botas negras. Luego, más, confiada, siguió con unos guantes de boxeo, de los que no tenían dedos —interesante, sin duda—, así como una colección de postales de Londres.

—Bueno, sin duda tu vecino es del género masculino... Y la tiene muy grande. —Me mostró una caja de condones talla XXL y estriados. Me miró con ojos brillantes—. Un *magnum*, nena. Todo un récord —canturreó.

Dirigí la mirada hacia la puerta para comprobar que no venía nadie.

—Vuelve a poner eso ahí antes de que aparezca. ¿Es que te has vuelto loca?

—Sí.

Gruñí al ver que no le importaba que la atraparan, pero no pude evitar acercarme un poco. Quería saber algo más sobre ese vecino que leía a los clásicos y escuchaba *rap*.

Shelley se acarició la barbilla mientras revisaba el contenido.

—Incluso a pesar de esos libros mohosos, no parece tan terrible. Lo haría con él.

—Lo harías con Manson.

Se rio.

Le arrebaté las postales de la mano y las lancé de vuelta a la caja.

—No te acerques a esa caja otra vez o no iré a la fiesta de la fraternidad Tau contigo esta noche y no me pondré ese ridículo vestido que te has pasado la noche cosiendo. —Shelley era una adicta a la moda, y se tomaba muy en serio todos los proyectos de costura. Yo era su maniquí.

Miró la caja con tristeza e hizo un mohín.

—Vale, tú ganas. Aguafiestas.

—Mmm... Necesitas que alguien te controle. Jamás hubieras sobrevivido a inglés de primero si no te hubiera gritado al oído todas las mañanas para que te levantas.

Estuvo de acuerdo. Volvimos a entrar y fuimos a sentarnos al balcón.

—¿Qué es lo que tienes ahí? —le pregunté un poco después, al ver un libro marrón que llevaba apretado contra el costado.

Bajó la vista con fingida sorpresa.

—¡Oh! ¿Te refieres a esto? Estaba tan concentrada en ti que me he olvidado de devolverlo a la caja de tu vecino.

Sí, ya... La miré con los ojos entrecerrados.

—¿De verdad?

Puso los ojos en blanco con rapidez, haciendo caso omiso a mi sarcasmo.

—Vale, me has pillado. Es *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen. Se lo he robado a tu vecino. Es decir..., creo que es su libro favorito, porque tiene su nombre en la primera página. —Soltó un dramático suspiro mientras abrazaba la novela contra su corazón—. ¿No lo ves? Es el azar. Tu aburrido vecino y tú estáis destinados a encontraros.

Negué con la cabeza. A veces se pasaba un poco.

—Ya... Tienes que dejar de ver películas románticas. Ni siquiera sé cómo podemos ser amigas. A partir de ahora, reniego de nuestra amistad. —Le arrebaté el libro de las manos, un viejo ejemplar de tapa dura con las letras doradas. Era una impresión antigua, quizá incluso valiosa.

¿Qué clase de hombre poseía un volumen así?

«Un tipo que cree en el amor», susurró mi corazón.

Abrí el libro y pasé las páginas hasta que encontré el capítulo donde el señor Darcy describía cómo se enamoró de Elizabeth Bennet:

«No puedo concretar la hora, ni el sitio, ni la mirada, ni las palabras que fueron los cimientos de mi amor. Hace ya mucho tiempo. Estaba ya medio enamorado de ti antes de saber que te quería».

Menuda estupidez. Lo cerré de golpe.

—Me encantan los libros. Se llama lectura, ya sabes. Deberías probarlo alguna vez.

—No es necesario. Ya tengo mis aficiones —presumió Shelley, pasándose un

mechón de pelo por encima del hombro—. ¿A dónde vas? —preguntó mientras atravesaba el salón hacia la puerta de entrada.

Moví el libro que llevaba en las manos.

—¿Tú qué crees? A devolver lo que has robado.

Levantó los brazos en el aire.

—Se me ha pegado a la mano sin querer, ¡lo juro! ¡Que es diferente!

—Mmm... —Me acerqué al apartamento del vecino, pero la puerta estaba ya cerrada y las cajas habían desaparecido. Acerqué la oreja a la puerta, aunque solo me encontré silencio.

La repentina explosión de música en un coche en el aparcamiento hizo que pegara un salto.

Me incliné sobre la barandilla del pasillo y busqué el origen del ruido con la vista hasta que di con un *jeep* negro de aspecto sólido con la parte superior descapotada. La canción de Beastie Boys *Fight for your right* me inundó los oídos. Parpadeé. ¡Maldición, menudo ruido!

El conductor era un chico grande, que llevaba una gorra con la bandera de la *Union Jack*, lo que impedía que le viera la cara. Sin embargo eran perfectamente visibles las puntas rizadas de su pelo castaño. Le cubrían los ojos unas gafas de sol de aviador. Incluso desde donde estaba, noté que tenía los hombros muy anchos y los antebrazos musculosos mientras cambiaba de marcha. Llegué a percibir que tenía los bíceps llenos de tatuajes, pero no logré distinguirlos.

«¿Es mi misterioso vecino?». Sin duda era la misma gorra que había en la caja.

Me encontré inclinándome más, estirando el cuello para verlo.

Que un tipo tan grande leyera *Orgullo y prejuicio* me dejaba sin aliento.

Antes, mientras revisábamos la caja, me había imaginado a mi vecino como una especie de Harry Potter, un friki que usaba gafas de montura negra y esbozaba una sonrisa tímida.

«¡Qué mal! No puedo estar más equivocada».

Antes de incorporarse al tráfico, él giró la cabeza y echó una mirada al edificio de apartamentos; me dio la impresión de que sus ojos, protegidos por las gafas de sol, estaban clavados en mí. Detuvo el coche mientras me estudiaba. Aunque nos separaban bastantes metros, percibí la intensidad de su expresión.

Respiré hondo al notar que se me erizaba el vello de los brazos.

¿Habría visto a Shelley registrando la caja? ¡Mierda!

«¡El libro!». Bajé la vista para comprobar que seguía llevándolo en la mano.

«¡Maldición!».

Con una profunda sensación de ridículo, aparté de él los ojos y retrocedí lentamente hasta que estuve fuera de su campo de visión. Entonces dejé apoyada la novela contra su puerta y corrí hacia mi apartamento.

—¿Quién era? —preguntó Shelley cuando atravesé volando el umbral.

Negué con la cabeza.

—Sin duda, no era Harry Potter.

DECLAN

«Nota mental: Llegar a la primera fiesta que da la fraternidad Tau este año con un ojo morado y sin mi novia —ahora ex— colgada del brazo provoca que me hagan muchas preguntas y que no dejen de mirarme».

El ojo morado era producto del combate de la noche pasada. Justo cuando parecía que me estaba ganando, conecté un pesado gancho de derecha que fue directo a la mandíbula de mi oponente y lancé una fuerte patada a su estómago. Había caído como un saco de ladrillos. Era mi tercera victoria desde que había terminado el curso en mayo.

Me froté los doloridos puños contra los vaqueros.

El dolor se veía compensado con cada centavo que me había llevado a casa.

—¿Dónde está Nadia? —me preguntó una de las chicas de la fraternidad con una gran sonrisa en cuanto traspasé la puerta.

—Ya no estamos juntos —gruñí—. Pregunta al equipo masculino de tenis.

Arqueé las cejas mientras yo seguía avanzando. Era evidente que no sabía que la pareja más guay de Whitman había roto durante el verano. Había sido yo quien le puso fin a nuestra relación cuando encontré a Nadia botando encima de la polla de otro chico. Apreté los puños al recordar cómo me había engañado. Ella había sabido exactamente en qué momento cruzaría la puerta, lo había cronometrado a la perfección como parte de su plan para conseguir volverme loco y obligarme a hacer lo que ella quería: comprarle un anillo e ir a la escuela de leyes, como decía mi padre. Pero eso no iba a ocurrir nunca.

Aquel burdo intento de manipulación no había dado el resultado que ella había esperado, y había cortado cualquier lazo que nos uniera.

Como diría mi madre, Nadia era como llevar un abrigo de piel sin bragas debajo.

Día a día, notaba que mi corazón se iba recuperando, pero había perdido la confianza en las mujeres.

Por lo que yo sabía, Nadia todavía seguía saliendo con su siguiente novio, un jugador de tenis brasileño que se hallaba bastante bien clasificado en la ATP. Su nombre era algo así como Donatello o Michelangelo. Sí, igual que una de las tortugas Ninja.

Me obligué a dejar de pensar en ella y atravesé la puerta para entrar en un salón en el que un día cualquiera encontrarías una hilera de sofás y mesitas repletas de botellas de cerveza. Ahora había un montón de cuerpos girando en la improvisada pista de baile y la música lo llenaba todo, había luces estroboscópicas rebotando por las paredes y muchos vasos de plástico rojo por el suelo.

Yo no era miembro de esta fraternidad, no tenía tiempo para improvisar *raps* todas las noches, pero mi hermano gemelo, Dax, era el presidente de Tau, por lo que siempre estaba invitado a las fiestas.

Los asistentes seguían haciéndome preguntas mientras atravesaba el salón.

—Hola. ¿No está Nadia contigo? —preguntó una de las chicas.

«Ya vale. Es una putilla y he terminado con ella».

—Tío, ¡¿qué te ha pasado en el ojo?! —gritó un chico cuando me vio. Le lancé una mirada de desprecio. «¿En serio? ¿No conoces los combates clandestinos? Debes de ser nuevo en Whitman».

Cogí una botella de agua del bar y le quité la tapa para tomar un gran sorbo.

—¡El inglés está en casa otra vez! —gritó Dax mientras saltaba por encima de la barandilla de la escalera y aterrizaba en el suelo, bajando de golpe más de dos metros.

—¡Joder! Un día te matarás como sigas haciendo eso.

Eché la cabeza hacia atrás y soltó una profunda carcajada.

—¿Yo? ¿Me voy a matar yo? Mírate en el espejo, por favor. No seas idiota, anda.

Suspiré, sin saber si me sentía enfadado o feliz al verlo. Éramos polos opuestos; de los dos, él era el despreocupado que solo pensaba en divertirse, por contrapartida, yo era el serio que soñaba con enseñar artes marciales mixtas en su propio gimnasio y quizá luchar en la liga del Ultimate Fighting Championship, o UFC, como les gustaba llamarla.

Observé aquella cara casi idéntica a la mía, salvo por la barba desaliñada que

se había dejado crecer. Esbozaba una sonrisa de medio lado.

—Estás loco, hermano —dije.

Se encogió de hombros, ignorando mis palabras.

—¿Dónde te has metido? La fiesta está muy aburrida y necesito un escudero.

Sonreí.

—Guau... Perdona, pero querrás decir que yo necesito un escudero.

Crispó los labios.

—Bueno, te lo demostraré. Elige un bomboncito y veamos por quién se decide. Por ahora te llevo tres de ventaja.

—¿Llevas la cuenta?

Cuando se tiene un gemelo, se compite por todo.

El primer año, nos habíamos hecho pasar por el otro durante una semana, llegando incluso a usar manga larga para que nadie se diera cuenta de que llevaba tatuajes el que no debía. También cambiábamos de chicas el fin de semana. Una puta locura. Nos dejaban en cuanto descubrían la verdad. No podíamos reprochárselo. Pero últimamente esos días parecían un recuerdo lejano. Con veintiún años, yo estaba a punto de graduarme y de abrir un negocio, y él trataba a duras penas de obtener el grado.

Dax se peinó con la mano y se olió el aliento levantando una mano y soplando en ella. Luego se dio media vuelta.

—Muy bien, el próximo bomboncito que entre por la puerta será nuestro objetivo. El primero de los dos que consiga besarla gana.

—¿Qué nos jugamos? —pregunté.

—Lo normal.

Sonreí.

—El dólar es tuyo.

Le brillaron los ojos.

—No es una cuestión de dinero, hermano.

Me reí. Dax siempre decía algo que te hacía sonreír, incluso cuando la nave estaba a punto de irse a pique.

En ese momento, oí que se abría la puerta y vi que Blake, uno de los miembros de la fraternidad, salía disparado de su asiento como si le hubieran metido un cohete por el culo. Lorna, que estaba sentada en su regazo, cayó al suelo con un golpe seco. Me incliné para ayudarla a levantarse. Blake era un misterio para mí, pero Lorna era una chica popular y casi todos los chicos la conocíamos muy bien, incluido yo.

—Ay, cariño... ¿Estás bien?

Se sacudió la ropa, y apareció una expresión de irritación en su cara cuando vio a las chicas que acababan de entrar.

—Gracias. Dios, Blake se transforma cuando se trata de ella. Pensaba que iba a estar conmigo esta noche, pero luego me dijo que vendría esa chica. No lo entiendo, en serio. Ni siquiera es tan guapa. Es rara y un poco zorra. —Cruzó los brazos mientras la miraba—. Sin embargo, en cuanto la ve, va directo hacia ella.

Era más de lo que quería saber, pero sonreí para suavizar el rechazo.

Me volví para ver por qué todo había quedado en silencio.

O quizá solo me lo pareció.

Ella entró con paso firme, como si el lugar le perteneciera. Sin embargo, esa seguridad era falsa: lo supe por la forma en la que movía las pestañas y por cómo agarraba el bolso, como si fuera un salvavidas.

La reconocí de inmediato, aunque no creía que me hubiera mirado dos veces en los años que llevaba en Whitman. Lo que era sorprendente. Era una universidad bastante pequeña, aunque prestigiosa, y estaba acostumbrado a que las chicas coquetearan conmigo tanto en los pasillos como en las aulas. Después de todo, era difícil no ver al tipo con acento inglés que había sido elegido el hombre más sexy del campus por las fraternidades. Pero esa chica vivía en su propia burbuja, y verla aparecer en la fiesta de una fraternidad era como encontrar un unicornio.

Se llamaba Elizabeth Bennet, y si lo sabía era porque el año pasado habíamos tenido una clase juntos y el profesor la había llamado por su nombre para hacerle alguna pregunta.

Tenía un nombre imposible de olvidar.

Recordaba haberme dado la vuelta para ver a la chica que se llamaba igual que un personaje literario, pero ella ya había inclinado la cabeza sobre el libro de texto. Se había sentado en el fondo del aula durante todo el semestre y nunca

había hablado, ni conmigo ni con nadie. La mayoría de la gente la consideraba una engreída. Algunos incluso habían llegado a decir que habían follado con ella en su habitación y que jamás les había vuelto a dirigir la palabra.

No la entendía, pero admitía que me sentía fascinado por ella.

Era muy guapa, aunque fría e intocable. Acostumbraba a llevar el pelo rubio platino recogido en una coleta. Las cejas, más oscuras, tenían una forma dramática y acentuaban sus almendrados ojos azules. Llevaba los labios pintados con un tono rojo intenso, y tenía la nariz salpicada de pecas. Sin duda, el único rasgo dulce de su rostro.

A mi lado, Dax silbó por lo bajo.

—Joder, ¿quién es esa? Quiero echarle un vistazo más de cerca.

Me adelanté.

—Yo la he visto primero —le advertí.

ELIZABETH

Me detuve delante de la puerta de la fraternidad Tau y me di ánimo mentalmente.

«¿Qué más da que sea mi primera fiesta universitaria? Estoy aquí».

Puede que me hubiera llevado un par de años, pero asistir a la fiesta más popular del campus me demostraría que Colby no había ganado.

Podía estar cerca del alcohol, de las fiestas, sin volverme loca.

¿Acaso no había visto *Desmadre a la americana* y *La revancha de los novatos* esta semana para prepararme psicológicamente para la oleada de novatadas que te podías encontrar en la época universitaria?

Inquieta, me ajusté los brazaletes de plata que me había puesto. Con seis centímetros de ancho y un grabado que había diseñado yo misma antes de que ocurriera todo lo de Colby, los utilizaba ahora para ocultar las cicatrices de mis muñecas, punto en el que me había cortado las venas para intentar suicidarme dos días después de despertarme en el hotel.

Froté el frío metal, recordándome que esta noche tenía dos objetivos.

El primero era asistir a esta fiesta de la fraternidad; el segundo, ligarme a un chico, llevarlo a mi casa y bautizar mi nuevo hogar.

Cualquiera que estuviera sobrio me serviría.

«Como si hubiera aquí alguno».

Y aun así...

Esta noche flotaba algo en el aire, como si una pesada presencia me envolviera. ¿Estaba intentando advertirme el destino de que mi vida estaba a punto de cambiar? ¿Estaría cometiendo un error al venir aquí?

—No me puedo creer que vayas a traspasar el umbral. Una noche de viernes cualquiera pedirías una pizza y evitarías mis llamadas.

Cogí aire y asentí.

«Solo compórtate con normalidad —me dije a mí misma—. Vale, no... No seas normal, porque lo que es normal para ti es estar sola, gruñir y ver un episodio tras otro de *Downton Abbey* acurrucada en el sofá de tu abuela».

«Sé guay...», insistí.

Además, si no hubiera asistido a esta fiesta, Shelley y Blake hubieran acabado llevándome al terapeuta por conducta antisocial o algo así.

Cuando entramos, Blake corrió a recibirnos. Llevaba puesta su camiseta de la fraternidad. Tenía un aspecto muy juvenil y agradable, con el cabello castaño rojizo algo despeinado y una gran sonrisa. Era un chico grande, que había jugado al fútbol americano en el instituto, y ahora era el *linebacker* de los Wildcats de Whitman. Habíamos salido juntos algún tiempo durante la secundaria, pero luego conocí a Colby, y todos los demás se desvanecieron para mí.

Le brillaban los ojos con algo que me pareció orgullo.

—¡Genial, has venido! ¿Qué tal están mis dos chicas favoritas?

Le sonreí.

—La pregunta no es esa, sino ¿cómo va la fiesta? ¿Queda alguien sobrio todavía? ¿Los sacrificios humanos son en la parte de atrás? —Hablé con fingida normalidad mientras me ponía de puntillas para observar la escena por encima de su hombro. No me permití posar la mirada en nadie durante demasiado tiempo. Estaba de los nervios, a punto de explotar, y aún no había visto todo el lugar.

Negó con la cabeza al tiempo que me lanzaba una mirada penetrante, como si fuera consciente de la verdadera intención de mis chistes.

—No te preocupes, vigilamos de cerca todo eso. —Nos envolvió a las dos en un gran abrazo. Sus mejillas sonrojadas lo hacían parecer casi un angelito—. Me alegra muchísimo que estés aquí. Prometo cuidar de ti... —Me pellizcó la nariz — especialmente. Ahora deja de moverte y entra de una vez.

En la sala reverberaba la música y había gente por todas partes. Hacía mucho calor, el ruido me abrumó, consiguiendo que me sintiera muy tensa. Desplacé los ojos por la multitud, aunque solo quería huir de allí. Gracias a Dios, avanzamos para dejar atrás a toda aquella gente, y Blake nos llevó hasta las puertas que conducían al patio trasero. Aire... Respiré hondo y me atraganté con una nube de perfume cuando una de las chicas de la fraternidad se detuvo delante de

nosotros. Lorna no sé qué. La había visto antes con Blake y, a juzgar por la mirada que me lanzó, yo no era su persona favorita. Allá ella... No me importaba. Blake y yo solo éramos amigos, pero como pasábamos juntos mucho tiempo, algunas personas podían suponer que nuestra relación iba más allá.

La vi deslizar las manos por el pecho de Blake.

—Oye, cielo, ¿no quieres volver dentro, donde está la fiesta de verdad? Aquí no se divierte nadie.

Shelley soltó una risita, y yo permanecí con una máscara inexpresiva en la cara. Guay. Calma. Había alternado con chicas así en el instituto. Niñas de papá. La mejor manera de lidiar con una de ellas era no permitir que se diera cuenta de que estabas nerviosa. Ser tan zorra como ellas. Sonreí cuando Blake se inclinó para decirle algo al oído. Después, se dio la vuelta para regresar adentro con rapidez, con un meneo extra de caderas.

Blake enlazó el brazo con el mío y me presentó con evidente orgullo en la voz a cada uno de los hermanos de su fraternidad que se cruzaban con nosotros. Shelley ya los conocía a casi todos.

Lancé un vistazo a mi alrededor, observando las antorchas *tiki* que iluminaban el jardín, la pista de baile improvisada con un DJ y los focos estroboscópicos y la enorme piscina. La gente deambulaba por todas partes, la mayoría eran personas populares a las que yo les parecía un perro verde y que no formaban parte de mi círculo. Una chica con un diminuto bikini rojo se lanzó en bomba al agua y emergió sosteniendo la parte de arriba en una mano. Casi de inmediato, un montón de chicos empezaron a gritar y la imitaron.

—En esta fiesta hay demasiados esteroides —murmuré.

—¿Estás bien? —me preguntó Shelley.

Asentí.

Un tipo alto, de casi metro noventa, con el pelo oscuro y una mandíbula que podría rivalizar con la de cualquier estrella de cine se detuvo delante de Blake. Hizo una reverencia con una sonrisa arrogante mientras nos miraba con desdén.

Shelley hizo ostentación de sus bien desarrollados pechos. Era una comehombres nata; los adoraba y se comportaba de una manera..., digamos, bastante liberal con sus afectos. No le importaba cómo fueran: altos, bajos, ricos, pobres, negros, blancos, anfibios...

—¿Cómo se llaman tus amigas, colega? —preguntó el tipo, con acento

inglés y una pronunciación correcta. Altiya.

Arqueé las cejas, interesada de repente. ¡Sí! Me encantaba cómo hablaba.

Blake se puso rígido de inmediato.

—Están conmigo, Dax, así que mantén las manos quietas.

«¿Dax?». Bonito nombre.

Le eché una rápida mirada a Blake, pero él evitó mis ojos. Se comportaba de forma un poco posesiva cuando se trataba de protegerme, y algunas veces en los últimos años había tenido que pedirle que se contuviera. Empecé a inclinarme hacia él para decirle que no pasaba nada, pero el otro tipo habló antes.

—¿Qué pasa? ¿Es que ni siquiera puedo saludar? —Me miró con sus ojos gris oscuro—. Tú... ¿te pasas el tiempo comiendo azúcar? Porque eres lo más dulce que he visto en toda la noche.

Resoplé sorprendida.

—No había oído nunca un piropo peor.

Pareció abatido.

—Oh, ángel, no te rías, o burles, de mí. Matas mi frágil ego.

—La verdad duele.

Sonrió, sin ceder.

—Vale, y esto no es una frase hecha: ¿nos hemos visto antes? Me resultas muy familiar.

Le tendí la mano. Ser franco hacía las cosas más fáciles.

—Me llamo Elizabeth Bennet, y no nos conocemos. Te aseguro que me habría acordado de tu acento. A menos que estuviéramos en la misma clase y no habláramos nunca... —Fruncí el ceño—. ¿Qué especialidad haces? Yo, una rama de arte.

Hizo una mueca.

—Psicología, pero no voy mucho por clase. ¿Quizá nos vimos en la fiesta de Sigma el año pasado?

—¿La de las cabras en el techo? Pues no.

—¿En la fiesta de la toga Delta? ¿En la que apareció la poli? —Se rio entre

dientes—. No recuerdo mucho de ella, pero sí haberme despertado con un par de bragas en las manos.

¡Oh!

—Por desgracia no, pero vi en las noticias que fueron arrestados algunos estudiantes.

Él echó la cabeza hacia atrás para reírse, haciendo que me fijara en las fuertes líneas de su garganta. Me permití asimilar más rasgos de él: los vaqueros ajustados y la camiseta de Vital Rejects que se ceñía a la perfección a su musculoso pecho. Era un espécimen magnífico.

Él supo que lo estaba mirando porque sonrió con un brillo pícaro en los ojos. Señaló con la cabeza la abarrotada pista de baile.

—¿Quieres bailar?

—¿Sabes lo que es tomárselo con calma, Dax? —intervino Blake—. Acaba de llegar, dale un poco de espacio.

Shelley ignoró a Blake y me miró expectante, como si quisiera que dijera que sí, pero negué con la cabeza.

—Lo siento. No eres mi tipo. —Mejor sacar la tiritita de golpe.

—Soy el tipo de todas las chicas. —Deslizó la mirada por mi vestido blanco, sin tirantes—. En especial de las que son hermosos ángeles recién caídos del cielo.

—¿Los ángeles no tienen alas? —pregunté—. Es un poco difícil caer cuando en realidad puedes volar.

Arqueó las cejas y cambió el vaso de mano.

—Nadie se va a ir de aquí. Además, mis frases mejoran cuando bebo.

«¡Oh!».

Me puse rígida, pero asentí, tratando de ser educada.

—Mmm... Bueno, yo suelo pasarme los viernes por la noche haciendo tareas con unas bragas de abuela. También me lo monto viendo *Masterpiece Theatre*, tejiendo gorritos de ganchillo y haciendo cálculos cuando me aburro. No suelo asistir a fiestas. Ni siquiera hablo con chicos que beben, así que te lo digo en serio: no eres mi tipo.

Puso los ojos en blanco.

—Solo será un baile, cariño. No tenemos que casarnos.

—Menos mal que yo sí estoy totalmente sobrio. Parece que gano yo, hermanito. Puedes pagarme más tarde —dijo otra voz con acento inglés a mi espalda. Me di la vuelta y me encontré una réplica de Dax, solo que con los músculos más grandes.

«¿Otro británico?».

Solo que este tenía la voz más ronca. Más sexy.

—¿¿Sois gemelos?! —chillé.

Sonrieron y asintieron de forma simultánea. De la misma manera.

Parpadeé. ¡Oh! Suponían un problema doble. Sexo a dos bandas.

El sobrio se retiró el cabello castaño oscuro de la frente y me miró. Sus rasgos eran agradables y clásicos, con la mandíbula angulosa y definida, pero sus similitudes solo llegaban hasta ahí. Cada centímetro de piel de sus brazos hasta el borde de la manga de la camiseta negra estaban cubiertos de coloridos tatuajes, y me perdí tratando de descifrar los diseños, desde ramas de hiedra hasta cráneos. Detuve los ojos en su cuello, donde se veía el tatuaje de una delicada libélula azul. Resultaba extraño encontrar algo tan frágil en un cuerpo tan voluminoso.

Vestía vaqueros de marca ajustados, botas negras de motero y una camiseta que se ceñía a un torso que parecía producto, al menos en parte, de entrenamiento en un gimnasio. Cuando sus ojos de color gris plateado coincidieron con los míos después de recorrer mi rostro y mis hombros desnudos, la palabra que me vino a la mente fue «intensos». Sentí que una oleada de calor atravesaba mi cuerpo hasta llegar al lugar más recóndito, como si acabara de meter los dedos en un enchufe.

¿Qué había sido eso?

Una cosa era segura: ese hombre destilaba *sex appeal*, y si pudiera embotellar su esencia, ganaría millones.

«¡Aléjate de ese calor y diles a tus ovarios que se tranquilicen!», me gritó mi cerebro, pero lo ignoré estúpidamente.

Tenía algo que me fascinaba. Quizá fuera el ojo morado.

Al instante, lo imaginé en un bar, volcando sillas y mesas mientras pateaba el culo de otros tipos como él.

Retrocedí un paso. «Recuerda las reglas». Nada de chicos guapos. Nada de chicos populares. Nada de chicos ricos. Estaba segura de que él encajaba en las tres categorías.

Lo vi sonreír, mostrando sus dientes blancos.

—Por si te lo preguntas, yo soy el mayor por dos minutos. También tengo mejores notas, como ya habrás adivinado. —Le puso el brazo a su hermano sobre los hombros y le revolvió el pelo con cariño.

—Ya, pero yo soy el que resulta un imán para las nenas —intervino Dax—. Estás aprovechándote de mi trabajo, robando lo que yo he visto primero.

El sobrio se rio.

—Sigue soñando, hermanito. No necesito robar nada. Soy el chico más sexy del campus, ¿recuerdas?

—Lo que tú digas. Pero Dax soy yo, por si te has despistado —me dijo con una sonrisa.

—¿Y tú? —pregunté mirando al otro gemelo.

—Declan —murmuró por lo bajo. Sus palabras resultaron suaves como la seda, con unas vocales poco marcadas y redondas.

Me estremecí.

«Declan».

Una simple palabra y se me erizaba hasta la raíz del pelo.

Noté un aleteo de mariposas en la barriga, y les ordené que se calmaran, aunque me hicieron caso omiso.

Curvó los labios voluptuosos y sensuales mientras lo repetía.

—Es un nombre precioso —dije—. Parece resbalar en la lengua.

—Es gaélico, y significa «lleno de bondad». Una ironía de la vida, pues la mayoría me llamaría «Problemas», con p mayúscula. —Sonrió—. Tú eres Elizabeth, ¿verdad?

Asentí y alargué la mano para que me la estrechara. Al apoyarla en la suya, mucho más cálida y mucho más grande, me sorprendieron los hormigueos que me recorrieron la espalda. Me la soltó a regañadientes, deslizando los dedos por mi palma en un roce sensual. Se me escapó un jadeo entrecortado que quizá estaba conteniendo desde que entró en mi campo de visión.

¿Su reacción estaba siendo la misma que la mía?

La expresión de su cara no había cambiado desde la primera vez que nos tocamos; sin embargo, se había acercado a mí, y el aroma de su colonia amaderada me impregnaba los sentidos.

Los demás retomaron la conversación, pero Declan y yo permanecimos en silencio. Lo miré. Me miró. Sonrió. Sonreí. Y fue como si estuviéramos disfrutando un momento íntimo, uno en el que los dos nos contemplábamos mientras el mundo continuaba su marcha a nuestro alrededor. Su vista seguía volviéndose hacia mí de forma casi inquisitiva, como si quisiera preguntarme algo y no supiera cómo hacerlo. Había química entre nosotros, pero no soy tan estúpida: sabía que no era amor a primera vista. Quizá se trataba de lujuria, aunque tenía clara una cosa: era el chico más sexy que se me había acercado en casi dos años.

Era exactamente lo que necesitaba esta noche, todo lo contrario al aspecto rubio, de chico bueno a lo Ralph Lauren, de Colby. Quizá había llegado el momento de llevar mis reglas un poco más allá y demostrarme a mí misma que podía estar con quien quisiera y seguir manteniendo el control de la situación.

Mientras mi corazón permaneciera bajo llave, no pasaría nada.

Se apartó de mí cuando una chica preciosa se acercó a él, así que cambié de opinión.

«¿Le gustaría ligar?».

Se excusó un par de minutos después con una sonrisa tímida.

—Lo siento. Le enseñé el año pasado algunas llaves de autodefensa, y me ha contado que las había usado con su hermano mayor este verano

Oh... Eché un vistazo a su ancho torso y a sus bíceps.

—¿Eres entrenador?

Asintió con una expresión muy seria.

—Sí. He dado clases en algunos gimnasios de la ciudad, pero muy pronto abriré el mío.

—¿Por eso tienes el ojo morado?

Me miró con intensidad.

—No —dijo vacilante.

Lo estudié durante un rato, paseando la vista por sus rasgos masculinos. Sin pensar, alargué la mano y rocé con delicadeza la marca roja cerca del nacimiento del pelo. ¿Era un corte? Hizo una mueca y, al instante, dejé caer el brazo.

—Lo siento, no sé por qué he hecho eso.

«¡Deja de tocar a ese tío!», me gritó mi cerebro.

Él se encogió de hombros.

—No pasa nada.

—¿Usas mucho los puños?

—Sí —repuso bajito.

Respiré hondo. Era peligroso y sexy, y eso siempre traía problemas.

«Entonces, ¿por qué sigo hablando con él?».

Blake se interpuso entre Declan y yo de tal manera que me sentí violenta.

—¿Quieres algo de beber, Elizabeth? Hay cerveza, y no sé si quedará algo de ponche. Puedo mirar...

—Me gustaría beber agua.

—Sí —intervino Shelley con rapidez—. Ella no quiere beber, pero yo sí. Tráeme lo que quieras, cualquier cosa con alcohol serviré.

Declan me sorprendió al ofrecerse para ir en busca de la bebida, y lo miré mientras se alejaba. Su cuerpo ágil se movía con la elegancia de alguien acostumbrado a ostentar el poder, como un sensual gato salvaje que merodeaba por doquier apoderándose de lo que quería...

Me encantaría acariciar a ese felino, frotar su sedoso pelaje y conseguir que ronroneara...

Me di una colleja mental.

«¿Gato salvaje? ¿Conseguir que ronronee?». ¿Qué coño me pasaba esa noche?

—No te líes con él —me susurró Blake al oído como si me hubiera leído los pensamientos.

Eché un vistazo a Dax y a Shelley para asegurarme de que no habían escuchado su comentario, pero parecían estar concentrados discutiendo sobre música.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

Blake entrecerró los ojos con una expresión de irritación.

—¿Acaso te interesa?

—Seamos realistas: estudio, trabajo, duermo... —«Y de vez en cuando, tengo sexo».

Asintió con expresión seria.

—Quizá haya llegado el momento de seguir adelante y confiar en alguien.

Arqueé una ceja.

—¿Pero no en Declan?

Abrió la boca y la cerró, y luego levantó las manos como si quisiera aplacarme.

—No me malinterpretes. Es un chico genial. Pero no creo que seas su tipo, al menos físicamente, y he visto la forma en la que te miraba. Acaba de dejarlo con su novia y no quiero que salgas lastimada. Es de los mayores, y muy popular..., y a ti, bueno, nadie te conoce.

—Guau... Eso duele. Gracias por el voto de confianza.

Me crucé de brazos.

Blake gimió.

—Es solo que... lo he visto tratar con los chicos y las chicas de la hermandad. Los usa, y cuando termine contigo, te dejará a un lado. Tú necesitas a un buen tipo.

Apreté los labios.

—Pensaba que Colby era un buen tipo y mira lo que ocurrió. —Suspiré—. ¿Estás celoso?

Se sonrojó.

—Sé cómo piensan los chicos. Declan es un idiota... Deberías evitarlo y no hacer ninguna estupidez.

—Si por estupidez te refieres a que no debo permitir que un tipo me emborrache para hacer conmigo lo que quiera, creo que ya he aprendido la lección. —Había discutido mucho con Blake últimamente, y siempre por estupideces. Cada vez que nos veíamos surgía mucha tensión entre nosotros—.

Piensa lo que quieras. Voy a ver si encuentro un cuarto de baño.

Shelley abrió mucho los ojos cuando me di media vuelta para alejarme, pero Blake me cogió de la mano y me lo impidió. Hizo una mueca con los ojos color avellana llenos de disculpas.

—Soy un capullo. Lo siento. Es solo que... Cuando me acuerdo de cómo estabas, destrozada y llorando, y que luego intentaste...

—Basta —lo interrumpí—. Por favor, no necesito que nadie me recuerde mis errores.

Se puso rojo y dejó caer los hombros.

—Parece que no acierto contigo esta noche. ¿Me perdonas, Elizabeth?

Dios, ¿qué me pasaba? Blake siempre me había apoyado.

—Por supuesto. Lamento protestar tanto —dije mientras se inclinaba para darme un abrazo. Nos estrechamos con fuerza, y me rodeó la cintura con sus fuertes brazos. Alcé la cabeza para buscar sus ojos; los de él brillaban con una especie de emoción que tomé por remordimiento.

—Vale —murmuré, y le di un beso en la mejilla.

Nos separamos, pero antes vi que Declan nos miraba por encima del hombro desde el lugar que ocupaba ante la barra. Por su rostro cruzó una expresión extraña, que luego desapareció con rapidez.

Noté que mi vista no era la única que lo seguía por el patio. Casi todas las chicas estaban pendientes de él. Y también algunos chicos. Se rio de algo que decían mientras regresaba con nosotros, devorando la distancia con las zancadas de sus largas piernas. Todo el mundo le daba palmaditas en la espalda como si lo estuvieran felicitando por algo. Él se limitaba a asentir y sonreír. Los que no lo conocían parecían apresurarse a apartarse a su paso moviendo la cabeza.

Tenía *presencia*, como diría mi madre.

Mi madre había salido con una serie de hombres que, precisamente, tenían problemas de *presencia*: drogas, delitos graves y puños fuertes.

Gruñí. Me estaba pasando demasiado tiempo analizando a este tipo.

Pero parecía que mi boca no tenía las mismas ideas que mi mente.

—Dime, ¿cuál es exactamente el tipo de chica de Declan? —le pregunté a Blake, volviendo la cabeza hacia él.

—Rubias, con largas piernas e inteligencia. Principalmente chicas de alguna fraternidad con padres muy ricos y actitud prepotente. De hecho, su ex, Nadia, anda por aquí. —Escudriñó la multitud como si fuera a encontrarla.

Resoplé.

—¿Niñas «bien»? Yo estoy aquí con una beca. Creo que estoy a salvo.

—¿A salvo de qué? —preguntó Declan mientras se acercaba. Pegué un brinco de sorpresa. Se había movido con más rapidez de la que esperaba. Cuando me entregó una botella de agua helada, sus cálidas manos volvieron a rozarse con las mías, y dejó que sus dedos se demoraran otra vez.

Las chispas se extendieron por toda mi piel.

¿Acaso llevaba alguna máquina de corriente eléctrica en el bolsillo?

Le dio a Shelley un vaso de cerveza.

Traté de apartar la vista de él, pero mis malditos ojos regresaban a él una y otra vez para estudiar su rostro e interpretar los detalles. Noté una cicatriz blanca de tres centímetros encima de la ceja derecha, y tuve que contenerme para no tocarla, para no dibujarla con los dedos y preguntarle cómo se la había hecho. También él se fijaba en mí, dirigiéndome largas miradas, aunque luego apartó la vista como si lo que hubiera percibido en mí lo hubiera puesto en tensión.

¡Ja! Apostaba cualquier cosa a que tenía una fila de chicas esperando para despojarlo de cualquier preocupación.

Pero aun así, eso no me impidió ir con él al fondo del patio cuando me lo sugirió, diciendo que allí podríamos hablar tranquilos sin que todo el mundo estuviera pendiente de nosotros.

Blake fue a bailar con una de las chicas de la fraternidad. Shelley me preguntó si estaba bien, y cuando le respondí afirmativamente, Dax y ella se fueron también a la pista.

Nosotros nos apoyamos en la valla y observamos la fiesta, riéndonos de vez en cuando de las locuras que hacía la gente en la piscina o en la pista de baile.

—¿Crees que somos las únicas personas sobrias de la fiesta? —pregunté. Él también estaba bebiendo agua.

Se encogió de hombros.

—Mi padre bebe mucho, no quiero ser como él.

Noté la tensión en su voz, y quise tranquilizarlo.

—Mmm... Ninguna familia es perfecta. Mi padre está en la cárcel, o al menos el tipo que mi madre dice que es mi padre. Nunca lo he visto, pero está allí por asesinato.

Abrió la boca con una expresión de sorpresa, como si no pudiera creerse que fuera descendiente de un delincuente.

—Joder... Debe de haber sido muy duro.

—Golpeó a un tipo hasta matarlo en un callejón, en la parte de atrás de un bar, cuando estaba en libertad condicional por vender droga. Pero me dio la vida. —Me puse tensa al observar su ojo morado—. Mi madre dice que está un poco chalado; quizá sea mejor que no lo haya conocido nunca. Me asusta la gente que usa los puños.

Se envaró al oírme decir eso, pero ello no impidió que siguiera balbuceando sin cesar. Quizá porque era un extraño y pensaba que no iba a volver a verlo.

—Mi madre, por otro lado, quería ser corista en Las Vegas, pero se quedó embarazada de mí. Imagino que podría afirmar que le arruiné la vida. —Me encogí de hombros, alejando los recuerdos—. Bueno, ¿cómo has terminado aquí? ¿Eres deportista? —Volví a clavar los ojos en su ancho pecho.

—No —dijo con una sonrisa.

Ah...

—Nací en Londres. Mi madre era inglesa y mi padre, americano. Fue embajador de Estados Unidos en Inglaterra durante algunos años. —Parecía un tanto incómodo, y paseaba la mirada por todas partes, excepto por mí—. Se divorciaron cuando aún éramos pequeños. Cuando tenía diez años, mi madre murió de cáncer. Dax y yo nos mudamos a Raleigh, para vivir con mi padre. Creo que se podría decir que nos hemos americanizado durante los últimos años. Al menos tengo doble nacionalidad. —Su mirada se volvió más dura—. Mi padre nos arrancó de lo que conocíamos y luego, cuando se volvió a casar, se olvidó de que existíamos. No lo veo demasiado a menudo. Y a él no le importa.

Levanté la botella de agua.

—Brindemos por los padres de mierda.

En ese momento, se posó en mi brazo una gran libélula azul, con aquel cuerpo vibrante parecido a un palo. No soy de esa clase de chicas que se pone a

gritar como una loca cuando aparece un insecto. La artista que hay en mí prefiere estudiar todos los detalles.

—Oh, es preciosa... —comenté. Pero él ya la había visto y se había acercado más, inundándome con su potente olor masculino—. Me hace cosquillas —dije con una risita después de un rato, y él ahuyentó a la hermosa criatura alada con una gentileza que me sorprendió.

La vio alejarse volando, y luego me estudió pensativamente.

—Es gracioso: cada vez que veo una libélula, creo que es el espíritu de mi madre. Ella las adoraba. Como una loca. Tenía un brazalete que le habían regalado con una como adorno; solo se compraba cosas con libélulas: tenía imanes, baratijas variadas e incluso cuadros. —Se frotó la mandíbula—. El día de su funeral, cuando estábamos en el entierro, una libélula se posó en Dax y luego voló hacia mí. Estuvo a nuestro alrededor durante todo el rato, sin alejarse. Resultó extraño, pero reconfortante... —Tragó saliva antes de continuar—. El día que mi padre se presentó en casa para traernos aquí, una libélula siguió al coche durante kilómetros. Raro, ¿verdad? Siempre... Siempre pienso que es ella, cuidando de mí.

—Es una idea muy bonita. ¿Por eso tienes una tatuada en el cuello?

—Sí. Para llevarla siempre conmigo.

«Él... Él... Él... —me impulsó mi cuerpo—. Elígelo para esta noche».

Me puse nerviosa y cambié la botella de agua de una mano a otra.

—Oye, ¿estás bien? ¿Te ha molestado mi historia? —Me observó fijamente hasta clavar los ojos en mis labios.

Me los lamí.

—Er... no... Es solo que parece que tenemos química, una especie de conexión o algo así, y me preguntaba si quizá, ya sabes..., si luego no estás ocupado..., y si no estás saliendo con nadie... Si te atraigo y te gusta el sexo, quizá te apetecería venir a mi casa.

Cerré los ojos, horrorizada. Ojalá se hubiera abierto el suelo debajo de mis pies. Mierda. Mierda. Mierda. No había estado nada fina. Cuando los abrí, vi que Blake corría hacia nosotros. Gracias a Dios. Alguien que me iba a rescatar de mi propia estupidez.

Lancé una mirada de reojo a Declan para ver si había alguna reacción a mi

propuesta, pero su cara era inexpresiva mientras observaba a Blake acercándose.

¿Me habría escuchado? ¿Qué le pasaba?

Blake se detuvo delante de nosotros, sin mirar a mi acompañante.

—Venga, ven, adoras esta canción. Vamos a bailar —me apremió, cogiéndome de la mano y tirando de mí.

Me aclaré la garganta para superar los nervios.

—¿Por qué no vamos todos a bailar? ¿Declan?

Él me lanzó una mirada confusa; sus ojos iban desde mi mano, encerrada en la de Blake, hasta mi cara. Noté que le palpitaba un músculo en la mandíbula.

—No, gracias —dijo con frialdad.

«¿Y eso?».

—Ve tú. Iré dentro de un minuto —le pedí a Blake, que me lanzó al instante una expresión malhumorada antes de regresar a la pista de baile.

Me volví hacia Declan.

—¿Por qué no quieres bailar? ¿No te gusta? —Sonreí para intentar aliviar el humor repentinamente oscuro que parecía envolverlo.

—¿Eres la chica de Blake? —preguntó en tono seco.

—No. No estoy saliendo con nadie. Me divierto, eso es todo. Por si acaso te lo has perdido, te acabo de hacer una proposición. Aunque fuera de una forma terrible.

Su expresión se hizo más tierna mientras me acariciaba el pelo brevemente, y luego dejó caer la mano.

—Me has dejado flipado, ¿sabes? Ha sido muy sorprendente... Tú tan seria y tan mona...

«¿Mona?». Era lo peor que le podías decir a una chica. Parecía un redoble de campanas anunciando una muerte.

—No debería haberlo hecho. Me he dejado llevar, y tú... —Era evidente que él no estaba interesado.

—No pienses que no me gustas —me dijo con la voz ronca.

—¿Pero...?

—No es una buena idea.

—Pues vale. De todas formas, debería huir como alma que lleva el diablo de un tipo como tú.

Volvió a mirarme a los ojos.

—¿Por qué?

—Es una larga historia.

Se acercó más y me rozó la mano.

—Quizá puedas contarme esa historia algún día.

Y entonces, como por ensalmo, se me llenaron los ojos de lágrimas al ver su ternura, y me apresuré a parpadear antes de que se diera cuenta.

Soltó el aire, como si no supiera muy bien de qué forma proceder.

—Mira, te he visto por el campus. Siempre eres muy reservada y, en el fondo pareces..., bueno, pareces frágil. Sinceramente, me encantan las chicas y el sexo duro. Estaría encima de ti y, no sé cómo, pero creo que no te gustaría eso. —Sus intensos ojos buscaron los míos—. Dejando eso a un lado, acabo de romper con alguien hace solo unos meses, y no me gustaría utilizarte.

Me quedé en «me gusta el sexo duro», y repetirlo mentalmente hizo que se me cubriera la frente de sudor.

—Quizá sea yo la que quiera utilizarte, y no soy frágil. Nadie me hace daño ya —aseguré, pero antes de que él pudiera responderme, Shelley me gritó desde la pista de baile.

—¡Elizabeth, mueve el culo y ven a bailar conmigo! —Me hizo señas con los brazos para que me acercara a ella, mientras se contoneaba entre varios compañeros con agilidad.

Cuando me volví hacia Declan, una rubia muy guapa con el pelo cortado a lo paje había enlazado el brazo con el suyo. Era delgada, con las tetas grandes, llevaba unos *stilettos* y un vestido de seda verde que seguramente costaba más que lo que yo pagaba de alquiler.

Me observó con la nariz en alto antes de volverse hacia Declan.

—Hola, cariño, tengo que hablar contigo —le dijo pasándole los dedos por el brazo.

Él se puso rígido y la miró con una expresión gélida.

—¿Qué quieres?

—A ti —gimió ella—. Solo quiero que me des la oportunidad de explicarte que...

«Oh, oh... ¿Esta chica es su ex?».

Él me miró y me despidió con un gesto de cabeza.

—Me ha encantado conocerte, Elizabeth. Nos vemos mañana.

«¿Mañana? ¿Desde cuándo?».

Me lanzó un último vistazo antes de darse la vuelta y marcharse con la otra chica.

Mi noche con Declan había terminado. Punto.

¿Me sentía decepcionada? Sí.

¿Iba a dejar que eso arruinara mi primera fiesta en la universidad? No lo sabía.

DECLAN

Elizabeth Bennet era la persona con la que más incómodo me había sentido nunca en una fiesta del campus.

No solo había atravesado la puerta como si estuviera acercándose al cadalso, sino que me había pedido que echara un polvo con ella de la forma menos sofisticada que hubiera visto en todos los años que llevaba en Whitman. Podía vivir cien años más y jamás oiría una propuesta tan mala.

Fuera rara o no, nadie podía negar que era preciosa. Durante el tiempo que habíamos estado hablando, no había podido dejar de admirar sus ojos azules ni la forma en la que el escote del vestido dejaba a la vista la profunda V entre sus pechos, lo que me resultaba muy frustrante.

No estaba allí para ligarme una chica y empezar algo con ella. No quería distracciones.

¿Y qué decir del tal Blake?

¿De qué coño iba...?

Estaba enamorado de ella, y Elizabeth no tenía ni puta idea. ¿O sí lo sabía?

Seguí a Nadia, que me llevaba de regreso al interior de la casa. Debería haberla alejado de mí tan pronto como se acercó con aquella expresión triste en el rostro, pero, si era sincero, necesitaba poner distancia con Elizabeth, y Nadia había supuesto una excusa cojonuda. Para mi sorpresa, verla no me había afectado tanto como había esperado. Ahora que ya llevábamos separados un tiempo, había podido pensar y me había dado cuenta de lo tóxica que había resultado para mí. La mayor parte de nuestra relación se había basado en el sexo. Era una chica superficial que solo estaba pendiente de sí misma; había sido una equivocación desde el principio, pero me había dejado influir por su cuerpo y por la forma en la que me había adulado.

Fuimos a la biblioteca, que estaba en la parte de atrás del edificio. Se trataba de una sala apartada en la que la fraternidad celebraba la mayoría de sus reuniones y juntas formales. Pensé que allí habría menos posibilidades de que

nos encontrara alguien si las cosas se ponían calientes. No entraba en mis planes perder el control con ella, ese no era mi estilo. En realidad nunca me había portado mal con una mujer, gracias a la buena influencia de mi madre.

Me liberaba de las frustraciones en el saco de boxeo del gimnasio, no con las chicas.

Conocía muy bien cuál era el juego que se traía Nadia entre manos. Había llegado a la fiesta y me había visto con Elizabeth y, como siempre, quería lo que no podía tener. Típico...

Anduvimos hasta el centro de la sala y antes de que pudiera preguntarle qué quería, tenía su lengua en la garganta.

Durante medio segundo me pareció correcto, y luego llevé las manos a las suyas para liberarme de ellas y alejar sus labios de los míos.

—No hagas eso —le espeté.

—Declan, sé que me odias —susurró sin dejar de mirarme—, pero te he echado mucho de menos. Por favor, no te alejes de mí. He pasado un verano absolutamente horrible sin ti.

—Pues el mío ha sido muy bueno —la provoqué—. Me deshice de una novia infiel y trabajé durísimo para poder montar el gimnasio. Alejarme de ti ha sido lo mejor que he hecho en la vida.

Cerró los párpados, pero antes logré ver un destello de dolor en sus pupilas. Cuando abrió de nuevo los ojos, los tenía llenos de lágrimas, lo que hacía que brillaran como diamantes.

—Ya sé que terminamos de una forma terrible, y que fue culpa mía, que ni siquiera deberías darme la hora, pero ha pasado mucho tiempo desde que te vi y...

—¿Dónde está Donatello? —inquirí secamente, cruzando los brazos—. Búscalo a él.

—¡Oh, Dios, Declan! —soltó con la voz estrangulada después de morderse el labio—. Mi madre tiene cáncer. Se lo diagnosticaron el mes pasado, y desde entonces me he sentido deprimidísima. Solo quería hablar contigo, y no podía porque tú no me has devuelto las llamadas. —Tragó saliva al tiempo que se retorció el vestido con las manos—. Sé lo que pasaste con tu madre, eres la única persona que puede entender lo asustada que estoy. Esta noche... necesitaba verte y decírtelo...

«¿Su madre?».

Me froté la mandíbula mientras recordaba a la señora Brown. Era una mujer muy dulce, Nadia se parecía bastante a ella, solo que su madre era más suave y siempre me había tratado de forma muy amable cuando íbamos a cenar a su casa. Solté el aire y me pellizqué el puente de la nariz.

—Lo siento mucho por tu madre. El cáncer es lo peor del mundo.

Ella hipó y se acurrucó contra mi pecho, así que terminé rodeándola con los brazos.

—Dios..., qué bien hueles... —murmuró contra mi torso.

La miré con intensidad.

—Nadia...

Me encerró la cara entre las manos.

—No digas nada, Declan. Solo bésame...

ELIZABETH

Cuando terminó la canción, me fui para dentro de nuevo. Me dije que solo estaba intentando encontrar un cuarto de baño, aunque también quería saber dónde se había metido Declan. ¿Me había convertido en una acechadora? Podía ser.

Me di una vuelta por la casa hasta llegar a una habitación más pequeña, donde capté de reojo un par de brazos.

Me detuve y retrocedí para verlos mejor.

No quería espiarlos, pero se trataba de Declan y Nadia, que estaban de pie, delante de un sillón, por lo que solo veía la parte superior de sus cuerpos mientras se abrazaban. Ella le hizo bajar la cabeza y lo besó con avidez al tiempo que le recorría el pelo con las manos. Él dejó que continuara acariciándolo durante un momento, pero luego se liberó de sus manos al tiempo que le decía algo que yo no pude escuchar.

Contuve la respiración y me incliné hacia delante, tratando de captar parte de la conversación.

No sabía por qué me importaba tanto saber qué decían. Él me había rechazado y me había hecho saber que yo no era su tipo, lo que no dejaba de ser irónico, dado que yo había rechazado a su hermano, aunque eso no había desconcertado a Dax en lo más mínimo.

Un montón de gritos y alaridos inundaron mis oídos cuando varios de los invitados entraron de repente en la casa. Declan y Nadia se volvieron hacia la puerta y, temiendo que me pillaran espiándolos, me puse de rodillas.

«¿Me han visto?», me pregunté con los ojos cerrados.

¿Cómo me había metido en ese lío?

«Porque tenías ganas de hacer pis —me respondí a mí misma—. Y porque has venido a esta estúpida fiesta».

Rogando que el sillón me ocultara, me moví lentamente hacia el pasillo y,

con algo de suerte, hasta un cuarto de baño.

Unas zapatillas Converse negras se detuvieron delante de mí. Levanté la vista hasta los ojos divertidos de Dax. Él me lanzó una mirada burlona.

—¿Te lo estás pasando bien?

«Piensa rápido, Elizabeth».

—Estoy buscando una lentilla —dije, palpando el suelo de madera—. Se me ha caído cuando intentaba encontrar el baño.

—Ah, ¿necesitas ayuda? Está bastante oscuro.

—No, ya me las arreglo sola. —*Pat, pat.*

Pasaron unos segundos.

Seguí gateando. Metida en mi papel. Esperando a que se fuera. Rezando...

Levanté la vista de nuevo y noté que continuaba mirándome con diversión.

—¿Estás segura de que no necesitas que te eche una mano? El suelo está muy sucio.

—No me importa la suciedad. Mejora el sistema inmunológico... Lo descubrí cuando era una niña.

Se rio.

—¿Por qué no confieras que estabas espiando a mi hermano con Nadia? Además, mientras estás a cuatro patas, puedo verte las tetas. No es que me importe, pero he pensado que te gustaría saberlo.

«¡Maldición!».

—Bueno... —Me levanté y me limpié el vestido—. Para tu información, no uso lentillas. He pasado casualmente por aquí y los he visto. Debes admitir que son muy intensos; es como una telenovela. Es obvio que carezco de habilidades sociales y que soy una entrometida.

—Efectivamente.

Su acento inglés solo hizo que mi mortificación fuera en aumento.

Hundí la cara entre las manos.

—Para empezar, no debería haber venido a esta fiesta. Estoy fuera de mi zona de confort, y tu hermano... Bueno, confieso que traté de coquetear con él;

para serte sincera, de ligármelo, y me ha rechazado.

—¿Te gusta mi hermano? —preguntó con sorpresa.

Lo miré a través de los dedos.

—¿Y con «gustar» quieres decir que si me siento atraída por él?

Sonrió.

—Como os gusta decir a los americanos: pues claro, nena.

Me mordí el labio.

—Apenas lo conozco.

Dax me observó por encima del hombro y entrecerró los ojos.

—Está saliendo ahora. Venga, finjamos que nos estamos enrollando.

—¿Qué? —«Todavía está más loco que yo».

Me dirigió una mirada muy intensa.

—Vamos a darle algo en lo que pensar... Algo que lo ponga celoso. Bésame.

Levanté las manos para alejarlo.

—No beso a los hombres a los que les huele el aliento a alcohol y que seguramente tengan una enfermedad venérea.

Se llevó las manos al pecho como si le hubiera roto el corazón.

—Oh..., muy ocurrente... Pero hazme caso. A Declan le gustas. He visto cómo te estaba hablando. Bésame, cariño, hazlo, no pienses. —Su voz era muy insistente.

En mi cabeza resonaron campanas de advertencia. Apreté los puños.

—No.

Pero no me estaba escuchando.

Me estrechó entre sus brazos, rodeándome los hombros y la cintura para acercarme todavía más a él. Apretó los labios contra los míos al tiempo que me hacía retroceder hasta la pared.

Me envolvió el olor a alcohol de su aliento.

Se me revolvió el estómago cuando miles de recuerdos acudieron a mi mente.

El fuerte aroma del vodka.

El vestido desgarrado.

El corte de la navaja en las muñecas.

Me estremecí, y la bilis burbujeó en mis entrañas.

Dax apartó los labios de los míos y me estudió con expresión confusa.

—¿Elizabeth? Te has puesto blanca como el papel.

Su voz me llegó desde muy lejos, y negué con la cabeza al tiempo que lo empujaba para alejarlo de mí. Respiré por la nariz y expulsé el aire por la boca.

«Piensa solo en respirar».

Me concentré en mi interior, buscando esa parte de mí que sabía que era fuerte. Que era una superviviente.

Había tenido años de asesoramiento con un terapeuta. Sabía cómo enfrentarme a un ataque de pánico.

Cuando me tocó el brazo, me estremecí, e instintivamente moví el brazo para darle un bofetón en la mejilla. Un sonido que reverberó en el silencio del pasillo.

Se llevó los dedos a la cara y me miró con una expresión atónita.

—No era esto lo que esperaba. ¡Joder! No sabía que no estabas de acuerdo.
—Me puso las manos en los hombros con suavidad—. ¿Estás bien?

—Aléjate de mí —susurré, y lo empujé. Cuando me soltó, apoyé la espalda y las palmas de las manos en los paneles de madera de la pared para sostenerme en pie.

De repente, unas fuertes manos empujaron a Dax más lejos todavía.

Declan se interpuso entre nosotros con una expresión cabreada. Me recorrió con aquellos ojos plateados y luego miró a su hermano, apretando los dientes.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué le has hecho a Elizabeth?

—No pasa nada —susurré, aunque no era así.

Declan clavó los ojos en su hermano, que levantó las manos.

—La he besado y ella no estaba por la labor. Eso es todo.

Apartó a Dax de mí con una expresión incendiaria.

—Qué idiota eres, Dax.

Dax se sonrojó con intensidad mientras miraba a su gemelo. Soltó el aire de golpe antes de observarme con una expresión contrita.

—Oye, de verdad, lo siento mucho. No sabía que besarme haría que quisieras vomitar. Solo quería poder decirle a Declan que te había besado primero. A veces jugamos a ver por cuál de los dos se inclinará una chica... Lo siento, seguramente no quieras oír esto ahora.

Ni siquiera lo estaba escuchando, solo me concentraba en seguir respirando.

Declan me cogió la mano.

—¿Te encuentras bien?

«¿Bien?».

Estaba a cientos de kilómetros, a años de distancia, con Colby en aquella habitación de hotel, y, sin embargo, seguía atormentándome. Me sentí avergonzada. Llevaba meses sin tener una reacción como esta, principalmente porque mantenía todas mis emociones bajo un estricto control.

Quería ser una chica normal, una universitaria más, por una noche. Solo quería ser como las demás.

Me enderecé, alejándome de la pared. Los observé a ambos antes de alejarme. Me sentía humillada.

—Estaré bien.

Declan no parecía de acuerdo cuando clavó sus ojos atormentados en su hermano.

Nadia salió al pasillo colocándose el vestido, lo que me hizo preguntarme qué había interrumpido.

—¿Qué pasa aquí?

Nadie le respondió.

Dax se encogió de hombros y se movió incómodo mientras Declan mantenía la mirada fija en mi rostro como si quisiera devorar cada centímetro de mi expresión.

Incluso después de haber estado a punto de sufrir un ataque de pánico, algo de él se me había quedado grabado en la piel.

«Vete. Lárgate de aquí. Esta fiesta no es para ti».

—Tengo que marcharme —dije cruzando los brazos y frotándomelos—. Ya es tarde.

—No te vayas —me pidió Dax—. Te juro que mantendré las manos quietas si te quedas.

—No la presiones más —intervino Declan—. ¿Es que no te das cuenta de que la has asustado?

Nadia contempló a los gemelos después de estudiarme a mí, intentando descifrarme, pero yo no quería que lo hiciera.

Cada vez me sentía más mortificada.

Tenía que marcharme ya de allí, quería alejarme del tipo que me había besado y del que no podía tener y al que, sin duda, no necesitaba.

—Déjame que te lleve a casa —me pidió Declan con un tono de voz muy suave.

«¡No!». No podía soportar estar cerca de ninguno de ellos.

—Puedo cuidarme sola.

—Puedo llevarla yo a casa —intervino Nadia—. De todas formas, ya me iba.

—No, gracias —le solté con cierta brusquedad. No iba a permitir que me manipulara una ex celosa solo porque tenía miedo a que me quedara a su novio.

Levantó las manos.

—No es necesario ser tan borde, ¿sabes?

—Ya es suficiente, Nadia —advirtió Declan.

—Solo estaba tratando de ayudar —bufó ella.

No, no era cierto. No la conocía personalmente, pero sí a otras chicas como ella. Fueron las que cotillearon sobre mí después de la fiesta de graduación, las que habían esparcido rumores y publicado en Twitter y Facebook todas aquellas cosas horribles que Colby les había contado a todos sobre mí cuando se fue del hotel. De repente, chicas que había considerado mis amigas me consideraban una puta y una calientapollas.

Antes de que Declan pudiera decir nada más, giré sobre los talones y me alejé. Me encontré con Shelley junto a la pista de baile, donde, al parecer, había estado todo el rato. La llevé aparte y le dije que estaba preparada para marcharme.

—¿Va todo bien? —me preguntó con la cara sonrojada por el baile.

No quería leer la desilusión en sus ojos, así que le mentí y le dije que estaba cansada. Se ofreció a llevarme de vuelta al apartamento, pero había bebido mucho, y sabía que estaba pasándose en grande. Además, no me gustaba ser siempre la amiga que requería ayuda extra porque le daban ataques de nervios por estupideces.

Después de convencerla y garantizarle que podía regresar sola a casa, se puso a bailar de nuevo. Saqué el móvil para llamar a un taxi. La próxima vez conduciría yo misma.

No, un momento, no iba a haber próxima vez.

Esta era la última fiesta a la que asistiría.

Blake apareció de repente a mi lado en cuanto colgué el teléfono.

—¿Dónde diablos has estado? Te he buscado por todas partes. —De pronto, advirtió la forma en la que agarraba el bolso—. ¿Te vas ya?

—Lo siento, me queda mucho por hacer en el apartamento. ¿Podrías ocuparte de Shelley si está demasiado borracha para conducir? ¿Asegurarte de que regresa a su habitación sana y salva?

—Claro. —Me miró con palpable ansiedad—. Pero no me gusta que desaparezcas así. Te he buscado en todas las habitaciones. ¿Quién sabe lo que podría haberte pasado si hubieras estado con Declan Blay?

«¿Declan?». Si había sido el mejor de todos...

De todas formas, no tenía tiempo para discutir con él; quería marcharme de una vez.

—Estoy bien. Nos veremos pronto.

Me agarró del brazo para detenerme mientras me daba la vuelta. Tenía la incertidumbre escrita en la cara.

—Elizabeth, espera. Tengo que decirte algo que debería haberte comentado hace mucho tiempo.

«No».

Le puse los dedos en los labios. Sospechaba lo que quería decirme, y no estaba preparada para escucharlo o responder a ello.

—No lo hagas. No en este momento. Esta noche no puedo soportar nada

más.

DECLAN

Desde un lateral de la casa de la fraternidad Tau, vi cómo Elizabeth atravesaba el patio con aquellas largas piernas y se subía al taxi que acababa de detenerse junto a la acera. Llevaba los hombros encorvados, como si le pesaran. Su postura hizo que me sintiera alarmado. La reacción que había tenido era demasiado intensa. Volví a cabrearme con Dax. Era muy impulsivo y actuaba sin pensarse dos veces lo que pasaba por su cabeza, así que no era una sorpresa verlo caer sobre una chica bonita. Pero Elizabeth no era cualquier chica, era ella, y, por alguna razón, eso me molestaba.

Siguiendo un impulso, salté al *jeep* y lo puse en marcha para ir tras ella hasta su casa. Una emoción a la que no sabía poner nombre hacía que quisiera asegurarme de que llegara en perfecto estado.

A fin de cuentas, sabía perfectamente dónde vivía.

Fui detrás del taxi hasta el edificio de apartamentos y me detuve delante del *diner* que había al otro lado de la calle, Minnie's, para verla salir del taxi, pagar al conductor y recorrer la acera. Se convirtió en una figura solitaria mientras arrastraba los pies lentamente, con el pelo rubio platino ondeando con el viento, que anunciaba una buena tormenta. Una de las farolas de la calle estaba fundida, y supe que era muy consciente de ello cuando la vi mirar por encima del hombro con la cara pálida sin dejar de subir las escaleras de entrada. Recorrió el pasillo con rapidez, y la forma en la que balanceaba los brazos me indicó que estaba alerta ante cualquier cosa. Era muy consciente de los peligros que suponía andar sola por la noche.

¿Era el encontronazo con Dax la causa de esa reacción?

Sospechaba que no. Encajaba en el patrón de las chicas que había visto en las clases de autodefensa. Parecía asustada... Vulnerable. Se escondía detrás de su dolor.

A Elizabeth Bennet le habían hecho daño en el pasado, y ansiaba clavarle el puño en la cara a quien quiera que hubiera sido.

Cuando se detuvo delante de la puerta de su apartamento, se le cayeron las llaves. Me quedé prendado por la forma en la que se ceñía la tela del vestido a su culo en forma de corazón al inclinarse para recogerlas. Clavé los ojos en sus hombros y en el marcado contraste de la tela con su piel. Era una chica impresionante, y me había costado mucho rechazarla esta noche. La vi deslizarse en el interior mientras me ofrecía un leve vislumbre de la suave curva de sus mejillas, y, al instante, lamenté aquellos impulsos sexuales.

En ese momento, lo único que quería era hacer desaparecer esa expresión herida de su cara.

Después de que cerrara la puerta, encendí el coche y lo aparqué en la plaza que me correspondía. También me iba a casa. No era necesario que regresara a la fiesta, aunque Nadia hubiera insistido en que quería hablar conmigo esta noche. Al pensar en ella, me recordé a mí mismo por qué era una mala idea sentirme atraído por una chica en estos momentos, en especial cuando se trataba de una tan guapa como Elizabeth.

Justo en el instante que entré, me sonó el móvil. Un mensaje de texto de mi padre.

«Mañana, cena en mi casa. Dax ya me ha confirmado su presencia. Tenemos que hablar sobre los planes que tenéis para después de la graduación y sobre qué vas a hacer con la herencia».

Solté una carcajada antes de lanzar el teléfono sobre el sofá.

Eso demostraba que no sabía nada de mí.

No tenía ni idea de que había usado la mitad del dinero que me había dejado mi madre, y que había recibido el año pasado, para comprar un gimnasio.

Necesitaba ponerme a golpear algo. Me quité la camiseta, cogí unos pantalones cortos de deporte y los guantes. No podía darle al *punching ball* sin música, así que hice que sonara Nelly por los altavoces y empecé a seguir el ritmo.

ELIZABETH

Una tormenta iluminaba el cielo nocturno.

Me senté en la cama y observé los rayos, que dibujaban líneas irregulares en la distancia. Poco tiempo después, se levantó el viento, y las ráfagas inclinaron los pequeños árboles que había debajo de mi balcón.

Puse la colcha de mi abuela sobre la cama.

Estaba sola, pero igual que fuera atronaba la tormenta, en mi vida soplaban vientos de cambio. Solo que no sabía a dónde me llevarían.

Shelley me envió un mensaje de texto, en respuesta a uno que yo le había mandado con anterioridad para saber cómo estaba.

«Blake me ha traído a casa. ¿Por qué te has ido tan pronto?»

¿Qué tal te han ido las cosas con el chico más sexy de la universidad de Whitman?

¿Habéis follado como monos?».

Respondí:

«¡Por favor! Como monos, no. ¿No somos seres humanos?»

¿“El chico más sexy de Whitman”? ¿En serio? Guau...».

Me escribió al instante:

«Está que te cagas, es rico y muy sexy.

Se dice, se cuenta, se rumorea, que esta noche solo ha tenido ojos para ti.

O eso dice Blake».

Ignoré esa parte cuando le contesté.

«Te debo un almuerzo por haberme ayudado a mudarme».

Dejé el móvil en la mesilla y me acurruqué en la cama.

Mientras la tormenta arreciaba, mi vecino hizo notar su presencia en el apartamento de al lado, armando bulla al ritmo de la música que atravesaba las delgadas paredes.

Vale, podía pasar por alto la música esta noche. Era normal, me dije, recordando con rapidez que era fin de semana y que la dueña de los apartamentos era la universidad.

Pero ¿no era muy desconsiderado por su parte? Bah, daba igual. Me di la vuelta justo cuando un rítmico sonido comenzó a inundar mis oídos.

Toc, toc, toc, toc...

¡Genial! ¿Es que tenía una puta orgía allí dentro?

Gruñí y escondí la cabeza debajo de la almohada. Eso no ayudaba. Me revolví en la cama, inquieta. Incluso cabreada. Volví a revivir los acontecimientos de la noche, recordando cómo me había rechazado Declan. Me incorporé para mullir la almohada y que estuviera más ahuecada.

¡Maldito británico! No sabía nada de mí.

Había visto el lado más oscuro de la vida aquella noche en el hotel, pero me había enfrentado a ello, había lidiado con todo eso de la única manera que sabía. Yo no era frágil.

«Pero has cambiado —dijo una voz dentro de mí—, ahora estás amargada».

Solté el aire y rodé sobre el colchón para intentar encontrar un lugar más cómodo, aunque no tenía sentido. Aggg... Después de soportar durante quince minutos más aquella música estridente y los golpes, me levanté bruscamente y me puse una bata blanca sobre el camisón. Me golpeé la cabeza al coger unos zapatos de la caja que había metido provisionalmente bajo el armario, lo que hizo que me irritara todavía más. Por fin, encontré unas botas para lluvia de color rosa y metí los pies dentro.

Tenía que ponerle las cosas muy claras al vecino. Si no lo hacía ahora, seguramente acabaría montando una fiesta todas las noches, y no podía tolerarlo. Salí por la puerta y, como no había voladizo sobre el rellano, me empapé en menos de cinco segundos. Recorrí la corta distancia que separaba mi apartamento del de él entre maldiciones, y aporreé la puerta con el puño.

Primero se detuvo el rítmico golpeteo y luego, la música.

Puse los brazos en jarras y dejé que aflorara a mi cara la expresión más cabreada que tenía. Era un poco difícil parecer dura cuando estabas empapada de pies a cabeza, pero lo intenté lo mejor que pude.

La puerta se abrió de par en par, y levanté la vista.

—Perdona, pero tienes la música a demasiado volumen y parece que estás tirando las paredes... —Me interrumpí bruscamente. Parpadeé mientras me resistía al impulso de frotarme los ojos—. ¿Declan?

Vestido solo con unos pantalones cortos de deporte, se apoyó en el marco de la puerta con el cuerpo brillante por el sudor que resbalaba por su musculoso pecho hasta la V que formaban los oblicuos en sus caderas.

«¡Oh. Dios. Mío!». Contuve la respiración.

Este tipo debería venir acompañado de una etiqueta de advertencia.

Era simplemente perfecto, y yo debía de parecer una rata ahogada.

Cuando un rayo iluminó el cielo, me cogió de la mano para tirar de mí hacia dentro y cerró la puerta de golpe.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —Sus ojos como acero líquido se deslizaron por mi cuerpo mientras yo intentaba tragarme el nudo que se me había formado en la garganta.

Una vez más, sentí aquella extraña química entre nosotros, el misterioso impulso carnal que me hacía imaginarme besándolo de forma salvaje mientras él me apretaba contra la pared y me...

«¡Guau!». Ignoré esa idea.

—Será más bien ¿qué haces tú aquí? —Era una pregunta ridícula, pero mis conexiones neuronales parecían haberse quedado fritas.

Dejó a un lado los guantes rojos de boxeo que llevaba en las manos cuando abrió la puerta.

—Pues vivo aquí. Este es mi apartamento nuevo. Me he mudado hoy, lo mismo que tú.

Así que él era el tipo del *jeep*, el que llevaba la gorra con la bandera de la *Union Jack*.

—¿Eso significa que hoy me has visto en el rellano, me has reconocido en la fiesta y no me has dicho nada? —Mi voz había subido una octava—. ¿No piensas que es raro?

Se pasó la mano por el cabello oscuro y suspiró.

—Al ver cómo reaccionaba Blake en la fiesta conmigo, he pensado que era mejor no mencionarlo. No creo que le gustara saber que somos vecinos. —

Inclinó la cabeza a un lado—. Me ha dado la impresión de que estaba marcando territorio. ¿Estás segura de que no eres su novia?

—No salgo con nadie. Nunca.

Asimiló lo que quería decir y clavó los ojos en mí.

—Entonces, ¿has venido aquí con la intención de seducirme? Porque, si es así, estás haciéndolo bastante mal.

«¿Qué?». Bajé la vista a mi cuerpo.

La bata se había abierto, dejando a la vista el camisón blanco, que gracias a la lluvia se había vuelto casi transparente. Era corto, vaporoso y de seda; regalo de Shelley, por supuesto.

Me puse rígida.

—He venido a protestar porque alguien está golpeando la pared y con la música a todo volumen. No puedo dormir. ¡Ah! Si eres tú... —Sonreí.

Hizo una mueca de disculpa.

—Estaba entrenando con el saco de boxeo. Lo siento. He tenido un día de mierda. Abrir el gimnasio me está estresando mucho. Además, he recibido un mensaje de texto de mi padre... —Se le nublaron los ojos al acariciarme la piel con la mirada—. Estás empapada. —Se dio la vuelta y salió del recibidor, lo que hizo que viera las cicatrices que tenía en la espalda antes de que desapareciera. Me quedé boquiabierta.

«¿Qué le habrá pasado ahí?».

Volvió con una toalla que me puso sobre los hombros, cerrando los extremos mientras sonreía con ternura.

—Tienes que perdonarme. Me gusta escuchar la música con mucho volumen.

«Así como las mujeres y el sexo duro». ¡Oh, sí! Me estremecí.

—Vale... —Noté que se me había puesto ronca la voz y que el corazón me palpitaba con fuerza ante su cercanía.

Pero no de miedo, sino de pura lujuria. Declan era un hombre que sabía pulsar todas las teclas correctas en mí.

Pareció darse cuenta de lo cerca que estábamos, porque se movió y se alejó unos pasos de mí.

—¿Algo más?

Me reí. Alguien deseaba que me largara. Por una vez, no era la única que quería ser más prudente con el sexo opuesto; él también.

—No, eso es todo. Perdona por molestarte, pero trata de mantenerla más baja.

—Espera —me dijo mientras yo ponía la mano en el pomo de la puerta.

Me di la vuelta hacia él.

—¿Sí?

—Sobre lo que ha ocurrido antes con Dax, lo siento mucho. Te lo sujetaré si deseas pegarle una patada en las pelotas.

Sonreí ante la imagen que apareció en mi mente.

—No ha sido culpa tuya.

—Es un buen tipo, en serio. —Se encogió de hombros—. Llevo cuidando de él toda la vida a pesar de que somos de la misma edad. Puede que sea un poco inconsciente e impulsivo, pero nunca le haría daño a nadie a propósito.

Asentí.

—No, por supuesto. Me alegro de que estuvieras allí. Gracias.

Sonrió.

—Mi madre siempre decía que yo era el más fuerte. Me encomendó que lo cuidara.

—Oh...

Sonrió y se clavó los dientes superiores en el labio inferior. Toda aquella situación, sus palabras tan preocupadas, sus atractivos rasgos, sus deliciosos labios... Quería besarlo.

Me llené el pecho de aire.

Me empezaron a sudar las manos.

Noté una colonia entera de mariposas revoloteando en mi estómago.

—Si realmente quisieras hacer que me sintiera mejor, deberías borrar el beso de Dax de mi memoria dándome uno tío.

Se quedó paralizado, y clavó los ojos en mis labios mientras se humedecía

los suyos.

—¿De verdad?

Asentí moviendo la cabeza.

—Definitivamente.

—¿Ahora? —Su tono ronco me erizó los sentidos.

—¿Por qué no?

Reinó el silencio en el apartamento mientras me devoraba con los ojos, como si estuviera tratando de descifrarme. Dios, ¿qué me pasaba? ¿Tan desesperada estaba? Me preparé para otro rechazo.

—Ven aquí, Elizabeth —me ordenó con voz suave pero firme.

La toalla que tenía sobre los hombros cayó al suelo, y recorrí el espacio que nos separaba, ansiosa por acercarme a él. Ansiosa por besarlo.

Ahucó la mano sobre mi mejilla y me recorrió la línea de la mandíbula con los dedos hasta el escote para jugar con los botones de mi vestido.

—Elizabeth, no puedo negarme. ¿Estás segura?

En el aire flotó una especie de susurro. Una chispa eléctrica.

Asentí, le apoyé las manos en los hombros y me puse de puntillas para llegar a su boca. Hundí la lengua entre sus labios para probar sus secretos. Olía a algo muy masculino, como sudor, y sentía la calidez de su torso contra mis pechos húmedos por la lluvia. No se movió, hasta que de repente lo hizo, me rodeó los hombros con los brazos y me rozó la espalda cuando me acercó más a él.

Me hundí en él, suspirando por la forma en la que movió una de las manos para enredar los dedos en mi pelo.

Lo besé con más intensidad. Con decadencia.

Él se convirtió en mi instigador. Su boca vagó sobre la mía con la respiración más pesada para chuparme los labios de forma juguetona, y luego más profunda, enredando nuestras lenguas. Apoderándose de mis labios. Unas fuertes oleadas de deseo se extendieron por mi interior.

Bajó las manos y me rodeó con ellas la cintura, clavándome los dedos en las caderas. Loco de necesidad, musitó mi nombre contra mis labios.

Gemí de placer. Era bueno sentir su dureza contra mi suavidad, y quise

recrearme en mi victoria por la forma en la que me deseaba, igual que yo a él.

Ronroneé. Era increíble. Caliente. Sexy. Cada vez más intenso.

Hasta que no lo fue.

Separó la boca al tiempo que apoyaba la frente contra la mía.

—Haces que me resulte muy difícil mantenerme alejado cuando entras aquí con esas botas de color rosa y las bragas mojadas, anunciando claramente que no usas bragas de abuelita. —Su voz era como ámbar líquido, dorado y cálido: era sexo hecho sonido.

—¿Por qué querrías alejarte? —Respiré hondo—. Ven a mi apartamento y pasa la noche conmigo. —Le acaricié la cara, moviendo los dedos cada vez más cerca de sus sensuales labios—. Solo una noche. Podremos conseguir que este mundo de mierda desaparezca.

Él soltó el aire bruscamente.

—¿Un rollo de una noche?

—Sí.

Me cogió la barbilla.

—Alguien te ha hecho daño, ¿verdad?

Apreté los labios. En Whitman nadie sabía nada de Colby, salvo Shelley y Blake, y ellos no le habían contado nada. Si fuera así, me juzgaría como todo el mundo en Petal, Carolina del Norte.

—Eso no es asunto tuyo.

—Entiendo. —Buscó mi mirada hasta que me sentí como un insecto bajo el microscopio—. ¿Y si quisiera algo más que una noche?

—Entonces sería mejor que me soltaras ahora.

Retiró las manos lentamente, rozándome con las puntas de los dedos.

—Quizá te sorprenda que te diga esto, pero no me acuesto con todas las chicas a las que beso.

Me estaba rechazando. Otra vez.

—Blake me ha dicho que eres un ligón, que usas...

—¿Y lo has creído? —preguntó con incredulidad—. Tu amigo está

enamorado de ti, y se ha dado cuenta de cómo nos hemos mirado esta noche...

«¿Cómo nos hemos mirado?».

—¿De qué hablas? Primero te negaste a bailar conmigo, y luego te largaste con tu novia. Por no mencionar que acabo de besarte y que ni siquiera te ha excitado. —Levanté las manos.

—He querido follar contigo desde el momento en el que entraste en la fiesta —me soltó de golpe.

—Entonces, ¿por qué no...? —Le di la espalda, enderezando los hombros.

—¿Crees que me deseas? —preguntó con fuerza—. No puedes conmigo, Elizabeth. Lo veo en tus ojos. Tienes miedo de algo, quizá no de mí, pero sí de...

Clavé la mirada en su ojo a la funerala.

Él soltó una risa áspera.

—Ah, tienes miedo de eso. ¿Quieres saber la verdad? Esta noche me has dicho que no te gusta la violencia, pero yo soy un capullo que usa los puños. Eso es lo que soy.

No me lo creía. Tenía el presentimiento de que era un buen tipo.

—¿Qué quieres decir?

Su mirada era intensa y oscura, de desprecio; en su expresión aparecían indicios de una lucha interna mientras intentaba encontrar las palabras correctas.

—Formo parte de un club de lucha, por dinero. Me peleo con otros tipos en naves industriales abandonadas. A veces gano y los dejo necesitados de atención médica. Y otras he perdido y me he quedado inconsciente. Represento todo aquello de lo que quieres mantenerte alejada.

Tomé aire; en mi interior se mezcló la ira con la lujuria y la excitación. Ira por que me estuviera alejando de él, deseo por aquel ejemplar masculino, y, que Dios me ayudara, eso que me contaba de la lucha me repelía y excitaba a la vez.

—No quiero alejarme de ti. Quiero que me folles de una vez y dejes de buscar excusas para no hacerlo.

Mis palabras parecieron romper su tensa contención.

Me hizo retroceder envolviéndome entre sus brazos mientras nuestros labios se fusionaban de forma infalible. Me saqueó con la lengua de esa manera sensual que mi cuerpo había anhelado durante años. Le rodeé el cuello al notar que la ira

se transformaba en una necesidad plena al tiempo que él nos giraba para presionarme contra la pared.

«Sí, sí, esto es lo que quiero».

Una pasión que me recordara que era real y no una triste excusa de una chica que prefería tener solo pedacitos de amor.

Antes de que me diera cuenta, me había quitado la bata y me esculpía los hombros con las manos, masajeándomelos mientras se apoderaba de mi boca. Me deleité en la calidez de su mano en mi cuello y noté que deslizaba la boca más abajo para besar el hueco de mi garganta y chuparme la clavícula.

—¿Te gusta? —me preguntó con la voz ronca—. ¿Quieres que te folle contra la pared?

—Sí —gemí. Estaba ida. Me daban igual el presente, el pasado y el futuro, siempre y cuando siguiera tocándome.

«Fuera de control», me susurró mi cerebro, pero rechacé todas las advertencias cuando puso su cálida mano sobre mi pecho y empezó a apretarlo, pellizcando el pezón entre el pulgar y el índice.

Jadeé de placer y arqueé la espalda para acercarme a su cuerpo, ignorando que mis miedos estaban a flor de piel.

La chica que solo sabía de reglas intentó entrar en mi cerebro, gritarme, pero la ignoré.

No obstante, aunque ahora quisiera parar, no podría. Enredé la lengua violentamente con la de él, le tiré del pelo, provocándolo, y entonces me dio una palmada en el pecho. Las intensas sensaciones que me provocó se concentraron directamente en mi centro.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Algo rápido donde cada uno toma lo que necesita y luego nos olvidamos el uno del otro?

No, no era eso. No de la forma en la que lo dijo, como si fuera algo sucio.

—Sí, eso —susurré contra su hombro, con la boca en su piel, saboreándolo al tiempo que lo mordisqueaba. Me apreté contra él, estremeciéndome. Me froté... Quería más.

Gruñó y me alzó hasta que enredé las piernas alrededor de sus caderas; percibí su dura longitud palpitando contra mi piel a través del pantalón corto. Se movió de forma sinuosa, soportando mi peso con aquellas largas piernas

mientras yo me retorcí para acercarme al lugar donde lo necesitaba.

Me aferré a él; el fuego se extendió por debajo de mi piel, por mi sangre. Me balanceé de forma salvaje y alargué la mano para apretarle el trasero, impulsándolo hacia mí.

«Poséeme».

«Hazme olvidar. Haz que me sienta bien».

—Elizabeth, cariño, eres tan ardiente... —susurró con la voz ronca—. No puedo detenerme.

Habíamos pasado el punto de no retorno. Él estaba tan hambriento de mí como yo de él.

Deslizó la boca hacia abajo hasta sujetarme el pezón entre los labios para chuparlo.

Gruñí, un sonido primitivo que resonó con fuerza en la tranquilidad del apartamento.

Sus dedos calientes se deslizaron por la cinturilla de mis bragas hasta que encontró mi sexo empapado y extendió la humedad.

—Sí —susurré, cogiéndolo del brazo para que lo moviera más rápido. Le mostré lo que quería. Más... Más...

—Baja el ritmo, cariño —susurró sin dejar de jugar con los dedos, introduciéndolos en mi interior y volviéndolos a sacar. Buscó también el sensible clítoris para rozarlo y luego detenerse, provocándome sin piedad.

Pero no quería que fuera despacio. Lo quería rápido, intenso y salvaje antes de que cambiara de opinión.

—Declan... —Le mordí el cuello, haciendo que gruñera—. Quiero correrme.

Me besó con más fuerza, y me folló con la lengua como quería que hiciera con la polla.

—Te deseo tanto que no puedo pensar con claridad —susurró entre besos.

—Y yo.

Me estaba llevando al límite.

Perdí la noción del lugar... De quién era... De mi pasado...

Y aun así...

La oscuridad avanzaba poco a poco. Este no era uno de mis compañeros de clase que podía controlar a mi antojo. No era un friki que pensaba que le había tocado la lotería al proponerle que lo hiciéramos.

Este era el chico más sexy de la universidad de Whitman. De todo el campus.

Formaba parte de la gente guay, igual que Colby.

Era todo lo que no debería desear, aunque lo hiciera.

De repente, había espacio entre nosotros, y me di cuenta de que había sido yo la que lo había apartado. Me complació sin protestar, y se lo agradecí mientras jadeaba a unos metros de mí. Tenía la cara roja, los puños apretados.

Bajé la vista hacia mi camisón y vi que tenía los pechos al descubierto, con los tirantes bajados y los pezones brillantes por sus atenciones.

¡Dios! Las cosas habían ido demasiado lejos.

Volví a mirarlo, pero ya estaba yéndose a la cocina, donde llenó un vaso de agua. Se lo bebió de golpe de espaldas a mí. Estudié las tensas líneas de sus hombros y la rigidez de su postura. Me había soltado en cuanto se lo pedí, y era consciente de ello.

No importaba quién fuera, sin duda no era Colby.

Sin embargo, ¿cómo podía haber sido tan estúpida? Era un luchador, un hombre peligroso con suficiente *sex appeal* como para hacer explotar un edificio.

«No es adecuado para mí».

La tensión se intensificó al ver que no se daba la vuelta.

—Vete de aquí, Elizabeth —susurró con la voz áspera, como si estuviera afónico.

Tomé aire con un suspiro tembloroso.

—Lo siento...

—¡Vete!

Vi cómo se estremecía.

Me di la vuelta, salí y cerré la puerta de golpe.

DECLAN

—¿Dónde está Nadia? Por lo general siempre viene contigo —dijo mi padre al verme entrar en el estudio donde Dax y él me esperaban sentados en unas sillas de cuero. Mi madrastra, Clara, y mi hermanastra, Blythe, montaban un puzle en el suelo.

Me encogí de hombros sin decir nada comprometedor; era consciente de que en cuanto se enterara de que había roto con ella, se iba a poner como loco.

Acabábamos de concluir una cena de cinco platos en la que habíamos mantenido una conversación un tanto forzada. Mi padre había hablado sobre sus proyectos en los negocios y los viajes que planeaba hacer a lo largo del año próximo con su mujer. Mientras los adultos cenábamos, la niñera había dado de comer a mi hermanastra de cuatro años, Blythe, en la cocina.

Mi familia llevaba una vida muy acomodada, lo que suponía que no era sorprendente, dado que mi padre provenía de una larga sucesión de militares de carrera y su mujer era hija de un magnate de la construcción.

Mi madre, por otro lado, solo había sido secretaria antes de casarse con él, una aventura que había acabado con un embarazo no deseado. Mis padres habían pasado por la vicaría cuando ella se negó a abortar, y luego le había regalado una casa pequeña y algo de dinero y se habían divorciado. Todo ello para salvar su carrera y su reputación.

Mi madre era la que debería haber vivido en esta enorme mansión de estilo colonial, con piscina, canchas de tenis y unas cuerdas con caballos árabes, y la que debería haber sido esa versión más joven con la que mi padre la había reemplazado.

Me conmovió el agudo dolor que provocó un lejano recuerdo: mi madre tendida en la cama. Ya débil. Me había irritado, incluso me había cabreado con ella: era demasiado ingenuo a aquella edad para ser consciente de su enfermedad. Solo me había concentrado en que la mujer risueña que hacía el mejor *shepherd's pie* del mundo, la mujer que asistía a mis exhibiciones de artes

marciales y me animaba de forma infatigable, había desaparecido.

Dios..., seguía siendo una herida abierta. Cerré los ojos, deseando poder volver a ese punto de mi vida y decirle cuánto lo sentía, que ninguna de las estupideces que le había soltado las había dicho en serio.

No nos lo había dicho hasta el final.

«Estoy muriéndome y vuestro padre viene a buscaros».

Murió solo una semana después.

Y un hombre al que no había visto en nueve años apareció en la puerta de casa al día siguiente. Su rostro era una máscara inexpresiva mientras miraba con desdén el que había sido nuestro hogar, una pequeña casa llena de pertenencias de dos niños desordenados. Había soltado un enorme suspiro antes de decirles a los de la mudanza que se olvidaran, que no nos llevaríamos nada. Y nuestra acogedora casa en Londres se había visto sustituida por una mansión en Raleigh, Carolina del Norte.

Donde había comenzado mi infierno personal.

—Declan, te acabo de preguntar por Nadia.

Sin embargo, no le respondí; posé la mirada en la enorme cristalera que había detrás del escritorio de mi padre mientras recordaba lo cabreado que se había puesto con Dax un verano, cuando estábamos haciendo secundaria, por haber suspendido. Le había gritado de tal manera que yo lo escuché y entré en la habitación sin pensármelo dos veces. Entonces vi a mi padre agitando los puños delante de mi hermano; era un hombre corpulento, alto y de fuerte carácter, y se había enfadado con nosotros muchas veces, pero nunca había llegado a usar los puños. Nunca supe si habría llegado a hacerlo ese día, pero no le di la oportunidad.

La furia me llevó a usar mis propios puños. Habíamos forcejeado en el suelo del estudio, y me alcanzó la cara más veces de las que me gustaba recordar. Había habido sangre y sudor, y cuando se deshizo de mí quitándome de encima, tropecé y el impulso me lanzó directamente hacia la ventana, que atravesé hasta caer en el camino de cemento.

Terminé en el hospital con conmoción cerebral y más de cien puntos en la espalda.

Decir que todo era complicado entre nosotros era un buen eufemismo.

Me volví hacia él para enfrentarme a su dura mirada.

—Lo dejamos en verano.

Frunció el ceño al tiempo que hacía girar el líquido ambarino en el vaso bajo.

—¿Por qué? Es la chica perfecta, y me gusta la idea de que vayas a la escuela de Derecho y mantengas una relación estable.

«¿Es “perfecta”?».

Pues prefería la imperfección.

En ese momento me di cuenta de que tal vez me había sentido atraído por Nadia porque salir con ella había sido un pequeño intento por mi parte de hacer algo que complaciera a mi viejo.

Lo vi suspirar.

—¿Y qué estupidez has hecho para que te dejara?

—La pillé pegándomela con una tortuga Ninja.

Clara contuvo el aliento, y sus ojos brillaron con furia mientras miraba a Blythe en señal de advertencia.

—Declan, ¿en serio? ¿Es que has perdido cualquier sentido del decoro?

Le hice una mueca a Blythe, que me miraba con sus grandes ojos verdes mientras sus rizos castaños caían alrededor de su rostro, dándole un aspecto angelical. Mi padre podía ser idiota, pero la niña era un ser inocente, completamente inconsciente de que sus padres eran unos gilipollas.

—Lo siento, muñequita. Me he olvidado de que estabas aquí. ¿Me perdonas? —Sonreí al tiempo que le tendía un paquete de chicles que había comprado de camino—. Mira..., te he traído un regalo. Son de naranja, tus favoritos.

Cogió los chicles con su manita.

—¿Qué tortuga Ninja era?

Me reí.

—Donatello.

Hizo una mueca con los labios.

—¿Y cómo se pega a una tortuga Ninja? ¿Se le retuerce el cuello?

Dax soltó una carcajada desde el otro lado del salón.

Sonreí. Mi hermanita era una criatura preciosa.

—Sí, se hace justo así. ¿Quieres sentarte conmigo?

Lo cierto era que necesitaba algo que hiciera de amortiguador entre mi padre y yo.

Asintió y se subió a mi regazo después de que me sentara en una de las sillas.

Fue entonces cuando mi padre sacó el tema de los negocios.

—Dax me ha informado de que no se va a graduar, algo que no me sorprende, teniendo en cuenta sus malas notas, pero espero que a ti no te pase lo mismo.

Asentí.

Me lanzó una mirada complacida.

—Por lo menos uno de los dos está estudiando.

—Dax tiene otras habilidades —le recordé—. Es el presidente de la fraternidad Tau y de tantos malditos clubes que he perdido la cuenta.

—Sí, ya conocemos todos la inclinación que tiene Dax por las actividades sociales.

—Sigo aquí —nos advirtió Dax—. Y puedo oíros.

Nuestro padre se puso rígido y volvió hacia él su fría mirada. Noté en qué momento se quedó Dax paralizado, aunque irradiaba nerviosismo.

Acaricié el pelo de Blythe, tratando de evitar cerrar los puños.

Dax siempre había sido el más débil de los dos, y mi padre la tomaba con él con frecuencia.

—He comprado un gimnasio —anuncié.

Dax abrió los ojos de par en par y negó con la cabeza rápidamente. «No, colega, no. ¡No lo hagas! —me decía con la mirada—. Te va a machacar».

«Demasiado tarde», repuse con la mía.

Ignoré el rubor que inundó la mayor parte del fornido cuello de mi padre, y que subió hasta su cara.

Suspiré.

—Conseguí que el abogado que administraba la herencia de mamá me diera

la mitad que me correspondía. No pienso ir a la escuela de leyes. Ya sé que es lo que tenías planeado, pero yo lo que quiero es entrenar a la gente. Y también me gustaría tener una oportunidad de participar en la liga UFC.

La tensión se incrementó de forma notable.

Clara revoloteó alrededor de mi padre.

—Venga, Winston, no te enfades. Tranquilo, voy a servirte otro vaso de *whisky*.

Mi padre clavó en mí sus ojos grises.

—¿Has invertido tu herencia en un asqueroso gimnasio para basura blanca con aspiraciones a ser campeones de kárate?

Me puse rígido.

—Tendremos alumnos de todas las clases. Negros, hispanos, algunos musulmanes...

Él golpeó el sillón con la palma de la mano.

—No te hagas el listillo conmigo, Declan. Estudiarás en la facultad de Derecho de Harvard, como habíamos previsto.

Dejé el vaso a un lado.

—Ya he tomado una decisión. Está hecho y no puedo recuperar el dinero que ya he invertido.

—Ningún hijo mío va a despilfarrar una educación de primera y un buen cociente intelectual para ser un cualquiera.

Solté un suspiro de resignación y puse a Blythe a un lado para hacerle cosquillas.

—Venga, vete con mamá. Yo tengo que irme.

Como siempre, había cabreado a mi padre. Sencillamente, no satisfacía sus expectativas.

Él no me consideraba lo suficientemente bueno tal y como era.

Una hora después, estaba en el gimnasio.

Quedaba en la parte histórica de la ciudad, urbanizada a finales de los años

70 y que últimamente se estaba revitalizando. Algunas de las edificaciones cercanas habían sido remodeladas y modernizadas por familias jóvenes.

No me importaba lo que me dijera mi padre: el negocio que quería montar era una buena inversión.

Cualquiera podía abrir un gimnasio y decir que podían hablar de él en un programa deportivo especializado en artes marciales mixtas como MMA, aunque eso no significaba nada. Pero en el caso de Front Street Gym sería por algo. Max era uno de los entrenadores, y aunque había comenzado su carrera con artes marciales tradicionales, había hecho una transición a *jiu-jitsu* brasileño, *muay thai* y *krav magá* a lo largo de los últimos años.

En cuanto a mí, mi madre me había enviado a clases desde que cumplí cuatro años. Había conseguido el cinturón negro en *jiu-jitsu* brasileño y en *taekwondo* y cinturón azul en judo.

Max me había enseñado todo lo demás.

Abrí las puertas metálicas y entré con intención de observar las modificaciones en las que el contratista había trabajado durante la última semana. Había instalado tuberías nuevas en los baños y en los vestuarios, y había renovado el despacho. El paso final sería convertir una parte en un apartamento en el que vivir. Literalmente estaba perdiendo dinero para abrir ese lugar. Imaginaba Front Street con cada puñetazo y golpe que recibía, pues sabía que en pocos meses el lugar habría abierto y estaría en funcionamiento, y por fin me libraría de mi padre.

Me incliné y toqué las nuevas esterillas rojas de combate que me habían entregado la semana pasada. También habían colocado algunas de las nuevas máquinas para entrenamiento, así que las revisé con cuidado. Recorrí el edificio, examinando también las ventanas, las puertas exteriores y los detectores de humo. La paranoia siempre hacía su aparición cuando estaba a punto de saborear la felicidad. Y no podía evitarlo. Era como si algo me estuviera esperando en la oscuridad, echándome su desagradable aliento en la nuca, esperando la oportunidad adecuada para privarme de mi tajada de satisfacción.

ELIZABETH

Dos días después de la fiesta, recorrí en coche unos cuantos kilómetros para reunirme con mi madre en una parada de camiones en la interestatal.

No la había visto desde hacía casi cuatro meses, y eso que solo vivíamos a tres horas de distancia.

El restaurante olía a grasa rancia y a aros de cebolla fritos, algo que me recordaba a esos momentos de mi infancia en los que mi madre me traía comida rápida del restaurante donde servía mesas.

Al verme entrar, me hizo señas desde un reservado rojo en la parte posterior.

Me acerqué, presa de cierta ansiedad.

Algunas personas piensan que Dios pone a gente complicada en nuestras vidas por una razón, quizá para hacernos mejores según vamos moldeándonos con el cuchillo de sus deficiencias. Esa era mi madre. Había destruido mi confianza en mí misma un millón de veces cuando era niña y, al final, aprendí a dejar de contar con ella. En la graduación de la guardería, en el primer baile de secundaria, el día que recibí la notificación de que me aceptaban en Oakmont Prep... La noche que ocurrió lo de Colby, ella no estaba, ya que se había ido de fin de semana con su novio de ese momento. Como un perro callejero que lloriquea por las sobras, llevaba toda mi vida rogándole a mi madre que me amara.

Sin embargo, dejando a un lado que fuera una infancia de mierda, aquel impulso había forjado mi carácter.

Me había hecho desear ser más.

Ansiar algo más que la caravana en la que había crecido; ser algo más que una madre alcohólica y que un padre ausente.

Cuando vi a mi madre, noté que había hecho un esfuerzo extra, peinando su cabello rubio natural en rizos y recogidos en la parte de atrás de la cabeza con un pasador de piedras de colores en forma de mariposa. Llevaba un vestido

de tirantes de algodón rosa y los labios pintados en un brillante tono rosado. A los treinta y nueve años, seguía arreglándoselas para parecer más joven.

Se levantó de un salto para saludarme, con una deslumbrante sonrisa en la cara.

—Estás demasiado delgada —le comenté al notar los huesos de su columna en los dedos mientras la abrazaba.

Nos separamos, y estudié su rostro con atención, observando sus mejillas huecas. Me recorrió un hormigueo de aprensión. Había pasado solo un año desde la última vez que se había rehabilitado y seguido un tratamiento para desengancharse del alcohol y las drogas; tenía la esperanza de que esta vez durara más.

—¿Estás limpia?

—Pues claro, Elizabeth. No seas ridícula. Estoy tan limpia como la lluvia. —Se rio al ver mi ceño fruncido—. No te preocupes, puedo cuidarme sola.

Me senté frente a ella.

—Estoy deseando que conozcas a mi nuevo novio —me dijo con los ojos brillantes. Resplandecía con una felicidad que no había notado en ella desde hacía mucho tiempo—. Ahora está en el cuarto de baño, pero es un tipo con clase; y el hombre más sexy con el que he salido. —Puso los ojos en blanco—. Sí, ya sé que lo he dicho antes, pero esta vez es de verdad. —Se revolvió en el reservado con una expresión de emoción escrita en la cara—. Incluso quiere llevarme muy pronto a uno de esos cruceros por el Caribe.

—Qué guay... —Sonreí a pesar de la decepción. Tenía la esperanza de que estuviéramos solas—. ¿Tiene trabajo?

Asintió.

—Incluso tiene seguro dental. ¿Se puede pedir algo más?

—No sé... ¿Una lavadora? ¿O quizá un hogar en el que vivir?

Mi madre había vendido la caravana hacía un año y llevaba desde entonces yendo y viniendo de las casas de sus amigos y novios.

Vi que salía del baño un hombre maduro con una camisa hawaiana con el típico estampado floral. Tenía desabrochados los primeros botones del cuello y asomaban algunos pelos de su pecho enjuto. Parecía muy peludo, tanto que no me hubiera sorprendido que dentro de su camisa viviera un monito cuando

alargué la mano para saludarlo.

Era medio calvo, pero lo disimulaba cubriendo la zona con cuatro pelos engominados. Se acercó a nosotras y clavó en mí sus ojos para examinarme más detenidamente. Tenía también largas patillas.

Me puse en estado de alerta de inmediato.

Cuando se detuvo delante de la mesa, miró a mi madre.

—Vaya, nena, no me habías dicho que tu hija fuera ya una mujercita. Supongo que me ha tocado el premio gordo..., pero ahora no sé junto a quién sentarme. —Soltó una carcajada.

Me puse rígida.

«Se trata de tu madre —me recordé—. Sé respetuosa. Dale una oportunidad».

Ella se rio y se sonrojó.

—Deja ya de coquetear; siéntate, que quiero presentarte a mi hija.

Se deslizó a su lado, pero yo los miré a los dos de forma alternativa.

Había visto entrar y salir de la caravana a muchísimos hombres a lo largo de mi infancia. Algunos habían sido decentes conmigo, pero no era algo que a ella le preocupara. Nada de eso. La mayoría habían sido auténticos capullos, y los había querido igual. Durante mi adolescencia, y durante un episodio particularmente duro en el que encontré una cámara de vídeo oculta en mi cuarto, había logrado evitar a la mayoría quedándome a dormir en casa de Shelley.

—No sabía que ibas a traer a tu novio —solté sin poder contenerme.

—No seas así, Elizabeth. Te presento a Karl. Es propietario de un concesionario de coches usados en Rockport, e incluso me ha regalado un Impala nuevo por mi cumpleaños —se pavoneó expectante ante mí—. Míralo, ahí está. Incluso tiene asientos de cuero.

—Mmm... —Me reservé mi opinión.

—Joder, claro que sí. Porque te aseguro que esta hembra caliente sabe tratar bien a un hombre. —Arrastraba las eses y las íes, con un pronunciado acento del condado.

Se inclinó hacia ella y se dieron un ostentoso beso con lengua.

—Muy bien —murmuré.

Cuando la camarera se acercó a preguntarme qué quería tomar se separaron. Mi madre se alisó la ropa mientras Karl se limpiaba la boca.

Lo miré mientras apoyaba los brazos peludos sobre la mesa.

—Me ha dicho tu madre que eres una de esas chicas inteligentes. Que has conseguido una beca para Whitman con desplazamientos gratuitos y todo.

Asentí con cuidado.

—Sí, así es, pero también recibo ayuda financiera para pagar los gastos de manutención. Y además trabajo —agregué.

—Bien hecho, pero vivimos tiempos difíciles. Quizá pueda ayudarte. —Tomó un sorbo de café al tiempo que deslizaba la mirada sobre mí—. Quizá necesites un papaíto como tu madre.

—Estoy bien como estoy, gracias. —Apreté los puños por debajo de la mesa.

Decidido. Karl era de la categoría de los gilipollas.

Habían pedido antes de que yo llegara, y le vi masticar los huevos con picardía. Se limpió la boca con una servilleta al terminar.

—Bueno, si alguna vez necesitas algo, como un coche nuevo o un préstamo, puedo echarte una mano. Si una chica tan bonita como tú está relacionada con el amor de mi vida, quiero que le vaya bien. Quizá te adopte después de que me case con tu madre. —Asintió moviendo la cabeza de una forma frenética, como si no me quedara más remedio que aceptar.

—¿Os vais a casar? —pregunté con curiosidad.

Ella se encogió de hombros. Al notar lo delgados que los tenía, me estremecí.

Karl se puso rígido.

—Claro que sí. Es el paso que se da después de enamorarse.

La camarera me trajo por fin el café y me entretuve bebiéndolo a sorbos pequeños.

«¿Cuánto tiempo tengo que quedarme aquí?».

Mi madre se inclinó sobre la mesa con los ojos brillantes.

—Ha sido cosa del destino, Elizabeth. Estaba en el club Raven... ¿Te

acuerdas de ese sitio que hay en la autopista 89, donde va todo el mundo?

Asentí. Era su *honky-tonk* favorito.

—Así que allí estaba este pedazo de hombre y, de repente, alguien puso *Faithfully*, de Journey, en la máquina de discos, y... ¡bum! Nuestros ojos se encontraron, y cuando vino a pedirme que bailara con él, casi me caigo del taburete. Me invitó a un montón de copas, reímos y jugamos al billar durante toda la noche. —Suspiró, enlazando su brazo con el de él mientras lo miraba a los ojos—. Fue amor a primera vista.

—Un romance de película... O quizá podría inspirar una canción *country*.

No llegué a decir que sería una película buena, porque traté de reprimir el sarcasmo.

Karl tomó un sorbo de café.

—Tu madre y yo hemos estado hablando de cómo conseguir dinero en efectivo, ya sabes, para comenzar nuestro matrimonio con buen pie, quizá comprarnos una casa grande y ampliar el concesionario de coches.

—¿Sí? —No veía en dónde encajaba yo.

Se aclaró la garganta.

—Se nos ha ocurrido que podrías ayudarnos.

—¿Yo? —Si era pobre como las ratas...

—Sí. Me ha contado lo que te ocurrió con el hijo del senador Scott en el instituto. Que se aprovechó de tu bondad y todo eso. Y, bueno, una cosa llevó a la otra y se nos ha ocurrido un plan.

El local comenzó a dar vueltas y quise vomitar. Respiré hondo y me agarré a la mesa, luchando contra un ataque de pánico.

«¿Por qué se lo había contado?».

Mi madre lo hizo callar poniéndole las manos sobre los hombros.

—Ya te he dicho que me dejaras hablar a mí primero. Mi niña es muy sensible.

Quise arrastrarme debajo de la mesa.

—¿Qué derecho tienes a hablar sobre mi vida personal? —Mi voz se había vuelto aguda, y me picaban las muñecas.

La vi hacer un mohín.

—Nena, agua pasada no mueve molino, ¿verdad? Es algo que ocurrió hace mucho tiempo. Lo has superado. Mírate, por Dios, eres una universitaria. Has dejado atrás todo eso.

¿Lo había dejado atrás de verdad?

Colby me había arrancado un trozo de mi corazón y lo había pasado por una batidora hasta hacerlo puré.

Nunca olvidaría esa noche.

—No puedes dejar que se salga con la suya —insistió mi madre—. Tiene que poder hacerse algo al respecto.

«¿El qué?».

Negué con la cabeza enfáticamente. Clavé las uñas en el asiento, tratando de mantenerme entera en ese lugar público cuando lo que quería de verdad era huir gritando. No quería pensar, hablar ni mirar a Colby Scott nunca más.

—¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

Mi madre bajó la voz.

—Por si no lo sabías, es año de elecciones para el senador Scott.

Karl se inclinó hacia mí.

—Por lo tanto, si jugamos bien nuestras cartas, podemos salir todos ganando. —Apareció un destello de avaricia en sus ojos—. Le contamos la historia a nuestro querido senador, afirmando que tenemos pruebas contra su hijito. Nos dará dinero para que nos callemos y todos nos haremos ricos.

Querían chantajear a los Scott.

Quería sacar a la luz el pasado y contárselo a todos.

Quería que recordaran lo zorra que era.

«Jamás».

—Mereces una compensación. ¿No deseas hacerle pagar? —insistió mi madre.

«¿Hacerle pagar?».

Emití una risa estrangulada.

La venganza es difícil cuando la persona que desprecias está en la parte superior de la cadena alimenticia y tú eres su presa.

—No. No quiero —espeté con más fuerza de lo que pretendía, haciendo que nos miraran los clientes de una mesa cercana.

No me importó lo más mínimo.

Golpeé la mesa con la mano.

—La familia Scott ha manejado los hilos en Petal durante generaciones. Controlan a la policía, a los jueces, a todos. No sé cómo se te ha ocurrido esto, pero es la estupidez más grande que haya oído nunca, y me niego a ayudarte.

Pasaron algunos segundos en silencio absoluto.

Karl levantó las manos.

—Solo era una idea. De verdad. Si te niegas, supongo que no queda más remedio que olvidarla. No podemos decir que sabemos lo que ocurrió exactamente cuando no estás dispuesta a contar tu versión de la historia.

—No lo haría ni en un millón de años. No vuelvas a mencionarlo nunca más. ¿Lo has entendido? —Apreté los dientes.

Mi madre soltó una risita.

—Venga, vamos a tomar un postre, ¿vale? Eso hará que te sientas mejor.

Karl también me observó, aunque yo no me digné a devolverle la mirada.

Me levanté de la mesa y clavé los ojos en mi madre.

—Me largo. He venido aquí esperando..., no sé..., que pudiéramos comportarnos por una vez como una hija y una madre de verdad, pero imagino que es imposible.

Abrí el bolso y cogí un billete de diez dólares, que dejé sobre la mesa.

—Esto es para pagar lo mío. Espero que podáis abonar lo vuestro.

Ella apretó los labios.

—Elizabeth Nicole Bennet, no vas a alejarte de mí así. Te he parido, y me merezco un poco de respeto. Y también Karl. Me ha traído aquí para verte.

Negué con la cabeza, sintiendo que se empezaban a escapar los últimos vestigios de mi control.

—¡No lo entiendes, mamá! —grité en voz alta—. Ni siquiera te encontrabas en casa ese día cuando llegué del hotel. Estabas en Las Vegas. No tienes ni idea de lo destrozada que estaba.

Palideció.

—Regresé tan pronto como pude, mi niña. Intentaba conseguir trabajo como bailarina, salir adelante para que las dos tuviéramos una vida mejor. Sabes de sobra que me podría haber ido genial si no me hubiera quedado embarazada, y luego tu padre... —Se le quebró la voz.

Me di la vuelta para marcharme, pero me agarró por la muñeca.

—Espera, no te enfades conmigo, Elizabeth, por tratar de conseguir que nuestra vida sea mejor. Solo piénsalo..., ¿de acuerdo?

«¡No!».

Me aparté de ella y me giré bruscamente, pero mi nariz se estrelló contra un cálido pecho.

Unas fuertes manos aterrizaron sobre mis hombros, así que levanté la cabeza y me encontré... un par de tormentosos ojos grises.

DECLAN

Cookie's kitchen era un tugurio, pero resultaba hogareño. En esencia, se trataba de una parada de camioneros en la interestatal, pero allí era donde a Max le gustaba quedar para hablar, principalmente sobre los combates clandestinos.

Atravesamos las puertas de cristal.

Arlene se acercó a nosotros vestida con su uniforme de camarera rosa con el delantal blanco.

—Mis británicos han vuelto —dijo con una sonrisa—. Os he echado de menos, chicos. —Dejó caer la cabeza hacia atrás—. Max está sentado al lado de la ventana, esperándote.

—Gracias, cielo —dijo Dax mientras se inclinaba para darle un abrazo y besarla en la mejilla. Ella se sonrojó y lo alejó con un trapo. Él observó cómo movía las caderas mientras volvía a la cocina.

—No existe una mujer viva que no me desee. Creo que me voy a cambiar de nombre. «Rey del sexo» me va mucho mejor.

Resoplé.

—Sí, es todo un cambio.

—¿Celoso? —preguntó.

—Mucho.

Dax sonrió.

—No lo estés. No todos los hombres pueden tener mis habilidades. A ti te han tocado buenos puños, a mí unas magníficos dones sexuales, algo que en mi opinión es mucho mejor. Haz el amor y no la guerra, hermano.

—¿De verdad? —Me reí entre dientes.

Max llamó nuestra atención con la mano. Tenía cuarenta y pocos años, el cabello escaso y un físico esbelto. Lo había conocido en uno de los gimnasios

donde ambos habíamos impartido clases. En los tres últimos años, nos habíamos hecho muy amigos, y contratarlo para que trabajara en mis propias instalaciones solo había sido el siguiente paso natural.

Pedimos lo que queríamos tomar y luego nos pusimos al día sobre el gimnasio. Si todo iba bien con las obras, Front Street estaría preparado para abrir sus puertas en enero. Al principio simplemente sería al público, y en febrero organizaría la gran fiesta de inauguración. El apartamento de la parte de atrás estaría terminado algo después, quizá en junio, ya que mi prioridad era el negocio.

—¿Qué? ¿Se sabe algo nuevo de Nick? ¿Alguna noticia? —pregunté un poco más tarde. Nick era quien dirigía los combates clandestinos en Carolina del Norte.

—Sí. He apalabrado algunas peleas para ti a lo largo de las próximas semanas, pero Nick quiere preparar una más importante para Halloween. Tiene en mente una nave industrial abandonada donde vendrá a verte gente más variada, no solo universitarios. —Dio una palmada en un dossier antes de deslizarlo hacia mí con dos dedos—. No tengas miedo a decir que no.

Dax se acercó más y bajó la vista para estudiar las fotos de un gigante rubio que posaba junto a un *ring* improvisado.

—Joder...

Max se frotó el bigote.

—Lo apodan «Yeti». Empezó jugando como *linebacker* para los UNC Charlotte, pero lo expulsaron por pasarse con algunos chicos. Tres veces...

—Buen muchacho... —murmuró Dax con ironía.

Lo estudié analíticamente.

—Se necesita algo más que tamaño para vencerme. Es necesario que tenga cierta habilidad. ¿Qué números tiene?

—Tres KO y uno por puntos. —Max me miró con tristeza—. No te dejes engañar por el hecho de que haya jugado al fútbol americano. Ha estado trabajando con un buen entrenador en artes marciales mixtas, pues tiene la esperanza de participar en la liga UFC. No es como los chicos a los que te has enfrentado durante los fines de semana. Sabe lo que hace.

—¿Estilo? —pregunté.

Max hizo una mueca.

—Su marca de la casa es un movimiento estrangulador tipo guillotina hasta que te deja KO. Si no te desmayas, te golpea en la cara hasta que lo haces.

Muy edificante.

—¿Cuál es la ganancia?

—Dos mil si pierdes —anunció.

—No perderé. —No podía.

Sonrió ante mi confianza.

—Si ganas, obtienes el veinticinco por ciento de la recaudación, que no baja de quince mil dólares. Y el derecho a presumir, por supuesto.

Joder... Nunca había peleado por una suma tan elevada.

—Echa un vistazo a esto. —Sacó el móvil y puso en marcha un vídeo de YouTube del Yeti contra otro tipo—. Está peleando contra Lorenzo, un cubano de Miami. Intentó ser boxeador profesional, pero ha optado por ganar algo de dinero rápido antes. Yeti casi lo destroza hace un mes.

Vimos cómo aquel monstruo rubio despedazaba al cubano en menos de cinco minutos usando unos puños del tamaño de los de Thor para golpearlo contra el suelo.

Dax negó con la cabeza.

—Ni hablar. Es más grande que tú, y eso que tú ya eres un gigante. Prefiero darte el dinero extra que necesites. Todavía dispongo de toda mi herencia.

Negué con la cabeza. Ya habíamos mantenido esa conversación.

—Eso es tuyo. Y si papá lo descubriera, te repudiaría. No creo que quieras cabrearlo más.

Era gracioso, pero Dax se había integrado con la nueva familia de una forma que yo no. Él adoraba a Clara y a Blythe, y perder otra vez a su familia lo destrozaría.

Limpié una mancha de café que había sobre la mesa mientras miraba el vídeo.

Nos llegaron unas voces elevadas de un reservado en la parte posterior y miramos en esa dirección.

Una chica rubia se levantó con los hombros rígidos y los puños cerrados.
Elizabeth.

«¿Qué coño...?».

Entrecerré los ojos para mirar a sus acompañantes.

Dax siguió la dirección de mi vista, y clavó sus ojos en mí cuando me levanté.

—¿Vas a ir allí? —preguntó—. ¿Por qué?

—Porque me parece que necesita ayuda, y porque me gusta esa chica.

Arqueó una ceja.

—Si acabas de conocerla...

Ignoré sus palabras y él se encogió de hombros.

—Bien, pues no me lo quiero perder —dijo, e hizo un ademán como si fuera a ponerse de pie, pero lo obligué a sentarse de nuevo.

—Quédate aquí. Si nos presentamos los dos, pareceremos más agresivos. No quiero agobiarla. Además, es probable que siga enfadada contigo.

Levantó las manos en el aire.

—Vale, vale... Me doy cuenta de cuándo no me quieren. Así que me relajaré y miraré lo que ocurre desde la barrera.

—¿Quién es? —se interesó Max.

—Una chica que conocimos en una fiesta de la fraternidad —respondió Dax, mientras me escudriñaba con los ojos con curiosidad, como si estuviera tratando de analizarme—. Declan parece haberse enamorado de ella.

—Que te jodan...

Se rio entre dientes.

—No te preocupes. Lo harán...

Max soltó un gruñido.

—Mmm... Bueno, cualquiera es mejor que Nadia. Nunca me gustó esa chica. Solo quería pescarte.

Dax miró a Elizabeth.

—Será mejor que te apresures si quieres hablar con ella. Está a punto de salir pitando.

Hice desaparecer la distancia entre nuestras mesas. Cuando se giró, hundió el rostro en mi pecho al chocar contra mí.

Me atravesó una corriente de calor, mi ingle despertó ante el contacto. Desde aquella noche en mi apartamento, no había podía quitármela de la cabeza. Solo podía pensar en ella, imaginando escenas eróticas en las que me la follaba. Contra la pared... En la mesa de la cocina... En el suelo.

—Guau... —dije, agarrándola por los hombros para sostenerla—. ¿Estás bien?

Me miró y me hormiguearon los dedos por el deseo de hacer desaparecer las líneas de preocupación que vi en su cara.

—¿Declan? ¿Qué haces aquí?

—Solo estoy desayunando. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? —Sonreí, resistiendo el impulso de interrogarla sobre la causa de las sombras que empañaban sus ojos azules. Una mujer muy parecida a Elizabeth nos miró boquiabierta mientras el hombre que la acompañaba me estudiaba con los párpados entrecerrados.

Me volví para mirarla.

—¿Tengo que cargarme a alguien? —pregunté en voz baja.

—No —dijo con una expresión de desesperación en la cara—. Solo necesito que me saques de aquí antes de que diga algo de lo que luego me arrepienta.

Ni siquiera lo pensé dos veces. Fuera lo que fuera lo que necesitara en ese momento, quería dárselo. La cogí de la mano y la guie entre el laberinto que formaban las mesas del restaurante, despidiéndome con una seña de Dax y Max cuando pasamos junto a su mesa.

Elizabeth ni siquiera los vio.

Atravesamos las puertas, y ella se detuvo ante el aparcamiento con aspecto aturdido. Entonces, hundió los hombros y soltó un sonido de frustración mientras hurgaba en el bolso.

—Dios, estoy tan agotada que ni siquiera recuerdo dónde he aparcado.

Quise regresar a la cafetería y averiguar qué había ocurrido exactamente.

—¿Qué te ha pasado? ¿Quién era esa gente? —La mujer tenía que ser su madre, pero no estaba seguro sobre el hombre.

Respiró hondo al oír la pregunta y se alejó de mí, como si no quisiera verme.

—Aprecio que me ayudes, pero... no quiero hablar de eso.

—Estás sufriendo, Elizabeth. A veces, hablar ayuda. —¡Joder!, no sabía qué más decir. Me sentía idiota, pero quería hacer que recuperara el ánimo.

—¿Quieres que hable? Pues lo haré. Te voy a decir que mi vida es una mierda, y que algunos días lo único que puedo hacer es recordar a la chica que solía ser. Nunca he tenido demasiado, pero hace dos años lo perdí todo. Mi inocencia, mi creatividad... Y luego a mi abuela. Todo. —Le temblaba la voz por el dolor—. Y pensaba que ella, mi madre, lo entendía, pero no. Soy yo la que le tiende siempre la mano y le suplica que se dé cuenta de que existo y soy real. Cuando se enteró de que iba a tenerme, quiso abortar. No sabe que estoy enterada, pero la oí una vez diciéndoselo a mi abuela. —Hundió la cara en las manos—. Dios, no debería decirte esto. Ni siquiera tiene sentido para ti.

Le cogí la mano para hacerme con las llaves que guardaba en el puño.

—Vamos. Te llevaré a casa. No deberías estar sola.

Alzó la nariz, y me preparé para unas lágrimas que nunca llegaron y, francamente, no me sorprendió. Podía parecer una mujer vulnerable, pero sentía el acero del que estaba hecha.

Suspiró y me estudió con curiosidad.

—¿Y tu coche?

—He venido con Dax, y puede volver solo. —Le enviaría un mensaje de texto antes de irnos.

Esperé con ansiedad a que se decidiera.

Suspiró y me lanzó una sonrisa de medio lado llena de ironía.

—Gracias. Me alegro de que estuvieras hoy aquí. Siempre parece estar justo donde lo necesito.

Asentí mientras escudriñaba el aparcamiento hasta que encontré el Camry blanco. Nos acercamos a él y le abrí la puerta del copiloto. Sus ojos azules me recorrieron la cara cuando le abroché el cinturón. Nuestros brazos se rozaron... ¡Dios!

Esa chica. Ella. ¿Qué tenía que me estremecía por dentro?

Desde el momento en el que entró en aquella fiesta, no había podido dejar de pensar en ella.

¡Joder!, y no era adecuada para mí. Me refería a que estaba asustada como una potrilla. ¿Cómo demonios iba a encajar en mi mundo?

«No lo haré», dijo mi yo más cínico.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —soltó de repente mientras dejaba el bolso junto a sus pies. Buscó mis ojos con la vista—. Es decir, hice la idiota en la fiesta, luego fui a tu apartamento y te provoqué, aunque te rechacé cuando todo se volvió más salvaje... —continuó—. Lo siento —dijo después de tragar saliva, mirando por la ventana—. Soy una bruja.

Solté el aire y me arrodillé al lado de su asiento. Nos contemplamos el uno al otro.

Jadeé, sintiéndome lleno de euforia, como si estuviera a punto de lanzarme desde un acantilado en caída libre hasta el mar. Le aparté un mechón de pelo de los ojos.

—Soy amable contigo porque vales la pena, Elizabeth.

ELIZABETH

Esa tarde me eché una siesta, pues estaba agotada y sensible como el papel gastado. Como si me hubieran doblado y desdoblado un millón de veces.

A pesar de que los encuentros con mi madre tendían a hacerme sentir así, el de hoy había sido el peor de todos.

Tomé nota mental para llamarla al día siguiente, después de que las cosas se hubieran calmado, para asegurarme de que Karl y ella habían abandonado su plan.

Gruñí, me levanté de la cama y me vestí. Me puse unos pantalones cortos negros y una blusa sin mangas. Me recogí el pelo en una coleta antes de maquillarme un poco más de lo habitual. Tenía los nervios a flor de piel. Necesitaba salir del apartamento, pero no se me ocurría ni un solo lugar al que ir. Blake y Shelley habían ido a almorzar juntos, aunque no tenía noticias de ninguno de los dos.

Después de dar vueltas por el apartamento, miré por la ventana del balcón hacia el de Declan. Me había mencionado camino de casa que luego iría a trabajar y, más tarde, a ver a Dax, así que supuse que no había regresado.

Pasaron algunos minutos. Me detuve varias veces delante del dormitorio de invitados; sin embargo, nada me hacía sentir más tranquila. Algo me arañaba el cerebro con insistencia, con ganas de aflorar. Por fin, entré en la habitación extra y encendí la luz. Allí estaba el bloc donde reflejaba mis diseños, en un pequeño escritorio con muchos lápices de colores al lado, esperando a que me pusiera a dibujar.

Sin pensarlo demasiado, atravesé la estancia y abrí el cuaderno, hojeando algunos de los viejos diseños que había creado. Después de meditar al respecto durante unos minutos, cogí uno de los lápices y lo hice girar entre mis dedos.

Me humedecí los labios, que sentí repentinamente secos, al notar que la inspiración comenzaba a invadirme por primera vez en mucho tiempo.

La cuestión era que mi mano parecía saber con exactitud lo que necesitaba

crear. Algo vibrante y hermoso.

Cerré los ojos y recreé el tatuaje que Declan tenía en el cuello.

Recordé la reverencia que había notado en su voz cuando me había hablado de su madre.

«¿Cómo se sentiría uno al ser receptor de ese tipo de emoción por parte de Declan?».

Con furioso frenesí, dibujé media docena de libélulas diferentes, y luego las coloreé. Algunas eran grandes, otras pequeñas, pero todas poseían esa cualidad etérea que relacionaba con una libélula.

Me imaginé decorando un brazalete con ella. O un colgante.

No... No...

Pero cuanto más pensaba en ello, más cuenta me daba de que estaba demasiado concentrada en Declan y no solo en la libélula. Frustrada, dejé el cuaderno a un lado.

Tenía que evitar pensar en él.

Me levanté de nuevo y comencé a andar al tiempo que sacudía las manos.

Dios, necesitaba un polvo.

Necesitaba sentir a alguien dentro de mí.

Y esa persona no podía ser Declan. Lo deseaba demasiado.

Porque ese mismo día, en el coche, cuando había dicho que yo valía la pena, lo único que había querido fue rodearle los fuertes hombros con los brazos y apoyarme en él. Había querido desabrocharme el cinturón de seguridad y llevármelo al asiento trasero. Recorrer cada centímetro de su cuerpo con la lengua, con las manos, aprendiendo el mapa de su cuerpo para guardarlo en mi memoria.

«¡Pero no puedes!».

Ese fue el motivo por el que, una hora después, me encontraba sentada en la cafetería que tenía anexa la librería, bebiendo un refresco mientras la gente iba y venía.

No me tocaba trabajar esa noche, pero tampoco estaba allí por esa razón.

Había fichado a una presa fácil, el típico chico mono con pinta de friki. Lo

había observado después de reconocerlo como compañero en una clase de astronomía en otoño.

Era de estatura mediana y delgado, y se paseó entre las mesas con una expresión intensa. Llevaba un cuaderno en la mano y se sentaba cada poco al final de cada fila de libros a tomar notas.

Estudioso. No demasiado guapo. Resultaba perfecto.

Dejé el dinero de la bebida en la mesa, cogí el bolso y me acerqué a él.

Un oscuro rincón de mi mente me indicó que sí, que era el elegido para esta noche, pero mi corazón me juzgaba en silencio. Ignoré a mi estúpido corazón mientras me detenía delante de mi presa.

Me apoyé en la librería.

—Si tuviera que adivinar algo sobre ti, diría que eres un adjunto preparando la primera semana de clase. El profesor con el que trabajas debe de adorarte.

Esbocé una amplia sonrisa.

Levantó la vista del cuaderno y me recorrió apreciativamente con la vista antes de ponerse en pie. Sonrió de una forma culpable que encontré adorable.

—Er, sí..., pero el profesor con el que trabajo apenas sabe que existo. Hago todo el trabajo, pero no me lo reconoce nadie.

—Qué putada. —Le tendí la mano—. Por cierto, me llamo Elizabeth Bennet. Perdona que te haya interrumpido, pero he sentido la urgente necesidad de acercarme para saludarte. ¿Tuvimos una clase juntos el curso pasado? Tú te sentaste en el medio y yo delante. —Forcé una risa—. Si te soy sincera, me quedé con las ganas de hablar contigo, pero cada vez que salías de clase, había una chica esperándote en el pasillo. —Esa parte era cierta. Aunque lo había incluido en mi lista de «futuribles», no contaba con él, porque nunca me liaba con chicos con novia.

Se inclinó para estrecharme la mano, ofreciéndome una clara imagen de sus tiernos ojos castaños.

—Harry Carter, estudiante de Astronomía. Claro que te recuerdo. Ibas a clase con muchas joyas. Y la chica era mi ex. Lo dejamos este verano. —Se encogió los hombros un poco—. Ella se lo pierde, imagino...

Y mira, sin novia.

—Y yo gano. —Sonreí.

Se rio con los ojos brillantes mientras clavaba los ojos en mis piernas y luego los subía a la blusa roja. Pese a que era una chica alta y delgada, tenía una copa C.

—¿Qué haces aquí? —Se apoyó en la mesa, haciendo que me fijara en sus brazos musculosos. Mmm... De cerca, definitivamente, ganaba mucho.

—Pasando el rato. Buscando a un chico como tú. —Lo miré con los ojos entrecerrados antes de soltar una risita. Esa era la parte más fácil, sobre todo porque no estaba siendo yo misma. Fingía ser otra persona.

Alguien que no había sufrido tanto y que no llevaba esa carga de dolor.

Me mordí el labio.

—Lo siento, tiendo a soltarlo todo antes de que mi cerebro me mande callar. He sido muy atrevida, y seguramente me consideres una coqueta, pero no lo soy. Es solo que me gusta ir con la verdad por delante. Soy muy sincera, y eso vuelve locas a algunas personas.

—No, es algo que me gusta. —Se aclaró la garganta y agitó la mano señalando la calle—. Estaba a punto de ir a cenar algo ahí enfrente. ¿Quieres venir conmigo?

—Claro.

Había sido un éxito.

Salimos de la librería y, durante el recorrido, le expliqué a Harry que no bebía y que nunca pasaba mi tiempo con hombres que lo hacían, algo con lo que pareció estar de acuerdo. Encontramos un reservado silencioso en el fondo del restaurante, donde pedimos hamburguesas y patatas fritas. Al poco tiempo, se preparó un grupo local y comenzó a tocar. Se apagaron las luces, y Harry deslizó la silla cerca de la mía, presionando la pierna contra la mía. Mi respuesta fue rozarle el brazo cada vez que podía, dejando que mis dedos lo tocaran con la mayor frecuencia posible. Antes de que termináramos de cenar, me había apoyado la mano en el interior del muslo y me acariciaba la piel con el pulgar.

Me hacía sentir cómoda, y su mirada era agradable, pero algo fallaba. No había fuego, ni necesidad ardiente. Sin embargo, me obligué a seguir adelante.

Me pidió que bailáramos cuando tocaron una canción lenta, pero le dije que no. Algo de lo que me arrepentí al instante. Era el elegido para esta noche, ¿o

no? ¿Por qué me sentía tan mal?

—Bésame —le susurré a Harry al oído unos minutos después, mientras seguíamos sentados.

Tenía que probar al menos.

Se inclinó y capturó mis labios, deslizando la lengua en mi boca con la presión perfecta. Ligera, no con dureza ni firmeza.

En mi mente seguía apareciendo la imagen de Declan, y recordé que el más mínimo roce con él había resultado eléctrico.

¿Dónde estaría esta noche?

«¿Por qué te importa tanto?».

Él me había dejado claro que no estaba a favor de relaciones de una sola noche.

Y de eso se trataba todo esto. No era necesario que resultara tan espectacular como imaginaba el sexo con Declan.

Mmm... Declan..., cubriéndome con su gran cuerpo. Acariciándome la boca con sus sensuales labios, encerrando mi rostro entre las manos mientras nos besábamos...

—... el viernes próximo es la noche de la hoguera. ¿Quieres ir conmigo?

Me sobresalté al notar que jugaba con mis dedos, con la cabeza inclinada hacia abajo para buscar mis ojos.

Traté de adivinar la parte de la conversación que me había perdido.

—Oh, lo siento. No puedo.

Una expresión de decepción atravesó su rostro.

—Te veo muy distraída. ¿Tan mal beso?

De repente, todo estaba mal. Él. La cena. Las caricias... El beso.

Volvió a buscar mi boca de nuevo al ver que no respondía, esta vez con más insistencia, enredando la lengua con la mía. Gimió, e intenté concentrarme en el beso, separando los labios mientras le frotaba el muslo con las manos, acercándome cada vez más a su entrepierna. Como nuestras manos quedaban ocultas, lo rocé, haciéndolo gemir una vez más. Entonces puso la mano sobre la mía para apretarla con más fuerza.

—Te deseo, Elizabeth —susurró—. Ahora mismo. Venga, vámonos de aquí. ¿Mmm?

Me mordió los labios de forma juguetona al tiempo que me suplicaba con los ojos que le dijera que sí.

Pero...

Algo no dejaba de incordiar-me, retumbando en mi mente.

«No lo hagas».

—En realidad, tengo que marcharme. —Me alejé de él y puse algo de distancia entre nosotros. No era a Harry a quien tenía en la mente, y no sería justo. Necesitaba tiempo para pensar. Quizá me había precipitado un poco—. Mira, ha sido genial cenar contigo, pero yo... no me había dado cuenta de que era tan tarde. Mañana comienzan las clases.

Se le cambió la expresión.

—¿En serio? ¿Después de todo esto?

Cogí el bolso.

—El deber me llama. Me tomo muy en serio mis estudios. Quizá nos veamos otro día. —Miré el reloj—. Además, tienes un profesor al que impresionar mañana.

Soltó un profundo suspiro y se levantó, aunque siguió contemplándome con intensidad.

—Eso es ser muy mala. Y me parecía que aquí estaba yendo todo muy bien. —Se sonrojó—. Eres una chica muy guapa, Elizabeth, y agradable, por supuesto. Me encantaría volver a verte.

—Lo siento, no puede ser. —Mi voz era más aguda—. Tengo que coger el coche e irme a casa.

Se encogió de hombros y pagó la cuenta para que pudiéramos salir. Estaba oscuro, y me daba miedo el camino que tenía que recorrer hasta el coche, en el aparcamiento de la librería. Mientras andábamos uno junto a otro, el silencio era tenso. Tenía el coche a poca distancia del mío, y, después de darle las buenas noches, me volví hacia el Camry.

Entonces, me agarró de la mano y tiró de mí.

—¿Qué haces?

—Venga, nena, ¿de verdad no quieres un poco de marcha? Yo no deseo todavía que termine la noche.

«¿“Nena”? ¿No quería que terminara la noche?». Mmm... Parecía que Harry poseía más carácter del que pensaba.

—Tengo que irme. —Liberé la mano. No me gustaban los chicos pegajosos.

—Espera. ¿No puedes, al menos, darme tu número de teléfono? Es decir, parece cosa del destino... Nos encontramos en la librería...

¿El destino? Ah...

Maravilloso.

—¿Por qué no me das el tuyo?

No lo llamaría nunca.

Lo escribí en un pedazo de papel, y lo guardé distraídamente en el bolsillo de los pantalones cortos.

Me despedí de nuevo. Me subí al coche y salí pitando. Esa noche había sido un error.

Diez minutos después, entraba en el recinto del bloque de apartamentos y aparcaba. Mis ojos buscaron al instante el *jeep* de Declan. Estaba en casa, y una parte de mí solo podía pensar en llamar a su puerta y..., no sé..., hablar... quizá.

Subí la escalera que llevaba al rellano donde estaba la entrada a mi apartamento. Rebusqué en el bolso y encontré las llaves justo cuando una fuerte voz masculina me llegó desde atrás, a pocos metros de distancia.

—¡Elizabeth, espera un momento!

Me volví, medio esperando ver a Harry, dispuesta a recriminarle que me hubiera seguido a casa como un acosador; sin embargo, no era él el chico guapo que corría hacia mí.

Me quedé paralizada durante un segundo y luego me moví lo más rápido que pude. Intenté meter la llave en la cerradura, pero lo hice a tuestas y se me cayó al suelo.

Allí estaba Colby Scott. Alto y guapo, vestido con unos pantalones y una camiseta negros, con el pelo retirado de la frente y sus gélidos ojos azules clavados en mí. No había cambiado demasiado, aunque estaba más delgado y parecía más bruto que antes; además, su expresión estaba llena de tensión.

Lo había vuelto a ver de paso por Petal después de lo ocurrido en el hotel. Una vez en la gasolinera, cuando estaba llenando el depósito para regresar a Raleigh, y otra vez en el Wal-Mart del pueblo. Él me había mirado con sorna, pero nunca habíamos hablado, y escuchar su voz me suponía un *shock*.

—No te acerques más o empezaré a gritar y alguien llamará a la policía. — Las palabras eran firmes, pero por dentro temblaba.

Levantó las manos.

—Tranquilízate, no voy a hacerte daño. Solo quería pasar a saludarte. En el caso de que no te hayas enterado de las noticias, el lunes me he convertido en estudiante del Whitman. Me han expulsado de la universidad de Nueva York, me temo que fui a demasiadas fiestas. Como te puedes imaginar, mi padre no está demasiado contento. —Me brindó una sonrisa irónica, como si esperara que yo también sonriera—. De todas formas, acabo de instalarme en un apartamento no muy lejos. Y, claro, no podía estar cerca de ti y no venir a verte, Elizabeth. Una vez fuimos novios. Pasamos buenos momentos. ¿No te alegras de que haya pasado por aquí?

El marcado acento sureño me envolvió, haciendo que me sintiera enferma.

¿Se había vuelto loco? ¿Es que no recordaba lo que me había hecho?

Se me revolvió el estómago al notar que el mundo se movía bajo mis pies, y la única manera de mantenerme erguida fue apoyarme en la puerta.

Me sentí inundada por el pánico.

¡Dios! No puedo desmayarme.

—Aléjate de mí. Ya. —Jadeé; era como si no hubiera aire. El corazón se me desbocó.

¿Me había estado esperando en el aparcamiento?

Incluso aunque hubiera querido gritar, no tenía aire para hacerlo. De alguna forma, conseguí agacharme y recoger las llaves.

Él sonrió, recorriéndome con la vista antes de acercarse.

—Sigues tan guapa como siempre, Elizabeth. Espero que pronto podamos ponernos al día.

Apreté las llaves con fuerza entre los dedos cuando el miedo me inundó. Cerré el puño, dejando que una sobresaliera, y se lo enseñé.

—Ni se te ocurra acercarte a mí.

Se rio y puso la mano en la pared, detrás de mi cabeza.

—No vas a hacerme nada. Estás cagada. Además, no he venido a molestarte, solo quería que me dieras la bienvenida a Whitman. ¿Ya saben todos aquí lo caliente que eres? ¿Lo que te gusta hacer? ¿Mmm?

Me alejé de él, empujándole el pecho con las manos.

«Ojalá pudiera llegar a la puerta de Declan...».

DECLAN

Una voz femenina resonó en mi cabeza y me arrancó de mi estado medio dormido, en el que imaginaba a Elizabeth en mi cama, desnuda sobre las sábanas...

Volví a oír su voz.

«¡Joder!».

No era un sueño.

Me levanté del sofá donde me había quedado traspuesto después de ir al gimnasio y miré el reloj digital. Gruñí al tiempo que encendía la lámpara. Apenas eran las once. Cuando me froté la cara noté que me protestaban los músculos. Había pasado la mayor parte de la tarde entrenando en el *ring*, luchando contra Max. Dax había venido a mirar, y más tarde habíamos cenado juntos.

Luego oí una voz de hombre que me hizo espabilarme.

«¿Quién era ese?».

Me vino a la mente el tipo grasiento del restaurante en la parada de camioneros.

Me levanté bruscamente sin molestarme en ponerme una camiseta.

En cuanto atravesé la puerta y salí al rellano, tuve la respuesta. Un tipo al que no conocía tenía a Elizabeth acorralada con su cuerpo y la observaba con una expresión de pocos amigos.

—¡Aléjate de mí! —le gritó Elizabeth con la cara pálida.

Empecé a ver rojo. ¡Joder! Veía de todos los colores imaginables.

Sin detenerme, corrí hacia él y le clavé el puño en la cara. Con fuerza. Vi que la cabeza se le desplazaba hacia atrás y que la sangre salpicaba el aire.

Perdió el equilibrio, y aterrizó en el suelo de cemento del rellano, a punto de

caer al aparcamiento de debajo.

Elizabeth jadeó, pero no le presté atención.

Con los puños apretados, me acerqué a él mientras le hacía un repaso de pies a cabeza: algo más de metro ochenta, pelo rubio, la nariz rota, un Rolex en la muñeca. Le registré los bolsillos, pero no llevaba billetera.

—No me hagas daño, tío —pidió después de abrir los ojos, observándome con una expresión aterrada. Tragó saliva y se limpió la sangre que le goteaba de la nariz a la boca—. Solo estaba saludando a una vieja amiga. No pasa nada.

No me gustó en absoluto su aspecto, desde la ropa de marca hasta la petulante curva de su boca. Y cuando sus ojos se clavaron en Elizabeth, como si no pudiera evitarlo, la indignación hizo que le diera una patada en las costillas con el pie descalzo.

—No la mires. Vete antes de que te arranque la cabeza.

Se puso a cuatro patas y se arrastró a gatas durante unos metros antes de levantarse de un brinco y echar a correr. Lo seguí con la vista mientras cruzaba el aparcamiento hacia el *diner* de Minnie, donde parecía que había aparcado el coche, en una zona oscura.

Salió a la calle y se alejó en un Porsche negro con las ventanas polarizadas.

Me volví hacia Elizabeth.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

Corrí hacia ella y le alcé la barbilla.

Ella respiró hondo, pestañeando mientras trataba de recomponerse. Jadeó al tomar aire; luego lo soltó lentamente.

—¿Un ataque de pánico? —pregunté en voz baja, tratando de mantenerme a distancia al tiempo que ella seguía inspirando y espirando.

Asintió.

—Sí —dijo cuando la respiración se lo permitió—. Solo me ocurre cuando pierdo el control.

Le di unos minutos para que se recobrara y la observé cuando respiró profundamente. Noté que iba recuperando el color poco a poco.

—¿Quién era ese tipo? ¿Lo conoces?

Abrió los ojos de par en par y luego miró a lo lejos con rapidez.

—Es solo... alguien que he conocido esta noche, en la librería. Supongo que me ha seguido a casa.

Mentía, pero ¿por qué? ¿Estaba protegiéndolo?

—Acaba de decir que te conocía. —Apreté los puños. ¿Sería uno de sus rollos de una noche que había salido mal?

Su rostro adquirió un color rojo brillante, y apretó los labios.

¿Por qué no podía confiar en mí? Dios..., no quería presionarla cuando ya estaba asustada.

Suspiré y miré al rellano. Bueno..., cambio de táctica.

—¿Puedes decirme qué es lo que ha pasado?

Observé cómo se humedecía los labios. Asintió.

—Estaba a punto de entrar en mi apartamento, y al instante siguiente estaba él ahí. No me ha llegado a tocar, pero si no hubieras aparecido... —Se estremeció—. Gracias. Otra vez.

—¿Sabes cómo se llama?

Noté que se ponía rígida.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Tengo un amiguete en la policía del campus. No estaría de más comprobar si hay más quejas sobre él.

Soltó un profundo suspiro, como si estuviera armándose de valor.

—Colby Scott.

—Bien... —Sonreí con suavidad, archivando el nombre en mi mente al tiempo que le cogía las llaves de la mano y le abría la puerta. También lo investigaría por mi cuenta.

La vi parpadear mirando a la puerta, sin moverse.

Le puse las manos sobre los hombros, intentando no ejercer demasiada fuerza.

—Oye, ya está, ¿vale? He llegado a tiempo y me voy a asegurar de que no

vuelva a ocurrirte nada. —Pero cuando apoyó la cabeza en mi hombro, ¡joder!, me cabreeé de nuevo. Debería haberlo golpeado con más fuerza—. Creo que deberíamos llamar a la policía y presentar una denuncia. Te ha seguido hasta aquí, y no me gusta.

Inclinó la cabeza a un lado para contemplarme. Le temblaban los labios.

—Es que en realidad no me ha hecho nada.

—Pero te has sentido amenazada, ¿verdad? Es suficiente para denunciarlo. Quizá debería hacerle yo mismo una visita.

Abrió mucho los ojos.

—No —susurró—. Se ha acabado, y después de lo que ha ocurrido, no volverá. —Tragó saliva—. Y tampoco quiero que te busques líos, Declan. No me perdonaría que te metieras en problemas por culpa de mis estúpidos errores. Además, podría apuñalarte, dispararte o hacerte una llave... Así que no hagas nada.

Esbocé una amplia sonrisa.

—¿Hacerme una llave? ¿Es eso lo que hace la gente cuando se pelea en Petal, Carolina del Norte?

Sonrió, una leve mueca que, ¡maldita sea!, animó mi corazón.

Vaciló un instante ante su puerta, y sus ojos cayeron sobre mi mano.

—Has sido tan rápido... Ni siquiera sabía que estabas ahí hasta que actuaste. Ojalá yo pudiera hacerlo.

La estudié de forma calculadora.

—Si quieres, puedo enseñarte a defenderte, aunque necesitaría tocarte, ¿te parece bien? —Una miríada de emociones atravesó su cara. Abrió y cerró la boca—. ¿Elizabeth?

Me cubrió la mano con la de ella y me miró con esos desgarradores ojos azules en los que podría ahogarme.

—Cuando se trata de ti, Declan, no tengo miedo. ¿Por qué no entras y me enseñas cómo hacerlo?

—Vale. —La seguí al interior de su apartamento. Se parecía mucho al mío, con un salón muy grande y una cocina pequeña a la derecha, y las habitaciones atrás—. Tu casa está más limpia que la mía.

Unos minutos más tarde, después de que bebiéramos un poco de agua, nos quedamos de pie en el salón, frente a frente. Le enseñé algunas llaves básicas de defensa personal, y luego comencé a mostrarle qué hacer con las manos. Para empezar, le cogí la derecha y se la cerré en un puño apretado.

—La primera regla es no dejar nunca el pulgar dentro del puño. Si lo haces, cuando des un golpe te lo romperás. Tienes que pegarlo al resto de los dedos, aunque sin apretar mucho, o te cortarás la circulación.

Asintió y se acercó. Le cogí la mano, ajustándosela con los dedos para dar forma al puño. El fresco aroma a cítricos que usaba hizo que mi polla palpitará.

«Tranquila, chica...».

Clavó los ojos en mí, y la corriente eléctrica que crepitaba entre nosotros se hizo más intensa.

¿Se le habían oscurecido los ojos? ¿Tenía la respiración más pesada? Sí.

Tomé aire de forma entrecortada.

«Tienes que mantener el control, tío».

Elizabeth era muy guapa y dulce, pero no era la chica indicada para mí. Necesitaba a alguien que quisiera lo mismo que yo.

—Cuando des un golpe, hazlo con un movimiento recto, no curvado. Es menos probable que tu oponente vea llegar un golpe directo. Inclina el puño un poco hacia abajo y protege los dedos. El objetivo es golpear con los nudillos.

—Vale. —Cerró la mano y me la tendió.

Reprimí un gemido al imaginármela cogiéndome la polla y deslizando esas suaves palmas por toda mi dura longitud.

Me aclaré la garganta.

—Bien. Ahora, propina un golpe rápido, pero mantén el puño elevado para protegerte. —Retrocedí un paso y le hice un ejemplo mientras ella me estudiaba con los ojos abiertos como platos.

—Eres impresionante —dijo en tono de asombro—. Y me encanta cómo te mueves. Podría pasarme la vida mirándote. Claro que estás medio desnudo... —Se sonrojó y se mordió el labio—. Lo siento. Es que..., bueno, nada. Ya debes de saber lo bueno que estás, y que estás en perfecta forma física, con músculos y..., bueno, un *sex appeal* fuera de lo común. Además, también eres un buen tipo, y... —Se interrumpió para humedecerse el labio inferior—. Lo siento. Estoy

diciendo tonterías. Otra vez. Parece que no hago otra cosa cuando estás cerca. Mejor me callo.

Se me había acelerado el corazón, y una parte de mí quería besarla, pero ¿qué clase de persona sería si caía sobre ella después de lo que acababa de pasar?

Me froté la boca. Noté que respiraba más rápido y que en sus ojos había un brillo ardiente que llevaba conteniendo mucho tiempo.

Me deseaba.

Pasaron unos segundos.

Resonó en la distancia la bocina de un coche, aunque ninguno de los dos se movió.

Lo único que deseaba en ese momento era a ella.

Bajé la vista a sus labios mientras me lamía los míos.

—Elizabeth, si no quieres que te bese, tienes que dejar de mirarme así.

—¡Dios! Por favor, bésame —suplicó mientras movía ligeramente los párpados. Fue todo lo que necesité para hacer desaparecer la distancia que nos separaba y apretar los labios contra los de ella. Hundí la lengua en su boca para tomar el control.

Sabía a menta. Perfecto.

Deslicé las manos alrededor de su cintura y la estreché contra mi pecho para que mi boca pudiera apoderarse de la suya con ternura. Estuvimos besándonos durante mucho tiempo, reconociéndonos con los labios. Aunque ninguno de los dos tenía ganas de apresurarse, la intensidad de la caricia no era normal.

Dulce pero caliente.

Quería prolongar el beso, alargarlo todo lo posible.

Sin embargo, no se puede estar besando hasta la eternidad.

Nos separamos después de un rato y nos miramos. Apoyé la frente en la de ella.

La deseaba.

Y ¿qué quería ella?

El suave eco de la lluvia al caer en el balcón inundó nuestros oídos.

Cerró los ojos con una tierna sonrisa en los labios.

—¿No es gracioso que nos estemos besando y que se ponga a llover? Son dos de mis cosas favoritas.

—¿Sí? —Ella estaba echando el freno. Y me parecía bien; no quería apresurarla. Al menos no todavía.

Asintió.

—Me encanta el sonido que hace la lluvia, cómo golpea el techo, con esa cadencia tan rítmica y constante como el latido de un corazón. Lo mejor es escucharla bajo un tejado metálico, que te arrulle mientras duermes. En la caravana donde vivía, el techo era así. La lluvia me hacía muy feliz cuando era niña; quedarse atrapado por un fuerte aguacero es como tener un muro blanco a tu alrededor. Lo mejor es cuando te pilla sin paraguas o botas de lluvia, o cuando te metes a saltar en un charco. —Me encantó su sonrisa—. Extraño esa sensación de ser libre y joven, como si fuera un ser intocable al que nada pudiera hacer daño. Todos somos muy inocentes en la infancia, luego la vida pasa factura, crecemos y cometemos errores estúpidos. Nos hacemos daño.

Soltó una risita, sorprendida.

—¿No es gracioso? Hacía mucho tiempo que no hablaba así con nadie. Y hoy, también, he dibujado algunos diseños. Y eso es un milagro, porque estaba atrapada en una especie de limbo artístico. Sé que lo que estoy diciendo no tiene sentido ninguno, que estoy divagando, pero hay algo en ti que me impulsa a ello, y no puedo evitarlo: me gusta. —Se mordió el labio.

Le cogí la mano. No le hice ninguna pregunta. No las necesitaba en ese momento.

—Entonces, ven... —La llevé conmigo hasta la puerta.

—¿A dónde vamos?

—Ya verás.

Me siguió mientras atravesábamos la estancia hasta la puerta del balcón. La lluvia golpeaba la puerta de cristal y las gotas salpicaban el suelo de cemento.

—Vamos a empaparnos. Sin botas de lluvia, sin paraguas, solo piel y lluvia.

—¿Desnudos? —preguntó.

Sonreí. No pude evitarlo. Era jodidamente preciosa. Le besé la punta de la nariz.

—No, tonta, esta vez vamos a dejarnos la ropa puesta. Si me quedara desnudo contigo, acabaríamos follando, no haciendo esto.

Abrí la puerta y la saqué de allí.

Me siguió y se quedó de pie inmóvil en el balcón viendo caer el agua.

Me perdí, mirándola. Tuve que encerrar su rostro entre las manos e inclinarme para sentir la humedad.

Me estudió.

—Estás observándome...

—Porque pareces una rata ahogada —dije sonriendo. Pero era porque estaba preciosa.

Se rio.

—Venga ya, no me hagas sentir idiota. Ha sido idea tuya. Ven a bailar conmigo.

—¿Por qué siempre tratas de hacerme bailar? ¿Y si no tengo sentido del ritmo? Ya sabes que soy un tipo grande.

Pero me ignoró y me cogió de la mano para que siguiera el ritmo de su baile, lo que hice con torpeza.

Me reí de nuevo, y soltó una risita.

Le mostré cómo bailar el vals con pasos de boxeo, como me había enseñado mi madre.

Después, hizo una rutina de animadora en la que había participado en el instituto.

Y nos pusimos cada vez más tontos mientras nuestras risas llenaban la noche. También imitamos algunos movimientos de *Grease* y de *Dirty dancing*. Sabía que debía de parecer jodidamente ridículo, aunque no me importó.

En ese momento, la vida —nosotros— era perfecta.

Nunca me había sentido así con una chica. Espontáneo, divertido, real...

Más tarde, entramos corriendo para secarnos. Cogió una toalla para ella en el cuarto de baño y me dio otra. Así que entré en el baño y cerré la puerta para secarme lo mejor que pude al tiempo que la oía abriendo cajones en el dormitorio.

Salí frotándome el pelo y la observé mientras iba de un lado para otro.

Luego clavé los ojos en la cama, con la mente llena de guarradas. Nos imaginé allí. ¡Joder!, su colchón no era lo suficientemente grande para lo que quería hacer con ella.

Parecía nerviosa cuando se fijó en mis pantalones cortos de deporte, todavía mojados, y se pellizcó el labio inferior con los dientes. Sabía que estaba preguntándose lo mismo que yo... ¿A dónde nos iba a llevar todo esto?

Se había puesto una camisola de dormir que lucía la cabeza de un unicornio blanco en la parte delantera.

—Curioso —comenté—. En mi mente, siempre has sido una chica unicornio..., y esto lo demuestra.

Sonrió.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Ya sabes, porque tienes fama de rara en el campus.

Sonreí.

—Gracias —repuso con una sonrisa—. Ojalá tuviera un cuerno de verdad, así podría clavárselo en el culo a cierta gente... ¡Como a ti! —Se dio la vuelta y cogió una almohada de la cama para lanzármela. Me agaché justo a tiempo cuando pasó por encima de mi cabeza y se estrelló contra un marco de fotos.

Soltó una risita.

—Oh, no... No me has dado. —Corrí hacia ella, me la puse al hombro y giré con ella, que se puso a gritar.

—¡Para! Voy a acabar vomitando encima de ti...

—Mentirosa.

Soltó una risita mientras la dejaba de pie. Vi cómo se balanceaba antes de agarrarse a mi brazo con ojos risueños.

Hubo un cambio en el ambiente, y la química entre nosotros se incrementó.

Me acarició el brazo con una mirada insegura, pero llena de necesidad.

—Quédate esta noche conmigo.

De alguna forma, sabía que no se refería al sexo. No estaba preparada después de lo que había pasado con aquel chico delante de su puerta.

—¿Una especie de fiesta de pijamas?

Ella asintió, con una expresión vacilante.

—Si quieres, podemos ver una película. Incluso te dejaré elegir.

No quería ver ninguna película, solo tenerla debajo de mí.

Me froté la cara, pensando que era una locura, una idea horrible, pero la vi retirar la colcha de la cama y meterse dentro, deslizándose su cuerpo entre las sábanas.

Era jodidamente guapa.

Intenté racionalizar la situación: esto era algo platónico. Sin ataduras. Solo nosotros dos en una cama... para dormir.

Pero...

Estaba a punto de dejarme llevar.

Ella debió de sentir mis reservas.

—No quiero estar sola esta noche, Declan —me suplicó—. Necesito un poco de ternura, y me parece que es algo que tú tienes en abundancia. No puedo expresarlo bien: me siento segura contigo, como si estando a tu lado no pudiera volver a pasarme nada malo. ¿Te quedarás?

—Todavía tengo el pantalón mojado.

—Entonces, quítatelo —sugirió, dando una palmada en la cama.

Sonreí mientras daba un paso para acercarme; mi cuerpo se tensaba ante la idea de dormir a su lado.

—Por mí, bien, aunque no uso ropa interior.

—Vaya problema...

—Sí, un problema enorme.

Se sonrojó y desvió la vista a la obvia tienda de campaña que crecía por segundos en mis pantalones cortos. Volvió a clavar los ojos en mi rostro al tiempo que se aclaraba la garganta.

—Oh. Er... No me importa. Estás mojado y...

—Vale... —Me reí entre dientes antes de deslizarme entre las sábanas. Reprimí un gemido al rozar con las piernas el suave calor de las de ella.

—Qué agradable es... —murmuró volviendo a mirarme y rodeándome el pecho con sus esbeltos brazos. Fue como si se derritiera en mi interior algo como la miel, cálido y dulce. Enredamos las piernas como si conociéramos la postura adecuada para tocarnos en todas partes (más bien para follar), y era jodidamente perfecto.

Ella no mencionó la película, y yo tampoco.

Su cuerpo era una droga, y quería consumirla. Quería apretarla contra las sábanas y reclamarla.

Pero no lo hice.

No quería tener solo una noche con Elizabeth.

«¿Quiero más?».

Le besé el cabello con ternura y, no sé cómo, me dormí.

ELIZABETH

A las seis, me despertó la alarma. Era lunes: primer día de clase.

Me di la vuelta, esperando ver la cincelada mandíbula de Declan sobre la otra almohada, pero se había marchado.

Sentí un intenso alivio. No habría cháchara esta mañana ni incómodos besos de despedida.

Todavía...

Pero también me sentía decepcionada. Por primera vez, quería que un chico siguiera allí. Quería acariciarle el tatuaje del brazo y desearle buenos días. Para mi desgracia, lo único que quedaba conmigo era el aroma de su colonia en la almohada. La levanté e inhalé durante exactamente diez segundos más de lo que hubiera debido.

No resultaba espeluznante. Para nada.

Me duché, me maquillé y me puse unos pantalones cortos de intenso color rojo, así como una camisa *vintage* con encaje color crema que Shelley me había elegido. La habíamos encontrado en una tienda que había en el centro de la ciudad, y aunque me quedaba demasiado grande, ella me había estrechado las mangas y la había ajustado a mi cuerpo. Shelley tenía buen ojo para la moda, y yo solía escucharla, en especial porque había crecido usando la ropa de segunda mano que conseguía mi madre. Nunca habíamos tenido demasiado dinero, y lo curioso era que no me había dado cuenta de ello hasta que empecé a estudiar en el instituto de Oakmont Prep y vi cómo vivía la otra mitad: deportivos, ropa de diseño, mochilas de Louis Vuitton...

Dinero y poder por todas partes.

Y yo quería formar parte de eso desesperadamente.

Me di cuenta con rapidez de que la única forma de encajar era fingir ser como ellos, y lo hice con ayuda de Shelley. Entonces era una chica joven e impresionable, ansiosa por hacer amigos, que resultaron no serlo.

Después de que Colby hubiera vertido sus mentiras, todos me habían rechazado menos Shelley y Blake.

Después de aparcar el coche y atravesar el campus, me senté en primera fila en clase de literatura inglesa, que impartía la doctora Feldman, una de las profesoras más duras de la universidad.

Estiré el cuello para escudriñar el auditorio en busca del cabello color arena de Colby. ¿Qué haría si terminaba coincidiendo en alguna clase con él? Ahora que no tenía cerca a Declan para distraerme, el temor me hizo estremecerme.

«¿Qué voy a hacer cuando me lo encuentre por el campus?».

Blake entró en ese momento y se sentó a mi lado. Habíamos rellenado los horarios a la vez la primavera pasada para poder compartir algunas clases.

Me rozó el brazo.

—Hola, ¿qué tal te va? Ojalá hubieras podido venir a almorzar con nosotros ayer.

—Lo siento, fue un día muy agitado. —Eso era quedarse corta.

Soltó el aire con brusquedad.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Se frotó la cara con energía y luego me contempló durante unos segundos. De repente, pareció tomar una decisión.

—Es que... Tengo que decirte algo. Lo necesito. Y nunca encuentro un buen momento.

Me aclaré la garganta, nerviosa. No quería tener esa conversación.

Lo observé mientras estudiaba el reloj.

—Todavía tenemos cinco minutos. Vamos al pasillo y hablemos. Ahora. Pondremos las cartas boca arriba y sabrás exactamente lo que me está pasando últimamente.

—La clase está a punto de empezar, y la doctora Feldman es muy estricta. ¿Por qué no lo dejamos para más tarde y...?

Él gimió con frustración, apretando los labios al tiempo que me miraba.

—No seas así. Estás actuando como una cría.

Lo vi cerrar los ojos, pero luego los abrió con decisión.

—Muy bien. ¿Quieres saber qué es lo que me pasa? Estoy enamorado de ti, Elizabeth. Lo he estado desde el instituto. Tú lo sabes y yo lo sé. Joder, lo sabe todo el mundo en Whitman. Estoy harto de quedarme sentado mientras vas pasando de chico en chico sin que me elijas nunca. Empieza un curso nuevo para los dos, y quiero que pienses en que, quizá..., tú y yo... podríamos estar juntos.

No. No estaba ocurriendo. No podía asimilarlo. Y menos con el fantasma de Colby pendiente de mí.

—Blake, ya lo intentamos antes...

Levantó una mano para interrumpirme.

—Eso fue hace dos años, y me dejaste por Colby.

Lo miré fijamente, recordando todas esas veces que me había recogido para ir al instituto cuando no tenía medio de transporte, cuando se había sentado en el restaurante donde yo servía mesas solo para hacerme compañía.

Lo adoraba, pero no era un desgarrador me-moriré-si-no-me-quiere. No era esa clase de amor. Era una emoción tierna y cómoda, como una cálida manta una noche de invierno frente al fuego.

«¿Podría haber llegado a ser algo más con él?».

Lo vi jugar con la libreta, recorrerme la cara con los ojos y bajar la vista.

—La cuestión es que somos perfectos el uno para el otro, solo que no lo ves. Ya sé todo sobre ti. Tu color favorito, los libros que te gusta leer, las canciones que adoras... Sé que quieres hacerte un tatuaje, pero no puedes pagarlo. Joder, si hasta sé que roncas cuando duermes...

—Blake, detente, por favor. No puedo enfrentarme a esto ahora mismo. Estamos en clase.

Presión, siempre presión.

—¿Por qué no? ¿Porque te da miedo que tenga razón? Nosotros dos estábamos destinados desde el principio, pero Colby te obnubiló por completo. —Su voz estaba llena de intensidad, e hizo que me retorciera.

Mis reglas no dejaban espacio para una relación seria, ni siquiera con Blake.

—Por favor, déjalo estar.

Se reclinó en la silla, y negó con la cabeza, enfadado.

Gracias a Dios, en ese momento, entró un Dax con ojos somnolientos en el

auditorio, captando mi atención. Llevaba vaqueros ajustados, zapatillas deportivas tipo Converse y una camiseta con el logo de Whitman. Todo ello acompañado con una sonrisa tan contagiosa que parecía un problema con P mayúscula. Chocó el puño con Blake y se dejó caer en el asiento libre que yo tenía al otro lado. Completamente ajeno a la tensión. Como cualquier hombre.

Me brindó una sonrisa de oreja a oreja, que no tuve más remedio que devolverle, por lo que su rostro se iluminó todavía más.

—Hola. Supongo que ya me has perdonado por haberme pasado el viernes por la noche.

Asentí.

—Declan compensa todos tus defectos.

Sonrió de nuevo encogiéndose de hombros, en un gesto que me recordó a Declan.

—De hecho, él es el gemelo bueno.

Entraron más estudiantes, incluido Declan, que llevaba unos vaqueros gastados y una camisa que se ceñía a su musculoso pecho a la perfección. Permití que mis ojos se dieran un festín con sus antebrazos, trazando con ellos las líneas de las calaveras y las rosas. La noche anterior, me había abrazado con fuerza, como si tuviera miedo de que me escabullera, pero había sido él quien se había ido sin despedirse.

Por la mañana, me había sentido aliviada y decepcionada a la vez al ver que se había marchado, pero esos sentimientos se habían transformado en enfado. Y estar cabreada con él hizo que todavía me irritara más.

No quería que me importara que se hubiera ido.

Eso no impidió que sintiera una oleada de calor cuando sus ojos grises se encontraron con los míos.

Se acercó a nosotros con la mirada clavada en la mía durante todo el rato.

—Hola... —Me aclaré la garganta para ver si eso hacía desaparecer el nerviosismo—. Estamos siendo un poco frikis sentándonos en la primera fila. ¿Quieres unirte a nosotros?

Miró a Dax y luego a Blake, cada uno a un lado, casi como si le estuviera diciendo a uno de ellos que se levantara y le dejara sitio, pero eso era una completa locura.

Se encogió de hombros.

—Me sentaré detrás.

Se trataba de un aula magna, con cada fila de asientos más alta que la anterior, por lo que tuvo que ir hasta las escaleras y entrar en la fila de detrás. Eligió el asiento que estaba justo detrás de mí.

A pesar de que no nos tocábamos, lo sentí a mi espalda, percibiendo el calor de su piel irradiando hacia la mía.

Dax se puso a estudiar el programa de estudios que había sobre cada escritorio.

—No sé muy bien por qué he terminado aquí. Debía de estar de resaca cuando elegí las asignaturas. —Examinó a los alumnos que seguían entrando—. Aunque tengo que admitir que hay muchas bellezas por los alrededores.

—¿Y a ti? —Me giré para mirar a Declan—. ¿Te gusta la literatura?

—Estoy estudiando inglés con un grado en empresa —aclaró Declan.

—No puede ser...

Curvó los labios.

—Sí, cielo. ¿Por qué?

—Me has sorprendido. Es que he supuesto que...

—¿... es un hombre de las cavernas? —intervino Dax—. Es lo que piensa la mayoría de la gente, pero mi hermanito aquí presente es un imbécil al que le gustan los poemas y los sonetos. Resulta tan aburrido que me dan ganas de pegarme un tiro. Lo compensa porque está a punto de abrir su propio gimnasio.

—Sois completamente opuestos —pensé en voz alta.

Dax resopló.

—Entonces, ¿el cavernícola soy yo?

Me reí.

—No. Aunque quizá sí.

Percibimos una ráfaga de actividad en la puerta del aula, y nos volvimos a la vez para ver a una morena con un top ceñido y unos pantalones cortos que dejaban la mitad de sus nalgas al descubierto. Lorna, de la fraternidad. Fabuloso.

Se detuvo delante de Blake, y cuando se dio cuenta de que no había sitio libre a su lado, me lanzó una mirada llena de maldad antes de mirar a Declan.

—¿Está libre ese asiento? —le preguntó con un mohín.

Entrecerré los ojos.

¿Declan se había acostado con ella?

Agg...

«¿Por qué te importa?».

—Sí —repuso Declan al tiempo que asentía con la cabeza, mirándola fijamente antes de contemplarme a mí.

—Guay... —soltó ella con una sonrisa radiante mientras iba hacia el pasillo.

—Está muy buena, ¿verdad? —me susurró Dax mientras Declan charlaba con ella en voz alta, una vez se hubo sentado—. Y es también muy flexible. Los chicos de la fraternidad la adoran. Sabe hacer eso de ponerse las piernas detrás de la cabeza cuando...

—Basta.

Sonrió con timidez.

—Estoy bromeando. Lo que nos fascinan son sus tops. Los chicos siguen esperando a que se le caiga alguno.

Chasqueé los dedos.

—¡Caray! Ojalá tuviera valor para vestirme así, podría ser como Limber Lorna, es una pasada —solté antes de ponerme a mover las pestañas.

Él se rio a carcajadas, haciendo que Declan nos lanzara una mirada penetrante.

¿Qué le pasaba?

—Si lo haces, elige uno azul para que haga juego con tus ojos. Son maravillosos —me halagó Dax.

Me sonrojé.

—Qué tierno... Y, por raro que te parezca, es lo más sincero que podrías haberme dicho nunca. Gracias, Dax. Creo que casi te he perdonado por casi besarme.

—¿Casi? Créeme, cielo, nuestros labios estuvieron en contacto. ¿Es que no te acuerdas? —Se inclinó y me dio un beso rápido en la mejilla, rozándome la piel con los labios y haciéndome sentir pequeños hormigueos.

Solté una risita. Sin que le oliera a alcohol el aliento y sin una alocada fiesta de fondo, su beso no me resultaba nada molesto.

—¿Qué te parece tan gracioso? Fue un beso grado A del Rey del sexo —dijo, fingiendo estar ofendido por mi risa.

Me froté los labios.

—Me haces cosquillas, tonto.

—¿Hoy cosquillas, mañana orgasmos?

Solté una carcajada.

—¿Alguna vez dejas de coquetear?

—No puedo. Es como si estuviera programado para ligarme a todas las chicas que pueda. Probablemente sea una actitud de pura supervivencia porque mi madre murió cuando era pequeño. —Me sonrió con tristeza.

Lo había dicho en broma, pero debajo se intuía la verdad.

—Lo siento. Declan me ha mencionado también lo mal que lo pasasteis cuando os vinisteis a vivir aquí. Debió de ser muy difícil dejarlo todo para mudaros a Estados Unidos.

—Sí, aquí la gente habla de forma muy graciosa, y usa nombres muy extraños para las cosas. Para nosotros, no es un elevador, sino un ascensor. Las patatas fritas son *chips*, y las galletas, pastas. Una pelusa es un poco de polvo, y no pienso sacar el tema del fútbol.

Movió las cejas.

Declan se aclaró la garganta, y lo miré por encima del hombro para encontrarme con que nos estaba mirando. Tenía las manos encima del pupitre, y con una sostenía el bolígrafo con fuerza.

Alcé una ceja en su dirección.

«No te atrevas a ir por ahí conmigo, amigo. No tienes derecho a estar celoso. Esta mañana te largaste», quería gritar.

Blake se inclinó hasta que nuestros hombros casi se tocaron. Se había mantenido en silencio desde que los gemelos llegaron.

—¿Quieres almorzar conmigo después?

Medité sobre ello. Con Colby cerca, no quería estar sola.

—¿Te importa si les pedimos a ellos que vengan también? —pregunté señalando a los gemelos—. ¿Y quizá Shelley? —No estaba preparada para esa charla que él había mencionado, y necesitaba que otra gente hiciera de barrera.

—¿Tan malo es estar a solas conmigo?

—No, claro que no. Solo quiero abrirme un poco y conocer a más personas.

Como cualquier universitaria normal.

La doctora Feldman entró en el aula magna, salvándome de darle más explicaciones a Blake. Era una mujer alta y seca, con largo cabello castaño que llevaba recogido en una trenza, y su expresión estoica hacía que te preguntaras si sonreía alguna vez.

Llevaba unas gafas con la montura metálica apoyadas en el extremo de la nariz mientras deslizaba unos ojos brillantes por el auditorio.

—Confío en que todos hayan leído la lista de lectura que proporcioné cuando se matricularon.

Silencio.

—Ya veo. Otra clase estelar. —Sus palabras destilaban desdén. Movié algunos papeles—. Bueno, durante las primeras semanas, vamos a estudiar *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen. Espero que todos participen, así que ténganlo en cuenta cuando los llame. Deberán levantarse y explicar lo que les pregunte.

Dax levantó la mano, y ella le indicó con un gesto que se moviera.

—¿Eso puntuará? —preguntó él tras ponerse de pie.

La profesora arqueó una ceja con diversión.

—Por supuesto.

Él le brindó una sonrisa engreída.

—Genial, se me da muy bien la oratoria. —Se acomodó en la silla.

—¿Alguna pregunta más antes de entrar en materia? —preguntó ella, mirando a su alrededor.

Nadie se movió.

—Muy bien. —Pasó el dedo por lo que supuse que era la lista de la clase, y se rio entre dientes—. ¿De verdad hay una Elizabeth Bennet en esta clase?

Levanté la mano.

—Soy yo.

—Por favor, quiero que se levante cuando hable, señorita Bennet, para que toda la clase la vea y la pueda escuchar. —Me miró fijamente mientras me levantaba—. Lo confieso, soy muy curiosa... ¿Sus padres le pusieron ese nombre después de leer el libro?

Erguí los hombros.

—Dado que mis padres nunca se casaron, Bennet es el apellido de mi madre. Elizabeth es el nombre que ella eligió. Dudo mucho que mis padres hayan oído hablar de Jane Austen. —Me encogí de hombros—. No descubrí *Orgullo y prejuicio* hasta que estaba en el instituto.

La miré mientras se daba toquecitos en la pierna con el bolígrafo.

—Señorita Bennet, ¿está intentando encontrar al señor Darcy aquí, en Whitman?

Me sonrojé y parpadeé, volada.

—No estoy buscando el amor, doctora Feldman, solo educación.

—Mmm... Ya veo. Pero los seres humanos estamos naturalmente preparados para buscar el amor, ¿no cree? Elizabeth encontró a su alma gemela. ¿No quiere usted encontrar la suya?

—No.

Me miró con sorpresa.

—Entiendo... Quizá podría ser una discusión interesante para otro día. Puede sentarse.

Lo hice, aliviada.

—Joder —susurró Dax, inclinándose hacia mí—. Podrías haberme advertido de lo aterradora que resulta.

Me encogí de hombros.

—Pues espera a que te haga las preguntas difíciles... He oído que al menos la mitad de los alumnos cambian de opción después del primer día.

Nos interrumpió la voz de Feldman.

—Señor Declan Blay, por favor, póngase de pie si está presente.

Oí unos susurros y crujidos cuando Declan se levantó a mi espalda.

—Aquí estoy. —Su voz ronca y cortante hizo que me estremeciera.

Ella asintió mientras deslizaba la mirada por los musculosos brazos antes de subir a su cara.

—Señor Blay, confío en que haya leído los diez capítulos requeridos de *Orgullo y prejuicio* antes de la clase de hoy.

—No precisamente...

—No pienso tolerar que mis alumnos no sigan mis instrucciones y vengan a clase sin hacer las tareas —lo interrumpió, erizada.

Él inclinó la cabeza a un lado.

—No, por favor, permítame explicarle...

—Por favor —volvió a interrumpirlo ella—, vuelva a sentarse para que pueda llamar a alguien que sí se haya leído el material.

—Doctora Feldman, si no le molesta, me arriesgaré a responder a sus preguntas. —Declan cruzó los brazos y la miró expectante.

Ella le hizo un gesto con la mano.

—Muy bien. Díganos algo sobre nuestra heroína. ¿Qué opinión tiene sobre Elizabeth Bennet?

Declan se frotó la sombra de la barba.

—Es una chica ingeniosa e impulsiva, que no quiere casarse con un hombre rico, aunque lo haga al final del libro. —Me rozó perezosamente con sus ojos grises—. También es una chica hermosa a la que le gusta la lluvia.

Se me aceleró el corazón. ¡Dios!, era como si estuviera hablando de mí.

—Señor Blay, ¿diría que es la mujer perfecta?

Él parpadeó.

—No creo en el concepto «la mujer perfecta», sino más bien en la mujer adecuada para cada uno. Elizabeth sabe que no es perfecta, pero tampoco lo es Darcy. Los dos son personas defectuosas, con demasiado orgullo a veces para

admitir sus verdaderos sentimientos. De ahí el título del libro.

Lo admití. Escucharlo explicar de esa manera el tema del libro me excitó. En ese momento, solo quería arrojarlo al suelo, arrastrarme sobre él y montarlo como la ávida lectora de Jane Austen que era.

—Entonces, ¿cuáles son los defectos de Elizabeth? —indagó la doctora Feldman.

—Está a la defensiva por su familia y su incipiente relación con Darcy. Lo considera un idiota rico cuando en realidad está enamorada de él.

—Parece que domina muy bien la novela, señor Blay, a pesar de no haberla leído. —La profesora se acercó a la primera fila para poder mirar de cerca a Declan haciendo mucho ruido con sus *stiletos*—. ¿Podría explicármelo?

—Lo he leído varias veces, doctora Feldman, pero no recientemente, y estaba a punto de explicárselo cuando me ha interrumpido. —Hizo una pausa—. *Orgullo y prejuicio* es uno de mis libros favoritos. Mi madre me lo leyó cuando era niño. Era una romántica incurable... Y quizá yo también lo sea.

Todas las chicas se derritieron. Literalmente. Pude oír cómo se desmadejaban en los asientos entre suspiros y exclamaciones.

No es que yo me quedara muy atrás. Dios, ya me lo estaba imaginando tumbado sobre un montón de viejos libros, completamente desnudo mientras fumaba un cigarrillo después de habernos masturbado mutuamente.

Lorna le aplaudió con delicadeza al tiempo que lo miraba, embelesada por su habilidad para responder preguntas. Puse los ojos en blanco.

—Ohhh, qué increíble —susurró—. Ahora no me queda más remedio que leerlo.

Feldman estudió a Declan, y me pareció detectar también en su expresión un poco de encandilamiento.

—Espero volver a llamarlo dentro de poco. Por favor, vuelva a sentarse.

Cuando terminó la clase, me volví hacia Blake, que tenía una expresión triste y el pelo casi de punta, por haberse pasado las manos por él repetidamente.

—¡Joder! Esta clase es una mierda. No es para mí.

—¿Vas a darte de baja en mi clase preferida? —Le alisé el cabello para peinarle los mechones.

Suspiró y se levantó.

—Sí. Voy ahora mismo a secretaría para ocuparme de ello. ¿Almorzamos juntos? —Se movió nervioso mientras esperaba a que le respondiera.

—Claro. —No pude negarme.

Hicimos planes para reunirnos después, y él bajó las escaleras para ir a la puerta.

Recogí el cuaderno y los bolígrafos con una sonrisa. Aunque Feldman era dura como un clavo, me encantaba su clase.

Además, Declan también asistía.

«Pero él es un problema, ¿recuerdas?», me recordó una voz en la cabeza.

—Eres una chica muy rara. Actúas como si esta clase fuera divertida —comentó Dax mientras me observaba recoger mis cosas.

—Es que lo es —confirmé.

Él se echó a reír antes de que nos dirigiéramos a la puerta con Lorna y Declan pisándonos los talones.

Cuando estuvimos en el pasillo, hubo un momento extraño. Nadie parecía saber qué decir a continuación, salvo Lorna, que al parecer conocía bien a los gemelos y mantuvo viva la conversación.

Enlazó el brazo con el de Declan.

—¿Quieres que vayamos a tu casa antes de estudiar?

Puede que su intención fuera ir a por Blake el día de la fiesta, pero yo acababa de tener la clara impresión de que lo había cambiado por Declan.

—Parece ser que «estudiar» es un código para insinuar que quieres tener sexo con alguien —le susurré a Dax, que esbozó una sonrisa.

—Por cierto, hoy estás increíble —oí que decía Lorna, que continuaba halagando a Declan mientras se ponía de puntillas para quitarle una pelusa imaginaria de la camisa.

Aggg... Ya era suficiente.

No quería ser testigo de eso, así que tomé una decisión rápida.

Me volví hacia Dax.

—Voy a almorzar en el centro de estudiantes con Blake, ¿quieres acompañarnos?

Se le iluminaron los ojos.

—Claro. —Miró por encima del hombro—. Eh, esperad, ¿queréis venir a comer con nosotros?

—¿Una cita? —preguntó Declan clavando los ojos en nosotros dos.

Dax asintió.

—Parece que la señorita Bennet me ha perdonado que tratara de besarla en la fiesta y me ha invitado a almorzar. ¿Queréis uniros a nosotros? ¿O tienes pensado algo increíble con Lorna?

Declan movió el cuello y nos miró a los dos con intensidad, como si estuviera midiendo la situación.

—Quizá la próxima vez —repuso secamente, y se alejó, con Lorna trotando a su lado como un cachorrito.

Pfff...

Dax miró el trasero de la chica, que balanceaba cadenciosamente las caderas.

—Supongo que tenían planes.

—Ajá...

Él soltó un bufido.

—Tienes que admitirlo. Está jodidamente buena.

Me rodeó los hombros con el brazo y me acompañó hasta la clase siguiente.

DECLAN

El viernes por la noche tenía un combate contra un chico de la universidad de Duke al que apodaban «Serpiente». Las peleas contra los alumnos de Duke eran acontecimientos a los que acudía mucha gente, ya que ambas universidades reunían muchos seguidores. Cuando entré en la nave donde se desarrollaría el combate, percibí que había algunos hombres de traje entre la multitud. Imaginé que estaban buscando datos para la pelea contra Yeti, que se celebraría dentro de unas semanas.

Recibí un puñetazo en el estómago y jadeé. La gente se alejó cuando trastabillé, perdiendo el equilibrio. Una chica me gritó lo que debía hacer.

Me estremecí y sacudí la cabeza.

Había llegado el momento de poner fin a ese combate y empezar a pensar en el siguiente.

Corrí hacia Serpiente, le golpeé el hombro con la palma de la mano, y no el pecho, como pretendía. Sin embargo, el golpe tuvo la fuerza suficiente como para hacerlo caer al suelo. Se levantó de un salto y echó a correr hacia mí con intención de propinarme una patada giratoria, que reconocí en el acto como una técnica de *shotokan*.

¡Plaf! Fue un movimiento increíble que me lanzó a su derecha, consiguiendo que me tambaleara hacia atrás.

Sonrió mientras se alejaba de mí.

—Gilipollas, soy cinturón negro, tercer dan.

—Yo soy mejor, imbécil.

Claro que él había conseguido dar unos buenos golpes; la sangre que goteaba de mi nariz daba buena fe de ello. Pero yo tenía motivación e ímpetu para ganar; el sueño de montar el gimnasio me impulsó a que dejara de balancearme.

Me sequé el sudor de los ojos y me enderecé de nuevo. Era un tipo delgado y alto, que poseía rápidos reflejos, un plus en su currículum como luchador. Lo miré

con cuidado, buscando grietas en su armadura.

Había llegado en un Mercedes y se había apeado con una sonrisa de oreja a oreja mientras estudiaba la sórdida área que nos rodeaba. Había recorrido la calle con una tía buena colgada de cada brazo, como si fuera el dueño del lugar. Gilipollas arrogante...

Me lancé y le propiné un golpe en la parte de arriba de los muslos. Él gruñó y respondió con un rápido impacto con las dos manos. Se lo bloqueé con los antebrazos y me retiré, pero él me siguió, todavía al ataque, con el codo levantado para atraparme por los hombros. Gruñí mientras le respondía con un puñetazo frontal en el estómago.

Ufff... Se inclinó jadeando.

Recuperó el aliento y vino hacia mí otra vez, pero lo rechacé. Se había vuelto más lento, y parecía telegrafiar sus movimientos. El chico necesitaba más entrenamiento, y noté que la impotencia y la frustración aparecían en su rostro mientras me dedicaba a jugar con él, moviéndome para conseguir un golpe rápido y saltando hacia atrás para que luego no me alcanzara.

Lanzó un puñetazo y me agaché. Giró de nuevo, jadeando sin aliento.

«Así, chico, acércate más».

Bailé a su alrededor y sonreí.

—¡Cárgate a ese inglés, Serpiente! —gritó uno de sus amigos—. ¡He apostado por ti mucho dinero!

—¡Vais a volver a Duke arrastrándoos, mamones! —gritó Dax, para no ser menos. Los colegas de la fraternidad se mostraron de acuerdo.

Le di una patada a Serpiente en la otra pierna para que perdiera el equilibrio. Finalmente, cayó contra uno de los pilares de acero que sostenían la nave.

Parpadeó un par de veces.

«¡Joder!».

—¿Preparado para perder? —jadeé.

Gruñó, y en su cara apareció una mueca de desdén mientras se movía a mi alrededor.

—Podemos terminar ya —me burlé.

—Que te jodan —replicó, apartándose el pelo empapado en sudor de la cara.

—Será en tu funeral. —Me reí al tiempo que levantaba los puños.

Pero Serpiente estaba distraído por algo que ocurría entre la multitud. Seguí su mirada por el interior de la nave hasta una de las chicas con las que había llegado. Al parecer, se había acercado a otro chico, y estaba contra la pared del fondo, besándolo. Había lengua y todo. Y no se veían las manos de ninguno de los dos, que habían desaparecido debajo de las camisetas y los pantalones. Pronto estarían follando.

Miré de nuevo a mi oponente, que tenía la cara roja.

Aquel idiota estaba distraído por una chica a la que, obviamente, le importaba una mierda.

Gruñí.

«Otra razón por la que necesitas evitar a Elizabeth», me recordé a mí mismo.

—¡Oye, tío, céntrate! —Reclamé su atención bruscamente golpeándole la parte superior del brazo, y él se volvió hacia mí con una mirada salvaje.

Mis palabras lo pusieron en movimiento.

Volvió a venir hacia mí, con los puños en alto, preparado para la lucha. Me clavó un golpe en el bazo con un impulso más rápido de lo que esperaba. Me tambaleé mientras recuperaba el aliento. «¡Joder! No más charla intrascendente».

—¡Serpiente! ¡Serpiente! ¡Serpiente! —animaron sus amigos.

—¡Inglés! ¡Inglés! ¡Inglés! —respondieron los míos.

Lo vi coger aire profundamente antes de lanzarse a por mí, pero adiviné su movimiento y me giré hacia un lado para empujarlo cuando pasó a mi lado; luego le di una patada en el pecho con el pie derecho. Cayó lentamente en el suelo, como una roca. Con los brazos y las piernas abiertos.

Había perdido cualquier oportunidad que tuviera desde el momento en el que me di cuenta de que estaba pendiente de la chica, aunque lo hubiera derrotado de todas formas. Ella solo había conseguido que lo lograra con más rapidez.

Cuando lo oí gemir, supe que tardaría en levantarse.

Me acerqué para comprobar sus ojos y su respiración.

—¿Te rindes? —pregunté.

Me miró con los ojos vidriosos.

—Sí.

Le hice a Nick un gesto rápido para que lo atendiera. Era un tipo hábil que siempre vestía traje con chaleco y que llevaba dos años organizando combates clandestinos en Carolina del Norte.

Miré a Serpiente.

—Controla la cabeza, y si tienes dolores, vete al médico. —No añadí que tendría que mentir sobre cómo le había ocurrido—. Y un consejo: la próxima vez, deja a la chica en casa.

Gimió cuando uno de sus colegas se acercó para darle la vuelta y ayudarlo a ponerse de pie. Se alejaron de mí atravesando las puertas metálicas.

Problemas. Eso era lo que ocasionaban las chicas, ¿verdad?

No pensaba permitir que ninguna mujer me distrajera.

Recogí el dinero que habían contado Nick y Max; era lo único que importaba.

ELIZABETH

Al final de la primera semana, ya había vuelto a mi rutina de ir a clase, trabajar en la librería y estudiar como una loca. Empecé bien, pero no podía dejar de pensar en que Colby estaba en Whitman. Ahora lo buscaba por todas partes. En el supermercado, en el aparcamiento..., al otro lado de mi puerta.

Y luego estaban Karl y mi madre. Intenté llamarla varias veces, y luego le envié algunos mensajes de texto, pero me ignoró descaradamente, algo que entendía. Estaba enfadada conmigo porque había explotado con Karl y con ella en el restaurante. Quería usar lo que me había pasado para hacerse rica, y eso no pensaba permitirlo.

Cuando llegó el domingo por la noche, y regresaba a casa del trabajo, solo podía pensar en dos cosas: helado de chocolate y relajarme...

Pero... no me quedó más remedio que admitir que necesitaba desesperadamente oír acento inglés, así que lancé los zapatos al suelo y me acurruqué en el sofá de mi abuela para ver *Downton Abbey*.

Después de tomarme una tarrina grande de helado Ben & Jerry's y de ver la televisión durante dos horas, salí al balcón y me quedé allí observando la suave llovizna que había comenzado a caer. Me estaba mojando, pero no me importaba.

Declan apareció en su balcón vestido solo con unos pantalones cortos de deporte. Parecía que a ninguno nos molestaba la lluvia. ¿Estaría, como yo, pensando en la última vez que llovió?

Lo vi flexionar las manos, aflojando la cinta que las envolvía, mientras miraba a lo lejos, como si tuviera la mente muy lejos de allí. No me había visto, y me oculté un poco más en las sombras, permitiéndome recorrer su pecho desnudo, sus duros bíceps y su cintura esbelta con los ojos.

«¿Por qué un hombre tiene que ser tan condenadamente guapo?».

«¿Alguna vez usa camiseta?».

Contuve la respiración al ver los moratones que cubrían su cuerpo; tenía uno en el hombro y otro en las costillas.

—Sé que estás ahí —dijo.

¡Joder!, no había forma de escapar de él.

Se inclinó contra la barandilla, con lo que se le tensaron todos los músculos de la espalda, pero mantuvo los ojos clavados en el horizonte.

No le dije nada; estaba enfadada, y ni siquiera sabía por qué.

Aunque sí lo sabía... Habíamos pasado la noche juntos, aunque fuera de una forma platónica, y él había tenido una semana para llamar a mi puerta y, sin embargo, no lo había hecho. Se había sentado detrás de mí en clase de literatura inglesa durante toda la semana, pero me había ignorado, limitándose a lanzarme dagas con los ojos cuando me veía bromear con Dax.

No lo entendía.

Aunque en el fondo sí lo hacía.

Los dos temíamos acercarnos demasiado.

Suspiró mientras se pasaba la mano por el pelo húmedo.

—No puedo recriminarte que no digas nada. Imagino que eres muy lista al mantener las distancias —gruñó—. Lo que resulta muy irónico, Elizabeth, porque el peligro eres tú.

«¿Yo? Si era él quien podía romperme en un millón de pedazos...».

Se dio la vuelta para mirarme, y clavó los ojos en los míos. Me di cuenta de que me había acercado al borde de mi balcón para estar más cerca de él. Miró mi camión mojado y mis pies descalzos.

Mis pezones se erizaban contra la tela como si también ellos quisieran estar cerca de él.

—¿Peligrosa yo? Por favor... Si eres tú el que está lleno de moratones —comenté.

Me dirigió una sonrisa.

—Me gustas más cuando te pones a la defensiva.

—Lo sé —dije calmada, recordando la noche que habíamos estado en su apartamento.

Cuando me rozó los pechos con la mirada, lo sentí como un contacto físico, y noté que tenía el deseo escrito en la cara.

Tragué saliva, consciente de los hilos invisibles que me llevaban a él. Lancé la cautela al viento.

—Hemos dormido juntos sin mantener relaciones sexuales. ¿Sueles hacerlo a menudo?

Sus ojos ardían como el acero fundido.

—Nunca.

¡Dios, lo deseaba! Con absoluta desesperación.

Apreté los puños.

—Buenas noches, Declan.

—Buenas noches, Elizabeth.

—Me complace anunciar que el resultado es que el rey y la reina del baile de graduación son Colby Scott y Elizabeth Bennet —anunció el señor Brown, el director de Oakmont Prep, desde el escenario del gimnasio.

La euforia me envolvió en oleadas.

Al principio no podía creerme que hubiéramos ganado, pero cuando Colby me cogió de la mano para arrastrarme hasta el escenario, la realidad se apoderó de mí.

«Esto lo es todo para mí...».

Lo que siempre había deseado estaba justo delante de mí.

—Vamos. Están esperando para ponernos las coronas, nena. —Vi cómo brillaban los dientes blancos de Colby.

Dejé que me condujera hacia el escenario, con el vestido rosa brillando bajo las luces del espejo mientras cruzábamos la pista de baloncesto. Pasamos por debajo de los globos y junto al telón de fondo, en el que había un paisaje urbano de París. Subimos los escalones, fuimos al centro del escenario. Las manos del público se estiraban para felicitarnos.

Pero... algo estaba mal.

Una insidiosa sensación me arañaba el cerebro y me ponía el pelo de punta.

Intenté arrancar la mano de la suya, pero él tiró de mí y me apretó contra su traje gris.

—Demasiado tarde, Elizabeth. Esto es lo que quieres. No lo niegues. —Se puso a besarme bruscamente, y me cubrió los pechos con las manos.

Intenté empujarlo a tientas.

Todo ocurría a cámara lenta. No podía moverme.

«Espera un momento... ¿He tomado algo? ¿Estoy borracha? ¿Qué me pasa?».

Nos iluminó un foco. Vi a Blake y a Shelley. A mi madre, a Karl y al senador Scott, con los labios curvados en una expresión de disgusto.

Luego ya estábamos en el hotel.

Estaba tendida en la cama, con él situado entre mis piernas. Penetrándome.

No, no, no...

Aquel terror no terminaba nunca.

Luché.

¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

—¡Elizabeth, despierta! —Unas manos firmes me sujetaron por los hombros.

«¡No!».

Me desperté gritando.

Repté hasta la cabecera mientras miraba a mi alrededor.

Mi cama. Mi tocador. Mi apartamento. Declan.

«¡Gracias a Dios!».

Respiré hondo, estremeciéndome. Me sequé los ojos con los dedos al sentir la humedad.

—¿Qué ha pasado? —grazné al tiempo que me frotaba la cara, tratando de aclarar mi mente.

Estaba sentado en el borde de la cama, e incluso bajo la tenue luz pude ver que su cara, normalmente bronceada, estaba pálida.

—Te he escuchado gritar desde mi habitación, así que, como no podía derribar la puerta, he entrado por el balcón. Menos mal que no tenías esa puerta también cerrada. Estabas retorciéndote entre las sábanas... —Se interrumpió y apretó los dientes.

Me acerqué a su calor y apoyé la cabeza en su hombro.

—Debes de pensar que estoy loca —suspiré.

Levantó una mano para ahuecarla sobre mi cabeza.

—¿Quieres hablar sobre ello?

Me mordí el labio ante su amabilidad y me acurruqué entre sus brazos.

—No. No es algo que necesites saber. Solo quiero un poco de agua.

—Vale, te traeré un poco. —Salió y fue a la cocina, donde lo oír dar vueltas y abrir alacenas hasta que encontró un vaso y lo llenó. Luego regresó con él a la habitación.

Me sentía nerviosa, tímida y apocada, así que me apresuré a buscar un tema de conversación.

—¿De verdad has saltado desde tu balcón al mío? El *balconing* es muy peligroso.

—Ya —confirmó en voz baja—. Pero tenías la puerta cerrada. Quizá deberías darme una llave.

¿Una llave? Me reí para ocultar la sorpresa.

—Eres un Superman muy mediocre, ¿verdad?

Se encogió de hombros con expresión neutra.

Asentí lentamente.

Bien... Noté que la tensión crepitaba entre nosotros.

Evidentemente, él estaba a punto de marcharse. Es decir, lo había despertado y por la mañana tenía clase.

El silencio se alargó.

—Gracias por haber venido —me despedí.

Se frotó la barbilla.

—Si ya estás bien, probablemente debería marcharme, ¿verdad?

—Supongo que sí.

Ninguno de los dos se movió.

—¿No necesitas nada más? —preguntó.

Lo necesitaba a él. Mi cuerpo lo ansiaba. Estaba harta de verlo durante unos breves instantes cada día. Quería más.

—No.

—¿Te importa si ahora uso la puerta de entrada?

Sonreí.

—Claro. —Nos acercamos allí los dos juntos, y me sorprendió cuando alargó la mano y me cogió la mía de camino. Sus cálidos dedos me rozaron las cicatrices que marcaban mis muñecas.

Las estudió antes de volver a mirarme.

—¿Qué te pasó?

Tragué saliva.

—Me enamoré del tipo equivocado.

Esperé a que me hiciera más preguntas, a que me recriminara mi estupidez, pero no debería haberme sorprendido tanto que no lo hiciera. Era Declan, y nunca había conocido a nadie como él.

—Las noté la noche que te enseñé a pelear, pero preferí no mencionarlas. Lamento que tuvieras tanto dolor —dijo mientras miraba mi piel rosada—. Tus cicatrices son preciosas. Significan que has sobrevivido. Que estás aquí, conmigo. —Me besó la muñeca con unos labios suaves como una pluma, y todo lo que había entre nosotros cambió—. Son mi parte favorita de ti —afirmó.

A veces, los grandes momentos son producto de la más pequeña de las acciones, y puede que no lo sepamos hasta que, más tarde, conectamos los puntos, pero en ese instante supe de alguna manera que Declan iba a ser el dueño de mi corazón. Era algo que me aterrorizaba y excitaba a partes iguales.

Me pasó un dedo por la mejilla.

—¿Elizabeth? ¿De verdad quieres que me vaya? Porque... Porque yo no quiero. Ha sido una semana de mierda y apenas hemos hablado...

—Quiero que te quedes —dije en voz baja.

Todavía cogidos de la mano, regresamos al dormitorio en sombras.

Nos metimos juntos en la cama. Me acurruqué contra su pecho intentando no hacerle daño en los moratones, y dejé que su calor se filtrara en mi cuerpo para que desaparecieran los últimos restos de la pesadilla. Envolverme en su hermoso cuerpo tatuado era una medicina embriagadora para dormirme. Quise quitarme el camisón por la cabeza, ponerme encima de él y sumergirlo en mi interior. Quise cabalgarlo hasta que desaparecieran todos los malos recuerdos, pero no lo hice. Me conformé con apretarme contra su piel caliente sin desnudarme. El placer me inundó por la forma en la que me recorría la espalda con las manos, rozando el borde del camisón mientras me daba un leve masaje con los dedos.

Su contacto era sexual.

Y, sin embargo no lo era. Solo era *algo más*, y me aterrorizaba ponerle un nombre.

Así que no pensé en ello.

Me dejé llevar.

DECLAN

A la mañana siguiente me levanté alrededor de las cinco y media. Dejé a Elizabeth dormida en la cama y pasé por el gimnasio antes de ir a clase. Llevaba días yendo temprano para poder controlar a los obreros que realizaban las reformas.

Al salir del gimnasio, me fui al campus y me encontré con Dax en el sitio donde solíamos quedar, delante de la facultad de humanidades. No nos habíamos visto mucho durante los últimos días, sobre todo porque no me quedaba tiempo entre el gimnasio y la universidad, mientras que él iba de fiesta en fiesta con la fraternidad. Al menos asistíamos a una materia juntos, aunque resultaba difícil verlo sentado junto a Elizabeth todos los días y coqueteando con ella.

—¿Qué opinas de Elizabeth? —me preguntó mientras subíamos las escaleras hacia el pasillo del tercer piso.

¿Estábamos pensando en ella a la vez?

—¿Mi Elizabeth?

Se detuvo en seco y me miró.

—¿*Tu* Elizabeth? ¿Te has acostado con ella?

—No.

—Me parece que aquí hay un pero.

—No seas capullo. —Tuve que resistir la tentación de empujarlo contra la pared.

«Tengo celos de mi propio hermano. Qué triste...».

Se puso rígido.

—¿Qué te pasa? Solo estoy hablando de una chica de clase. —Me sostuvo la mirada—. Si te dijera que yo sí que quiero acostarme con ella, ¿te parecería bien?

Me encogí de hombros.

—Tú mismo. Haz lo que quieras.

Se frotó la mandíbula mientras me estudiaba con los ojos entrecerrados.

—¿Estás bien? Te comportas de una manera muy rara.

En ese momento, Nadia y Donatello se acercaron por el pasillo hacia nosotros, poniendo punto final a nuestra conversación. No me extrañó que Nadia clavara en mí los ojos con una mirada suplicante. La ignoré por completo, pero si me fiaba de la expresión tensa de ella y la mueca hosca de Donatello, había problemas en el paraíso.

Se detuvieron delante de nosotros, no porque quisieran, sino porque la fila se había detenido. Era inevitable que nos encontráramos de vez en cuando: Whitman era una universidad pequeña. No había vuelto a hablar con ella desde la fiesta en la fraternidad, y aunque a ella la había borrado de mi mente, me preocupaba su familia.

—¿Qué tal está tu madre? —pregunté mientras la tortuga Ninja se alejaba para hablar con unos chicos del equipo de tenis que estaban en la puerta de un aula.

—Ha comenzado ya con la quimio —me dijo con los ojos empañados—, que durará doce semanas. Este fin de semana me voy a casa para verla.

Asentí.

—Lo siento. A mi madre no llegaron a darle quimioterapia. No hubo tiempo ni ninguna razón para ello.

Se aclaró la garganta y cambió de tema.

—Otra cosa: la semana que viene en mi fraternidad habrá la fiesta anual de la residencia. Estás invitado.

—Nadia, tú y yo hemos terminado. No pienso asistir.

Dax arqueó las cejas y nos miró a uno y otro antes de clavar los ojos en Donatello.

—Lo sé. —Me acarició el brazo antes de dejar caer la mano—. Pero aún me importas, Declan. Piensa en ello.

Se despidió con un gesto y regresó con su novio.

Dax resopló.

—Eres demasiado blando con ella. Todo el mundo se pregunta por qué no le has dado todavía una paliza a Donatello.

Me encogí de hombros.

—Algunas cosas valen la pena y otras no.

Entramos en el aula de literatura inglesa. Lorna me saludó con la mano; estaba vestida con un top muy corto y una minifalda. Hizo una seña para que ocupara el mismo asiento que había ocupado desde el comienzo de las clases, una semana antes.

Dax se rio entre dientes.

—Parece que alguien quiere ser la próxima chica del Inglés.

Pero mi mirada cayó sobre Elizabeth. Estaba sentada delante de Lorna, con la cabeza inclinada sobre un libro mientras hojeaba las páginas. Ni siquiera se había dado cuenta de que yo había llegado.

Dax me abandonó para sentarse junto a Elizabeth. Se hundió en la silla más cercana a ella, y se pusieron a hablar de inmediato. Por supuesto, Dax era el que llevaba la voz cantante y Elizabeth la que escuchaba.

Sentí que me invadía la envidia. Era yo quien debía estar sentado allí.

La doctora Feldman se subió al estrado y traté de concentrarme en la lección.

Por lo general, escucharía fascinado, pero ese día apenas fui consciente de lo que dijo.

No logré apartar la vista de Dax y Elizabeth.

ELIZABETH

—Me gustaría que tuvieras dinero, como yo. No es justo que tengas que trabajar a todas horas. Y si no estás trabajando, estás estudiando. Me da pena que te estés perdiendo la verdadera experiencia universitaria —se quejó Shelley mientras me miraba desempaquetar los nuevos libros que habían llegado a la librería. Sonrió—. ¿A que me adoras por venir a hacerte compañía?

Puse los ojos en blanco.

—Whitman no es barato, y no todos tenemos un padre que nos da carta blanca con la American Express.

Hizo un mohín con los labios.

—Seguramente podríamos encontrar la forma de que pague también tus cuentas. Estoy segura de que ni siquiera se enteraría.

Negué con la cabeza.

—Mis gastos los pago yo. Como siempre. Estoy aquí para conseguir una educación de primera...

—... y no tener que depender de una perdedora como tu pobre madre. Lo sé. No haces más que repetirlo. Créeme, jamás terminarás con un vendedor de coches usados que usa camisas hawaianas. Pero si quieres conocer a un tipo rico y agradable, tienes que salir de casa.

—Trabajar me hace sentir bien conmigo misma. Deberías probar.

Me lanzó una mirada llena de incredulidad.

—Para sentirme bien compro zapatos, o joyas. Ya que hablamos de eso: ¿has visto la nueva colección de collares de James Avery? ¡Dios! Me encantan esos pequeños amuletos de plata. Y tú podrías hacerlo mejor, Elizabeth. Tus diseños son mejores que la mayoría de las cosas que veo.

—El otro día hice un diseño. Una pequeña libélula.

Se le iluminó la mirada.

—¡Dios! Es genial. ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Qué piensas hacer con él? ¿Colgarlo en una pulsera? ¿En un collar? Hazme uno..., por favor.

Sabía que ella no entendía por qué había dejado de diseñar joyas, pero su apoyo significaba mucho para mí. Nadie me había alentado nunca, salvo mi abuela, y ella ya no estaba.

—Gracias por decirme eso.

Sonrió antes de cambiar de tema.

—Bien. Vamos a hablar de tu nuevo y sexy vecino. Así que tuviste una pesadilla y el inglés buenorro saltó el balcón para salvarte del Coco, ¿no?

Gruñí. No debería habérselo contado.

—¿Podrías dejar esta conversación?

—Es que es muy divertido. No me puedo creer que no te lo hayas tirado. ¿No te gustaría saber si es como Hugh Grant en *Notting Hill*? ¿O quizá Jude Law? Espera, ¿y Charlie Hunnam? Oh, sí, no me importaría tener hijos con ellos. Ya sabes..., sus hijitos... —Arqueó las cejas.

—Shelley, mi vida no es una película.

Masticó una de las patatas fritas que había pedido con el refresco.

—Lamento disentir. Tienes que admitir que resulta bastante dramática. Joder, seguro que podrías vender los derechos y ganar millones de dólares.

Sus palabras penetraron en mi mente, haciéndome recordar a mi madre, a Karl y su plan. Dejé a un lado aquella preocupación.

—¿A que todo lo que dice suena sexy? Estoy segura de que si me llamara puta, diría «¡Oh, cariño! ¿Puedes decirlo otra vez?».

Esbocé una sonrisa.

—Quizá...

—Dios mío..., ¿y si los gemelos están relacionados con la reina? —Me señaló con el dedo con una expresión animada—. Podrías llegar a ser de la realeza. Joder, si ya te llamas Elizabeth, ¿no es nombre de reina o algo por el estilo? Piénsalo... Imagínate con un vestido de novia tipo lady Di. Y te encanta todo lo relacionado con Shakespeare, lo que no deja de ser la guinda del pastel. —Comenzó a recitar frases famosas de Shakespeare, pero terminó mezclando las de *Romeo y Julieta* con las de *Macbeth*.

Un poco después, cuando se le acabó el rollo, respiré hondo.

—Mira, no quiero que te asustes, pero es posible que veas a Colby por el campus este semestre. Al parecer ahora está estudiando en Whitman.

Dejó caer la bolsa de patatas fritas con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué coño dices? ¿Estás bien? ¿Cómo lo sabes? ¿No estarás volviéndote loca? ¿Por qué...?

—Estoy bien —la interrumpí. Aunque no era cierto, me sentía mal—. Colby vino a verme, pero desapareció cuando Declan lo asustó. Desde entonces, actúo de forma un poco extraña, pero es porque me siento paranoica, pensando que lo voy a ver o que le contaré a la gente lo que ocurrió. —Me temblaba la voz.

Soltó aire de forma ruidosa, pero cuando habló lo hizo en voz baja.

—No tienes nada de qué avergonzarte, Elizabeth. De nada en absoluto. Pero si vuelve a aparecer, deberías llamar a la policía. Prométeme que lo harás.

Moví la cabeza de forma afirmativa. Pero ¿lo haría?

—Tus padres conocen a su familia, ¿podrías preguntarles si saben por qué lo han trasladado aquí? A ver si puedes descubrir lo que ha ocurrido.

Asintió con una expresión de preocupación en la cara.

Esbocé una sonrisa.

—Venga, no te preocupes por mí. Hazme reír.

—¿Has desembalado esas cajas? —preguntó una voz antes de que su propietario doblara la esquina. Rick apareció al momento. Alto, con el pelo color arena y complexión delgada, acababa de graduarse en Whitman, y era el gerente de la librería mientras hacía el posgrado.

Se detuvo a mi lado y rebuscó entre los libros que había en la caja.

—Son lotes muy pesados, y hay que llevarlos a la sección de no ficción. Avísame si necesitas ayuda para subirlos por las escaleras.

Sonrió y se ajustó las gafas.

Le devolví la sonrisa.

—Vale.

Disponíamos de un ascensor, pero no lo mencioné. Siempre se ofrecía a echarme una mano, y lo consideraba muy dulce.

Noté la mirada de Shelley sobre nosotros, observándonos. Planificando.

—Rick, necesita mucho tu ayuda. Necesita un chico... Oh, no importa. —
Sonrió como si estuviera loca.

Le lancé una mirada de advertencia. Cuando le dije que me hiciera reír, no me refería a eso.

Sus ojos me dijeron lo mismo que me había repetido muchas veces.

«Es un buen tipo. Y está a mano. ¿A qué estás esperando? Eres una gallina... ¡Nenaza!».

Solté un resoplido justo cuando se abrió la puerta de la zona de la cafetería, y Blake se acercó a la librería.

—¿Qué pasa? —nos preguntó.

—Nada —bufó Shelley—. Esta librería debería convertirse como por ensalmo en una discoteca o la residencia de una fraternidad.

—Dios, nadie te obliga a quedarte aquí conmigo —repuse—. Da igual si me aburro o no, yo trabajo para poder pagar las facturas.

Se encogió de hombros antes de dar un sorbo a su refresco.

—Este curso está siendo un peñazo hasta ahora.

—¿No tienes deberes? —¿Cómo era posible que no echaran a Shelley de la universidad?

—Ya lo he hecho todo. —Se señaló la cabeza—. Puede que parezca mema, pero tengo más inteligencia de la que crees.

—Venga, vayamos juntos a algún sitio —propuso Blake—. ¿Qué os parece ir al cine? He oído que en Malco se ha estrenado la nueva película de Marvel. —
Me lanzó una sonrisa tímida—. Sé que a Elizabeth le encanta Thor. ¿No es cierto?

—¡Guau, Elizabeth! ¡No me digas! —intervino Shelley en tono sarcástico.

Me encogí de hombros con indiferencia.

—Claro, ¿de qué te extrañas? Muchos músculos, pelo rubio, tatuajes y un martillo...

—Sí, te gustan los martillos grandes —confirmó Shelley en tono inexpresivo.

—Ya es suficiente —la interrumpí.

—Estaba de coña. —Me lanzó una mirada sibilina.

Blake y Rick se rieron, y aunque yo fuera el blanco de la broma, me alegré de ver sonreír a Blake. No quería que estuviéramos incómodos. Había pensado en su declaración de amor, pero todavía no sabía lo que quería hacer al respecto.

Sonó el timbre cuando Dax y Declan atravesaron la puerta de la cafetería.

—Británicos a la vista. Británicos a la vista —anunció Shelley.

—Ya basta —siseé.

La cara de Blake cambió de expresión al percibir nuestro intercambio, y se puso rígido.

—No sé lo que les ven las chicas a esos dos...

—¿Que están más calientes que mi plancha del pelo? —sugirió Shelley.

Una de las chicas que había en la cafetería interceptó a Dax, pero Declan siguió adelante a grandes zancadas, con unos vaqueros de cintura baja, una camiseta de la universidad de Whitman y unas sandalias de cuero.

Suspiré mientras observaba el pelo oscuro que se le curvaba a la altura de las orejas y la nuca, brillante bajo las luces. Sus ojos de color gris acerado parecieron centrarse en mí desde su lugar en el otro lado del espacio, y noté que mi cuerpo se preparaba para la corriente que lo atravesaría de forma inevitable.

Mientras se acercaba, me pareció que lo seguían los ojos de todos los presentes.

¿Por qué no podía ignorarlo sin más como a todos los demás?

—Sí, más caliente que el infierno —murmuré para mí misma.

Se detuvo delante del mostrador.

—Hola. ¿Qué tal estás hoy?

Me sentí inquieta al ser objeto de su atención. Se refería a la pesadilla. Hacía ya varios días desde esa extraña fiesta de pijamas y nos habíamos encontrado todas las mañanas en clase de literatura inglesa, pero él seguía preguntándome cómo estaba.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien.

Dax se unió a nosotros, y la chica con la que había estado hablando le siguió los pasos.

—¿Qué tal todos? ¿Alguien quiere venir a la residencia a pasar el rato? —Se acercó a mí y me puso el brazo por los hombros—. Hola, cielo, ¿a qué hora sales de trabajar?

—Lo siento, pensábamos ir al cine —repuso Blake.

No recordaba haber aceptado tal cosa. Parecía que mis amigos habían decidido por mí cuáles iban a ser mis planes cuando realmente solo necesitaba llegar a casa y estudiar.

—Aunque me parece un poco aburrido, me apunto —dijo Dax al tiempo que aplaudía. Me soltó para rodear a la otra chica—. ¿Te vienes con nosotros?

Ella se sonrojó.

—La verdad, Elizabeth y yo ya tenemos planes para esta noche. Solo estaba esperando que me los confirmara —intervino Declan con tranquilidad.

Todos los ojos se volvieron hacia mí y luego hacia él.

—¿Tienes planes con él?! —chilló Shelley—. ¿Y no me lo has contado?

—Pero... ¿y la película? —La voz de Blake se apagó.

Dax abrió mucho los ojos.

—Oh, no... No lo he visto venir...

Rick se acercó a la caja registradora para cobrar, pero antes me miró con expresión interrogante.

Parecía que todo el mundo tenía su propia opinión sobre el tema.

—¿Sigue todo en pie? —preguntó Declan, en un tono un poco agudo cuando se giró para mirarme.

Sobre el grupo había caído un silencio mortal.

Dejé a un lado el libro que estaba sosteniendo y tragué saliva. ¿Me estaba proponiendo una cita de verdad? ¿Con sexo al final o sin él? Dios, no tenía ni idea porque no había tenido una desde la última vez que salí con Colby

¿O habría intuido que no quería ir a ninguna parte y solo trataba de rescatarme de mis bienintencionados amigos?

—Claro, por supuesto —repuse—. ¿A dónde vamos a ir?

Cuando sonrió, su rostro adquirió un aire más juvenil.

—Es una sorpresa.

Shelley soltó una risita, que terminó bruscamente al ver que le lanzaba una mirada de advertencia.

Blake se levantó y se fue a la cafetería.

«¡Mierda!».

Lo observé alejarse con un profundo suspiro y luego me volví hacia Declan.

—Salgo dentro de una hora.

Miró los libros que había a mi alrededor.

—Puedo ayudarte. ¿Qué hay que hacer?

—Ah, gracias, pero solo pueden hacerlo los empleados. —Era una de las reglas de Rick—. Aunque te lo agradezco. ¿Estás seguro de que no te importa esperar?

—Por las cosas buenas vale la pena esperar.

Sonreí jadeante.

Él me lanzó una sonrisa.

—Por cierto, bonita camiseta. —Me recorrió con los ojos, deteniéndose en la prenda que me había regalado unas noches antes. Era de algodón blanco y tenía el logo de Front Street Gym, que consistía en un círculo negro rodeando dos puños con el nombre del gimnasio alrededor. En la parte de atrás, con una tipografía gótica, se podía leer: «Propiedad del Inglés». Me había sorprendido mucho cuando llamó a mi puerta y me la regaló, diciendo que la había diseñado él y que quería conocer mi opinión antes de hacer un encargo al por mayor para la inauguración del gimnasio. Me quedaba un poco ceñida en el pecho.

Subió los ojos a los míos.

—Gracias. Me la dio un tipo un poco macarra.

Arqueó una ceja.

—Debe de ser muy majo para regalártela.

—Mucho. Aunque creo que me ha dado una talla menos de la que uso. A propósito.

Posó los ojos en mis pechos y sonrió antes de mirarme a la cara.

—Quizá pensaba que no la usarías en público. ¿Es guapo?

—Eso piensa él. —Tenía una sonrisa tan grande que sentí como si se me fuera a romper la cara en dos. ¿Qué tenía Declan que me hacía sentir como si estuviera yendo en una montaña rusa a una velocidad vertiginosa?

Shelley enlazó su brazo con el de Dax.

—Bueno, todavía quiero que vengas con nosotros al cine.

Él arqueó las cejas.

—De acuerdo. Estás demasiado buena para rechazar la invitación. Dime una cosa, ¿te van los tríos?

Ella soltó una risita y le dio una palmada en el brazo.

—Compórtate.

Sacaron los móviles para concretar el horario de la película mientras yo me ponía a colocar los libros. Media hora después, había conseguido ordenar todos los que había en las cajas, así que las llevé al almacén. Las amontoné en un rincón, junto a la basura, y luego me acerqué al escobero. Lo abrí y saqué la mopa.

Cuando me di la vuelta, Blake estaba a mi lado.

—¡Oh! ¡Menudo susto me has dado! —Me reí al tiempo que me llevaba las manos al pecho—. ¿Qué haces aquí? —Miré por encima de su hombro. No creía que a Rick le importara que Blake estuviera en una zona restringida, pero nunca se podía asegurar.

Se pasó la mano por el pelo, de un tono castaño rojizo, haciendo que se le pusiera de punta.

—No me puedo creer que tengas una cita con él después de lo que te he dicho.

—Blake...

—¿Desde cuándo puede entrar aquí y comportarse como si fuera tu dueño? —Se paseó por el cuarto con pasos rápidos y agudos, como si estuviera intentando reprimir la ira acumulada.

Me puse rígida.

—Eres tú quien está actuando de forma posesiva. Declan es un buen tipo. De hecho, en la fiesta me mentiste sobre él. ¿Te importaría explicarme por qué?

Abrió mucho los ojos.

—Estaba desesperado. No quiero que salgas con él, ¿vale? Además, te he dicho lo que siento por ti y no has reaccionado al respecto. Te limitas a seguir con tu día a día, sin querer aceptar que nuestra relación ha cambiado. Ya no puedo seguir siendo tu amigo ni verte salir con otros chicos.

Negué con la cabeza.

—Eres mi amigo. Te necesito. —Solo tenía dos amigos en el mundo.

Soltó el aire de golpe.

—Solo danos una oportunidad. Nos lo tomaremos con calma, te lo prometo. No haremos ninguna locura. —Alargó la mano para acariciarme la mejilla con suavidad, como si yo fuera un animal asustado que quisiera domesticar—. Jamás te presionaré para que hagas nada que no quieras, te lo prometo.

La cuestión es que sí sentía algo por él. La chispa que nos había unido en el instituto no se había apagado todavía. Pero estar con Blake significaba compromiso.

No..., no podía salir con él.

—¿Todo bien por aquí? —La voz de Rick cortó la tensión—. ¿Necesitas ayuda, Elizabeth?

Me aclaré la garganta y di un paso atrás para alejarme de Blake.

—No, todo va bien. En breve me pondré a limpiar.

Blake alargó el brazo para cogerme de la mano.

—Espera, Elizabeth. No soy el único que tiene sentimientos. Habla conmigo...

Suspiré y me detuve. Habría dicho lo que fuera para cambiar de tema.

—Mira, en este momento tengo muchas cosas en la cabeza. Hay algo que no te he dicho todavía. Colby vino a verme la noche anterior a que comenzara el semestre. Según él, está matriculado en Whitman. No me lo he vuelto a encontrar todavía, pero lo haré. Y lo sé. No se va a marchar. —Noté el miedo que destilaba mi voz y me estremecí.

Blake me abrazó.

—Joder... Lo siento mucho. ¿Puedo ayudarte de alguna forma?

Apoyé la cabeza en su hombro.

—No puedes hacer nada. Es algo con lo que tengo que lidiar yo sola, y, de verdad, necesito tenerte a mi lado. No podré superarlo sin ti.

Soltó un largo suspiro y me besó en la frente.

—Da igual lo que sea que necesites, aquí estaré.

ELIZABETH

Más tarde, salimos de la librería y fuimos al aparcamiento, donde Declan bajó la capota del *jeep* antes de abrir las puertas. Decidimos dejar el Camry allí y regresar más tarde a por él.

Me subí por el lado del copiloto y me puse el cinturón.

—¿Por qué no me dices de qué va todo esto? No habíamos quedado.

Sonrió.

—¿Qué dices? Reconoce que querías que te invitara a salir desde que me viste en la residencia de la fraternidad.

—¿Te refieres a cuando ni siquiera quisiste bailar conmigo? —le piqué.

Echó la cabeza atrás y se rio.

—Eres una bomba de relojería a punto de estallar. Y por si no lo recuerdas, bailé contigo en el balcón.

Lo recordaba muy bien.

Se quitó las Ray-Ban y sonrió.

—Por cierto, me da la impresión de que no te gustan las sorpresas.

—En efecto, así que dime a dónde vamos —gemí.

Asintió.

—Vale. Pues vamos a una pelea.

Eso no sonaba demasiado divertido.

—¿Para qué?

Sus ojos grises me acariciaron la cara cuando nos detuvimos debajo de una farola.

—Te prometo que te gustará.

«¡Oh, Dios mío!». Un ramalazo de placer fue directo a mi núcleo.

Cuando llegamos a la carretera, el viento me despeinó. Me gustó la sensación, pero solté un grito mientras trataba de alisarme el cabello. Necesitaba algo con qué recogérmelo.

Él alargó la mano y abrió la guantera, donde había un montón de gomas para el pelo.

Me asustaba que me leyera la mente, y le lancé una mirada amarga mientras elegía una negra.

—¿Son de Nadia?

Se encogió de hombros de esa manera tan suya, y que ya me resultaba familiar. Era un gesto evasivo, que le hacía adquirir un aura de misterio.

Lo miré fijamente, irritada.

Pero mi actitud solo hizo que sonriera.

—¿Celosa? —preguntó.

—Sí —admití antes de pensármelo dos veces.

Me dirigió una expresión de sorpresa y luego cogió un desvío con un brusco movimiento, sin dejar de lanzarme miradas de reojo mientras conducía. Sus ojos vagaron por mi rostro.

—Eres preciosa —dijo en voz baja. Unas palabras simples, pero sentidas—. No tienes ningún motivo para sentirte celosa. Eres todo lo que ella no es, y me gustas. Mucho.

En las películas o libros románticos, llega un momento de la historia en el que los intereses amorosos se sincronizan a la perfección. Él la mira y su expresión se vuelve más tierna. Ella lo observa y se da cuenta de que es lo mejor que le ha pasado desde que inventaron el pan de molde sin corteza. Lo mismo que cuando Elizabeth rebusca debajo de la horrible propuesta de matrimonio de Darcy y ve al hombre que hay más allá del barniz de riqueza. O cuando Romeo ve por primera vez a Julieta en la fiesta y se da cuenta de que su vida no volverá a ser la misma.

A mí me ocurrió justo cuando el viento le alborotó el cabello oscuro, y, en ese diminuto milisegundo, la forma despreocupada en la que sonrió, la manera en la que sostuvo el volante con firmeza mientras me lanzaba una mirada furtiva, como si estuviera calibrando mi reacción, fueron suficientes para que lo supiera.

Pero, luego, me dije a mí misma que me dejara de tonterías.

Era un luchador, por el amor de Dios.

«No es el chico adecuado para mí».

Ni él ni nadie, en realidad.

Porque mi corazón estaba encerrado bajo llave, y la llave estaba enterrada profundamente en mi alma. Y nadie, ni siquiera Declan Blay, podía forzar esa cerradura.

DECLAN

Recorriamos la autopista cuando le dije que era preciosa, y ella me miró de aquella forma extraña.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Ella sacudió la cabeza como si quisiera aclararse las ideas.

—Sabes que esto no es una cita, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Acabo de salir de una relación de mierda.

—Yo tampoco quiero eso —dijo.

—¿Te he pedido sexo, Elizabeth? ¿Te he presionado? —Noté la tensión en mi voz.

Un suave «no» inundó mis oídos.

—Pues eso. Hay muchas chicas dispuestas a follar conmigo. No necesito suplicarle a nadie.

Se humedeció los labios rosados y me encontré mirándolos fijamente mientras me imaginaba mi polla deslizándose entre ellos...

—¿Por qué no dejas de mirarme y te concentras en conducir? —dijo con brusquedad.

No pude reprimir la sonrisa. Ella me divertía, y ni siquiera sabía la razón. Quizá era por la imagen que me ofreció cuando me acerqué a ella en la librería, sonrojada como una colegiala, pero con un brillo ardiente en los ojos que iba directo a mi polla. O quizá fuera por la manera en que rellenaba la camiseta.

Pero tal vez era algo más. Algo que tenía dentro. La sentía como si fuera mi alma gemela, un ser solitario que ansiaba encontrar a alguien a quien amar de verdad. Como yo.

Solo era necesario que la mirara para que quisiera besarla y hacerla mía. La

gente acostumbra a reírse cuando le hablas de que te enamoras de alguien con una simple mirada —y no estoy diciendo que se tratara de eso—, pero, ¡joder!, aquí pasaba algo raro, y me tenía intrigado. ¿La desearía todavía más porque ella no era adecuada para mí? Sí. Mierda. Elizabeth Bennet me había clavado sus pequeñas garras, y, que Dios me ayudara, solo quería que me las clavara más.

Conduje el *jeep* al aparcamiento del Front Street Gym, aunque ella no lo podía saber, porque todavía no habían colgado el letrero. La cuadrilla se había marchado ya, por lo que reinaba el silencio a nuestro alrededor cuando me bajé y rodeé el vehículo para ayudarla a salir.

Cuando pisó la acera, miró a su alrededor con cautela, observando el edificio de dos pisos.

—¿Dónde estamos?

Sonreí.

—Es mi gimnasio.

—¿Cómo puedes pagar esto?

Me encogí de hombros.

—Destiné la herencia que me dejó mi madre para comprar el edificio, y lo que gano en las peleas lo uso para la rehabilitación.

Abrió mucho los ojos.

—Ah...

—¿Pensabas que luchaba por diversión?

Se humedeció los labios.

—Es que a mí... no me gustan las peleas.

Suspiré. ¿Por qué sería?

Entramos en el oscuro vestíbulo, y el olor a sudor y a esterillas de goma inundó mis sentidos como si fuera un bálsamo, como si fuera una fresca brisa en un día caluroso. Nos mantuvimos en silencio mientras encendía las luces, y la vi estudiar el amplio espacio, intentando imaginar cómo lo vería con sus ojos. Era un lugar viejo y mohoso, y todavía no había renovado la mayoría de las máquinas de entrenamiento, pero los *rings* de boxeo eran nuevos.

Miró los pósteres que colgaban en la pared, y le señalé uno en el que aparecía Max con los guantes en alto mientras el árbitro le ponía el cinturón de

la victoria durante un campeonato de artes marciales mixtas.

—Ese es Max, mi entrenador personal. Será uno de los que trabajen aquí cuando abra el gimnasio, dentro de unos meses. Somos amigos desde hace mucho tiempo.

Buscó mi mirada.

—Adoras este lugar.

—Sí. Si no fuera por este gimnasio, por los entrenamientos, no sé, me habría vuelto loco. Me pasaría la vida cabreado. Esto me ayuda a centrarme.

Se mordió el labio con expresión de inquietud.

Lo ignoré.

—¿Preparada para la sorpresa?

Me lanzó una mirada nerviosa.

—Sí.

—Entonces, ven, deja que te enseñe algo. —La cogí de la mano y la llevé hasta una de las esterillas rojas de combate—. No he podido dejar de notar lo cautelosa que te muestras con ciertas personas, y creo que podrías tener más confianza en ti misma si supieras defenderte. No solo tienes que saber cerrar el puño, debes saber usarlo.

Miró la esterilla.

—¿Vamos a pelear?

Sonreí al imaginarlo.

—Vamos a hacer *krav magá*. ¿Te suena?

Negó con la cabeza.

—Si lo traducimos literalmente, significa «pelea cuerpo a cuerpo», y llevo enseñando esa disciplina en varios gimnasios de la zona desde hace un par de años. Básicamente es una técnica de autodefensa que ha desarrollado el ejército israelí. Se trata de una lucha rápida, agresiva y muy efectiva, con muy pocos movimientos.

—¿Eso significa que me vas a tocar?

Parpadeé.

—Sí. Y mucho.

Se lo pensó durante unos segundos antes de que curvara los labios en una pequeña sonrisa. Aquellos labios gruesos y exuberante habían formado parte de mis fantasías durante demasiadas noches.

—Vale, pero solo si me dejas tumbarte un par de veces. Algo así como darte la vuelta por encima de mi hombro y tirarte a la esterilla. Y quizá me sienta encima de ti.

Solté el aire, imaginando la escena, y no pude reprimir la sonrisa.

—Puedes sentarte encima de mí cada vez que quieras.

Sonrió.

—Muy divertido, inglés. Será mejor que seas amable si no quieres que te haga daño.

Me reí. Esa era la chica que quería ver. Segura de sí misma. Descarada. No la mujer asustada que había tenido delante en la fiesta de la fraternidad.

Se puso encima de la esterilla y dio unos saltitos.

—Bueno. Va a ser divertido. ¿Qué hacemos primero?

—Es necesario que te quites la ropa.

ELIZABETH

Me estaba tomando el pelo, por supuesto.

Se rio entre dientes.

—Puedes cerrar la boca. Me refería a que no querrás estropear ni romper los vaqueros. —Señaló la parte del gimnasio donde estaban los vestuarios y los baños—. Venga, tengo unos pantalones para ti.

Diez minutos después, salía del vestuario femenino descalza, con unos pantalones de kárate blancos de talla pequeña.

Regresé a la esterilla con una pirueta. Me gustó la forma en la que la risa hacía brillar sus ojos.

Me esperaba vestido con unos pantalones similares, también tenía los pies descalzos y separados en una postura arrogante, y aunque nunca había sido de esas personas que tenían fetichismos con ciertas partes del cuerpo, consideré que tenía unos pies muy sexis.

Pero lo que hizo que mi corazón diera un vuelco fue ver su pecho desnudo. Quise recorrerlo con la lengua, aunque me conformé con respirar hondo. Recordé lo maravilloso que había sido sentir su piel durante las noches que habíamos dormido juntos. Pero eso había sido entonces, y este era otro momento. Y parecía que progresábamos lentamente hacia algo más.

«Elizabeth, muérdete la lengua», me dije.

Para distraerme, recorrí el tatuaje de la libélula que tenía en el cuello con los ojos, aunque lo que realmente ansiaba era dibujarlo con los dedos. El tatuaje me parecía incongruente con el tipo duro que era, pero le sentaba bien. Lo dotaba de cierta ternura, algo que había sentido en él desde la primera vez que lo vi.

—Ven aquí —me invitó con suavidad.

Me acerqué sin vacilar.

—¿Para qué? —pregunté.

Alargó la mano y cogió el borde de mi camiseta, que ató en un nudo sobre mi ombligo. Sentí un hormigueo al notar el roce de sus dedos en la piel.

—Ahora sí que estás preparada.

—Gracias —murmuré, bajando la vista a la zona que se veía de mi estómago. De repente me sentí viva. Nerviosa.

Asintió con la cabeza antes de inclinarse para ajustar la esterilla de entrenamiento, y volví a ver las cicatrices que tenía en la espalda.

—¿Qué te pasó ahí?

Se incorporó y me miró con una expresión pétrea.

Noté que se refugiaba en su interior, como si no quisiera hablar de eso.

—Si... Si en algún momento quieres contármelo, me gustaría escucharte...
—Se me apagó la voz.

—No quiero.

Me inundó la tristeza. No solo era un tío sexy con un acento irresistible, sino mucho más.

—No te juzgaré, Declan. Tengo mis propias cicatrices.

Soltó el aire mientras me estudiaba.

—Cuando tenía catorce años, tuve una pelea con mi padre y acabé atravesando una ventana. Mi espalda se llevó la peor parte.

—Suená mal.

—Me pasé todo el verano durmiendo boca abajo, esperando a que se me curaran los puntos. —Me miró las muñecas—. ¿Qué te pasó a ti?

Las imágenes del hotel pasaron por mi cabeza, y abrí la boca para decírselo. Quería contárselo todo, explicarle lo que me había pasado, pero no lo hice. Los viejos hábitos tardan en morir.

Desvié la mirada y tragué saliva.

—Puedo contar con los dedos de una mano el número de personas que saben por qué me corté las venas. Todavía... Todavía no estoy preparada para contártelo.

—¿Blake lo sabe?

Noté los celos en su voz.

—Sí.

Lo vi apretar los labios.

—Ya basta de cháchara. Empecemos a trabajar.

Asentí, aliviada de que lo dejara pasar.

—Cuando nos pongamos a entrenar cuerpo a cuerpo, te pediré que uses protección y que te envuelvas las manos, pero hoy solo vamos a aprender la postura y algunos movimientos básicos para que te sientas cómoda. ¿Vale?

Asentí, y eso parecía ser lo que necesitaba para meterse en el papel de profesor. Tenía una voz magnífica para eso, clara y ronca, pero firme. Entendí perfectamente lo atractiva que podía ser una clase con él. Supuse que las mujeres se morían por cada una de sus palabras.

—No te conviene darle a tu oponente ningún margen de maniobra. Sé consciente de tu entorno y de si puedes conseguir ayuda. Si no puedes, entonces prepárate para luchar. Lo más importante es mostrarte agresiva y hacer lo necesario para defenderte. Golpes, codazos, patadas e incluso mordeduras y arañazos. Lo que no puedes hacer es quedarte paralizada como la noche que apareció Colby.

Sonreí.

—Me recuerda a una pelea de gatas que vi una vez en primer curso.

Sonrió mientras ajustaba la posición de mis hombros.

—Esta clase de peleas son más premeditadas. Tienes que mantener las piernas firmes. Pon las manos delante de la cara, pero justo debajo del nivel de los ojos. Debes tener siempre ante tu oponente las caderas, los ojos y el hombro derecho.

Seguí sus instrucciones mientras mi corazón se desbocaba por nuestra cercanía.

Me indicó cómo recolocar el peso sobre las piernas para estar más cómoda.

Una y otra vez. Y otra. Y una vez más.

Me enseñó a dar un codazo defensivo, pegando su cuerpo al mío mientras giraba las caderas, avanzando hacia un atacante imaginario. Se movía con la rapidez de un rayo, y con el mismo brillo. Demasiado excitante para resistirse.

Repetí todas las patadas y golpes que me indicó hasta que comencé a sentir un hormigueo de cansancio en los muslos, brazos y nalgas.

—Necesitas entrenar para que tus músculos estén más fuertes —me dijo luego, cuando fallé una patada frontal—. Lo que tienes que recordar siempre es que lo que quieres alcanzar con el pie son sus pelotas. Si no llegas, apunta a las rodillas, el cuello o la nariz. Se trata de arrearle una patada y salir pitando.

Gruñí antes de secarme el sudor de la cara.

—¿Estás cansada? —Hizo una pausa para enseñarme de nuevo cómo dar una buena patada.

Negué con la cabeza. Era mentira, pero ver cómo se movía ese cuerpo poderoso resultaba estimulante.

¿Quién quería Gatorade cuando tenía a mi disposición a un macizo para enseñarme esos movimientos?

Unos minutos después, nos enfrentamos sobre la esterilla.

—Venga, atácame con energía. A ver si puedes traspasar mis defensas y golpearme el brazo.

—¿No nos ponemos las protecciones?

Me indicó con un gesto que me colocara en una posición defensiva.

—Por hoy está bien. No lo lograrás.

«¿Que no lo lograría?».

Hinché el pecho y me acerqué a él como me había enseñado, con las manos en alto, preparada para atacar. Bailé adelante y atrás sobre los pies, buscando un lugar por el que atacarlo.

—Venga, Elizabeth. Estás tardando demasiado.

Me moví a su alrededor, intentando encontrar un hueco, pero cada vez que giraba a su alrededor, él giraba su cuerpo hacia mí.

—Muévete más despacio —espeté.

—No tiene que ser perfecto, chica unicornio. Solo inténtalo.

—No me llames así.

Me moví y él me siguió.

—¡No puedo! —grité—. Eres demasiado grande y rápido.

Suspiró mientras flexionaba el cuello.

—Imagina que estamos en una fiesta, que nos acabamos de conocer, y que quiero abusar de ti como quiera...

Ni siquiera recuerdo cómo arremetí hacia él. No me acuerdo de haber movido el puño hacia su cara, pero lo hice. Aunque echó la cabeza hacia atrás, para evitar mi golpe, logré alcanzarlo igual.

—¡Declan! —jadeé—. ¿Por qué no te has defendido?

Parpadeó un par de veces.

—Maldita sea... No te he dicho que me rompieras la nariz, solo que me golpearas.

Revoloteé a su alrededor, sintiéndome fatal. Le encerré la cara entre las manos mientras nuestros pechos entraban en contacto.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento mucho. ¿Estás bien? —Le pasé los dedos por la mandíbula, rozándole la barba—. ¿Voy a por un poco de hielo? ¿Una botella de agua? ¿Necesitas sentarte? Dios, estoy hablando demasiado, ¿verdad?

Me miró con una expresión divertida.

—Estoy bien. Me has pillado por sorpresa, nada más.

—Podría haberte hecho daño —gemí—. Y me hubiera sentido fatal. Conmigo siempre has sido bueno, maravilloso y tierno, y yo... —balbuceé sin decir nada, asustada por lo que tenía en la punta de la lengua. ¿Qué me pasaba?

—Quizá sí necesito agua. —Su voz era rara, y también su mirada, ya que el gris del iris apenas se veía.

—Declan, tienes las pupilas dilatadas. ¿Te encuentras bien? ¿No tendrás una conmoción cerebral?

Gimió al tiempo que cerraba los ojos.

—¿Declan?

Dio un paso atrás.

—No es por el golpe, Elizabeth. Es por ti.

Suspiré, y algo cambió en mi interior cuando abrió los ojos y me miró. Sus ojos destilaban anhelo. Calor.

Me pareció oír fuegos artificiales en algún lugar, a lo lejos.

Todos sufrimos cambios en algún momento. A veces quieres un corte de pelo nuevo; otras, probar queso azul en lugar de Edam. Y en otras ocasiones, quieres ignorar la razón y seguir los dictados de tu corazón. En realidad solía ser un proceso gradual, pero con Declan no había sido así. Quería follar con él sobre la esterilla del gimnasio, quería un polvo ardiente, sin importarme las consecuencias. A la mierda mis estúpidas reglas sobre el sexo. Lo deseaba.

Me estudió con intensidad.

—Si supieras lo que estoy pensando, huirías como alma que lleva el diablo.

—Estás pensando en tirarme sobre la esterilla, ¿verdad?

Bajó los párpados, entrecerrando los ojos.

—Sí.

Sus palabras me emborracharon. Me hicieron sentir mareada por el deseo.

Me estremecí por el calor que me recorría la columna cuando siguió mirándome de aquella forma tan intensa.

«Me desea...», pensé.

Joder, estaba harta de ser una muerta viviente. Esta era una necesidad real. Quería que me follara de una forma rápida e intensa.

—Declan, bésame. Por favor...

—Llevo toda la vida esperando que digas así mi nombre —aseguró en voz baja antes de estrecharme con fuerza. Me pasó la mano por la cara y me retiró el pelo que se había caído sobre mis mejillas.

Me moví, le rodeé con el brazo los tensos músculos del cuello mientras inhalaba su aroma masculino a sudor. Entonces, sus labios se apoderaron de los míos con frenesí, y gemí cuando frotó su boca con la mía, en un puro afán de posesión. Me mantuvo prisionera como yo quería al tiempo que le arañaba los hombros y lo abrazaba cada vez más estrechamente. Más. ¡Sí! Sabía a un dulce delicioso, caro y decadente.

—Sí —murmuré mientras le pasaba las manos por la espalda con avidez, buscando sus músculos duros y recorriendo sus marcas como si quisiera hacer un mapa de su piel para grabármelo en la memoria.

Me subió los brazos y me quitó la camiseta, que lanzó a un lado sin mirar

dónde caía.

Como si me importara...

«Deprisa, deprisa... Poséeme», repetí mentalmente. Pero él se movió de una forma insoportablemente lenta, ahuecando las manos sobre mis pechos por encima del sujetador; me los acarició con suavidad mientras deslizaba el otro brazo hacia mi espalda para desabrochármelo.

Este cayó al suelo, sin que a ninguno nos importara.

Me masajeó los senos mientras buscaba mis ojos con los suyos. Luego se inclinó para capturar un pezón entre sus labios y me lo mordisqueó con los dientes antes de succionarlo. Me recorrió una oleada de placer cuando empezó a chuparlo y retorcerlo.

Dejé caer la cabeza hacia atrás con un jadeo mientras enredaba los dedos en su cabello para tirar con fuerza. Iba a estallar antes de que llegáramos a lo bueno.

Su contacto era más brusco de a lo que estaba acostumbrada. Más apasionado. Más sexual.

—Me encanta —susurré.

—Pues todavía te va a gustar más —murmuró antes de volver a capturar mis erizados brotes para azotar con la lengua y los dientes la piel ya tierna.

Sentía sus manos por todas partes, como si no pudiera obtener suficiente, y adoré la forma codiciosa en la que me tocaba. Era como si conociera cada terminación nerviosa que conducía al placer, así que me arqueé, ofreciéndome, queriendo más de él, ahora sujetándome a sus anchos hombros para poder seguir de pie.

Al sentir que estaba al borde del colapso, me ayudó a tenderme en la esterilla y se quedó erguido ante mí, con una ardiente mirada en los ojos.

—No deberíamos hacer esto —dijo, con la respiración agitada—. No somos adecuados el uno para el otro, y ni siquiera sé si me caes bien la mayor parte del tiempo.

—Estoy de acuerdo. Pero no permitas que eso nos detenga.

Soltó una carcajada al tiempo que se bajaba los pantalones y los ceñidos *boxers* deportivos. Su polla se balanceó ante mí. Respiré hondo, estremeciéndome. Era gruesa y dura, la más grande que había visto en mi vida. Noté que mi vientre se tensaba.

Sonrió.

—Me estás mirando como si mi polla fuera un cartucho de dinamita a punto de explotar.

—¿Y lo es?

Clavó los ojos en los míos.

—Por supuesto.

Cuando se arrodilló, había una expresión casi de dolor en su rostro.

—No tengo condones. Esto era lo último que esperaba que sucediera. — Maldijo por lo bajo y se frotó la cara con energía—. Joder, lo siento.

Me abrasó una intensa decepción; mi cuerpo clamaba por él.

Me apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Sin embargo, estoy limpio. Jamás he tenido sexo sin usar uno. Ni una sola vez.

Yo no había permitido que se me acercara nadie que no llevara un preservativo, pero tomé una rápida decisión.

—Estoy tomando la píldora. Si me dices que estás limpio, te creo, Declan.

Me besó con energía.

—Gracias por confiar en mí.

Lo miré a los ojos. No se trataba de confianza, sino de que necesitaba sentirlo en mi interior.

—Como me pases una enfermedad venérea, te la corto, ¿lo has entendido?

Se rio entre dientes.

—Y yo te lo permitiré, cielo. Solo pensar en tener tus manos encima, me siento feliz.

Se tendió a mi lado. La presencia de su cuerpo era un placer en sí mismo. Me rodeó los hombros con aquellos fuertes brazos para acercarme a él, y no pude reprimir un gemido.

Por fin...

Deslizó las manos más abajo, introduciendo la punta de los dedos dentro de mi ropa interior para bajarme también los pantalones. Siguió el recorrido con los

ojos.

—Tienes las piernas larguísimas. No puedo dejar de imaginarlas alrededor de mis caderas... —gruñó antes de inclinarse para besarme el vientre, las caderas, la curva de las rodillas...

Gemí y separé los muslos para invitarlo a que enterrara los dedos en mi centro, donde los hundió y retiró, dentro y fuera. Extendió la humedad, estimulándome, jugando y matándome con su contacto.

Me retorcí jadeante y arqueé mi cuerpo mordiéndome el labio inferior al tiempo que me giraba para acercarlo a mí todavía más. Lo quería sentir más dentro.

«Ahí. Justo ahí».

Gemí.

Siguió acariciándome con suave firmeza, trazando una forma difusa sobre mi punto G, estimulándolo sin cesar, afinándolo como si fuera la cuerda de una guitarra.

«Más». Quería sentirlo en todas partes.

Él me leyó la mente y se situó entre mis piernas, que colocó sobre sus hombros antes de poner la boca sobre mi sexo. Un ardiente fuego hizo brillar cada centímetro de mi piel, y jadeé cuando se adentró más profundamente en mis recovecos, hundiendo los dedos hasta el fondo. Me separó los pliegues, buscando la parte más tierna de mí con la lengua. Me siguió dando placer con la boca, rozando y moviendo los labios.

En mi interior creció una intensa necesidad que me hizo jadear su nombre.

Me miró con los ojos llenos de lujuria.

—¿Te gusta?

Asentí. Nadie me había hecho eso. Nunca había confiado lo suficiente en nadie para que lo hiciera.

—No te detengas —susurré.

Él continuó. Introdujo dos dedos en mi sexo mientras hacía vibrar la lengua sobre mi clítoris. Finalmente lo sostuvo entre los labios mientras lo azotaba con la punta de la lengua.

Grité su nombre mientras me disolvía en un millón de pedazos, fragmentos

que se dispersaron y cayeron a mi alrededor como estrellas fugaces. Me agarré al borde de la esterilla cuando me corrí, notando cómo mis músculos internos se contraían una y otra vez bajo su boca.

Me derretí sobre la blanda superficie.

Le ahuequé las manos alrededor de la cara cuando me miró con una sonrisa de satisfacción.

—Me moría por hacer eso desde que nos besamos por primera vez en mi apartamento —confesó—. Sabes todavía mejor de lo que podía imaginar. — Luego me besó, dejando que degustara mi esencia en sus labios.

Le cogí los hombros mientras lo miraba.

—No sé qué decir, salvo gracias.

Me acarició la cara con dulzura.

—Te deseo más de lo que he deseado nunca a otra chica —susurró.

«¡Oh!». Mi corazón se aceleró de felicidad. ¿Declan era real?

Volvimos a besarnos mientras se acomodaba entre mis piernas, separándome los muslos con las manos. Me estremecí sin control.

Dejé que se pusiera sobre mí, aunque iba claramente contra mis reglas.

Sostuvo su erección con una mano mientras me penetraba centímetro a centímetro.

—Eres tan estrecha, Elizabeth... —gimió—. Muy bien, cielo.

Ronroneé por cómo me sentía mientras lo ceñía con cada nervio de mi sexo. Me sostuvo entre sus brazos durante unos segundos, sin moverse, dejando que me acostumbrara a su plenitud. Luego se hundió más dentro, impulsándose poco a poco para llenarme por completo.

Separé más las piernas porque quería sentirlo en lo más profundo, hasta que por fin no quedó nada fuera. Grité por el calor que me transmitía, por su tamaño y su grosor.

Inclinó la cabeza sobre la mía y me besó con intensidad mientras empezaba a moverse con firmeza, penetrándome primero con lentitud y luego con más rapidez, controlando el ritmo. Era un hombre que sabía cómo dar placer a una mujer, que había hecho eso más veces de las que yo quería imaginar. Se movió para deslizar las manos debajo de mí y me levantó un poco, colocándose en un

ángulo que impactaba directamente en mi centro.

El sudor resbalaba por nuestros cuerpos mientras dejaba caer ardientes besos sobre mi pecho. Me capturó un pezón, mordisqueando mi piel mientras palpitaba dentro de mí. Me poseyó, me agarró por las caderas para impulsarse más rápido.

Cada vez se movía con más fuerza, sus ojos reflejaban una mirada salvaje mientras me tocaba por todas partes, frotándose contra mi clítoris como si estuviera exigiéndome que me corriera. Gruñó de una forma primitiva cuando me apoyé sobre los codos buscando más aquel roce, queriendo sus caricias, sus dedos persuasivos. Hice girar las caderas contra su piel mientras salíamos al encuentro del otro. Arriba y abajo. Despacio y rápido. Sus embestidas eran punzantes y firmes, y el placer se incrementaba cada vez más.

Una intensa sensación se acumuló en la base de mi columna, eché la cabeza hacia atrás y me arqueé al tiempo que giraba las caderas. Él siseó por lo bajo con los ojos brillantes.

Estábamos cerca. Muy cerca.

Se clavó en mí velozmente. Su cuerpo era un borrón, una máquina de músculos bien engrasada que podía seguir hasta el infinito.

—Córrete otra vez, Elizabeth.

Me estremecí ante la autoridad que percibí en su voz.

—Sí —jadeé.

—Bien. Sigue... —Tenía la respiración entrecortada.

Me subió las piernas al pecho hasta que me inmovilizó y empezó a moverse con un ritmo endemoniado. Me martilleó sin piedad, desaparecido ya cualquier rastro de ternura. Movié una mano hasta mi sexo y me acarició los pliegues y el clítoris mientras seguía embistiendo.

—Eres increíble. —Su voz era ronca—. Y eres mía, cariño. Voy a hacer que te corras otra vez.

Con un gruñido, apretó mis rodillas con más fuerza.

«Así...». Nunca había tenido esa sensación. Quería volar. Quería gritar a pleno pulmón. Quería que me follara sin detenerse nunca.

Más... Más... Dame más... No me importaba que me tuviera inmovilizada sobre la esterilla. No me importaba que me estuviera poseyendo de una forma salvaje. Quería que el sexo fuera así con él. Declan tenía el control, y yo me

deleitaba debajo de él, rogándole que me diera más, instándolo para que me impulsara al límite.

—Más...

Lanzó una carcajada mientras seguía penetrándome, abrazándome los muslos para tenerme en un nuevo ángulo.

Cuando me corrí, perdí la cabeza. Mis músculos lo apresaron con fuerza, absorbiendo su esencia.

Se dejó ir conmigo con un rugido. Los músculos de su cuello se hincharon cuando lo atravesó el placer. Notaba cómo su polla palpitaba en mi interior mientras me sujetaba por las caderas, hundiéndose una última vez. Su calor inundaba mi núcleo cuando por fin se detuvo.

Nuestros jadeos era lo único que se oía mientras me soltaba las piernas, pero siguió todavía en mi interior. Me miró con los ojos entrecerrados.

—Puedo seguir... ¿Y tú?

Solté un suspiro tembloroso antes de reírme.

—¿Estás riéndote de mí, unicornio?

Le acaricié la cara antes de hundir los dedos en su pelo.

—Ni se me ocurriría. Ha sido el mejor sexo que he tenido nunca.

Sonrió.

—No me sorprende. Mi objetivo es agradar.

Me reí de su arrogancia, pero sabía que estaba bromeando.

Me había hecho mucho más que darme placer. Había hecho explotar un cartucho gigante de dinamita en mi interior.

DECLAN

Elizabeth resultaba jodidamente preciosa mientras estaba debajo de mí con esa expresión tierna en los ojos. Desde el momento en que nos conocimos, había notado su vulnerabilidad, una emoción que me dejaba muy claro que había sido herida por alguien. Así que verla ahora, relajada, con un brillo de felicidad en la cara, me hacía sentir poderoso.

Me dejé caer a su lado en la esterilla y la rodeé con los brazos. Estaba cálida, con la piel húmeda por haber hecho el amor. La miré mientras la acariciaba; ahora suave después de la brusquedad con la que la había amado. Ahuequé las manos sobre sus pechos llenos, antes de besar con ternura sus pezones rosados, todavía enhiestos. Subí los dedos por su cuerpo y la besé en la nariz. Aún tenía la mente llena de pensamientos guarros, y mi polla palpitaba por las ganas de zambullirme otra vez en ella y conseguir que volviera a correrse.

Ella afectaba a todos mis sentidos con su ser. Su cabello rubio —que sin duda era natural—, la curva de su rostro, la dramática forma de sus cejas, que le daban una apariencia exótica: todo en ella era perfecto.

Desde el principio, el sexo había sido el idioma en el que mejor nos entendíamos. El nivel de deseo que mostraba por ella era lo más intenso que nada que hubiera sentido nunca.

Era como si por fin estuviera en casa. Literalmente.

Sonreí.

—No estaba de broma. Puedo seguir si estás preparada.

Resopló con una risa bailando en sus ojos azules.

—Por favor. No. Estás loco.

—Lo que estoy es muy caliente.

Me sonrió y luego se miró las piernas.

—Todavía estoy temblando.

Lo mismo que yo, pero guardé silencio. Me hacía sentir así, y ninguna otra chica lo había conseguido.

Recorrió mis brazos, trazando los diseños de mis tatuajes con los dedos.

—Además, ahora es el momento en el que se supone que debes susurrarme cositas tiernas al oído. Algo sobre lo hermosa que soy, mientras me abrazas y sostienes... Todo eso, ya sabes.

Me aclaré la garganta.

—Mi querida Elizabeth, tienes los ojos del azul más bonito que haya visto nunca, como el mar. Voy a decirte las formas en las que te adoro: más que al *fish and chips*. Más que a la clase de Feldman. Podría...

Me dio un golpe en el brazo.

—Vale, suficiente. Ya no más cursiladas.

Mantuve una expresión neutra.

—Lástima que no llegues a saber que podría ser todavía mejor.

Hizo una pausa, tapándose la boca risueña con las manos.

—Espera un momento... Me tomas el pelo, ¿verdad? Porque ha sido brutal. —Me encogí de hombros—. Uf, odio que hagas eso. Parece que todo te resbala. No lo entiendo.

—Bueno... —dije evasivamente con una sonrisa.

La hice rodar sobre la espalda mientras la besaba de nuevo, ahora con más insistencia, encerrando su cara entre mis manos. Ella se arqueó, buscándome con frenesí al tiempo que me recorría la espalda con las manos hasta clavarme las uñas en las nalgas.

Me di la vuelta para ponerla encima de mí.

—¿Qué haces? —jadeó.

—Esto... —Le separé las piernas y la senté sobre mi polla, completamente erecta.

La miré mientras dejaba caer la cabeza gimiendo. La sujeté por las caderas y me impulsé hacia arriba, hundiéndome en su coño.

—Móntame —le ordené.

Y me cabalgó como a un caballo, saltando y girando. Vi cómo sus tetas

rebotaban con cada envite, cómo sus pezones se agitaban delante de mi cara. No podía dejarlos desatendidos. Los apreté uno contra otro y me dividí entre ellos. Saboreé con la lengua su sudor al tiempo que inhalaba su aroma.

Me perdí en su dulzura, dejando que tomara el control. Se estremeció de pies a cabeza mientras follábamos. Saqué la polla casi por completo y luego la hundí de nuevo. Elizabeth jadeó con el largo cabello pegado a su rostro mientras se apoyaba en mí.

Gritó cuando me puse a moverme con más fuerza, cada vez más profundamente, deseando enterrar en esa mujer cada centímetro de mí. Todo lo demás se desvaneció; solo la veía a ella.

«Ella... Ella...».

Fue un polvo intenso y alocado, salvaje y desgarrador...

Quería ir más despacio esta vez. Quería saborear la dulzura de la química que existía entre nosotros, pero no pude. Mi necesidad era demasiado intensa, demasiado primitiva.

Ella parecía poseída por la misma urgencia, como si fuera el último instante de nuestras vidas.

—Apóyate en mí —le dije un rato después—, deja que sea yo quien se mueva.

Se agarró a mí y me hice cargo de todo. Me enterré en ella y volví a retirarme una y otra vez. Necesitaba ser lo que ella quería, lo único que deseaba.

Nos movíamos juntos como si hubiéramos hecho el amor un millón de veces. Le capturé los pechos y los chupé con fuerza sin dejar de tocar con los dedos su sensible botón. Lo estimulé moviéndolos con el mismo ritmo que mi polla.

Gritó mi nombre mientras se corría, estrujándose con sus músculos internos.

Colapsó sobre mí, pero yo todavía no había terminado. Seguí clavándome en ella, piel contra piel y pecho contra pecho.

Luego eché la cabeza hacia atrás y solté un alarido mientras me corría, apretándola entre mis brazos.

Estrechándola con todas mis fuerzas.

No pensaba dejar que se fuera nunca.

ELIZABETH

Al día siguiente era sábado, y el móvil comenzó a sonar exactamente a las ocho de la mañana.

«¿Quién coño me llama tan temprano?».

—¿Hola? —logré pronunciar mientras me sentaba en la cama. La última noche había sido puramente salvaje, y mi cuerpo todavía se estremecía por las réplicas de los orgasmos.

—¿Señorita Bennet? —preguntó una voz femenina.

Me aclaré la garganta.

—¿Sí?

—Soy Sylvia Myers, de la joyería Myers. —Hizo una pausa como si esperara que yo añadiera algo, como si estuviera respondiendo a mi llamada.

—¿Y?

Myers era una de las mejores joyerías de la zona de Raleigh y Durham. Había estado allí unas cuantas veces para coger ideas de los escaparates, pero sus precios no estaban a mi alcance.

—La llamo por las imágenes que nos ha enviado a la oficina por correo electrónico. Nos gustaría que viniera a vernos la semana próxima para comentar la posibilidad de que nos venda algunos de sus diseños.

«¿Qué imágenes?». No le había enviado fotos a nadie.

Me puse más derecha en la cama, con mis pensamientos dando vueltas a toda velocidad.

—Entiendo. Señora Myers, ¿cuáles les interesan?

Escuché un crujido de papeles a través de la línea telefónica.

—Shelley, su ayudante, nos ha enviado varios diseños, pero los que más nos han llamado la atención han sido los de las piezas de plata, en particular el anillo

de mariposa y el brazalete de pergamino. Tenemos una sucursal en Asheville donde su estilo artesanal encajaría muy bien. ¿Le va bien venir por aquí el miércoles a las nueve?

«¡Shelley!».

Justo cuando pensaba que era una cabeza de chorlito insustancial, había cogido y hecho algo tan increíblemente... tierno.

Pero ¿por qué querían mis diseños?

«Porque son preciosos —me susurró una parte de mi corazón—. Antes creías en ti misma. ¡Vuelve a hacerlo!».

Cogí el bolígrafo y la libreta que guardaba en la mesilla de noche.

—Por la mañana tengo clases y no termino hasta la una, y luego tengo que trabajar..., pero seguramente pueda hacer un hueco. ¿Le parece bien que vaya a las tres?

Dios, ¿qué estaba haciendo? Llevaba años sin diseñar nada. Solo disponía de ideas viejas. ¿Y cómo coño se las había arreglado Shelley para conseguirlas?

—No me había dado cuenta de que era una estudiante universitaria, señorita Bennet. He supuesto que era diseñadora profesional con experiencia. El logo del correo electrónico dice que está a cargo de una empresa llamada Darcy Designs.

¿Darcy? Muy acertado. Shelley había hecho bien al recordar *Orgullo y prejuicio*.

—Sí, en efecto.

—¿Cuántos años tiene? Por teléfono parece muy joven y, sinceramente, necesitamos profesionales en los que poder confiar, no jóvenes universitarios. — La oí tocar algo, y la imaginé sentada detrás de un enorme escritorio en un despacho de diseño, lamentando haberme llamado.

Suspiré.

—Soy universitaria a tiempo completo.

—Entiendo. —Seguía notando cierta incertidumbre en su voz. Me pareció que tomaba una decisión, y se aclaró la garganta—. Bien. La veré el miércoles por la tarde a las tres en la joyería de Raleigh. —Me dijo la dirección—. Buenos días, señorita Bennet. —Y colgó.

Salté de la cama como si fuera un cohete.

Me habían llamado para concertar una entrevista por los diseños. Me invadió una enorme emoción con cierta dosis de miedo. Pero podía conseguirlo, ¿verdad? Tenía que intentarlo, porque morir en vida no estaba funcionando.

Luego Colby apareció en mi mente. No lo había visto ni oído nada sobre él durante las dos últimas semanas, pero de alguna forma sabía que estaba ahí fuera. Agazapado. Esperándome.

Me estremecí y borré esos horrendos escenarios de mis pensamientos antes de correr hacia el balcón. Quería ver a Declan. Cuando llegamos a casa por la noche, desde el gimnasio, le di un incómodo beso de buenas noches ante mi puerta, y luego entré y me apoyé en la hoja de madera. Pero no había podido quitármelo de la mente en toda la noche.

Me incliné sobre la barandilla.

—¡Despierta, inglés dormilón! Tengo buenas noticias... —lo tenté—. Son fantásticas.

Me puse a contar, y habían pasado solo diez segundos cuando él apareció de repente, con el pelo de punta y los ojos entrecerrados bajo el sol matutino.

Casi aplaudí, pero me detuve justo a tiempo.

—¿Qué ocurre? —Se frotó la sombra oscura que cubría su cincelada mandíbula. Una imagen que de poder capturar con una cámara valdría un millón de dólares. No había derecho a que un chico estuviera tan guapo a esas horas.

Y, por supuesto, dormía desnudo. Gloriosa y magníficamente desnudo.

—¡Declan! Estás dejando flipado a todo el mundo —le recliné, intentando arrancar los ojos de su cuerpo perfecto.

—He pensado que te había pasado algo —medio gritó mientras regresaba a su habitación para volver con unos ajustados *boxers* negros—. ¿Mejor así, señorita?

Paseé la mirada por sus líneas. No, ni por asomo. Podía intuir a la perfección lo monstruosamente grande que era. Y lo duro que estaba.

Entrecerró los ojos.

—Elizabeth, estás mirándome demasiado. Céntrate en mi cara, no en mi cuerpo —dijo con una expresión de entendimiento que me hizo recordar la noche que habíamos pasado juntos.

No sabía cómo manejar estas sensaciones, así que lo ignoré.

—Deja tu polla para otra ocasión. Me han llamado de una joyería importante, quieren verme el miércoles para que les lleve mis diseños. Podría ser el comienzo de algo que nunca he creído que pudiera hacerse realidad. —Y podía no salir bien.

Una amplia sonrisa surcó su rostro.

—Espera, voy para ahí.

—¿Qué? No, no es necesario. Es que..., no sé, quería decírselo a alguien.

—¿Soy la primera persona que lo sabe?

Asentí con la cabeza.

—Échate atrás —me dijo, y antes de que me hubiera apartado de su camino, había saltado desde su balcón al mío por encima de las barandillas. Aterrizó justo delante de mí. Su pecho desnudo quedó a pocos centímetros de los míos, y antes de que pudiera pensar siquiera en lo nerviosa que me ponía, me cogió en brazos y empezó a girar. Chillé; la sensación era embriagadora.

Me dejó caer sin miramientos en una de las sillas que había puesto allí.

—¿Sabes qué? Esto merece que lo celebremos —propuso, sentándose a mi lado en otra silla—. Vamos a desayunar. Yo invito.

Asentí.

—¿A dónde quieres ir?

—No me importa. —Y, que Dios me ayudara, no me importaba adónde fuera, porque estaría con él.

«Solo por hoy», me prometí a mí misma.

Se inclinó y, antes de que pudiera escapar, me besó en la mejilla.

—Hecho. Vístete, te recogeré en la puerta dentro de treinta minutos.

Mientras lo miraba conteniendo la respiración, volvió a su balcón y entró en su dormitorio.

DECLAN

Regresé al interior del apartamento desde el balcón con una sonrisa en la cara, y empecé a prepararme para llevar a Elizabeth a desayunar. Después de una ducha rápida, me puse unos vaqueros, una camiseta de Front Street Gym y unas sandalias. Listo. Apenas podía esperar para estar cerca de ella otra vez.

La noche pasada había sido increíble, pero no solo se trataba de sexo. Era ella.

La forma en la que bailaba bajo la lluvia; la emoción que había en sus ojos cuando hablaba sobre esa entrevista en la joyería; cómo luchaba contra sus miedos. La deseaba a ella.

¿Era una estupidez que quisiera contarle todos mis secretos?

¿Cuánto había amado a mi madre y cómo la había echado de menos?

¿Que quería terminar el gimnasio y trabajar para conseguir un puesto en la liga UFC?

¿Que me imaginaba follándomela en todas las posiciones imaginables?

Sí, para esto último quizá sería mejor que esperara un poco.

Llamé a su puerta cinco minutos después, y nos dirigimos a Minnie's, que quedaba al otro lado de la calle, en el mismo barrio. Nuestras manos se rozaron mientras cruzábamos la calle, y me puse duro. Era increíble: un simple contacto y ya estaba dispuesto a llevarla de regreso a casa para demostrarle exactamente cómo me sentía.

Minnie's era un punto de encuentro muy popular entre universitarios, y siempre estaba lleno. Sin embargo, encontramos hueco en la parte de atrás.

Pedimos algo para desayunar y nos sumergimos en la conversación, sin sorprenderme en absoluto el buen rollo que había entre nosotros. Me di cuenta desde el principio de que éramos más parecidos de lo que ella pensaba.

Habíamos empezado a discutir sobre el viaje que quería realizar a Londres el

próximo año, cuando todo estuviera encarrilado, y, cómo no, apareció mi ex.

Nadia se acercó a nuestra mesa con la tortuga Ninja pisándole los talones obedientemente mientras me miraba con cautela por encima del hombro de ella. Moví el cuello y relajé los hombros, tratando de armarme de paciencia. Nadia miró a Elizabeth y luego otra vez a mí, quizá durante más tiempo del necesario.

Apreté los labios. ¿Por qué no se mantenía alejada de mí?

—¿Qué quieres?

Elizabeth levantó la mirada de su tostada. Cuando los vio, tosió y tuvo que coger el vaso de agua para suavizar la garganta.

—Parece que alguien está enfadado hoy... —Nadia resopló de una forma tan delicada que no afeó sus rasgos perfectos—. ¿Acaso ayer perdiste la pelea?

Elizabeth se puso rígida y paseó la mirada de Nadia a Donatello y luego a mí. Solté el tenedor.

«¡Joder!».

—Buenos días —intervino Elizabeth, que, evidentemente, trataba de llenar el tenso silencio que flotó en el aire mientras nos estudiaba—. ¿Llegáis para desayunar o ya os marchabais?

«Por favor..., que se estén marchando...».

Nadia clavó los ojos en mí.

—Ya nos íbamos, pero si queréis compañía, no nos importa quedarnos. —No esperó mi respuesta, se pasó un mechón de pelo por encima del hombro y miró a su novio—. ¿Verdad, Donatello? —preguntó antes de soltar una risita que me pareció completamente falsa. No era su chispeante yo habitual. Deslicé la mirada al brasileño, notando que tenía los hombros tensos y los dientes apretados.

¿Acaso estaba intentando manejarlo como había hecho conmigo?

Gruñí. Parecía difícil de creer con la fama que tenía, pero algunas chicas estaban programadas para no sentirse nunca satisfechas, y Nadia era una de ellas.

La tortuga Ninja murmuró algo sobre que tenía entrenamiento de tenis, pero Nadia ya se había sentado al lado de Elizabeth en el reservado, sin dejarle otra opción que sentarse a mi lado.

Presentábamos un extraño grupo los cuatro.

Cuando clavé los ojos en Nadia, confirmé con el corazón lo que mi cabeza

ya sabía: no estaba enamorado de ella. De hecho, dudaba haberlo estado en algún momento.

Durante los cinco minutos siguientes, mantuvimos una charla intrascendental sobre el clima, las clases y lo que pensábamos hacer durante el fin de semana. La voz de Nadia resultaba algo estridente a veces, cuando nos hacía una pregunta tras otra. Indagando. Quería saber si estaba follando con Elizabeth. Estaba pensando cómo poner punto final a aquel interrogatorio cuando llegó la camarera con los cafés.

—Oye, ¿no eres la novia de Blake? —preguntó Nadia atravesando a Elizabeth con la mirada.

Ella negó con la cabeza.

—Solo somos amigos.

—Pero pasas mucho tiempo con él, ¿verdad? —insistió con deliberada lentitud—. No hago más que verte con él por todos los rincones del campus. No puede sorprenderte tanto que la gente piense que estáis saliendo. —Hizo un dibujo con el dedo sobre la mesa—. ¿Él tiene claro que no sois novios?

—Ya basta de preguntas —espeté, pero no pude evitar esperar la respuesta. Blake era un tema que no habíamos mencionado, pero sabía que Elizabeth tenía un fuerte cariño por él como amigo. Por mi parte, odiaba a ese capullo. De acuerdo, quizá eso era pasarse, pero él quería que ella fuera suya, e iba a tener que pasar por encima de mi cadáver para conseguirla.

«¡Mierda!».

Me froté la barbilla. Esos pensamientos eran más propios de un cavernícola o un novio posesivo.

Elizabeth enderezó los hombros.

—Lo cierto es que cuando empecé el primer curso —hizo una pausa para carraspear antes de seguir hablando—, me prometí a mí misma que no saldría con nadie en serio mientras estuviera en Whitman.

—Entonces, ¿eso quiere decir que ahora mismo no sales con nadie? —pregunté, tratando de mantener la voz controlada.

Se humedeció los labios mientras miraba hacia otro lado.

—No. No... en serio. Así es como debería ser mientras estamos en la universidad, ¿no crees?

En ese momento, desapareció todo lo que me rodeaba y me inundó una oleada de ira ante la actitud simplista de Elizabeth. Apreté los puños por debajo de la mesa mientras trataba de conseguir que me sostuviera la mirada, pero ella siguió jugando con la comida del plato.

¿La noche pasada no había significado nada para ella?

¿Es que acaso no tenía la respuesta delante de las narices?

«¡Joder!».

Solté el aire y me apresuré a beber el café antes de soltar algo de lo que me arrepentiría después. Sobre todo delante de Nadia, que se la comería con patatas.

En efecto, mi ex sonreía de oreja a oreja, como muy ufana, mirándonos a uno y otro mientras percibía las señales.

—Qué fascinante y moderno de tu parte... —Le cogió la mano a Elizabeth para llamar su atención—. Y en caso de que no lo supieras, aunque, realmente, ¿hay alguien que no lo sepa?, Declan y yo salimos juntos durante más de seis meses, y, aunque no terminamos bien —soltó una risita tonta—, puedo afirmar que lo mejor es ser amigos.

—Por supuesto —asintió Elizabeth.

—De hecho, Declan es la única persona que entiende lo que estoy pasando por el cáncer de mi madre. Me siento destrozada... ¿Verdad, Declan? —insistió.

Me encogí de hombros mientras notaba que la tortuga Ninja se ponía rígido. Nadia se volvió a centrar en Elizabeth.

—¿De dónde eres, Elizabeth? Me muero por saber más cosas sobre ti.

Elizabeth murmuró algo por lo bajo.

—No te he entendido —dijo Nadia.

—He dicho que de Petal, Carolina del Norte.

Asintió con una mirada de prepotencia en la cara.

—Yo soy de Raleigh. Mis padres son los dueños de la cadena hotelera Ridgley. Supongo que aquí en Whitman podrían considerarnos una especie de realeza. Pero Petal... Mmm... Supongo que es una pequeña población de Carolina del Norte..., aunque la cuestión es que me suena de algo. ¿A qué distancia está de aquí?

—Dale un respiro a la chica. Estás poniéndonos nerviosos a todos —espetó

Donatello mientras sacaba el móvil y se ponía a revisarlo.

Elizabeth soltó el aire.

—No pasa nada. Petal es un pequeño pueblo en el este, a pocas horas de aquí. Cerca de la costa.

Nadia chasqueó los dedos.

—¡Colby Scott! También es de Petal. Es el hijo del senador Scott, y solíamos jugar juntos cuando éramos niños, mientras nuestros padres pasaban el rato en el Club de Campo Raleigh. ¿Lo conoces? Ahora va a estudiar aquí también.

Me puse en tensión. «¿Colby Scott?». ¿Qué coño...? ¿No era el tipo al que había pillado acosándola delante del apartamento? Después del incidente, había pasado su nombre a la policía del campus, e incluso al departamento de policía de Raleigh, pero estaba limpio. Había intentado buscar también su dirección, aunque hasta ahora no había encontrado nada.

¿Me había mentido Elizabeth sobre cuándo lo había conocido?

—Sí, lo conozco. —Se había puesto muy pálida.

Nadia batió palmas.

—¡Qué pequeño es el mundo! ¿Cómo le ha ido todo? ¿Es tan guapo ahora como cuando tenía diez años? —Soltó una risita—. Tengo que llamarlo, recordarle que me prometió casarse conmigo cuando fuéramos mayores.

Elizabeth no respondió, pero bajó la mirada, ocultando su expresión detrás de una cortina de pelo rubio.

—¿Estás bien? —pregunté con suavidad.

Alzó su mirada azul hacia la mía antes de dejarla caer otra vez, pero fue suficiente para que se me detuviera el corazón al ver el dolor que contenían sus ojos.

—¿Coincidiste con ese tal Colby en el instituto? —insistí—. ¿No es el tipo que fue a tu apartamento?

—Sí —susurró.

La tensión aumentó un poco más.

Me incliné sobre la mesa para estudiarla con atención.

Clavé la vista en los brazaletes que cubrían sus muñecas, en las cicatrices

que ocultaba.

—¿Es el culpable de eso?

Nadia inclinó la cabeza hacia un lado, como si olfateara que allí pasaba algo raro.

—¿De qué? ¿Me he perdido algo?

Elizabeth pareció recobrase, y subió las manos para apartarse el pelo de la cara. Se movió en el asiento, jugueteando con el bolso antes de beber un sorbo de agua.

—Salía con Colby... Fue hace mucho tiempo, y estoy segura de que ya se ha olvidado de mí. —Su voz extraña era la única señal de que ocultaba algo.

Me revolví en el asiento, lleno de furia. «Colby Scott». Lo repetí mentalmente. Se me aceleró la respiración mientras pensaba que lo único que podía hacer era quedarme allí sentado y fingir que nada de eso me importaba una mierda.

Nadia parecía ajena a todo, seguramente demasiado consciente de sus propios problemas. Me miró.

—He intentado llamarte un par de veces. Te he dejado algunos mensajes en el buzón de voz y te he enviado varios mensajes de texto.

—He estado muy ocupado. —Tomé un sorbo de café, tratando de recomponerme un poco para que mi ex no notara lo cabreado que estaba.

—¿Con Elizabeth? —preguntó con una sonrisa irónica.

—Con todo, Nadia. —La miré con dureza. ¿Qué cojones le pasaba?

La tortuga Ninja se puso en pie.

—Nadia, me voy al coche. Tengo que hacer algunas llamadas. Apura, no pienso estar esperándote todo el día.

Se alejó hacia la puerta y salió del restaurante.

Me centré en Nadia, cabreado.

—Mira, es evidente que las cosas no van bien entre tu novio y tú, pero no quiero que me involucres en eso. Solo vas a empeorarlo si sigues persiguiéndome, en especial cuando estoy con alguien.

Mantuve la mirada apartada de Elizabeth, pero sabía que nos estaba mirando

fijamente.

Nadia perdió la compostura y comenzó a llorar.

—Dios, cometí un error, Declan, un estúpido error. Cuando me acosté con él estaba destrozada, cabreada contigo. No sabía lo que hacía. Pensé... que me perdonarías. Todavía te quiero.

Hizo una mueca entre lágrimas y se mordió los labios. Fue en ellos donde clavé los ojos. Fue un gesto reflejo que no significaba nada, pero ella lo captó, y lo supe porque, cuando lo hizo, apareció una expresión de entendimiento en su rostro.

—Puedes negarlo todo lo que quieras, pero todavía te preocupas por mí. — Se inclinó hacia delante—. Quiero que hablemos. Puedo ir a tu casa, o tú venir a la mía. Por favor, Declan.

—Uy —intervino Elizabeth de repente—. Donatello acaba de largarse. — Todos nos volvimos hacia la ventana y vimos cómo el Porsche rojo derrapaba en la grava antes de acceder a la calle.

Nadia gimió.

—Y ahora estoy atrapada en este restaurante olvidado de la mano de Dios. Y no puedo andar demasiado con estos tacones. Es jodidamente perfecto todo —se quejó con amargura.

Eché la cabeza hacia atrás y miré al techo al tiempo que gemía ante aquella complicada situación.

Elizabeth también suspiró, y le hizo a Nadia un gesto para que la dejara salir del reservado. Mi ex había conseguido que los dos se irritaran.

—Bueno —soltó Elizabeth mirándonos a ambos—, no puedo decir que no comprenda a Donatello —añadió—. Es evidente que tenéis mucho que deciros, y si yo me largo...

—Eso sería estupendo —murmuró Nadia, secándose los ojos al tiempo que le lanzaba a Elizabeth una mirada de agradecimiento—. Gracias por tu comprensión cuando es evidente que te he estropeado el desayuno.

Elizabeth apretó los labios.

—No estoy siendo amable. Me resultas muy irritante. Cuando se trata de Declan, pareces una gata en celo, y, francamente, estoy hasta las narices.

Nadia jadeó.

Cogí la mano de Elizabeth.

—No te vayas. Quédate... Solo espera un puto minuto. No hemos tenido aún la oportunidad de hablar sobre nosotros, sobre lo que ocurrió anoche.

Todo estaba yendo muy rápido. Acababa de insinuar sin mucha ceremonia que no significaba nada para ella, y también me había enterado del nombre del tipo que le había hecho daño.

«Necesito tiempo».

Negó con la cabeza.

—No. En serio, tengo muchas cosas que hacer y no puedo perder el tiempo con estúpideces.

—Elizabeth, espera solo un minuto...

Levantó la mano, con su fría fachada ya en su lugar, recordándome a la chica que había conocido en la fiesta de la fraternidad.

—No es necesario. Ya he escuchado y visto lo suficiente. Disfruta de la conversación.

ELIZABETH

Cuando me fui de Minnie's veía rojo por la ira. Estaba enfadada con Nadia por intentar atraer a Declan en mi presencia, pero también estaba cabreada con él porque había detectado una mirada con la que él había teleografiado que todavía sentía algo por ella.

Regresé a mi apartamento a grandes zancadas mientras pensaba que si tuviera que elegir una canción para el fiasco que había resultado ser el desayuno, sería algo a medio camino entre *Love bites*, de Def Leppard, y *Done*, de The Band Perry. Ambas trataban sobre el amor y sobre olvidarse de las mierdas.

Amor... Sangraba por él. Había comprobado lo destructivo que era perder tu corazón, y no importaba lo hermoso que era Declan, por dentro y por fuera: no podría soportar otra vez esa angustia.

Subí hasta el rellano y me encontré con mi madre delante de la puerta. Estaba llamando con los hombros encogidos.

Respiré hondo al recordar nuestro último encuentro en el restaurante. Volví a sentirme preocupada una vez más por Karl y su loco plan para hacerle chantaje al senador. Ese hombre era tan malo para ella como el resto de sus novios.

—Hola, estoy aquí —la llamé. Intenté que mi voz tuviera algo de entusiasmo, pero no sabía cuánto podría disimular delante de ella. Sin embargo, era lo único que me quedaba ahora que mi abuela había muerto, y era difícil renunciar a la familia, daba igual cómo te tratara. Tenía algunos primos por ahí, pero vivían en Petal, y la mayoría no se relacionaban con mi madre. Siempre había sido una perdedora, les había pedido prestado dinero sin intención de devolverlo y, en general, no confiaban en ella.

Se acercó a mí en las escaleras, y me envolvió el olor a cigarrillos rancios de su ropa arrugada.

—Gracias a Dios que estás aquí —dijo al verme. No me sorprendió la herida que lucía en el labio, que ella había intentado disimular con lápiz de labios color

rosa. Noté que miraba con rapidez al aparcamiento antes de volver la vista hacia mí.

—¿Qué ha pasado?

—Vamos dentro y te lo cuento todo. Necesito una taza de café. —Su voz era afilada como el filo de una navaja.

Entramos, y puse la cafetera. Ella mezcló el suyo con leche y azúcar mientras yo me sentaba ante la pequeña mesa de la cocina para mirarla.

—¿No tienes algo de comida?

—Claro. —Me levanté y le preparé con rapidez un desayuno consistente en huevos revueltos y tostadas. No era mucho, pero era lo que tenía en la alacena en ese momento.

—¿Me vas a decir por qué estás aquí? —pregunté mientras nos sentábamos una junto a la otra un poco después.

—¿No puede una mujer querer ver a su hija?

—Tú no quieres verme nunca.

Frunció el ceño mientras masticaba la comida.

—No tengo otro lugar al que ir.

—Karl te ha golpeado —afirmé.

Se tocó el labio con cuidado.

—No ha sido culpa suya. Nos peleamos... Por lo general, después de una discusión, me compra flores o me lleva de viaje, pero esta vez... —se frotó los brazos— me ató.

—Podemos llamar a la policía. Al menos conseguirás una orden de alejamiento.

Palideció.

—¡No! Todavía lo amo, Elizabeth, y seguramente volvamos a estar juntos una vez que se resuelva todo este tema del senador Scott.

El miedo me secó la boca.

—¿Qué? ¿No querrás decir que todavía estáis con eso?

Se aclaró la garganta mientras me miraba con nerviosismo.

—Karl... quiere llevar a Colby ante la justicia...

—No, él quiere el dinero del senador. Es diferente —escupí, muy irritada—. ¿Por qué se te ocurrió contárselo? Se supone que eres mi madre, y eres consciente de lo que siento al respecto. No quiero que nadie lo sepa nunca.

Se mordisqueó el descascarillado barniz de la uña.

—En Petal lo sabe todo el mundo.

—Sí, y creen que soy una puta.

Hizo una mueca.

—Mira, hablamos de mucho dinero. Estoy cansada de luchar y de no tener nada. Además, creo que el senador tiene que saber cómo es su hijo.

—¿Por qué te importa ahora? Cuando ocurrió te daba igual... —Las palabras surgieron antes de que pudiera detenerlas.

—No vuelvas a decir eso, Elizabeth —repuso bruscamente—. Eras una buena chica, y sabía que no tenía que estar encima de ti todo el rato. No fue culpa mía que te ocurriera eso un fin de semana que no estaba en casa. Luego cambiaste, me apartaste. Nunca llamabas a nadie, no salías, actuabas como si me odiaras... —Movié las manos en el aire—. Sé que no soy la madre perfecta..., que no he gastado dinero en ti, porque no lo tenía, pero lo hice lo mejor que pude. —Sacó la cajetilla de Marlboro y encendió un cigarrillo.

Respiré hondo, intentando encontrar valor.

—¿Qué ha pasado con Karl y el senador?

Dio una calada al cigarrillo.

—Karl estuvo llamando a su oficina durante varios días, hasta que por fin logró hablar con su secretaria. Sin embargo, ella no lo pasó con él. Hasta que le dijo que se trataba de algo con respecto a su hijo. Eso funcionó. Nos llamó al día siguiente y Karl le soltó lo planeado. Le pidió cincuenta mil dólares o vendería la historia a la prensa.

Dios, tanta estupidez me ponía enferma. Me atacaron las náuseas. Me levanté bruscamente y llené un vaso de agua.

La miré mientras aspiraba el humo, haciendo que la brasa adquiriera un color rojo brillante.

—Al día siguiente, la policía se presentó en el concesionario de Karl y lo

cerró, alegando que debía impuestos atrasados, lo que podría ser cierto, no lo sé. Pero le cerraron el negocio, y no podrá volver a abrir hasta que termine la investigación. Le confiscaron los archivos y le han bloqueado las cuentas. Está convencido de que el senador ha enviado a la poli. Ese lugar supone para Karl toda su vida, y si no puede seguir..., bueno, será su ruina.

»Karl llamó entonces a un periodista del *Raleigh Herald* —continuó—. Y le dijo que tenía una historia sobre el hijo del senador Scott, que había violado a una chica. Concertaron una cita para pagarle por la historia, pero una vez que llegó, había un equipo de abogados esperándolo con un montón de documentos y no escucharon nada de lo que Karl decía porque necesitaban una explicación de primera mano sobre el ataque y un informe policial.

Me volví a sentar.

—Es un buen periódico. No pueden publicar rumores.

Asintió.

—Por eso está Karl tan molesto. Bueno, por eso y por lo del concesionario, como es obvio.

—¿Por eso te ha pegado?

—Todo se solucionaría si contaras toda la historia sobre cómo permitiste que ese chico te violara.

—Yo no se lo permití —repuse con la voz quebrada.

Ni siquiera se dio cuenta.

—Quiero volver con Karl —me dijo con expresión sombría.

Me levanté, haciendo que la silla arañara el suelo.

—Dios, por una vez en tu vida, haz lo correcto y olvídalo —espeté—. ¡Deja de arruinarme la vida para conseguir lo que quieres!

Apretó los labios.

—No quiero que me sueltes un sermón ahora —suspiró. Parecía agotada—. Bueno, si puedes ofrecerme un sitio en el que dormir, sería fabuloso. A menos que no quieras que me quede aquí. Entonces me iré y...

Me quedé parada y la miré. Una parte de mí quería que se fuera, pero no podía echarla. Era mi madre.

—Hay otra habitación en el pasillo, enfrente de la mía. Aunque no es gran

cosa, hay una cama de buen tamaño.

Asintió y se giró hacia el pasillo, pero luego se dio la vuelta.

—Cariño, lamento hacerte pasar por todo esto, pero te pido una cosa: mantén la mente abierta sobre Karl.

—Duerme un poco, mamá. Ya hablaremos más tarde.

Pero no llegamos a hablar.

Unas horas más tarde, me fui al supermercado para comprar comida que sabía que le gustaría, casi todo patatas fritas, pizzas, refrescos y cigarrillos, y cuando regresé ya era de noche. Entré en un apartamento vacío; ella me había dejado una nota escrita con rapidez sobre la mesa de la cocina.

«Karl ha venido a buscarme. Ha dado con un periódico en Nueva York que está dispuesto a publicar la historia. Lo siento.

Te quiero.

Candi».

Me hundí en una silla de la cocina, y me olvidé por completo de la comida cuando el miedo se apoderó de mi corazón. Luché contra las lágrimas de frustración mientras arrugaba la nota con el puño. No importaba lo mucho que intentara alejar la sombra de esa horrible noche: continuaba persiguiéndome.

ELIZABETH

Llegó el domingo, y seguía esperando a que Declan sacara a relucir la conversación en Minnie's, pero no lo hizo. Llamé a su puerta varias veces, aunque nunca estaba en casa. Lo imaginaba en un sórdido *ring* de boxeo, machacado hasta convertirse en pulpa. Luego mi mente iba por otros derroteros y lo veía besando a Nadia. ¡Dios!

¿Estaría enfadado conmigo por la forma en que había dejado las cosas entre nosotros? Sin duda.

Pero ¿por qué no había llamado a mi puerta? No lo sabía.

Había rememorado aquella noche en el gimnasio una y otra vez en mi cabeza. Mi cuerpo lo seguía anhelando, y eso me dejaba frustrada. Mi vida sexual no conocía segundas partes ni repeticiones.

El lunes llegué tarde a clase, pero, por fortuna, Dax me había guardado un sitio, y Feldman también llegó tarde.

Cuando me senté, abrí los libros luchando con la enorme decepción que suponía que Declan no estuviera en su lugar habitual.

Miré a Dax.

—¿Y tu hermano?

Se encogió de hombros.

—No es de los que se pierden una clase. No estará herido, ¿verdad? ¿Ha tenido algún combate? ¿Cómo le permites hacer eso? —Cerré los ojos brevemente—. ¿Por qué lo hace?

Dax apretó los labios; era la primera vez que veía una expresión realmente feliz en su cara.

—Por dinero. Para poder abrir su propio gimnasio. Lo considera el hogar que no tiene en Estados Unidos. —Bajó la vista y luego me miró—. Todos me consideran un juerguista, y sé que soy... una carga para él. Su sueño es ser su

propio jefe y alejarse de nosotros... De mí. Me gustaría que se quedara con todo el dinero, pero no quiere. Por si todavía no lo has notado, Declan es muy terco.

—Ya.

—Señorita Bennet, ¿por qué no nos cuenta de qué está hablando en medio de mi clase?

¡Joder! Me había pillado.

—Lo siento, doctora Feldman —me disculpé negando con la cabeza.

Golpeó el escritorio con un lápiz.

—Entonces, quizá quiera responder a algunas preguntas.

«Hoy, no. Por favor». Mi mente estaba en todas partes menos en clase.

Dax se levantó en toda su altura y la mitad del aula suspiró.

—Doctora Feldman, he sido yo quien ha hablado más. Estaré encantado de responder a sus preguntas —dijo con un marcado acento inglés más intenso que el que era habitual en él.

Después de clase, nos reunimos delante de la facultad de humanidades. Yo tenía a continuación una clase de matemáticas, pero había decidido saltármela para obtener más información sobre Declan. Buscamos un banco en los jardines, muy cerca de una fuente muy popular entre los estudiantes, y nos sentamos. Charlamos sobre lo que estaba haciendo en la universidad y la forma en la que se esforzaba en aprobar todo. Sin duda no era un estudiante de primera, pero lo intentaba. No quería presionarlo para que me hablara de Declan, a pesar de que me moría por saber más.

—Eres una buena oyente —me dijo un rato después, propinándome un cariñoso empujón en las costillas.

—Es fácil escucharte.

—Por no mencionar lo guapo que soy.

Puse los ojos en blanco.

—Lo que eres es un creído.

Me pasó el brazo por los hombros.

—Cariño, será mejor que te lo creas tú...

Me puse a jugar con el cierre de la mochila.

—Entonces, Declan...

Suspiró, cogió mi móvil y marcó algunos dígitos antes de mirarme con una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué haces?

—Mandarle un mensaje a Declan para decirle que se reúna con nosotros para almorzar.

—¿Para almorzar? ¿Y si ya tengo planes? Y usa tu propio móvil. —Intenté quitárselo, pero lo mantuvo fuera de mi alcance.

—¿No sabes todavía que solo vendrá si se lo pides tú? Dudo mucho que mueva un dedo por mí. —Me devolvió el móvil—. Ten. Ya he terminado. Ahora cree que quieres reunirte con él dentro de media hora en el centro de estudiantes. Y también que te lo quieres tirar más tarde en el laboratorio de ciencias.

Lo miré boquiabierto.

—¿En serio?

Se rio justo cuando mi móvil empezó a sonar. Vi que era Declan.

—¿Qué te está diciendo? ¿Parece excitado? —preguntó Dax fingiendo un tono agudo y femenino al tiempo que se inclinaba por encima de mi hombro para mirar la pantalla del teléfono. Su cabello oscuro me hizo cosquillas en el brazo. Por supuesto, Dax había mentido sobre que le había mandado un mensaje con una propuesta sexual, así que no le di un tortazo.

—Ha respondido «Vale». Es un poco vago —murmuré.

—Mmm... —Enderezó la espalda y se rascó la mandíbula cubierta por una barba incipiente, como si tuviera que pesar mucho lo que iba a decir.

—¿Qué ocurre?

Me lanzó una mirada insegura.

—Es solo que a Declan le gustas de verdad. Sin embargo, Nadia lo dejó tocado, y no quiero que le hagas lo mismo.

—¿Cómo sabes que le gusto?

Me lanzó una mirada exasperada.

—Para empezar, te ha puesto un mote bonito. Y en clase te mira como un halcón. Mi hermanito es un tipo duro, pero cuando se cuelga por una chica, es

pura gelatina.

—¿Qué quieres decir?

Suspiró.

—Pone el alma en todo lo que hace. En sus peleas. En el gimnasio. En mí. Cuando nos mudamos a Estados Unidos y éramos los niños nuevos en un colegio privado, los dos éramos muy flacos y, por supuesto, hablábamos de una forma graciosa. Se encaró con unos idiotas que se burlaron de mí y terminó ante el director como si fuera el típico macarra, lo que no era cierto. Entonces se corrió la voz, y muy pronto aparecieron los gallitos sureños intentando provocarlo. En general, trataba de no meterse en problemas, pero durante el último curso, mientras estaba en una cita, cuatro tipos lo acorralaron detrás de las gradas durante un partido de fútbol americano. Para entonces, tenía mucho entrenamiento encima, y tuvieron que sujetarlo entre tres para que el cuarto le golpeará con unos nudillos metálicos. Cuando volvió en sí, estaba tirado en el suelo, y todos los presentes se reían de él y le tiraban cerveza encima. Se levantó y les dio una paliza, incluso persiguió a uno por la carretera. Luego apareció la poli. Fue una noche para recordar. Mi padre no estaba nada contento.

—¿Acabó herido?

—Pasó la noche en el hospital, pero los demás estaban en peor estado. — Soltó un gruñido—. Siempre ha sido mejor que yo. Más inteligente, más rápido, más amable. Incluso se paga él mismo la matrícula de la universidad. Cuando sea mayor, quiero ser como él.

Sonreí. Declan era todo eso y mucho más... Sexy, tierno, implicado...

Dax me lanzó una sonrisa engreída.

—Te has enamorado de él.

—No.

—Sí.

—No.

—Es evidente que sí, joder. Ahora cállate, yo lo sé todo al respecto.

—No. —Me levanté y le di una patada a la acera.

—Entonces, invítame a tu casa esta noche. Te enseñaré mi ropa interior más sexy, la bandera de la *Union Jack* y todo eso.

Lo miré boquiabierta.

—No. Sería muy raro. Eres como un... hermano.

—Ya, bueno, resultaría asqueroso. Pero no estás saliendo con nadie, así que ¿qué más da? Seré uno de tus famosos polvos de una noche, no pasa nada.

Cerré los ojos.

—Mierda..., ¿es que lo sabe todo el mundo?

—Puede que sea una universidad pequeña, pero a tu amiga Shelley le gusta hablar cuando bebe. —Sonrió—. Ha venido mucho por la residencia de la fraternidad últimamente. Blake y ella tienen secretitos.

«Oh..., qué interesante».

—Sientes algo por Declan —continuó—. Lo sé porque se te iluminan los ojos cuando entra en una habitación.

—¿Acaso eres un experto en mí?

Curvó los labios en una sonrisa de satisfacción.

—Soy psiquiatra, ¿recuerdas? No soy tan estúpido como crees.

—Más bien eres un loco.

Me inmovilizó con una mirada seria.

—A veces me gustaría ser como tú. No te importa lo que piensen los demás, y te has labrado tu propio camino en Whitman. En realidad Declan y tú os parecéis mucho, pero además eres preciosa, y ni siquiera eres consciente de ello. Joder, podría haberme enamorado de ti en un abrir y cerrar de ojos si me hubieras hecho alguna indicación de que tenía una oportunidad. —Sonrió al ver cómo abría los ojos—. Me conociste a mí primero, pero yo estaba borracho y Declan no. No es que eso importe. Una vez que lo viste, ya lo elegiste a él. Destino... Karma... —Sonrió—. Sí, creo en todas esas tonterías. De todas formas, no estoy aquí para conquistarte, ya es demasiado tarde para eso; lo que quiero pedirte es que no le rompas el corazón. Ya ha sufrido suficiente.

Esto era amor fraternal. Una emoción me inundó, y abracé a Dax de una forma fuerte e impulsiva.

Me aparté para mirarlo.

—¿Ha vuelto con Nadia?

—No, pero he oído que Donatello ha roto con ella, así que Nadia está libre.
—Me cogió de la mano—. Ven, vamos a verlo.

Ya de camino, Shelley y Blake nos enviaron un mensaje de texto diciéndonos que ellos también se reunirían con nosotros para almorzar, incluso después de informarlos de que Declan estaría presente, así que quedamos en la puerta del centro de estudiantes para ir juntos.

Lo único en lo que podía pensar era en ver a Declan otra vez.

Lo busqué entre la multitud que se arremolinaba ante mí hasta que lo encontré junto a una columna de la entrada del viejo edificio de piedra. Llevaba el cabello oscuro algo despeinado, como si se hubiera pasado las manos por él repetidamente. Mientras lo miraba, se mordisqueó el labio inferior al tiempo que leía *Orgullo y prejuicio*.

Era un sueño hecho realidad.

—Está para coger pan y mojar —ronroneó Shelley a mi lado.

—Sí, no está mal —repuse.

—Chica, estás peor que mi madre cuando le viene la regla y no tiene café. — Sonrió y me dio un abrazo. Se había pasado por mi apartamento durante las dos últimas noches para hacerme compañía. Entre lo ocurrido con Declan y el lío que habían organizado mi madre y Karl, necesitaba tener cerca a una amiga. Además, le había preparado la cena esas dos noches para agradecerle que me hubiera conseguido la entrevista con la joyería.

La llevé a un lado.

—¿Has oído algo sobre Colby?

Asintió, con una expresión de preocupación.

—La versión oficial es que abandonó sus estudios en la universidad de Nueva York porque quería estar más cerca de casa. —Puso los ojos en blanco—. Como si alguien lo echara de menos en Petal...

Asentí.

—La versión oficiosa —añadió, levantando un dedo— es que lo pillaron esnifando coca en una fiesta en la que apareció la poli. Se libró de una buena gracias a su querido papá, pero lo expulsaron de la facultad y estuvo internado en una de esas clínicas de rehabilitación tan elegantes. Parece que nuestro chico perfecto no es tan maravilloso como cree todo el mundo.

Me lanzó una mirada muy dura.

—Y si aparece por tu casa otra vez, tienes que llamar a la policía. No puedes correr ningún riesgo con él, Elizabeth, sobre todo si está consumiendo droga. Recuerda que siempre estaba a punto de rebasar los límites en el instituto, y las dos sabemos que si ahora se mete algo, estará totalmente enganchado. En cuanto lo veas, llamas a Declan o marcas el 911. ¿Vale?

—Vale —asentí.

Declan alzó la vista en ese momento. Cuando sus ojos grises se clavaron en los míos, levanté una mano para saludarlo. Dejé a un lado cualquier pensamiento sobre Colby para observarlo mientras metía el libro en la mochila y andaba hacia nosotras.

—Es arte en movimiento —suspiró Shelley al verlo acercarse.

Se detuvo al llegar junto a nosotros, le dio a Dax un puñetazo y saludó al resto con un gesto de cabeza. Después fuimos todos juntos a Zoe's, la pizzería.

Declan varió el ritmo de sus pasos hasta que los acompasó con los míos.

—Hola —me dijo—. Quería hablar contigo.

—Hola —repuse, mirándolo—. Hoy no has ido a clase.

Suspiró y se metió las manos en los bolsillos.

—Ya. Tenía una entrevista en un banco. Hemos tenido algunos problemas con el suelo del gimnasio, y quería que me ajustaran el préstamo. —Se frotó la mandíbula.

Separé los labios. ¿Necesitaba más dinero?

—Me gustaría poder ayudarte.

Se encogió de hombros.

—Tengo un plan. Como siempre. Pero ya basta de hablar de eso. —Me miró con seriedad, recorriendo mis rasgos como si quisiera grabarlos en su mente—. Lamento mucho que Nadia apareciera cuando estábamos desayunando... No nos dejó terminar la conversación.

—¿Sobre el sexo y lo bueno que fue? —Solté el aire.

Arqueó una ceja.

—Sí. ¿Quieres que nos veamos esta noche?

—Salgo de trabajar a las siete.

—¡Hola, chicos! —nos saludó Nadia—. Perdón —dijo con una brillante sonrisa a unos compañeros para poder llegar hasta nosotros—. ¿Vais a almorzar?

«¡¿Qué coño...!?!». Era como un perro que no quisiera soltar un hueso.

¿Por qué aparecía en todos los sitios en los que estábamos? Genial, simplemente genial...

—¡Me alegro de verte! —me dijo con una sonrisa—. Quería desearte suerte en la entrevista con los de la joyería.

Parpadeé. ¿Cómo podía ser tan falsa? La última vez que la vi fue cuando le insinué lo pesada que era.

Sacudió su pelo rubio.

—Venga, no parezcas tan sorprendida. Declan me ha puesto al corriente de todo. ¿Así que haces anillos? Me encantaría ver tu muestrario. —Levantó la mano derecha, en la que llevaba un solitario enorme—. Mi padre me regaló este cuando cumplí dieciocho años, pero me encantaría tener algo más pintoresco.

Miré a Declan.

—No eres capaz de mantener la boca cerrada, ¿verdad? —Y le di la espalda.

Él frunció el ceño.

—Fue en el restaurante, después de que desaparecieras tan rápidamente. Por casualidad le mencioné que estábamos en Minnie's para celebrar que...

—¡Oh, no! ¿He metido la pata? —intervino Nadia mordiéndose el labio al tiempo que pestañeaba—. Por favor, no lo malinterpretes. Declan y yo tenemos una profunda amistad. Vamos a seguir hablando aunque no volvamos a salir. Espero que eso no te moleste. Y, bueno..., de todas formas, tampoco sois novios, ¿verdad?

Oh, esa chica no me engañaba... Estaba intentando meter cizaña.

Y solo imaginarla con Declan hacía que quisiera arrancarle el pelo de la cabeza. A puñados. Joder, incluso quería arrancárselo a él. Incluyendo el vello que lucía en el pecho.

Así que me recordé a mí misma que Nadia era una experta manipulando a las personas, y me negué a entrar en su juego. Dos años antes, había permitido que me afectara que las chicas hablaran mal de mí y me despreciaran, pero eso no

volvería a ocurrir nunca.

Las mujeres que persiguieran a Declan no iban a determinar que yo fuera feliz o no.

Declan me cogió la mano y entrelazó nuestros dedos. Me acarició la palma con el pulgar. ¿Había intuido que estaba a punto de pegar a Nadia?

—Cariño, ¿vamos a comer? —preguntó en voz baja.

Lancé a Nadia una última mirada, mientras esta observaba nuestras manos.

La mujer primitiva que habitaba en mí quería saltar sobre ella y empezar una pelea allí mismo, en la cafetería. Aunque no le daría ese placer.

—Tengo mucho apetito —respondí a Declan.

—Ah, y por cierto, Nadia —le espetó Declan—, Elizabeth y yo estamos saliendo. Así que ahora, si nos disculpas, vamos a almorzar.

«¿Qué?». Se me abrieron los ojos, pero controlé la sorpresa.

¿Qué demonios pretendía Declan? ¿Deshacerse de ella?

Nadia parpadeó con rapidez, boqueando como un pez, luego se dio la vuelta y se alejó lo más rápido que pudo.

En cuanto estuvo a una distancia prudencial para no oírnos, él se volvió hacia mí.

—Sabes que hablarle de tus diseños fue algo completamente inocente, ¿verdad? Se las ha arreglado para darle una importancia que no tuvo. —Estudió mi expresión—. No deseo estar con Nadia. Creo que sabes muy bien cuál es la chica con la que quiero estar.

Bueno...

Pasé por alto su comentario sobre que estábamos saliendo. Hicimos la cola, cogimos la pizza y buscamos la mesa donde ya estaban sentados nuestros amigos.

«No le dices nada porque te gusta la idea...».

—Siéntate aquí —me dijo Declan, señalando el sitio que había a su lado al tiempo que Blake me indicaba que lo hiciera junto a él.

Le lancé a Blake una sonrisa de disculpa mientras ocupaba el asiento que me ofrecía Declan.

En ese momento, me llegó al móvil un mensaje de texto. Lo saqué de la mochila.

Cuando leí la pantalla, me quedé sin aire.

«¿Así que ahora te da por chantajear a mi padre? No es muy inteligente por tu parte, Elizabeth. Llámame lo antes posible. Nos veremos muy pronto...».

Firme, seguro de sí mismo: Colby Scott.

Quise lanzar el teléfono al otro lado del local, pero me conformé con sujetarme al borde de la mesa.

Luego me levanté y cogí la mochila.

—¿A dónde vas? —preguntaron Dax y Declan al unísono. Me llamó la atención lo similares que eran los timbres de sus voces.

—A casa.

—Pero... si aún tienes clases —intervino Shelley con una mirada burlona—. Jamás te has perdido una clase en tu vida. Ni siquiera cuando tuviste la gripe... Joder, parece como si acabaras de ver la muerte de frente. —Frunció el ceño—. ¿Te ha mandado tu madre algún mensaje?

Negué con la cabeza frenéticamente.

—Es que me encuentro mal —me disculpé, apretando el móvil contra el pecho—. Hasta luego, chicos.

Blake se levantó.

—Espera, te acompañaré al coche.

—No, lo haré yo —intervino Declan al tiempo que se ponía también de pie.

Todos se miraron con expresiones incómodas al ver el enfrentamiento entre Blake y Declan.

—No necesito niñera —espeté al tiempo que giraba sobre los talones. Acababa de atravesar la puerta de salida cuando sentí a Declan a mi espalda. Me detuvo y me dio la vuelta.

Sus ojos buscaron los míos.

—¿Por qué estás tan enfadada? Te has alegrado de verme, y un instante después no sabes qué hacer para alejarte. ¿Qué coño te pasa? ¿Es por Nadia?

Negué con la cabeza.

Él entrecerró los ojos.

—¿Se ha puesto Colby en contacto contigo?

—No. Solo quiero irme a casa. No me encuentro bien. —Me volví para alejarme, pero me detuvo su voz.

—Elizabeth, estás huyendo. Y eso no te servirá de nada. No puedes luchar contra lo que hay entre nosotros.

Sus palabras fueron directas a mis entrañas. Me giré para mirarlo.

Él me estaba observando con intensidad.

—¿Es que no ves lo que tenemos? Seguimos hiriéndonos el uno al otro porque tenemos miedo. Pero lo que ocurrió la otra noche, en el gimnasio, no fue solo sexo para mí. Elizabeth, te quiero de verdad. En lo bueno y en lo malo.

Negué con la cabeza.

—No sé a qué te refieres.

Noté que le palpitaba un músculo en la mandíbula.

—Deja de negar lo nuestro.

«¿“Lo nuestro”?».

El aleteo de mariposas en mi estómago se volvió frenético.

—Tienes profundas heridas —continuó—. Por lo que veo, muy profundas. Vives en el pasado, y por eso no tienes esperanza en el futuro. Pero eso es lo último que debes hacer. Lo noté cuando me hablaste de tus diseños, cuando te hice el amor... Solo tienes que abrir tu corazón y dejarme entrar. —Sus palabras eran insistentes y su mirada, tierna. Estaba hablando en serio. Respiré hondo.

¡Dios! Era tan guapo...

«Y también lo era Colby».

¿Es que Declan no se daba cuenta de que no iba a cambiar por él? ¿De verdad creía que le iba a ofrecer los cuchillos para que me cortara el corazón pieza a pieza? No era algo que pudiera volver a unir.

—Mi corazón no se puede reparar tan fácilmente —susurré—. Y tú tienes la oportunidad de destrozármelo mucho más de lo que lo hizo Colby.

Suspiró.

—Jamás te haré daño.

—Eso también me lo dijo él —repliqué con amargura.

—Escúchame, Elizabeth. —Me apretó la mano mientras me miraba con intensidad—. Desde que te vi en la fiesta de la fraternidad, supe que existe una conexión especial entre nosotros. Es como si dentro de mi pecho tuviera un imán que me llevara a ti. Quizá fuera lujuria a primera vista. Quizá fuera la forma vulnerable en la que me miraste, pero sobre todo es por la libélula. Este sentimiento es una locura y no puedo definirlo... Creo... creo que me estoy enamorando de ti...

«¿Amor?».

El amor va cortando tu corazón a pedazos y se los entrega al chico que amas.

«Pero él es Declan. Es diferente...», susurró una vocecita en mi interior.

Y aun así...

—¿Qué quieres de mí? —pregunté con la voz rota por las emociones.

Me ahuecó la mano sobre la mejilla y me acarició con el pulgar la curva de la cara.

—La verdad... ¿Qué sientes? ¿Me odias? ¿Quieres que te bese? —Curvó los labios carnosos en una sonrisa tierna, como si ya supiera la respuesta. Y supuse que la sabía.

Inclinó la cabeza y me cubrió la boca con sus cálidos labios. Era una presión suave y dulce, al menos al principio, pero, como siempre ocurría entre nosotros, pronto se nos fue de las manos. Hundió los dedos en mi pelo y me acarició el cuero cabelludo mientras nuestras lenguas se enredaban, se buscaban. La pasión crecía por momentos. Dios, sí... Esto era lo que quería. Siempre.

Pero solo podía pensar en Colby. Me alejé de él y apoyé la frente en su pecho.

Me daba miedo mirarlo. Temía enfrentarme a la verdad, a lo que tenía que hacer.

Me levantó la barbilla y me miró con los ojos ardiendo de deseo.

—No te alejes de mí, Elizabeth. Nunca.

Pero lo hacía.

Suspiré hondo, tratando de distanciarme mentalmente de su embriagadora

masculinidad, de ese algo intangible que hacía que quisiera deslizarme dentro de él y no salir nunca.

—Ven conmigo. Saldremos de aquí —me pidió bajito—. No... No me digas lo que creo que leo en tu cara.

Cerré los ojos. No, tenía que parar todo esto. Si él quería la verdad, se la daría.

—Espera... —dije, dando un paso atrás—. Todavía no lo sabes todo. Colby... Él se dedicó a perseguirme de forma implacable, aunque yo no comprendía qué quería de mí un tipo como él. Mis padres no eran ricos, ni tenía la ropa adecuada, ni siquiera disponía de coche. No era una chica popular, aunque eso cambió cuando él hizo saber a todo el mundo que me quería. De repente, me convertí en parte del grupo. Todas las chicas querían ser mis amigas. Los chicos me hablaban. Cuando miro atrás, me doy cuenta de que para él no era más que un trofeo, la chica que quería poseer. La virgen.

Me mordí el labio con fuerza.

Declan se puso tenso.

Se me revolvió el estómago con los recuerdos, pero no podía parar. Tenía que soltarlo todo de una vez.

—Me compró flores... Me envió cincuenta mensajes de texto al día... Y yo era demasiado ingenua para ver lo que tenía delante de las narices. Era un tipo que ya había dejado un rastro de corazones rotos, pero, claro, conmigo era diferente, porque pensaba cambiar por mí. —Respiré hondo y me obligué a soltar las palabras—. La noche del baile de promoción, me dio alcohol y droga. Todo se volvió confuso a mi alrededor. En un momento estaba bailando y al siguiente me encontraba en la habitación de un hotel, con el vestido roto. No era lo que yo quería... —Se me quebró la voz y me detuve, intentando controlarla—. Esa noche, mi corazón se llenó de oscuridad, y juré que no volvería a enamorarme. Dos días después, mi madre todavía no había vuelto de Las Vegas, y me corté las venas para poner fin a la negrura que me inundaba. No quiero que el amor vuelva a empujarme a intentar terminar con mi vida.

Declan se había movido de un lado a otro mientras le contaba la historia, pero cuando finalicé, se detuvo y me miró con los puños apretados.

—Mataré a ese cabrón.

—Es intocable —me tembló la voz—, incluso para ti.

—¿Lo denunciaste?

—¿Para qué? ¿Para arruinarme la vida? ¿Para verme inmersa en una batalla judicial inútil y expuesta a la censura pública? Yo no soy nadie.

—No digas eso nunca más. —La tensión que rodeaba su boca se suavizó cuando nuestros ojos se encontraron. Me aparté más de él, mirando a todas partes salvo a su cara.

«Declan ve demasiado bien en ti».

Se acercó y abrazó mi cuerpo rígido.

Pero no pude relajarme. Quería seguir escondida para siempre. Quería desaparecer.

—Te protegeré, Elizabeth. Deja que te cuide. Deja de huir. Juntos podremos resolverlo todo.

Contuve el aliento. Sopesé si debía contarle algo más sobre Colby, sobre el mensaje que acababa de recibir y la amenaza que incluía, pero no podía involucrarlo. No podía. Porque sabía que no volvería a amar de nuevo.

—¿Elizabeth?

Lo miré.

—Declan... —Se me apagó la voz. Era incapaz de formar las palabras que llegaban a mis labios.

—¿Qué ocurre? —preguntó, con los ojos fijos en los míos y la cara llena de esperanza.

—No... No puedo. —Me salió la voz estrangulada.

—Dime por qué.

Las emociones se agolpaban en mi interior. Una parte de mí quería dejarse llevar y caer en sus brazos, pero por otro lado...

—¿Por qué no me dejas llegar a ti? —insistió.

—Ya sabes por qué —dije, cerrando los ojos un instante al tiempo que retrocedía.

—Dilo. Al menos ten el valor de decirlo de una puta vez. Ya sabes lo que sientes por mí. —Me aferró los brazos.

—Porque yo...

—¿Tú...? —me presionó.

Negué con la cabeza y me tragué las palabras que surgían de mi corazón, dejando aflorar las que tenía en la cabeza.

—No... no puedo estar contigo. No eres adecuado para mí. Eres un luchador, eres muy guapo, y me romperás el corazón. Ha sido solo un polvo de una noche, ¿vale? Solo eso. Nada más. Déjame en paz. Hemos terminado. —Me alejé de él bruscamente, con el pecho agitado.

Al instante, quise retirar las palabras, pero la chica de las reglas que vivía en mi mente me impulsó a correr, a poner fin a ese sufrimiento.

Así que lo hice.

—¡Espera! —gritó, pero me apresuré con rapidez a través del patio, esquivando a los estudiantes mientras recorría el aparcamiento.

DECLAN

Me inundó una avalancha de emociones cuando la vi alejarse por el patio. Huyendo de lo nuestro. Me había rechazado, y había sido como si me hubiera hundido la mano en el pecho y me hubiera estrujado el puto corazón.

Eso por haberme arriesgado.

La cuestión era que ella también se había enamorado de mí, pero no quería.

Yo lo sabía y ella también.

La observé hasta que llegó la calle, una encorvada figura solitaria que se detuvo en el paso de peatones antes de cruzar apresuradamente para ir al aparcamiento. Se movía como si la persiguiera el diablo, y, ¡maldición!, no quería ser la persona que le había provocado esa expresión de miedo.

Solo quería saber a dónde podíamos llegar desde aquí.

La quería en mi cama por la noche y todas las mañanas.

La quería en mi piel.

En mi alma.

Y quería ser suyo.

Pero...

Estaba aterrada por culpa de Colby Scott. «Ese capullo violador de vírgenes». La ira me inundó, acelerándome la sangre en las venas como siempre que pensaba en él.

Iba a matarlo. Despacio y con mis propias manos.

«¡Joder!».

Me llevé las manos a la cabeza y me tiré del pelo. Pero no solo nos separaba Colby, ¿verdad? Me esperaba el combate, y no pensaba renunciar a mi sueño. Vivía y respiraba por mis puños. El gimnasio lo significaba todo para mí, y quizá incluso luchara una temporada en el UFC cuando me asentara.

Con una profunda sensación de opresión en el pecho, regresé a la cafetería, y la gente se acercó para rodearme. Teniendo en cuenta la amalgama de sentimientos que me inundaba, no creía que fuera posible leer mi expresión.

Dax estaba fuera, y se detuvo a mi lado con una mirada de preocupación.

—¿A dónde se ha ido? ¿Lo has jodido?

Solté el aire, tratando de deshacerme de mi persistente frustración.

—Se ha ido a su casa, y no, no lo he jodido. Le he dicho que quería más, y me ha dicho que la deje en paz. Ah, y también me ha dicho que solo he sido un polvo de una noche. Una conversación cojonuda.

Lo vi abrir la boca, pero levanté la mano para que no me dijera nada.

—Ahora no. No quiero responder a ninguna puta pregunta. Me ha dicho cómo se siente, y lo nuestro está oficialmente finiquitado.

Apretó los labios.

—Solo te quiero ayudar. Me cae bien y creo que es buena para ti.

—¿Sí? Pues no me quiere, hermanito.

«Solo tiene miedo», me recordó una vocecita. ¿Y qué? Yo también tenía mi maldito orgullo.

Dax soltó un suspiro.

—Es solo que hay algo entre vosotros que... No sé..., la forma en la que os miráis... Ya sé que es una tontería. Deberías ir tras ella. No te rindas tan pronto.

La ira volvió a encenderse en mi interior.

—Genial. Un consejo romántico de un tipo que jamás ha mantenido una relación seria. No, gracias.

—No seas gilipollas.

—No seas coñazo —espeté—. Ni siquiera sabes de qué cojones estás hablando.

—Somos gemelos. Leo en tu interior como en un libro abierto. Ya estás medio enamorado de ella.

Me reí a carcajadas.

—Quizá si te dedicaras a leer libros de verdad, aprobarías las asignaturas.

—Menudo capullo estás hecho. No sabes cuándo cerrar el pico, ¿verdad?

—¿Volvemos a los insultos? Muy maduro por tu parte —repuse apretando los dientes—. Será mejor que te detengas, hermanito, y que pienses lo que estás haciendo.

Nos miramos el uno al otro con los ojos cada vez más abiertos a medida que pasaba el tiempo.

De repente, se relajó. Hundió los hombros, dio un paso atrás y me lanzó una mirada crítica. Me señaló agitando la mano.

—¿Ves? Por esto sé que Elizabeth te importa. Tienes los puños apretados, una mirada irritada y el pelo despeinado como si te lo hubieran recorrido unas ardillas. Estás jodido, y no sabes cómo manejarlo.

Me froté la sien mientras mi rabia se enfriaba. No debería cabrearme con Dax. No era por su culpa, sino por Elizabeth.

Miró detrás de mí.

—¡Cojones! Por si éramos pocos...

Me volví y vi a Nadia acercándose a paso rápido, haciendo oscilar las caderas hasta que se detuvo frente a nosotros.

—Hola —saludó algo jadeante—. He visto a Elizabeth huyendo de la cafetería. ¿Va todo bien?

—Espía... —murmuró Dax.

Ella le lanzó una mirada dura con sus ojos verdes mientras se giraba hacia él. Nunca se habían llevado realmente bien; sobre todo porque ella se celaba de la cercana relación que compartíamos.

Me encogí de hombros, evasivo, y me obligué a alejarme de los dos. Ella me cogió la mano.

—Espera. Tengo que decirte algo sobre Elizabeth. ¿Recuerdas ese amigo que tenemos en común, Colby? Hablé ayer con él y me ha dicho la verdad. Ella tiene una reputación terrible en Petal...

Me aparté de ella bruscamente, como si me hubiera quemado.

—Cállate, Nadia. No sabes nada de eso —gruñí—. No vuelvas a mencionar a ese tío. Es un... —Me callé cuando ella abrió los ojos de par en par. No podía traicionar a Elizabeth.

—¿Qué es?

—Nada. Solo mantente alejada de él... Y de mí.

Jadeó, pero se recuperó con rapidez.

—¿Por qué? No puedes decir eso y luego callarte. —Se puso el bolso al hombro—. ¿No es como creo que es?

Dax sonrió mientras la miraba.

—¿Y alguien lo es? A veces tienes una novia que dice amarte, pero luego anda tirándose a una tortuga Ninja.

La vi enrojecer, pero lo miró con ojos brillantes.

—No es asunto tuyo, Dax. Estoy hablando con Declan, no contigo.

Mi hermano me señaló con la cabeza.

—Míralo, Nadia. No está pensando en ti ni en su relación contigo. Pasó página el día que le pusiste los cuernos. Quiere a Elizabeth, así que date el piro.

Ella apretó los labios.

—Sé lo que significa eso.

—De hecho —sonrió él—, esa era mi intención.

Nadia se pasó un mechón de pelo por encima del hombro y resopló, pero él no había terminado todavía, y me pregunté si sería porque nunca me había visto tan jodido por una chica.

—Por cierto, todavía no he tenido oportunidad de comentarlo con Declan, pero la semana pasada me encontré con una de tus compañeras de residencia de la fraternidad Tau. Estuve ligando un poco con ella, ya sabes, como suelo hacer, y de repente comenzamos a hablar más en serio sobre ti. Mencionó que tu madre no está en casa últimamente porque está realizando un crucero de dos meses alrededor del mundo. Me resultó interesante. Debe de ser complicado ir a quimio mientras estás en un barco.

Palideció y abrió los ojos de par en par.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién te ha dicho eso? Mi madre está en casa.

Dax sonrió.

—Entonces, ¿por qué estás tartamudeando? Imagino que te habrás inventado esa historia para que Declan te hablara de nuevo. Para que sintiera lástima por ti

y pudieras manipularlo para que volviera contigo. Tienes que olvidarlo, Nadia.

Pasaron varios segundos hasta que por fin hundió los hombros, derrotada. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Se volvió hacia mí con una expresión suplicante, y allí pude leer la verdad. Esperaba que sus mentiras me irritaran más de lo que lo hicieron, pero lo cierto era que no la había amado lo suficiente; el único sentimiento que me quedaba por ella era lástima.

Mis emociones estaban demasiado enredadas por culpa de Elizabeth, y solo podía pensar en ella.

Solté el aire pesadamente y me alejé.

No tenía nada que decirle a ninguno de ellos.

Solo quería estar solo.

¿Y luego? Quería luchar.

ELIZABETH

Odiaba el color rosa en todas sus tonalidades.

El rosa claro que usaban con los bebés, el rosa pálido del lápiz de labios que a veces usaba mi madre, e incluso detestaba los tonos casi granate. Durante dos años, la mera idea de usar ese color hacía que se me revolviere el estómago. El vestido de la fiesta de graduación había sido de un brillante y llamativo color rosa, como el helado de fresa con destellos.

Pero iba por Freemont Street con Shelley; después de haberle enseñado a Sylvia Myers mis diseños de joyas, me detuve delante de un escaparate de una tienda que antes había sido una librería de segunda mano y donde ahora se podía encontrar ropa usada de buena calidad. A la artista que tenía dentro le encantaban los escaparates llamativos y originales.

En ese momento, lo miré alucinada. Estaba cubierto de rosa.

Shelley se detuvo a mi lado mientras estudiaba los modelos con su ojo de diseñadora de moda.

—¿Te gusta ese vestido? Está un poco pasado de moda para ti, ¿no crees?

—Es precioso —repuse, recorriendo el expositor. En el techo había nubes de papel maché rosado con una lámpara de araña en el medio. Debajo había un único maniquí, una rubia alta con un vestido de corte imperio con encaje en el borde de las mangas y del dobladillo. Resultaba muy romántico... y rosado. No era de mi estilo, pero, sin embargo, tenía algo que llamaba mi atención.

Al lado del maniquí, había un escritorio de color blanco y rosa con una vieja máquina de escribir y una colección de libros encima, con los lomos hacia fuera, lo que me ofrecía una clara imagen de los títulos. El de arriba del todo era *Orgullo y prejuicio*. Primero me vino a la mente Darcy, y luego Declan.

Suspiré mirando el vestido.

«Es más propio de una chica *hippie*, resulta muy *vintage* y seguramente está fuera de tu presupuesto», me recordé a mí misma.

—Es como si alguien hubiera vomitado algodón de azúcar —comentó Shelley—. Además, ¿no odiabas el rosa?

Cierto.

—¿Cuánto costará?

—Este lugar tiene precios razonables. Además, ahora tienes algo de dinero. —Esbozó una sonrisa de oreja a oreja antes de inclinarse para abrazarme emocionada. Había estado dando saltitos a mi lado desde que salimos de la entrevista, y su entusiasmo era contagioso. Le devolví la sonrisa. Tenía que admitir que todavía me sentía aturdida al pensar que Sylvia me acababa de ofrecer mil dólares por tres de mis diseños, que iban a reproducir su equipo de joyeros en Asheville.

Renunciar a esas joyas había sido un pequeño paso en el camino que debía recorrer para encontrar a la artista que ocultaba en mi interior; era como si hubiera llegado a la cima de una colina. No era que fuera la montaña, pero sabía que si seguía dando un paso después de otro, al final alcanzaría la cumbre.

Luego pensé en Declan. Otra vez... ¿Y si él era todo lo que había estado buscando sin saberlo durante los dos últimos años? ¿Y si era él a quien debía amar, lo tuviera al alcance de las manos y estuviera permitiendo que se me escapara? Una emoción inundó mi pecho. Decirle que me dejara en paz había sido una de las cosas más difíciles de mi vida, y no había podido dormir sin pensar en otra cosa que no fuera él durante los dos últimos días. Su cara. Sus ojos. Su arrogante sonrisa.

«¡Dios, su amabilidad!».

Antes de darme cuenta de lo que hacía, entré en la tienda. Nos recibió una dependienta.

—¿En qué puedo ayudarlas, queridas? —preguntó la mujer madura.

—Nos gustaría ver el vestido del escaparate —dije.

Nos mostró cómo entrar en el cubículo a través de algunos escalones desvencijados a la izquierda del escaparate.

—Pasa y echa un vistazo, es lo que hace todo el mundo. Aunque es un espacio pequeño, puedes moverte ahí dentro. Solo te pido que tengas cuidado.

Asentimos antes de movernos.

—Por lo que hemos podido estimar, el vestido fue confeccionado aquí, en

Estados Unidos. Está realizado en seda con una capa de encaje —nos dijo desde la tienda, mientras nosotras estábamos dentro del cubículo.

Miré la etiqueta con el precio: ciento cincuenta dólares. Era caro.

Rocé el suave encaje de la manga.

«¿Para qué lo quiero?». ¿Dónde lo usaría?

—Pruébalo —me animó Shelley en voz baja, lo que resultaba muy extraño. Pero era como si las dos fuéramos conscientes de que ante mí se extendía un precipicio.

Sin pensármelo dos veces, se lo dije a la dependienta y me acerqué al probador con Shelley pisándome los talones para ayudarme a ponerme el vestido.

Deslicé la seda por mi cuello y mis brazos, y cuando me giré para mirarme en el espejo, la chica que vi reflejada no era la misma que el lunes, la que le había dicho al mejor chico del mundo que solo había sido un polvo de una noche. La que me devolvía el espejo era una mujer radiante. Feliz.

—¿Qué te parece? —pregunté, notando la incertidumbre de mi voz.

Shelley esbozó una ancha sonrisa.

—Estás preciosa, por supuesto, pero tendrás que dejarlo en mis manos para que pueda personalizarlo para ti. Quizá cortarlo un poco pero mantener el encaje, y recoger la cintura, para que no te quede tan floja.

Suspiró.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—El rosa siempre ha sido tu color... —Me imaginé que estaba recordando el día que fuimos a comprar los vestidos para la fiesta de graduación; daba igual en qué tienda entrara: siempre me acercaba a los modelos color rosa.

—Cómpratelo, Elizabeth. Y luego pónelo. Como si es solo para ir a clase. Demuéstrate a ti misma que Colby ya no te importa. Que puede que te robara algo precioso, pero no te ha arruinado para siempre. Sacúdete ese halo de tristeza que te envuelve.

Le puse la mano en el hombro.

—Oh, Shelley, te adoro. Gracias por ser mi amiga y estar a mi lado siempre.

Negó con la cabeza y se secó los ojos con una sonrisa triste.

—Dios, qué estúpida soy... Lo siento, pero me parece de justicia que hayas salido de la entrevista con la cabeza bien alta y que ahora te pruebes el vestido. Es como si llevara toda la vida esperando este momento.

Me embargó la emoción y la abracé con fuerza.

Me di cuenta de que había llegado el momento de dejar de ser una cobarde.

Pero saber algo y hacerlo no era lo mismo. Pasé muchas noches solitarias en la cama, deseando tener una pesadilla y que Declan viniera a consolarme. A abrazarme. Resultaba patética, y si me gustara beber, habría ahogado mis penas en alcohol.

Declan estaba haciendo justo lo que le había pedido: dejarme en paz.

La noche después de comprar el vestido, invité a Blake a casa, sobre todo porque me sentía nerviosa por Colby. Salimos al balcón para tomar el fresco, y nos encontramos con Declan, que estaba en el suyo; tenía los codos apoyados en la barandilla y el pecho desnudo, brillante bajo la luz de la luna. Lo saludé, asintió con la cabeza y volvió a entrar. Más tarde, después de que Blake se fuera, oí la voz de una chica al otro lado de la pared, y cuando salí para llevar la basura al contenedor, vi que Lorna, la de la clase de literatura inglesa, abandonaba el edificio. Cuando se cruzó conmigo en las escaleras, había una sonrisa de complicidad en sus labios y tenía la pintura de labios corrida. Un agudo dolor me laceró el corazón al pensar que la había besado como a mí.

¿Ya estaba con otra chica? ¿Tan poco significaba para él?

«Es culpa tuya», me recordé a mí misma.

El viernes, entré en clase de literatura decidida a enfrentarme a él y a conseguir que me hablara. Ya estaba sentado junto a Lorna; los dos tenían las cabezas inclinadas y hablaban en voz baja.

«Venga —me animé—, habla con él. Dile cómo te sientes». Quería decírselo, ¡Dios!, pero mis inseguridades y mis miedos necesitaban que fuera él quien diera el primer paso si seguía queriéndome.

Dax se sentó a mi lado y me dio un codazo.

—Hola, guapa. ¿Te encuentras bien? Estás rara. Bueno, siempre estás rara, pero hoy estás más extraña de lo normal.

Respiré hondo.

—Es solo que odio ver a Declan con otra chica —susurré mientras señalaba a la pareja con la cabeza.

Él los miró antes de clavar en mí los ojos.

—¿Sí? Si te molesta, haz algo al respecto. Sabes que ahora tienes que ser tú quien dé el primer paso. —Me estudió con atención—. Lo entiendes, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, y un momento después llegó la doctora Feldman. Saqué a Declan de mi mente y me concentré en Darcy. Estaba segura de que un personaje de ficción no podía hacerme daño.

ELIZABETH

El sábado por la mañana, intenté superar los nervios y acercarme a Declan, pero no estaba en casa. Lo supe porque vigilaba si su *jeep* estaba en el aparcamiento de forma constante. A la hora del almuerzo, me sentía tan inquieta que fui al gimnasio. Aunque tenía aparcado el coche allí, no fui capaz de sobreponerme y entrar a verlo.

Mientras regresaba a casa, se me ocurrió una idea.

Con paso firme, entré en la habitación de invitados. Cogí las herramientas de joyería de las cajas en las que las guardaba y las puse sobre el escritorio.

Cuando pasé los dedos por la fría lámina de metal con la que moldeaba las joyas, noté que algo cambiaba en mi interior. Fue algo pequeño, pero significativo, algo que llevaba semanas forjándose. Me olvidé del constante control que tenía sobre mí misma y, de repente, noté que me hormigueaban los dedos. Quería crear.

Miré en mi interior y me hice las preguntas más difíciles...

¿Cuál era mi poder?

¿Creía en mí misma?

«Ha estado aquí todo el tiempo», susurró una vocecita.

Medí uno de los tamaños de anillos más grande en la chapa de calibre 18. Sin pensar demasiado en su significado, grabé en él uno de los diseños de libélulas que había esbozado en el interior del anillo. Después, utilicé la sierra para cortar la banda, la lijé un poco y utilicé el soplete para conseguir que el metal fuera más dúctil. Metí más tarde la pieza en una mezcla de vinagre y agua caliente, eliminando parte del óxido que había en la superficie. Le di forma de círculo con los alicates antes de soldarlo, conectando los bordes. Después de volver a repararlo y de lijar y pulir la unión, lo puse en una varilla metálica y empecé el proceso de darle golpes con el martillo, haciendo que el ruido resonara en mi apartamento. El último paso era pasar el anillo por el recipiente de joyería y hacerlo rodar para que se puliera por completo.

Entonces miré mi obra con profunda satisfacción. Declan tendría un pequeño pedazo de mí incluso aunque ya no quisiera mi corazón.

Me sonó el móvil, recordándome que había quedado con Blake y Shelley para cenar. Ella me había dicho que tocaría un grupo, así que me esmeré a la hora de prepararme, decidiendo que estrenaría mi vestido nuevo y unas sandalias de tacón con tiras plateadas. Quizá fuera demasiado arreglada para el lugar, pero no me importaba.

Ese vestido era mi armadura, la prueba de que cada día cambiaba un poco más.

En el último minuto, regresé corriendo al dormitorio para ir directa al joyero. Cogí una cadena, donde colgué el anillo que había hecho para Declan, y me la puse al cuello.

Quizá no se lo daría nunca, pero quería sentirlo contra mi piel.

Cuando salí, vi que el *jeep* estaba en el aparcamiento. Antes de que pudiera pensármelo bien, llamé a la puerta de Declan. La emoción me corroía el pecho, me tambaleaba al borde de... ¿qué?

¿Qué le iba a decir?

¿Le suplicaría que me diera otra oportunidad?

Quizá.

Nunca lo supe, porque no me abrió la puerta.

—¡Guau, cariño! —me dijo una voz masculina—. Será mejor que vayas más despacio o te caerás. —Unos fuertes brazos tatuados me ayudaron a recuperar el equilibrio cuando entré en el Cadillac.

Reconocería esa voz ronca en cualquier sitio.

«Declan».

No debería sorprenderme verlo allí. Era sábado por la noche y, si no asistías a una fiesta en una fraternidad, era el mejor lugar al que ir. Llevaba vaqueros y una camisa más elegante que de costumbre, y me encontré recordando el aspecto que tenía con pantalones de deporte, con el pecho descubierto y las cicatrices a la vista.

Noté que ardía por dentro. Era la primera vez que me tocaba desde aquel día en el patio.

Me recorrió con la vista de una forma pausada, una lenta inspección que comenzó en mis pies y subió hasta el vestido.

—Estás muy guapa —murmuró.

Asentí.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, mirándolo a la cara. Devoré con la vista su mandíbula cincelada y sus labios carnosos. Me excité al recordar aquella boca sobre mi cuerpo.

Miré por encima de su hombro hacia el comedor del local.

«¿Está solo?».

Ah... Allí estaban Dax y varias de las chicas de la fraternidad, sentados alrededor de una mesa redonda en el fondo del comedor, cerca de donde estaba preparándose el grupo para tocar. Por supuesto, Lorna estaba allí.

Solté un largo suspiro.

—He venido con unos amigos. ¿Y tú? ¿Te acompaña Blake? —Su voz se convirtió en un gruñido al hacer la última pregunta, y me puse rígida. Blake había dejado de presionarme, no sabía por qué, y una parte de mí se había llegado a plantear que tenía miedo de Declan.

—No me has respondido. —Se apoyó en la pared para apartarse del camino de un cliente, haciendo que estuviéramos más cerca. Subió la mano y me dibujó una línea con el dedo en la mejilla—. Conozco esa mirada. Estás preocupada. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. ¿Se te ha acercado Colby?

Fue entonces cuando lo noté, un leve aroma a alcohol en su aliento.

Se me detuvo el corazón. Me entró el pánico.

—¿Has estado bebiendo?

—Tengo más de veintiún años. ¿Quieres una? —Me mostró una botella de cerveza negra, y me sentí estúpida por no haberla visto. Había estado demasiado ocupada asimilando su presencia.

—No me gusta —solté.

—Es una suerte entonces que no esté contigo. —Eché la cabeza hacia atrás para beber un sorbo.

Nos miramos el uno al otro durante unos segundos, mientras ese familiar zumbido vibraba entre nosotros, afectando a mi corazón. Cerré los ojos para no desearlo tanto. Ni siquiera me importaba que hubiera estado bebiendo.

—He pasado por tu apartamento, pero no estabas en casa. Quería darte algo.

Lo vi arquear una ceja.

—¿Estás preparada para una segunda ronda? No lo esperaba de ti, dado que eres la chica que solo tiene polvos de una noche.

Me llené los pulmones de aire.

—No seas memo. ¿Acaso no piensas que me duele? Me estoy volviendo loca pensando en ti...

Blake y Shelley entraron entonces por la puerta, y se acercaron a nosotros. Blake me dio un abrazo al tiempo que miraba a Declan.

El inglés clavó los ojos en mí como si tuviera algo que decir, pero luego se apartó de la pared, haciendo que se ondularan y tensaran todos sus músculos.

—Me ha alegrado verte, pero tengo que volver con mis amigos.

Muy educado.

Luego se alejó para incorporarse al bullicioso grupo de la parte posterior. Mientras yo estaba mirando, Lorna y otra chica se pusieron a ambos lados de él, luchando por captar su atención.

«La gente nunca es como crees que es. Declan es como todos los demás», me dijo la chica de las reglas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Shelley dubitativamente.

Negué con la cabeza. Sentía que el corazón se me rompía en el pecho. Declan y yo ni siquiera éramos amigos.

—No puedo estar aquí, viéndolo a cada rato.

Blake asintió.

—Estoy de acuerdo. Vamos a tu apartamento y pidamos una pizza. Yo invito.

Asentí mientras me miraba el vestido rosa. Quería quitármelo lo antes posible.

—Por favor, solo quiero que me saquéis de aquí.

DECLAN

No era una nenaza. Si no me quería, me olvidaría de ella; eso me dije para mis adentros mientras me volvía a sentar y tomaba uno de los chupitos de tequila que había sobre la mesa.

Dax me lanzó una mirada de advertencia.

—Ya has bebido suficiente.

—Será suficiente cuando haya logrado sacármela de la cabeza. —Hice un gesto en dirección a Elizabeth, que estaba de pie en la puerta, mirándome con expresión dolida.

Por lo general, rara vez me permitía beber, pero como durante los últimos días había querido dejar de pensar en ella, o mejor dicho, lo había intentado, había recurrido al alcohol. Beber había embotado brevemente mi dolor, pero no había sido suficiente.

Así que había probado de la única forma en la que sabe hacerlo un chico. Me centré en las chicas que sí me deseaban.

No tenía sentido perseguir un sueño si este te eludía sin cesar.

No pude evitar pensar que quizá estaba realmente enamorada de Blake y solo se lo estaba negando a sí misma. Quizá me equivocaba por completo con respecto a lo que sentía por mí.

Me había dicho que me mantuviera alejado, pero la había visto con él en todas partes. En el centro de estudiantes, en el campus, en su apartamento...

Odiaba a ese tío simplemente porque era objeto de su atención y yo no.

Levanté la cerveza y tomé un trago.

Un día particularmente malo, después de darme cuenta de que estaba con Blake en el apartamento, llamé a Lorna para que me hiciera una visita. Tenía la cabeza hecha un lío, y no me había importado con quién follaba: mi cuerpo solo necesitaba un polvo para olvidar a Elizabeth.

Había besado a Lorna y, al final, terminamos en la cama, pero mi corazón estaba en otra parte, y nos detuvimos al poco tiempo.

No era correcto que estuviera con Lorna, y ni siquiera sabía por qué.

A Elizabeth no le debía nada.

Pero...

Me golpeó una idea. No era que estuviera enamorándome de Elizabeth, es que había traspasado todos los límites con lo que sentía por ella. Como si alguien me hubiera empujado desde la terraza de un rascacielos y estuviera en caída libre hacia el asfalto.

Era mi reina, y yo quería ser su rey. Quería acomodarme en el trono de su cuerpo y amarla para siempre, pero no se trataba solo de sexo, aunque eso también. No, lo nuestro era que dos personas rotas se habían mirado profundamente a los ojos y habían identificado a su alma gemela. Se podía llamar destino o azar, o quizá karma, pero fuera lo que fuera, en el momento en que la vi bailar bajo la lluvia, lo supo mi corazón. A mi mente le había llevado algo más de tiempo.

—Elizabeth se va —me dijo Dax al oído.

—No me importa. A la mierda.

—Ya, claro. —Me miró con preocupación—. Hermano, necesitas aclarar tu mente antes de la pelea con Yeti.

Giré la cabeza y la vi alejarse. ¡Joder!, una parte de mí quiso correr tras ella.

¿Para decirle qué?

¿Estaba preparado para volver a salir con alguien con problemas para aceptar compromisos?

Lorna deslizó sus maquillados ojos por mi cuerpo con una expresión sugerente.

—Cariño, ¿quieres que nos vayamos de aquí?

Me llevé la cerveza a la boca y bebí un buen trago.

—¿Qué se te ha ocurrido?

Se humedeció los labios rojos mientras me observaba con un brillo seductor en los ojos. Me puso las tetas delante de la cara, y bajé la vista hacia aquellos globos cremosos. Podía tenerlos en las manos esta noche.

—Lo que sea necesario para hacerte feliz, Declan.

¿Qué podía hacer ella para que fuera feliz?

Nada.

«Deja de pensar en Elizabeth», me dije.

Me acerqué más a ella, hasta que el aroma de su perfume inundó mis fosas nasales. Jugueteé con un mechón de su cabello mientras sonreía de oreja a oreja. Lorna se apoyó en la curva de mis brazos y me besó el cuello. Luego empezó a mordisquearme el tendón con ardiente pasión.

Cuando deslizó la mano entre mis muslos para agarrarme la polla por encima de los vaqueros, esta ni siquiera se movió.

Dax me dio una palmada en el hombro.

—Nos vamos, hermano.

Me volví hacia él, pero todo el bar giró con mi cabeza. Esperé a que el agradable efecto de la cerveza inundara mi mente, pero lo único que sentía era un intenso vacío en las entrañas.

Dax suspiró.

—Venga, te voy a sacar de aquí antes de que hagas algo de lo que acabes arrepintiéndote.

Lorna hizo un mohín.

—Pero si la noche acaba de comenzar...

Me levanté con la ayuda de Dax.

—Lo siento, cielo. No está en tu destino esta noche —dijo él.

Dax me sostuvo con su cuerpo y me arrastró hasta la puerta del bar. Tropezamos varias veces, un tipo grande sosteniendo a otro.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad? —murmuré.

Soltó un bufido al tiempo que tiraba de mí.

—Sí, claro. Y yo también. Ahora súbete al puto coche.

—Espera... —Recorrí el aparcamiento con los ojos, esperando que el Camry todavía estuviera allí—. Ella se ha marchado —constaté.

Lo oí suspirar mientras me abría la puerta.

—Lo tienes claro, hermanito. Lo siento, pero las cosas no están funcionando.

—Ya... —Era la primera mujer que amaba, pero ella no me quería.

Me subí al asiento del copiloto, solté el aire pesadamente y luego vomité en el interior del coche.

Algunas horas después, ya estaba sobrio. Casi del todo. Quizá vomitar me había sentado bien.

Traté de dormir, pero no conseguía conciliar el sueño, así que me levanté de la cama y me di una ducha caliente. El agua resbaló por mi piel mientras me acariciaba la polla pensando en Elizabeth debajo de mí, sintiendo su suave piel contra la mía.

Cuando salí, me puse unos pantalones cortos de deporte y fui al balcón.

No pude evitar que mi mirada se clavara en el oscuro apartamento de Elizabeth. Ella estaba dormida, por supuesto: eran las tres de la mañana.

No me importó.

Retrocedí para tomar impulso y dar un salto con el que salvar la distancia, aterrizando en el suelo de su balcón con suavidad. Tenía la puerta de cristal abierta... Iba a tener que hablarle sobre esa costumbre suya. Pero por el momento, la empujé en silencio y entré. Miré a mi alrededor hasta que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad.

Me detuve cuando el brillo de las farolas del aparcamiento me dio en los ojos.

¿Qué cojones estaba haciendo?

Me había colado en su apartamento sin una invitación por su parte. Si se despertaba y me veía allí, se enfadaría, ¿no?

¿Y si estaba con alguien?

«¡Joder!».

Me inundó una furia ardiente y me aparté el pelo de los ojos, buscando la forma que había bajo las sábanas. Solo había una figura.

La miré mientras se daba la vuelta con un suave suspiro, acomodándose de nuevo contra las almohadas.

La situación, la vida, habían sido difíciles para mí desde la muerte de mi madre, pero había intentado salir adelante de la mejor manera posible, tratando de ser la persona que a ella le hubiera gustado que fuera. Vivir con mi padre me había convertido en el chico que era ahora. Duro. Firme. Pero en mi interior anhelaba el profundo amor que podía existir entre dos personas, como mi madre siempre me había dicho.

Me paseé por la habitación.

Pero Elizabeth no quería eso. Entonces, ¿por qué entraba sigilosamente en su dormitorio como un ladrón?

«¿Para despedirme?».

Quizá.

Suspiré.

Tenía que hacerlo si no quería volverme loco. Tenía que pensar en el combate, y ella sería una distracción importante.

Pero...

¿Podría renunciar a ella para siempre?

¿Podría cruzármela por el campus y sonreír al verla con Blake?

¿Podría ser testigo de su amor algún día?

¿Sería capaz de encontrarme con ella dentro de unos años en un parque y verla jugando con un crío que no fuera mío?

Era demasiado orgulloso para suplicar, y estaba demasiado irritado para pensar con claridad. Joder, quizá todavía era un inmaduro.

¡Dios! Necesitaba aire.

Respiré hondo.

Tenía que despedirme de ella.

Sí. Después de todo..., ¿qué otra opción tenía?

ELIZABETH

El domingo me desperté deprimida por haber visto a Declan bebiendo.

¿Sería como todos los demás?

Puse a Pink en el móvil, me coloqué los auriculares y me pasé el resto del día escuchando música *metal*.

Más tarde, esa misma noche, traté de hablar de nuevo con mi madre. Había estado intentando localizarla desde que se fue el sábado pasado. Me respondió y, después de una breve conversación, admitió que no habían vendido la historia y que estaban de regreso a Petal.

«Gracias a Dios».

Solté un suspiro de alivio. Al menos eso había salido bien.

Dax me llamó y me pidió que me reuniera con él para echar un vistazo a mis apuntes para un examen, así que me acerqué al centro de estudiantes.

Cuando llegué, me lo encontré sentado en la parte de atrás, en un reservado, con el mismo aspecto sexy de siempre con una camiseta negra de los Beastie Boys. Me dejé caer frente a él y le tendí el cuaderno. Ver a Dax hacía que me acordara tanto de Declan que me dolía el corazón.

—Podías haberle pedido los apuntes a Declan, así que ¿por qué no me dices exactamente para qué me has llamado?

Se aclaró la garganta y se acomodó cruzando las manos sobre la mesa con una expresión muy seria. Soltó un profundo suspiro.

—No sé qué es lo que hay entre mi hermano y tú, qué puñetero juego os traéis, pero él está muy jodido... Y tiene un combate en Halloween con un luchador albino. No está bien. Si todavía lo quieres, y sé que lo haces, será mejor que resuelvas tus problemas y se lo digas. Si tu propósito era joderle la pelea, lo estás consiguiendo, cariño.

—Dime lo que piensas de verdad —murmuré.

Sonrió.

—Esa es la puta verdad.

Permanecí sentada en el reservado, inundada por una oleada de miedo y preocupación que empezó a revolverme las entrañas. Solo faltaban dos días para Halloween. Me humedecí los labios.

—¿De verdad piensas que podría tener problemas con ese tipo? ¿Por mi culpa?

Dax me miró con dureza.

—No lo sé. Estoy harto de vosotros. Quizá si arreglarais vuestros líos, él volvería a estar bien.

—No intentes manipularme, Dax. Tenemos muchas cosas en contra. Además, no me gusta la violencia, y no puedo tolerarla —espeté. Pero incluso al decir esas palabras, una parte de mí anhelaba ver a Declan, disfrutar de nuevo de su cuerpo. Recordé la noche que había golpeado a Colby. Aunque al principio me quedé aterrada, después me habían sorprendido su poder y agilidad. Su fuerza y superioridad me excitaban. Suspiré.

Dax se encogió de hombros.

«Genial...».

Cambié de tercio:

—¿Y qué me dices de Lorna? Estaba anoche con ella, y no parecía estar sufriendo por mí cuando la tenía colgada del cuello.

—No sale con ella, pero es idiota, porque yo me la tiraría en un abrir y cerrar de ojos. Yo no esperaré por ti, pero él sí.

Mi cara debió de reflejar mis sentimientos al respecto, porque levantó las manos.

—No te enfades. Algún día estará con otra... Después de todo, es mi hermano. —Suspiró—. Así que levántate, supera tu pasado y lucha por tu hombre.

Me pasé los dedos por las cicatrices que lucía en las muñecas sin mirarlo a los ojos. No me había peleado con Declan por culpa de los combates. Quizá al principio habían sido parte de mi renuencia, pero sobre todo se trataba de que yo tenía miedo a dar el último paso y admitir mis sentimientos.

Sería abrirme a un potencial dolor.

«Pero ¿no te has prometido a ti misma que serías valiente?», me recordó la vocecita.

Sí, y lo haría poco a poco, subiendo la montaña muy despacio.

«¿Y si ha llegado el momento de dar el salto?».

Me levanté para marcharme. Me solté la cadena, la que tenía colgado el anillo que había hecho para Declan, y se lo entregué.

—¿Podrías darle esto? Es la primera joya que he creado en dos años, y tiene una libélula grabada en su interior. Él me ha contado el significado, y no he podido pensar en nada más que en él... Así que lo he conseguido —confesé con la voz temblorosa.

Dax estudió el anillo antes de mirarme de nuevo. Asintió con una expresión solemne.

—Lo haré.

Se levantó y me dio un abrazo.

—Solo faltan dos días —me susurró al oído—. No lo olvides.

ELIZABETH

El lunes por la mañana fui a clase de literatura inglesa, pero no estaban allí ni Declan ni Dax. Supuse que Declan estaba entrenando o descansando en el día previo al combate. Después de trabajar en la librería, llegué a casa y me puse a limpiar; empecé por la nevera y continué con los zócalos mientras tenía *Downton Abbey* de fondo en la televisión. Así mantenía la mente ocupada y no pensaba en lo que no quería pensar.

Por la noche, llamaron a la puerta.

Cuando la abrí, vi a Declan, apoyado en el marco con una actitud tensa, como si estuviera intentando mantener el control.

—Hola —lo saludé—. ¿Qué tal estás? —Apenas podía reprimirme para no abrazarlo. Me recreé en sus anchos hombros y sus bíceps musculosos.

Asintió con formalidad.

—Bueno. No quiero molestarte...

—No lo haces. Estoy sola... Poniéndome al día con *Downton Abbey* mientras limpio. La cocina y el cuarto de baño necesitan un buen repaso... Y también los armarios. —Me interrumpí—. Lo siento, estoy balbuceando... —Forcé una sonrisa que él no me devolvió—. ¿Quieres pasar? —Me tembló la voz, y forcé una tos para que parara.

—No —se aclaró la garganta—, solo he venido a decirte que le he pedido a un policía amigo mío que investigue a Colby. Me ha dicho que vive en unos apartamentos al sur de Whitman. —Suspiró—. He estado vigilando el aparcamiento y tu casa desde el balcón todas las noches, y si no voy a estar cerca, aviso a la policía del campus, por lo que pasan por aquí varias veces. Ya sé que la situación entre nosotros ha cambiado, pero puedes llamarme si me necesitas.

Oh...

—Gracias. Eso significa mucho para mí. —«Por favor, pasa». Me puse a

jugar con la manilla de la puerta.

En ese momento sonó su móvil, y lo sacó del bolsillo para comprobar lo que supuse que era un mensaje de texto.

—¿Algo importante? —pregunté. Traté de reprimir el resentimiento..., y creo que lo conseguí. No tenía derecho a estar celosa, ya había tenido mi oportunidad.

Movió los ojos hacia mí.

—Mi cita me reclama...

Se me encogió el corazón.

—¿Es guapa?

Se encogió de hombros.

El dolor me recorrió de pies a cabeza. «Basta, maldita sea, tienes que parar».

Recogí mi corazón roto, le quité el polvo y lo empujé al fondo de mi pecho.

Pero de repente, capté un destello plateado en su mano y me quedé paralizada. Contuve el aliento.

—¿Llevas el anillo que te he hecho?

Se quedó quieto. Su único movimiento era el pulgar acariciando la banda de plata que llevaba en el dedo anular de la mano derecha.

—Te queda genial —murmuré—. Me vi obligada a adivinar la medida, pero parece que acerté... —Me mantuve firme, sin dejar que viera lo emocionada que me hacía sentir que lo estaba usando. ¿Le gustaba tanto como a mí? ¿Pensaría tanto en mí como yo en él?

—Gracias por el regalo. —Sonrió, inquieto—. Cuando lo llevo puesto, pienso en mi madre.

—No... no esperaba que lo usaras para ir a una cita.

—¿Celosa?

Me puse rígida.

—No.

—Mentirosa. —Se encogió de hombros con una triste sonrisa—. Da igual. En realidad no tengo una cita con una chica, sino con el gimnasio. Y a veces

puede ser muy duro...

«Sí».

—Declan, por favor... Quiero que entres... Por favor. Tengo que decirte que... —Me interrumpí con miedo a terminar la frase. Tragué saliva.

Se frotó la mejilla; la sombra oscura que había allí era una prueba palpable de su virilidad, de su masculinidad. Sus ojos tenían un gris tormentoso mientras me miraba, como si mil turbulentas emociones estuvieran agitándolo por dentro.

—Es tarde, Elizabeth. Tengo que prepararme para mañana, y no he venido a discutir contigo. Solo a contarte lo que he averiguado sobre Colby.

Pero yo tampoco quería discutir.

Retrocedió un paso mientras me lanzaba una última mirada. Una mirada distante.

Había terminado conmigo. Yo había esperado demasiado tiempo.

Lo sentía en lo más profundo de mi alma. La frágil conexión que había entre nosotros se estaba tensando, a punto de romperse. Quise inclinarme y llorar.

Y luego se fue.

Llegó Halloween.

Fui a clase, pero me sentí aturdida todo el rato, y a las tres estaba en la librería para hacer mi turno. Rick me había dicho que podía ir disfrazada al trabajo, así que Shelley y yo habíamos ido de compras al centro comercial. Había elegido finalmente un disfraz de Campanilla de color verde lima con un corpiño brillante, que se completaba con un tutú y unas puntiagudas zapatillas de ballet con un pompón en las puntas. Tan impecable como incómodo, pero no me importaba.

Lo único que tenía en mente era el combate, pero nadie sabía exactamente ni dónde o cuándo sería a menos que formara parte de ese mundo. Aunque Shelley y Blake no se movían en ese ambiente, iban a intentar enterarse de dónde se produciría la pelea, así que estaba esperando sus noticias.

Mis amigos habían pasado por la librería de camino a la fiesta de disfraces de una fraternidad. Ella había elegido ir de animadora zombi, y él, de jugador de fútbol americano zombi. Cuando se fueron a la fiesta, yo me quedé para terminar

el turno.

Tres horas después, sonó mi teléfono.

Era un mensaje de texto de Shelley.

«Lláname cuánto antes», decía.

—Perdón, tengo que ir a buscar una cosa —me disculpé con Rick antes de ir al almacén.

«¿Qué ocurre? Todavía estoy en el trabajo. No puedo llamarte. Escríbeme».

«Declan pelea dentro de una hora», fue su respuesta.

La llamé con rapidez y hablé en voz baja. Rick observaba una política estricta con el uso de los móviles en el trabajo.

—¿Qué ha pasado?

—Va a pelear en una nave industrial abandonada en Water Street, que está junto a la vieja fábrica de algodón. —Añadió una dirección antes de bajar más la voz—. En ese lugar se va a convertir en un infierno para ti, lleno de música, bebida y todas esas mierdas —me advirtió—. No sé si podrás soportarlo.

Me llené el pecho de aire. Ya me había olvidado de la dirección.

—Envíame un mensaje con los datos concretos, y nos encontraremos allí.

DECLAN

Relajé los hombros mientras recorría el pequeño camerino que Nick, el organizador de la pelea, había habilitado. Estaba detrás de una pantalla cuya función era bloquear la música estruendosa y las luces intermitentes. Max había contado más de quinientas personas antes de que abrieran las puertas; la mayor participación que hubiera visto nunca. Revisé las vendas de mis puños y la coquilla. Todo bien. Solté el aliento que contenía y respiré controladamente para evitar que mi cuerpo bombeara más adrenalina. Me sentía preparado para noquearlo.

Dax apareció por detrás de la pantalla.

—Esto parece una reunión de monstruos. Los estudiantes que han ido a las fiestas de las fraternidades han venido con los disfraces. Hay bichos raros por todas partes. ¡Joder!, está lleno de gente. —Hizo una mueca, como si algo le molestara.

Me detuve en mi paseo.

—¿Qué ha pasado?

Se movió inquieto antes de rascarse la cabeza.

—No quería decírtelo, pero creo que es mejor que lo sepas por mí a que la veas de repente entre la multitud. Ha venido Elizabeth.

Asomé la cabeza desde detrás de la pantalla para escudriñar la multitud.

—¿Dónde está?

Negó con la cabeza.

—Solo la he visto cuando entró, luego la he perdido entre la gente. Este lugar se ha convertido en una locura.

Solté el aire. ¡Joder! Ahora tenía que preocuparme por ella.

—Quiero que la saques de aquí, ¿vale?

Asintió antes de mirar a Yeti.

—Ese tipo es muy grande, tío. Parece una rata albina hinchada con esteroides... que tiene mucha hambre.

Le di una palmada en la espalda.

—Tranquilo... Tanta confianza en mí me abruma.

Asintió. Aunque su expresión no era demasiado firme, me chocó el puño.

—Patéalo, hermanito. He apostado un montón de pasta por ti.

—Eso está hecho.

Se fue a grandes zancadas, pero se detuvo a unos cuantos metros de las improvisadas líneas de tiza amarilla que marcaban el *ring* y se puso de puntillas para ver mejor. Jamás se alejaba demasiado de mí cuando tenía una pelea. Max se acercó también y se sentó en la esquina.

Nick hizo un anuncio por el megáfono, señalando el comienzo del combate, y la música incrementó el volumen cuando entré en el *ring*. Menuda puta ironía. Esta pelea no tenía reglas, y nadie se quedaba dentro de las líneas.

Yeti llegó como el monstruo que era. Movié su corpulento cuerpo alrededor del mío mientras nos medíamos el uno al otro.

Comenzamos lentamente, tanteando, hasta que después de unos sesenta segundos se abalanzó sobre mí. Sus puños cayeron como mazas sobre mis entrañas, y un poderoso puñetazo me alcanzó el hombro mientras me alejaba.

Contuve el aire por el dolor y luego lo solté.

Ya me había cabreado.

Apreté los puños y corrí hacia él; lo alcancé con cuatro rápidos golpes en el pecho antes de echarme hacia atrás cuando respondió con un derechazo que iba directo a mi cuello y mi mentón.

Falló.

Lo atacé de nuevo, golpeándole los hombros y el vientre varias veces hasta dejarlo sin aliento. Puñetazo. Puñetazo. Puñetazo.

Gruñó cuando la sangre voló por el aire. La multitud gritó.

«Sí. Sufre, cabrón».

Se apartó de mí y se movió despacio, con el rostro enrojecido, pero luego

sonrió mostrando los dientes. Al parecer, Yeti no usaba protector bucal.

Un destello rubio en la multitud llamó mi atención, distrayéndome, y ese instante fue suficiente para que me golpeará dos veces junto a la oreja. Zas. Zas. Luego se giró y me dio un codazo en el estómago una milésima de segundo antes de conectar el otro puño con mi sien, cuando me incliné.

Delante de mis ojos brillaron unos puntos luminosos.

La sala se desvaneció.

«¡Despierta, joder!».

Me estremecí cuando aspiré aire y me alejé de él tambaleándome.

Lo vi echar la cabeza hacia atrás mientras soltaba un rugido. La multitud lo animó, le aplaudió, lo ovacionó por su nombre.

Me sacudí el letargo, me incorporé y volví a atacarlo, esta vez usando una combinación de codazos y patadas. Recibió ambos golpes en el pecho y cayó de rodillas. ¡Bien! Me abalancé sobre él y forcejamos en el suelo. Rodamos sobre el hormigón mientras intentábamos tomar el control. Entonces usé una llave de sumisión con el antebrazo.

Lo obligué a inclinarse y le propiné dos o tres golpes rápidos.

—¡Inglés! ¡Inglés! —coreaba la multitud.

Me dio un cabezazo cuando lo golpeé una vez más, y me desvió.

Se resistió de nuevo, ahora con más fuerza. Perdí el dominio. ¡Joder!

«¡Todavía no!».

Él gruñó de nuevo, y la sangre surgió a borbotones cuando le golpeé la nariz con la palma de la mano.

Lo incliné más cerca del suelo hasta que rozó el hormigón con la nariz.

—La pelea ha terminado, Yeti —murmuré, y en el milisegundo que me llevó decir esas palabras, él se contorsionó, aflojó la presión y me atizó un rodillazo que acertó de pleno en la parte superior de mi cuello.

Lo solté y retrocedí.

El público comenzó a gritar, chicos y chicas... Max me decía algo desde la esquina, pero no le entendí nada.

«¡Joputa!».

Perdí fuelle con rapidez. No podía respirar.

Yeti sonrió de forma maligna mientras se acercaba mí y me daba un puñetazo en la cara. Me alcanzó en el ojo derecho. Seguí moviéndome, evitándolo, tratando de coger aire.

Usando todas mis fuerzas, hice girar las caderas y me vengué con un rechazazo. Con el puño izquierdo le di directamente en el hígado, y luego clavé el derecho justo debajo de su corazón. Grité mientras lo hacía.

Él se tambaleó hacia la multitud, que lo empujó hacia el centro de las líneas.

Gruñí mientras seguíamos luchando, intercambiando golpes y patadas, sin que ninguno de los dos estuviera dispuesto a ceder. Eché un vistazo hacia la gente mientras bailaba de un lado a otro, buscando el cabello rubio.

Encontré a Elizabeth. «¿Está con Blake?».

Zas. Me dio un rodillazo en el hígado. Me desplomé cuando el dolor me recorrió toda la parte inferior del cuerpo. Jadeando en busca de aire, arqueé la espalda justo cuando él iba a clavarme en el suelo con la pierna izquierda. Me moví por el cuadrilátero.

«Joder, hijo de puta... Cabrón».

—Se acabó el combate, inglés —se burló al conectar otro golpe con mis entrañas.

Y otro.

Y otro más.

Solté el aire mientras la sala giraba a mi alrededor. Mis pies descalzos recorrían el *ring*; tropecé y caí de rodillas.

«Aire». Necesitaba aire.

Pero antes de recibir oxígeno, las sirenas inundaron mis oídos. Luego fueron los gritos de los espectadores que corrían hacia las puertas de salida.

—¡Viene la policía! —gritó alguien mientras corría para salir por una de las ventanas que se alineaban en el lado sur de la nave.

El lugar se convirtió en un manicomio.

Yeti se llevó la mano a la entrepierna en un gesto obsceno, y luego me mostró el dedo corazón.

—Esto no ha terminado. Has tenido suerte esta vez, inglés. La próxima vez, te mataré antes de follarte. —Se rio sacudiendo las caderas. Mientras lo observaba, corrió hacia su agente y salió con rapidez por una puerta que conducía a las oficinas de la parte de atrás. No sabía que había una salida por allí.

—¡Larguémonos! —gritó Max mientras me agarraba el brazo y tiraba de mí hacia las puertas principales del recinto.

—Espera... —resollé, soltándome—. ¿Dónde está Dax? —Escudriñé la estancia, buscando su figura—. ¿Y Elizabeth? Anda por aquí, en alguna parte.

—¡No seas idiota! ¡Es a ti al que quieren arrestar! —gritó.

Las sirenas eran ahora más estridentes, las luces azules intermitentes rebotaban en las ventanas rotas.

Me volví hacia él.

—Vete. Luego te sigo.

Soltó un bufido, pero no insistió, y corrió hacia la puerta.

Me detuve en medio del caos. La mayor parte del lugar estaba ya vacío, salvo las personas que habían estado en el nivel superior y que trataban de bajar por las destartaladas escaleras.

Pero ninguna de esas personas era rubia... Ni tampoco era Dax.

—¡Por aquí! —gritó una voz desde el otro lado de la nave, a casi diez metros.

Dax estaba junto a una ventana rota, preparado para atravesarla. Elizabeth se encontraba a su lado, con los ojos abiertos como platos. Hizo un gesto salvaje con las manos para que me acercara.

En el exterior, hubo un chirrido de neumáticos. Se abrieron las puertas del coche policial... y se oyeron muchos gritos.

Corrí hacia mi hermano. ¡Joder!, estaba demasiado lejos.

—¡Que salga ella primero! —grité—. ¡La poli viene pisándome los talones!

Entendió lo que quería decir y la levantó con cuidado, para evitar los fragmentos de vidrio. Sus piernas desaparecieron por el borde.

—¡Lárgate, Dax!

Negó con la cabeza con una expresión suplicante mientras me veía correr hacia un grupo de chicas que habían bebido demasiado y trataban de salir.

Me lanzó una última mirada y saltó por la ventana. A través de los cristales, vi cómo agarraba a Elizabeth y corría hacia un edificio vecino.

Luego fui hacia la ventana y me lancé de cabeza por ella. Al caer en el suelo, me levanté y seguí moviéndome.

Me llegaron gritos desde el interior del recinto.

¡Joder! La policía estaba dentro.

«Lárgate, lárgate...», me dije.

Doblé la esquina del edificio y corrí por el callejón oscuro adonde esperaba que hubiera ido Dax. Pero no estaba allí, así que seguí avanzando entre las naves industriales mientras lo llamaba por su nombre. Mi temor era que la policía se dispersara, pero con quinientas personas corriendo en todas direcciones, iban a estar muy ocupados.

¿Dónde se habían metido mi hermano y Elizabeth?

Bajaba por una pequeña calle lateral a casi una manzana cuando los vi hacerme señas desde el lugar donde me esperaban, junto a un contenedor de basura en un callejón.

Corrí hacia ellos.

Dax me lanzó una mirada salvaje.

—¿La policía? Pero ¿qué coño pasa...? Jamás había sucedido nada así. Mi coche está aparcado allí —gimió mientras se inclinaba para recuperar el aliento—. Qué divertido es todo contigo, hermanito.

Me concentré en Elizabeth, que me miraba paralizada, con el pecho subiendo y bajando con rapidez.

De repente, abrió mucho los ojos.

—Te sangran las manos.

Bajé la vista y me di cuenta de que debía de habérmelas cortado cuando traspasé la ventana.

Me las cogió para inspeccionarlas antes de limpiarlas con el borde de su top.

—Esto es una locura. Tenemos que llevarte a urgencias.

Mi primer instinto fue alejarme de su contacto, en especial porque tenía las manos hinchadas por la pelea, pero no me moví; el calor de su cuerpo me resultaba tóxico. Olía a limón, a fruta..., y quería atraerla hacia mí para inhalar su esencia.

—Estoy bien —jadeé bruscamente.

—¡No! ¡No estás bien! —gruñó, enfadada.

Dios, adoraba ver ese fuego en sus ojos.

—¿Y a ti qué más te da?

Se enfadó todavía más. Sus ojos azules brillaron cuando dejó caer mi mano y dio un paso atrás. Observé las suaves curvas de sus pechos mientras se cruzaba de brazos y la forma en la que se movió su garganta cuando tragó saliva. Me puse tenso... y duro. Me dije a mí mismo que se trataba de exceso de adrenalina, ese estado en el que sentía que podía estar siempre follando... Pero en el fondo sabía que era por ella.

La deseaba, y a la mierda mi orgullo. Todas mis inseguridades de los últimos días desaparecieron; solo me importaba ella.

Me volví hacia Dax.

—Vete a por mi coche. Está a tres manzanas al este de aquí, en un descampado en Chester Street. La llave está encima del neumático del lado del conductor. —Hice una pausa—. Y danos unos minutos antes de volver.

Se irguió en toda su altura mientras nos miraba a ambos alternativamente.

—Vale —convino con cierta vacilación—. Elizabeth, ¿estarás bien aquí?

La miré, transmitiéndole el calor de mi mirada.

«Eres mía», decía con los ojos.

—¿Estarás bien conmigo a solas? —pregunté con una mueca, desafiándola a decir que no.

Asintió con la cabeza y Dax se perdió en la oscuridad, pero ninguno de los dos lo vio alejarse, estábamos inmersos el uno en el otro. Seguía enfadada, y yo, simplemente, estaba excitado.

—Declan... —empezó a decir.

—Ven aquí...

Se humedeció los labios.

—¿Por qué?

—He estado luchando, la sangre me hierve en las venas, y te necesito... Ahora mismo.

Noté que se le ampliaban las fosas nasales y que le palpitaba el pulso en el cuello. No era solo yo el que sentía aquello, y había dejado de negarlo, porque si de algo estaba seguro era de que no quería renunciar a ella.

Si no venía ella, iría yo.

Me limpié las manos en los pantalones cortos hasta que la sangre desapareció casi por completo, lo que me hizo ver que las heridas no eran tan profundas como parecían. Seguramente los moratones serían otra historia. Levanté la mirada y la pillé estudiándome. Me acerqué más, hasta que la hice retroceder contra el edificio que tenía a su espalda, pero aun así, dejé unos centímetros entre nosotros mientras levantaba los brazos para apoyar las manos a ambos lados de su cabeza.

—Ahora, pídemme que te bese —dije, mirándola.

Jadeó con los ojos brillantes, mientras sus pupilas me decían la verdad. Se mordisqueó el exuberante labio inferior con los dientes, haciendo que clavara los ojos en ese punto. Esta noche iba a devorar esa boca, y ella me suplicaría más.

—¿Me deseas, Elizabeth? ¿Te excita verme luchar?

Cerró los ojos y se estremeció como si bastara el sonido de mi voz para ponerla a cien.

—¿Es así? —la presioné—. Porque yo te deseo tanto que ni siquiera puedo pensar con claridad. Cuando te encuentro por el campus, o te veo en el balcón, quiero correr hacia ti. Te veo en clase y, ¡joder!, quiero abrazarte, besarte hasta que no puedas respirar. Te imagino sola en la cama cada noche y quiero entrar en tu apartamento, meterme bajo las sábanas y abrazarte. Follarte.

Le pasé los dedos por los labios, haciéndola gemir. Luego sacó la lengua para saborear mi piel.

—¿Tú también quieres?

Asintió con la cabeza, con los ojos todavía cerrados y el cuello arqueado hacia mí.

—Bésame, por favor, Declan.

—No, bésame tú. Necesito saber que tú también lo deseas.

Gimió desde el fondo de la garganta y se movió hacia mí. La sangre me hirvió en las venas cuando me rodeó el cuello con las manos y se puso de puntillas para apretar los labios contra los míos. La caricia fue vacilante, como el primer beso que me dio, pero lo que sentía en ese momento no era precisamente ternura. Gimiendo de satisfacción, la acerqué hacia mí usando los antebrazos. Mi deseo se incrementaba con cada roce de su lengua contra la mía. La presión de sus pechos contra mi torso consiguió que mi polla vibrara de necesidad. Suspiró y cedió a la intensidad que yo necesitaba, me acarició seductoramente la lengua con la suya, apretando las tetas y las caderas contra mí mientras me mecía contra ella.

—Lo quiero todo, Elizabeth.

Se sujetó a mis hombros con fuerza, me clavó las uñas en la piel desnuda.

—Yo también.

Nos devoramos el uno al otro, buscando con los labios recovecos y lugares ocultos. Nuestras lenguas se enredaron con la boca abierta.

«Rápido, caliente... Deprisa, deprisa».

Le pellizqué la clavícula.

—Quítate el top. Tengo las manos hechas un desastre y no quiero mancharte de sangre.

—No me importa. Tócame. —Agarró el borde del top y se lo quitó, revelando un sujetador de encaje blanco. Mi boca se dirigió a sus pechos como si llevara esperando eso toda una vida. Se los lamí, le mordisqueé los pezones por encima de la tela, empapándola de saliva y dejándolos más expuestos.

Ella se retorció contra la pared mientras hundía los dedos en mi cabello.

—Me gusta tanto hacer esto contigo... —murmuró, recorriéndome el pecho con las manos—. ¿Puedo tocarte? ¿Te duele algo?

—Ahora no.

Movió las manos por mi pecho y las bajó hasta el ombligo, volviéndome loco con la suavidad de su contacto. Detuvo los dedos en mi cintura, y eché la cabeza hacia atrás.

«Sí, cariño, sí».

—Espera —dije, antes de meter la mano dentro del pantalón para quitarme la coquilla y lanzarla al suelo.

Deslizó los dedos hasta mi polla y me la apretó con fuerza. Luego empezó a acariciarme el glande con las yemas, haciendo que siseara por lo bajo.

—Me encanta... Los sonidos que haces, que me mires como si fuera la única chica en el mundo —dijo.

—Lo eres... —Le arranqué el botón de la falda con los pulgares y la empujé hacia abajo. Entrecerré los ojos cuando vi que las braguitas hacían juego con el sujetador.

Me rodeó las caderas con una pierna para atraerme hacia ella, así que la empujé contra la pared de nuevo, aprisionándola con mi cuerpo.

—Es una putada, pero, una vez más, no tengo condones —dije sobre sus pechos, moviéndome de uno a otro para succionarle los pezones.

—¿Acaso intentas dejarme embarazada? —Soltó una carcajada casi sin aliento.

Me quedé helado.

—Era una broma —gimió—. Confío en ti.

«Confío en ti...».

Me inundaron un montón de emociones. Aquel comentario sobre el embarazo, y que la idea de llenarla con mi semilla y hacer un bebé no me asustaba como pensaba que haría. La forma en la que se apretaba contra mí. Me parecía que llevaba toda la vida esperando este momento. Apoyé la frente en la suya.

—Mírame. Me refiero a que mires de verdad quién soy.

Su expresión se hizo más tierna.

—Ya lo hago.

—Soy el tipo que te va a apoyar contra este muro. Te penetraré y seré el dueño de tu cuerpo... Y te va a encantar. Pero no te haré daño. Nunca lo haré.

Sonrió.

—Lo sé.

Hice una mueca.

—Me está matando no poder tocarte. ¿Te parece bien si lo hago con la boca?
Sus ojos brillaron con calidez.

—¿Me tomas el pelo? Sí, por favor, usa la boca.

Me arrodillé y me puse una de sus piernas por encima del hombro mientras ella se arqueaba hacia atrás. Estaba empapada, así que me concentré en su protuberancia, que estimulé y provoqué con la punta de la lengua. Luego imité los movimientos que mi polla haría pronto dentro de ella.

Me moría por hundir los dedos entre sus pliegues, ahondando en su dulzura, pero me contuve y ahuequé las manos sobre sus pechos para apretarlos. Ella jadeó mi nombre y se impulsó hacia mí. Quería más. Cuando dejó caer la cabeza hacia atrás, me lanzó una mirada salvaje.

—Declan, por favor... No puedo esperar más.

Me levanté y la alcé al tiempo que me rodeaba con las piernas. Me hundí en su interior, y mi cuerpo canturreó de alivio al sentir el intenso placer de deslizarse en ella. Gemí sin control.

—No quiero hacerte daño —susurré contra su cuello mientras la penetraba con suavidad, clavando cada vez más profundamente mi longitud.

—No lo harás —musitó.

Hice un suave impulso, luego otro más fuerte, hasta que por fin estuve sumergido hasta la empuñadura.

Me apoyó los dedos en los hombros, espoleándome, y sus caderas se movieron pidiéndome más. Su cuerpo me oprimía y succionaba.

Rugí. Era mía. Y sabía que nunca más desearía a otra chica en el resto de mi vida. Sujetándola con el pecho, la apreté más contra la pared mientras imprimía a mis movimientos un ritmo inquebrantable. Me moría por correrme. Hacerlo sin preservativo era increíble. Ella era cálida y aterciopelada, estaba empapada de deseo. Me hundí y me retiré una y otra vez, con impulsos poderosos. Gimió cuando la encerré entre mis brazos, estrechándola con fuerza para poder inclinarme y presionar la pelvis contra su sensible núcleo. Me froté contra su brote, ahuecando las manos sobre su culo para colocarla de forma que pudiera disfrutar de cada uno de mis envites.

Me tiró del pelo para llevar mi boca hasta la suya.

—Pase lo que pase, no te detengas.

—Nunca.

Me apoderé de sus labios y la besé bruscamente mientras me clavaba las uñas en el cuero cabelludo. Froté los labios contra los de ella.

Nuestros sonidos; sus jadeos, mis gruñidos, los chasquidos de nuestros cuerpos...

—Tú, siempre tú...

Gritó al llegar al orgasmo, y cerró las piernas alrededor de mis caderas.

Solté un profundo gemido con la última embestida al inundarme el placer más intenso que jamás hubiera sentido. Una oleada de calor, deseo y necesidad me invadió con la culminación. Mi cuerpo se arqueó y se estremeció con las réplicas mientras jadeaba sobre ella, con el pecho agitado como si hubiera corrido una maratón.

ELIZABETH

Declan me pasó la mano por la falda y el top mientras me observaba vestirme, con los labios carnosos curvados en una leve sonrisa. Me tomé mi tiempo: me gustaba notar su ardiente mirada al ponerme de nuevo la ropa, aunque tenía un poco flojos los brazos y las piernas después de aquella alocada sesión de sexo.

—Dejando a un lado ese orgasmo tan brutal, estoy muy cabreada contigo.

Me interrogó arqueando una ceja mientras se ajustaba los pantalones cortos.

—¿Es necesario que pregunte por qué?

—Por la pelea —espeté, nerviosa de nuevo por su despreocupada actitud—. Estás exponiéndote a un gran peligro por dinero, y lo entiendo, pero si te pillan puedes acabar en la cárcel. Te va a ser muy difícil dirigir tu negocio desde una celda, ¿sabes?

—Eres preciosa incluso cuando te estás poniendo las bragas torcidas, ¿lo sabías?

Me crucé de brazos. ¿Por qué me resultaba tan difícil estar enfadada con él?

Me miró de arriba abajo antes de acariciarse la mandíbula. Sus ojos tenían esa mirada intensa con la que me decía que quería devorarme... otra vez.

Sonrió.

—Casi me dejan noqueado, y ni siquiera me importa porque estamos a punto de volver a mi apartamento para otra ronda. Te quiero desnuda en mi cama, entonces te haré el amor hasta que ya no estés enfadada conmigo. —Alargó el brazo y me acarició la cara con sus manos hinchadas.

Bueno, ¿cómo iba a negarme a eso?

Dejamos a Dax en la residencia de la fraternidad Tau y luego regresamos a

casa de Declan. Lo primero que hizo fue ir al cuarto de baño para limpiarse la sangre y lavarse los cortes. Tanto Dax como yo habíamos intentado que fuera a urgencias, pero se había negado, alegando que eso complicaría la situación, ya que a la larga significaría más preguntas.

Estaba rebuscando en la nevera cuando lo escuché gritar desde el cuarto de baño. Al abrir la puerta, me encontré a Declan vertiéndose antiséptico en las manos. También vi los moratones que no había visto en el callejón: unas marcas feas y moradas que le decoraban las costillas y la espalda.

Me inundó una oleada de ira. ¡Mierda!, quería matar a Yeti con mis propias manos. A Declan ni siquiera le pagarían por esta pelea.

—No puedes volver a hacer esto —afirmé revoloteando a su alrededor—. Por favor, dime que no lo harás.

—Nos vamos a meter juntos en la ducha y hablaremos muy poco.

¡Oh, qué frustrante era! Puse los brazos en jarras.

—No.

No dijo nada mientras recogía el material del botiquín y lo volvía a meter en el armario; su rostro no mostraba ninguna expresión. De espaldas a mí, se bajó los pantalones, lo que hizo que los músculos de su espalda se ondularan. Se inclinó para abrir el grifo. Miré cómo caía el agua sobre los azulejos.

—¿Qué? ¿Ahora vas a ignorarme? —resoplé, en parte muerta de lujuria por su cuerpo y por otra queriendo estrangularlo con mis propias manos—. Si quieres jugar a esto... —Se me apagó la voz cuando se inclinó para coger una toalla y me rozó la piel del hombro con el antebrazo. Siseé para mis adentros... «Menudo espécimen...»—. Sé de sobra que tratas de distraerme, así que deja a un lado esa actitud tan sexy y escúchame.

Se metió en la ducha y cerró la puerta de vidrio, interrumpiéndome de forma muy efectiva.

Resoplé y me acerqué, reflexionando para mis adentros.

¿Por qué era tan sumamente terco?

Me detuve. No era de extrañar que nos hubiéramos enamorado; éramos iguales, y ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder.

Me quedé paralizada. El corazón se me aceleró. ¿Amor? ¿Había pensado en el amor?

Me di cuenta de mil cosas a la vez; era como si hubieran estado allí todo el tiempo, esperando a que las viera. Claro que era amor.

Amar a Declan era como las tormentas bajo las que me gustaba bailar, una locura impredecible. A veces turbulentas y otras suaves. No sabía si me alcanzaría un rayo, pero había algo seguro: lo quería de todas las formas. Participando en las peleas y todo. De alguna forma, encontraríamos la manera de que funcionara. Si él podía aceptar mi pasado y amarme igual, estaba segura de que yo podría enfrentarme a cualquier cosa que nos esperara en el futuro.

Había estado perdiendo el tiempo con mis polvos de una noche y las reglas sobre la vida. Solo habían servido para demostrarme que podía ser normal, tener relaciones sexuales y no permitir que Colby ganara. Pero durante dos años me había estado castigando a mí misma. Empujé mi dolor al fondo y traté de ponerle fin. ¿Por qué había permitido que un chico cualquiera me destruyera de esa manera?

Llevaba demasiado tiempo asustada, negándome el placer de enamorarme, de disfrutar esa alocada sensación de alas de mariposas revoloteando en el estómago. Las había interrumpido, tragándomelas por completo.

Pero no seguiría haciéndolo.

Me quité el top y la falda, luego fue el turno del sujetador y las braguitas a juego. Notaba que mi cuerpo palpitaba de excitación, pero, además de eso, teníamos que hablar.

Abrí la puerta de vidrio.

—No me dejes fuera. Tengo que decirte algo...

Me interrumpí y tragué saliva. Estaba mojado, el pelo empapado caía sobre su rostro mientras el agua descendía formando riachuelos por su garganta hasta su torso, y seguía bajando hacia la V de sus caderas y su erección, dura como el acero.

Entré y cerré la puerta. Sentía algo inmenso, y no era precisamente su polla.

—¿Estás dispuesta a arriesgar tu corazón, Elizabeth? —preguntó bajito, mirándome.

—¿Q-qué?

Me lanzó una mirada intensa y llena de calor.

—Aquí, en la ducha, en este mismo momento, me vas a decir exactamente lo

que sientes por mí.

Me estremecí ante la autoridad que destilaba su voz.

—¿Es un ultimátum?

Se acarició la erección con los ojos clavados en mi cara.

—¿Quieres esto?

«Sí».

Pero antes...

—Esto te va a sonar muy extraño, pero... —Tragué saliva intentando controlar mi nerviosismo. A ver, estaba segura de que estaba enamorado de mí, pero ¿era verdad? Respiré hondo buscando valor. Tenía que ser valiente—. Mi vida es como una montaña que debo escalar, y quiero que estés a mi lado. Quiero que avances a mi lado cuando necesite que me des la mano o detrás de mí para empujarme si es necesario. Y cuando me enfrente a una jungla, que luches conmigo. Llevaremos machetes, y algunos días será difícil porque estaré tratando de descubrir quién soy, pero contigo junto a mí, todo irá bien. Quiero que me guíes cuando esté cansada, y yo lo haré al estarlo tú. Necesito que me frotes los dedos cuando haya trabajado con ahínco para realizar cosas bonitas, y yo te daré masajes para que no te duelan los músculos. Seré la manta que te cubra contra el frío. O viceversa. Lo quiero todo: la sangre, el sudor y las lágrimas. No me importa el sueño que quieras seguir, estoy aquí. Siempre. Te amo.

—Unicornio, Dios, yo también te amo. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, y parpadeé al notarlo; era la primera vez que veía tal cosa. Declan no era el tipo de hombre que lloraba. Me abrazó y me besó con intensidad, con labios tiernos y suaves.

Poco después nos separamos.

—Lamento haberte ignorado durante los últimos días y no haber visto lo que tenía delante de los ojos. Estaba... asustada.

Me besó la nariz.

—Sabía que me amabas, o esperaba que lo hicieras. Cuando me viste en el Cadillac con Lorna, no podías soportarlo. Joder, si apenas te reprimías cuando me puse a ligar con ella a propósito en clase solo para que reaccionaras. Pero me rechazaste, y me sentí como si me hubieras clavado un puñal en el estómago. No

quiero volver a estar así. Te quiero a mi lado. Y aunque odio sacar el tema de Nadia a colación, tengo que decirte que nunca la he amado de verdad. Lo de ella no era como esta necesidad que me impulsa hacia ti, esta necesidad de hundirme en ti y no volver a salir nunca.

Se me llenó el corazón de emoción, y me vi obligada a luchar contra mis propias lágrimas.

Suspiró y su rostro se suavizó.

—En el momento en el que aquella libélula se posó sobre ti, supe que sacudirías mi mundo. Fue mi madre, diciéndome que te viera, que te viera de verdad.

Pasé los dedos por el tatuaje de su cuello. Este hermoso británico era mío.

—Solo me importas tú. Ni mi pasado ni mis reglas tienen relevancia alguna a partir de ahora.

Me estrechó para besarme otra vez mientras me reía contra sus labios.

—La ducha es un poco pequeña, será mejor que salgamos y que te metas en la cama.

Sus húmedos dedos se deslizaron hacia abajo para acariciarme un pecho y trazar círculos cada vez más cerca del pezón.

—Siempre con prisas... —bromeó. Por fin puso la punta de los dedos sobre mi erizada cima. Siseé, en parte por placer y en parte por sufrimiento.

Le rodeé el cuello con los brazos y me incliné hacia atrás, ofreciéndole más sitio para jugar, más piel que ver. Deslizó las manos hacia mi cintura y jugueteó con mi ombligo.

—Jamás tendré suficiente de ti. Pienso en esto constantemente —confesó, bajando para darme una palmada en las nalgas—. Solo te tenía a ti en la mente cuando peleaba, cuando trabajaba, cuando comía, cuando estaba en clase. Lo único que quería era tenerte debajo de mí, susurrándome que no puedes vivir sin mí.

Deslizó un dedo en mi interior.

—Esto. Tú. Yo. Lo quiero para siempre.

No le di un respiro. Sabía lo que le hacía sudar. Deslicé las manos por su pecho, arañándole las tetillas con las uñas. Gimió.

Por mi parte, lloriqueé al sentir su dedo profundamente en mi centro, extendiendo la humedad. Me excitó con delicadeza, y luego con más firmeza, haciendo magia con los dedos.

—Declan... —murmuré, saboreando el sonido de su nombre al saber que me amaba y le correspondía.

—Elizabeth... —jadeó.

La pasión me alcanzó como un *tsunami*.

Se acumuló un hormigueo en mi columna y el calor se intensificó al relajarme contra la pared de la ducha, mientras me acariciaba con las manos. Juguetona y apasionadamente. Su contacto consumía cada célula de mi cuerpo, queriendo que me poseyera y fuera mi dueño.

—Voy a correrme enseguida —dije con la voz entrecortada.

Él gimió y me hizo girar hasta que estuve de espaldas a la pared. Sus labios aterrizaron en mi cuello y me lo chupó con fuerza. Grité y repetió el gesto con más dureza, haciendo que me retorciera de necesidad. Suspiré.

—¿Qué haces?

—Te dejo una marca para que todos sepan que eres mía.

Me movió de nuevo para que quedara de frente a los azulejos. Con la suave presión de sus manos, hizo que me inclinara.

—Apoya las manos en la pared y espera —susurró por lo bajo.

Me acarició la espalda antes de notar que se cogía la erección para deslizarse en mi interior, con suavidad al principio, pero luego con más firmeza, con más rapidez, más profundidad. Apreté los músculos internos, aceptándolo por completo y vibrando a su alrededor. Se inclinó hacia mí, deslizándose dentro y fuera como una máquina bien engrasada.

—Esto es maravilloso. No quiero detenerme nunca. —Enredó los dedos en mi pelo y tiró.

Ahucó la mano sobre uno de mis pechos para pellizcarme el pezón. Arqueé las caderas para ir a su encuentro, para sentir cada centímetro.

Se clavó en mí con las manos apoyadas en mis caderas. Su contacto era primero brusco y luego tierno. Me perdí en nuestro acto de amor. Estaba totalmente sincronizada con él, en mente, cuerpo y alma, me sentía parte de Declan, era como si fuéramos uno.

Me cogió la barbilla y me hizo girar la cabeza para mirarme a los ojos profundamente mientras seguía penetrándome.

—Tenemos toda la noche por delante...

Cerré los ojos cuando el éxtasis me alcanzó.

ELIZABETH

Al día siguiente, ninguno de nosotros quería salir del cálido refugio entre las mantas, pero a las siete ya estaba en mi casa, duchándome. Declan se iba a saltar las clases para ir a hablar con su padre. Llevaba tenso casi toda la mañana y no quería decirme por qué, así que lo dejé pasar.

Después de la primera clase, hice un pequeño descanso en el que fui a la residencia de la fraternidad Tau a ver a Blake. Ya eran las diez y la mayor parte de sus compañeros estaban de resaca después de las celebraciones de Halloween de la noche anterior.

Pregunté por su habitación y subí las escaleras. Al ver que no me respondía nadie después de llamar a la puerta, entré en el dormitorio a oscuras. Subí las persianas y luego descorrí las cortinas con una sonrisa. ¿Estaba preparado para el dolor de cabeza que le esperaba?

Escuché un gruñido, así que clavé los ojos en la cama. Fue entonces cuando noté que no estaba solo. Una larga melena rizada de color rojizo sobresalía entre las sábanas, encima de la almohada. Me quedé paralizada y entrecerré los ojos para asegurarme de que no veía nada más. Me fijé en el brazalete de aquella chica, que reposaba encima de las mantas, y lo reconocí al instante. Lo había hecho yo.

¿Shelley y Blake? Me parecía una locura, pero luego recordé todo el tiempo que estaban pasando juntos, tanto allí como en las fiestas.

Como ninguno de los dos me había visto todavía, no me molesté en reprimir la sonrisita tonta que se extendió por mi cara.

Salí de puntillas, sin atreverme a llamar su atención ni a despertarlos, pero casi me froté las manos, feliz, al pensar en cómo iba a sorprenderlos a ambos con lo que había descubierto.

Cerré la puerta y me fui.

Esa tarde, cuando terminé el turno en la librería, regresé a mi apartamento. Mi mente y mi cuerpo echaban de menos a Declan, pero justo cuando estaba aparcando, él se marchaba; iba de copiloto en un Lexus con un hombre maduro, que era la viva imagen de los gemelos. «¿Su padre?». ¿A dónde se iban?

Me pensé si debía llamarlo o no, pero en ese momento me envió un mensaje de texto.

«Te amo. Te necesito, pero mi padre me exige que vaya a cenar con él para hablar de dinero. Estaré pronto de vuelta».

Pero no fue así.

Lo esperé... y lo esperé...

A medianoche me di por vencida y me fui a la cama, deslizándome entre las sábanas frías.

¿Dónde se había metido Declan?

ELIZABETH

Un sonido metálico inundó mis oídos. Miré a mi alrededor, escudriñando la habitación oscura y la salida al balcón, aunque estaba cerrada.

No había llegado por allí, pensé, así que centré mi atención en la puerta que comunicaba el dormitorio con el resto del apartamento.

Volví a oírlo... Una especie de arañazo.

Traté de identificar su origen, y decidí que era el sonido que se hacía al rascar algo metálico con un objeto afilado.

«¿Declan?».

Se me hinchó el corazón, y no pude evitar la sonrisa que se me extendió por la cara.

El ruido resonó otra vez, esta vez agudo y claro como el tañido de una campana, haciendo que me bajara un hormigueo de inquietud por la espalda.

Algo iba mal. Muy mal.

Me puse a buscar a tientas el móvil en la mesilla de noche cuando se encendió la luz, cegándome.

Levanté las manos para protegerme de la luz mientras parpadeaba.

Jadeé.

Me quedé paralizada. Helada.

«Colby».

Le temblaban las manos, y eso hizo que me fijara en el rollo de cinta adhesiva y en la pequeña navaja plateada que sostenía. Tenía la nariz torcida, prueba de la noche en la que se la había roto Declan.

Cuando se abalanzó sobre mí, me giré sobre el estómago y repté hacia el cabecero, pero me cogió el tobillo para tirar de mí. Me dio la vuelta y me cubrió la boca así como casi toda la nariz con la mano.

—Siempre has sido difícil de manejar.

Luché, y me agarró con más fuerza, apretando la mano sobre mi boca con tanta presión como para que notara el sabor a sangre.

Se rio, un sonido entrecortado y jadeante.

—No te muestres tan sorprendida de verme. Después de todo, has enviado a tu madre y a su novio a chantajear a mi padre. ¿De verdad creías que iba a permitirlo? —Se le puso roja la nariz. La ira hacía que sus ojos fueran más brillantes cuando acercó la nariz a la mía—. Deberías haberme devuelto el mensaje, haber hablado conmigo, pero no lo has hecho, y ahora tenemos que hablar en persona.

Que Dios me ayudara... Apenas podía respirar. No de verdad. Podía aspirar pocas cantidades de aire que luego soltaba por la nariz. Unas manchas oscuras bailaron ante mis ojos, y empecé a arañarle las manos, clavándole las uñas para intentar quitármelo de encima, pero él se rio y me dio un codazo en las costillas.

«Ufff...».

La habitación empezó a dar vueltas.

Iba a matarme. Allí mismo, en la cama. Iba a terminar lo que había comenzado dos años antes. Me ardían los pulmones, parecían a punto de explotar. Me dolía todo por la falta de aire. ¡Que Dios me ayudara! Que viniera alguien.

Gimoteé y le di una patada, tratando de alcanzarle la garganta, los hombros, las piernas, lo que fuera... No funcionó, así que intenté quitármelo de encima, ya que todavía podía mover las caderas.

Chasqueó la lengua y maniobró sobre la cama para sentarse a horcajadas sobre mi pecho.

—Voy a quitarte la mano de la boca para que puedas respirar, pero si gritas, te rebano el cuello aquí mismo, ¿entendido?

Asentí, a punto de desvanecerme; la adrenalina era lo único que me mantenía consciente.

Separó la mano poco a poco hasta que por fin tuve más aire. Abrí la boca y aspiré el oxígeno fresco, llenándome los pulmones.

«¡Sí, aire, aire, aire!».

Me empujó la barbilla para cerrarme la boca y me pegó un trozo de cinta

adhesiva mientras me aprisionaba las muñecas con la otra mano.

Gruñí, incapaz de moverme. Se me humedecieron los ojos. La muerte planeaba sobre mí.

«¡No te rindas! —me gritó mi yo más valiente—. Lo conseguiste una vez. Volverás a hacerlo».

Me moví y usé los codos como Declan me había enseñado, golpeándolo en la nariz. Gritó de dolor y se abalanzó sobre mí con más fuerza, clavándome en la cama con la rodilla. Buscó en el bolsillo y sacó una corbata con la que me ató las muñecas. El sudor caía desde su rostro a mis ojos, lo que hizo que me encogiera.

Aspiré el aire por la nariz, imaginando la imagen que presentaba: las muñecas atadas, una cinta adhesiva en la boca y tendida en la cama. Recuerdos de otra cama inundaron mi mente, cosas que no quería revivir.

Después de enderezarse, empezó a pasear por la habitación al tiempo que movía el cuello para relajarse.

Se pasó una mano temblorosa por la boca.

—Elizabeth, tenía planes. Joder, planes para darme a la buena vida, y luego vas y llamas a mi padre y a su secretaria para contarles mentiras sobre nosotros. Eres una zorra, quieres convencer a todo el mundo de que te violé. —Soltó una carcajada. Era extraño y desagradable.

Abrió los ojos de par en par; los tenía inyectados en sangre, como si se hubiera metido algo.

«¿Está drogado?».

Se cruzó de brazos.

—Mi padre me ha llamado para echarme la bronca y me ha hecho un montón de preguntas sobre ti. Ya estaba enfadado por haber conseguido que me echaran de la universidad de Nueva York, y me ha dicho que lo arregle. Es posible que quiera que te recompense, pero, verás, en realidad creo que su intención es que me asegure de que tu historia no llegue a los periódicos ni a la policía.

«¡No!».

Negué con la cabeza, moviéndola con rapidez de un lado a otro. Le supliqué con los ojos.

«Por favor. Mi madre y Karl ya se han rendido —quise gritarle—. Se ha terminado. ¡Del todo!».

Se pasó la lengua por los labios y clavó en mí sus ojos hambrientos.

—¿Sabes? Recuerdo perfectamente esa noche en el hotel. ¿Tú no? —Bajó la vista a las cicatrices que tenía en las muñecas—. Oí hablar de eso. Realmente te dejé jodida, ¿verdad? —Levantó la mirada a la mía—. Esa mierda te hace sentir poderoso, no sabes lo de puta madre que se siente uno cuando hace que alguien quiera matarse.

Me quedé helada.

Se le nublaron los ojos como si estuviera reviviendo un recuerdo.

—Te bebiste el vodka como si fuera agua, y cuando te puse esa Molly en los labios, la lamiste como un gatito en busca de leche. —Se sentó en la cama y pasó los dedos distraídamente por la colcha de mi abuela—. Supongo que quería tenerte. Llevabas semanas negándote a acostarte conmigo, y eres el tipo de chica que quiere compromisos. Me harté de bailarte el agua. Te deseaba y, finalmente, te poseí. ¿Verdad?

Esta vez iba a matarme. Se había tomado algo. Lo sabía por la forma en la que le resbalaba la saliva por la boca.

Cerré los ojos, luchando por mantener a raya la histeria.

Luchando para evitar que mi imaginación se desbordara.

Gemí cuando una imagen de Declan inundó mi mente: sus anchos hombros, sus cálidos ojos grises, aquella boca sensual que no volvería a saborear. Me imaginé el futuro, teniendo hijos —gemelos— juntos mientras yo trabajaba en mis joyas y él se ganaba la vida en el gimnasio, participando en el UFC. Dax llegando algunos días para cenar... Riéndonos.

Todo muy sencillo y fácil.

Amor verdadero. Amor del bueno.

Colby me atrapó con su mirada antes de continuar hablando.

—Lo cierto es que la noche del baile de graduación todo se descontroló un poco. No quería lastimarte ni golpearte, pero me dejé llevar por el fragor del momento. Estabas tan indefensa... Me gustó, ¿entiendes? —Me apretó las mejillas con brusquedad. Lo vi lamerse los labios—. Era brutal. Me encantó hacerte daño.

Cerré los ojos.

—¡No hagas eso! —ladró—. Todavía quiero decirte más cosas.

Abrí los párpados y lo vi arrodillarse en la cama, con los ojos llenos de ira.

—He venido para deshacerme de ti, pero toda esta charla sobre el baile de graduación... —se rio con amargura—, bueno, me ha emocionado, cariño. Así que antes... —Me cogió las manos y las apretó contra su entrepierna—. ¿Ves cómo se me ha puesto la polla?

DECLAN

Mi padre me dejó en el aparcamiento poco después de medianoche. Cuando nos despedimos, sentí algo nuevo entre nosotros. ¿Respeto, quizá? No lo sabía... Habíamos pasado las últimas horas en un restaurante especializado en carne, analizando los detalles del enorme préstamo que me iba a hacer. Había tenido que tragarme parte de mi orgullo para pedírselo, pero valía la pena por tener un futuro con Elizabeth. Quizá ella acabara aceptando los combates ilegales en los que participaba, pero no quería añadir ninguna preocupación a nuestra relación. La realidad me había caído encima como una tonelada de ladrillos la noche anterior, cuando la sostuve entre mis brazos. El de Yeti no sería el último combate ilegal, y jamás tendría suficiente dinero para el gimnasio. Aunque a mi padre le había dado a elegir: o me daba el préstamo o yo seguía luchando. Al principio se puso furioso, sobre todo porque no sabía nada de las peleas, pero al final accedió a prestarme lo que necesitaba.

Subí los escalones hacia las escaleras y miré el teléfono en busca de algún mensaje de texto de Elizabeth. Me había enviado algunos, el último alrededor de las once.

¿Debía dejarla dormir y hablar con ella por la mañana?

Me detuve frente a su puerta y llamé, pero no obtuve respuesta. Volví a llamar. Tenía el coche en el aparcamiento.

«¿No quiere hablar conmigo?».

«¿Está cansada después de la noche de ayer?».

Fui hacia mi apartamento y abrí la puerta. Justo cuando lo hacía, me di cuenta de que algo me escamaba. Di un paso atrás, volviendo al rellano con una sensación que hacía sonar todas mis alarmas internas.

Escudriñé el aparcamiento. Parecía en orden.

Pero entonces...

Clavé los ojos en el *diner* de Minnie's, al otro lado de la calle. Aparcado en

la parte de atrás había un deportivo. Sus elegantes y potentes líneas eran visibles incluso en la oscuridad. ¿Un Porsche?

¿Qué cojones pasaba...?

DECLAN

¡Bang!

Estrellé el hombro contra la puerta y la madera, de poca calidad, se astilló. Metí la mano por el agujero y giré el pomo. No sé por qué no había entrado corriendo en mi casa para saltar por el balcón... Pero eso me había parecido más rápido.

Vi luz por debajo de la puerta de su habitación y fui hacia allí. También estaba cerrada con llave. ¡Mierda!

Le di una patada y entré, dispuesto a matar a quien fuera que estuviera allí.

Pero la imagen que apareció ante mis ojos hizo que me detuviera: era la peor pesadilla que pudiera imaginar.

Colby estaba detrás de Elizabeth, a la que había atado y amordazado antes de sentarla sobre sus rodillas, y la amenazaba con un cuchillo en la garganta.

—No des un paso más —me advirtió, apretando el filo hasta que apareció una gota de sangre que se deslizó hacia abajo.

Me detuve y levanté las manos.

—Vale, vale... No le hagas daño y todo irá bien.

Lo vi respirar hondo antes de clavar en mí aquellos ojos fríos.

—¿Ah, sí? ¿Y tú me lo harás a mí? —Le apretó los hombros con más fuerza, y ella abrió los ojos como platos.

—No tienes otra salida —dije en voz baja, alejándome de él mientras me inclinaba hacia el tocador.

Gruñó.

—Yo sí. ¿Acaso crees que puedes tocarme? ¿Es que no sabes quién soy?

Asentí moviendo la cabeza. Oh, sabía exactamente quién era. Había hecho daño a mi Elizabeth.

La miré.

—Todo va a ir bien, cariño. Lo tengo todo controlado, ¿vale? Jamás dejaré que te pase nada malo, ¿entiendes?

Ella asintió.

—¡Cállate! ¡Deja de hablar! —gritó Colby. Sostuvo el cuchillo con los nudillos blancos contra el cuello de Elizabeth mientras la levantaba y la obligaba a caminar hacia el cuarto de baño. La empujó dentro y ella cayó al suelo—. Quédate ahí dentro hasta que sepa qué hacer con los dos. —Dio un portazo y se acercó a mí, con la cara deformada por la furia. Luego me miró con cautela, estudiando mi cuerpo.

Simulé ser más pequeño, acurrucado contra la pared, esperándolo. Él estaba obligado a hacer un movimiento con la navaja, y yo tenía que estar preparado para rechazarlo.

El sonido de las sirenas rompió el silencio.

Su mirada salvaje vagó por la habitación, como si buscara el origen del sonido, y luego se concentró en mí.

—Has llamado a la policía. —Apretó el cuchillo con más fuerza.

Negué con la cabeza.

—Es una ciudad universitaria. La poli hace patrullas cada dos por tres. Puedes marcharte y aquí no ha pasado nada. No quiero hacerte daño.

¡Dios!, quería matarlo.

«Voy a matarlo».

El sonido de las sirenas se hizo más fuerte, y él hizo una pausa para señalar el balcón con la cabeza. Por la ventana entraba un destello de luces azules cuando me miró con los ojos llenos de furia.

Me lancé hacia él, evitando el cuchillo con la mano.

Caímos al suelo en una maraña de extremidades mientras la navaja se deslizaba hacia un lado.

Volaron los puños, principalmente los míos, pero logró propinarme algunos golpes en los moratones de la pelea y me estremecí cuando las oleadas de dolor me recorrieron.

Seguí peleando, alternando puñetazos y golpes con las palmas de las manos

abiertas.

Aunque él hubiera sido un luchador muy hábil, lleno de adrenalina, yo era el puto amo.

E iba a matarlo.

Concentré los golpes en su sien. En la cara, en las costillas y en el hígado.

Se le descolgó la cabeza como a una muñeca rota. Cerró los ojos.

Lo había noqueado.

Solté el aire; el sonido de Elizabeth golpeando la puerta del cuarto de baño era lo único que oía.

Me sequé la cara al notar un hilo de sangre. No quería asustarla más de lo que ya estaría. Me levanté y busqué algo para atar a Colby antes de dejar salir a Elizabeth.

Sentí un dolor candente en la pierna. ¿Colby había llegado a... coger el cuchillo y me lo había clavado en el muslo?

Rugí lleno de rabia. La habitación dio vueltas a mi alrededor cuando me giré y me lancé encima de él. Le di un puñetazo en la cara, y otro en la ingle.

Oh, sí, me encantó el sonido que emitió cuando lo recibió.

En ese momento, se derrumbó la puerta del cuarto de baño y Elizabeth cayó encima, buscándome con una mirada frenética. Me reí de forma extraña. Supuse que ella también haría cualquier cosa para llegar hasta mí.

Ella, mi Elizabeth, eso era todo lo que importaba. Joder, no quería que tuviera miedo.

No podía sucederle nada. La amaba. Quería estar con ella para siempre. Quería tener hijos con ella. Quería envolverla en un capullo de amor...

Justo entonces, todo se volvió confuso. Me sentí débil. Era como si mi sangre estuviera por todas partes, manchando las paredes y el suelo.

«Mierda..., espera..., tengo que salvarla...».

Me desvanecía.

Todo se volvió negro.

ELIZABETH

Le toqué la cara. Estaba fría. Y también lo veía muy pálido.

Preocupada, me cogí el labio inferior entre los dientes y le subí la sábana del hospital, para arroparlo mejor.

Casi había muerto delante de mí. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero me las sequé cuando vi que le temblaba la mano. Ahora era momento de ser fuerte.

Se le agitaron los párpados.

Las largas pestañas negras —¡Dios!, ¿cómo no me había dado cuenta nunca de lo hermosos que eran todos sus detalles?— se elevaron, y él me miró. Parecía desorientado, pero luego noté en su mirada que comprendía dónde estaba.

—¿Sigo vivo? —Su voz sonaba áspera, como si hubiera tragado arena.

—¡Aleluya! ¡Habla! —gritó Dax desde el sillón reclinable de color verde en el que había estado durmiendo durante las últimas horas.

Una enfermera joven y guapa asomó la cabeza y miró a Declan.

—Ya está despierto —dijo sonriendo—. Estupendo. Avisaré al médico.

—Debe de querer examinar al Rey del sexo a todas horas —gruñó Dax. Luego se inclinó e inspeccionó a Declan—. Supongo que vivirás. Tienes mi suerte.

—Gilipollas —murmuró Declan—. Siempre pensando en ti.

Sonreí. Si hubiera muerto... ¡Dios! Habría querido morir con él.

Se concentró en mí.

—¿Qué ha pasado? Me desmayé... —Observé su expresión mientras lo reconstruía todo.

Asentí suavemente con la cabeza.

—Llevas aquí unas doce horas. La policía llegó justo después de que perdieras la consciencia. Arrestaron a Colby y llamaron a una ambulancia para ti. —Me humedecí los labios reseco—. Te... te alcanzó en la femoral. Si no hubiera sido por la rápida actuación del policía, que te puso un torniquete en el muslo, te habrías muerto desangrado. —Respiré hondo—. Has pasado por una operación quirúrgica de cuatro horas para reparar el vaso sanguíneo. Te han hecho una especie de injerto. Es posible que no puedas caminar sin muletas durante varias semanas.

—Entonces, viviré. —Me devoró con los ojos, recorriendo mi rostro, mis labios—. ¿Cómo estás? ¿Te hizo daño?

Negué con la cabeza.

—Solo lo que viste. Le he contado a la policía todo lo que pasó.

—¿Todo?

Le cogí la mano y se la apreté.

—Sí. Lo han arrestado, pero su padre ya ha hecho una declaración en televisión. Ha dicho que sabe que Colby es inocente, por lo que podemos encontrarnos ante un camino lleno de baches.

—Una mierda... —En ese momento, Winston Blay entró en la habitación, con el traje arrugado porque había estado despierto toda la noche con Dax y conmigo. Habíamos hablado mucho durante las últimas horas, y les había contado todo con respecto a Colby y lo que me había hecho. Se había mostrado muy comprensivo, y habíamos forjado un vínculo mientras esperábamos a que Declan saliera de la operación. Me había dicho lo feliz que le había hecho que Declan acudiera a él en busca de dinero en lugar de continuar con las peleas ilegales. Al final, creo que lo único que quería era que Declan encontrara la felicidad—. Puede que su padre sea senador, pero yo soy embajador, y ningún chico malo del sur va a tratar de matar a mi hijo pensando que se va a salir con la suya.

Dax cerró el puño.

—Bien dicho.

Me incliné hacia Declan.

—Tu padre lleva toda la mañana hablando por teléfono, consultando con abogados y otros peces gordos. También se ha portado muy bien conmigo. Ha hecho que vayan a buscar a mi madre y a Karl a Petal, y ahora están en la

comisaría local, haciendo una declaración sobre cómo trataron de chantajear a los Scott.

Eso pareció satisfacer a Declan.

—Dios... —dijo mirándome—, tenía tanto miedo de perderte para siempre... Creo que no hubiera sobrevivido...

Lo besé sin importarme quién estuviera mirando, pero el señor Blay y Dax salieron con discreción de la habitación. Retrocedí y apoyé la cara en su hombro.

—No, yo sí que llegué a temer que estuvieras muerto. Ni siquiera puedo pensarlo...

Declan dio una palmada en las sábanas.

—Métete en la cama conmigo.

Lo miré con precaución.

—Tienes conectados muchos cables... Puedo hacerte daño.

—No quiero follar, solo amarte. —Se sentó en la cama y se echó a un lado. Apenas había sitio para mí por lo grande que era, pero tiró de mí hasta que estuve tendida sobre él, haciéndome sentir la calidez de su cuerpo. Me pasó la mano por el pelo antes de ahuecarla sobre mi mejilla—. Cuando salga del hospital, te llevaré lejos de esta ciudad para que estemos solos. Sin pensar en el gimnasio ni en la universidad ni en nada. Quiero enseñarte algunas cosas.

—¿Cosas buenas? —bromeé.

—Quiero llevarte a Londres y enseñarte dónde crecí. Quiero visitar la tumba de mi madre contigo, y contarle que he encontrado a la chica perfecta para mí. Quiero verte comer un *shepherd's pie* bien hecho. Quizá incluso te enseñe a hacerlo.

—Yo no sé cocinar. Solo se me dan bien los fideos *ramen*.

Sonrió.

—Entonces, comeré fideos.

Pobrecito.

Me reí, medio mareada.

—Entonces es que me amas de verdad —bromeé—. Soy tuya, Declan, y haré lo posible para que seas feliz, y jamás volveré a pensar con estúpidos

remordimientos. Te prometo que me concentraré siempre en el futuro. —Pegué los labios a los suyos—. No pienso seguir juzgando mi pasado. Ya no vivo en él.

Me estudió mientras hablaba, y cuando me interrumpí, capturó mis labios con los suyos y hundió la lengua profundamente en mi boca. Me dejé llevar, sumergiéndome en su aroma, en su calidez, en su tamaño. Me besó con dulce ternura, y luego con salvaje intensidad, como a mí me gustaba.

Me aparté para tomar aire.

—Eres tú, siempre tú, mi señor Darcy.

—Yo también te amo, Elizabeth Bennet.

Nos acurrucamos en una maraña de piernas y brazos mientras el sol se asomaba por el horizonte. Dos años atrás, había prometido que no volvería a amar mientras miraba otro amanecer, pero esto era diferente.

Eso era el comienzo de mi vida.

Lo había sabido desde el momento en el que lo vi en la fiesta de la fraternidad, esa experiencia digna de una película en la que a veces percibimos un cambio en la atmósfera como si estuviera a punto de suceder algo extraordinario. Lo había sabido. Incluso parapetada detrás de mis reglas. Tendríamos problemas, como todo el mundo, como todas las parejas. El amor no es nunca perfecto; de hecho, es justo lo contrario, pero estaba bien, porque eso te da espacio para crecer y explorar. Habría momentos en los que discutiríamos, pero también lo compensaríamos con un sexo fabuloso. No importaba lo que encontráramos en el camino: esto era real. Si él quería usar los puños, yo aguardaría en la esquina del *ring* y lo besaría mientras se ponía los guantes.

Y él haría lo mismo por mí.

—¿En qué estás pensando? —preguntó un rato después, mientras nos abrazábamos.

Giré la cabeza sobre la almohada para mirarlo. Había recuperado parte del color, y eso me alegraba.

—Mi mente no está quieta, solo piensa en las posibilidades que se abren ante nosotros, en nuestro futuro. Podré diseñar joyas. Y tú, dedicarte al gimnasio. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz y emocionada. Y estás en el hospital, lo que lo hace todo más raro. —Agarré las sábanas—. Siento que he pasado por unos cambios monumentales durante las últimas semanas, y te lo debo a ti. Amarte es lo mejor que me ha pasado en la vida. —Me mordí el labio

para contener las lágrimas.

Me estudió durante un rato con una mirada comprensiva.

—Esto es nuestro. Es lo que tenemos los dos. Me voy a pasar el resto de mi vida amándote. Te daré lo que quieras, unicornio. Te besaré cada noche. Te follaré y te haré el amor. Te daré hijos. Una casa. Felicidad. Mi corazón.

Sentí alegría dentro del alma.

—¿Me leerás a Jane Austen desnudo?

Se rio.

—Haré algo mejor. Te haré el amor mientras te recito todo el puto libro.

—Mmm, podría acostumbrarme a eso.

—Asegúrate antes de saber lo que quieres, amor.

Reímos y nos abrazamos mientras el sol surcaba el cielo.

EPÍLOGO

ELIZABETH

UN AÑO DESPUÉS

Me acomodé en el banco y contemplé el jardín que rodeaba una de las fuentes de Hyde Park. Busqué a Declan con la mirada, pero se había ido a buscar una botella de agua en uno de los puestos de helados que había cerca de la entrada.

Era una fría pero hermosa mañana de octubre, e íbamos a estar en Londres durante toda la semana para ponernos al día con sus amigos del colegio y familiares de su madre.

Suspiré. Había sido un año maravilloso, y más si considerábamos el infierno que habíamos pasado.

Estaba en el último curso de universidad, pero había dejado el trabajo en la librería para diseñar joyas. Myers me había ofrecido más trabajos como diseñadora *freelance*, y cuando no estaba estudiando, trabajaba con nuevas creaciones.

Blake y Shelley estaban juntos. La mayor parte del tiempo discutían mucho, y no sabía si su relación iba a funcionar, pero cruzaba los dedos.

Dax andaba como siempre, de fiesta de fraternidad en fiesta de fraternidad. Aunque ahora conocía al hombre que ocultaba bajo esa fachada. Debajo de esa chapa brillante solo había un chico que buscaba amor.

Mi madre había dejado a Karl, y la última vez que la vi, estaba con otro hombre, un batería que había conocido en un concierto.

El padre de Declan les había dado a él y a Dax como regalo de graduación varios cientos de miles de dólares, por lo que el préstamo quedaba cancelado. El señor Blay juraba que su intención había sido siempre darles ese dinero a cada uno de sus hijos cuando acabaran la universidad, y los chicos no habían discutido al respecto. El señor Blay y Declan habían firmado una especie de

tregua, y si bien no era una reconciliación total, sí podía considerarse un progreso. Las cenas en la mansión Blay acostumbraban a ser irritables y raras, pero me sentía feliz. Era otra montaña que debíamos escalar, y estábamos preparados para ello.

Era la mejor familia que había tenido.

Con respecto a Colby, estaba en la cárcel a la espera de juicio por intento de homicidio en primer grado, así como por intento de homicidio en segundo grado por la puñalada a Declan. Con la cinta adhesiva y la navaja como pruebas, iba a ser muy difícil que pudiera probar su inocencia. La secretaria del senador Scott había hablado también, revelando la trama de chantaje que habían urdido mi madre y Karl, motivo que había espoleado a Colby. La sentencia podría de ser cadena perpetua sin libertad condicional. Su padre había hecho todo lo posible por sacarlo en libertad bajo fianza, aunque no lo había conseguido, debido al riesgo de fuga.

También estaba acusado de violación, delito que no prescribe en Carolina del Norte, pero recaía sobre mí la tarea de demostrar su culpabilidad, y mis abogados tendrían dificultades para conseguir demostrarlo. Había fotografías de mí borracha en el baile de graduación, y de cómo nos habían echado de la fiesta por el estado en el que estaba. Pero había tomado la decisión de contar la historia en el juzgado, y Shelley y Blake también testificarían. No sabíamos si sería suficiente para condenarlo, pero llevaba demasiado tiempo con ese asunto y valía la pena. Declan me había dicho eso hacía mucho tiempo, y ahora lo creía.

Declan regresó con dos botellas de agua, cruzando la hierba con sus largas piernas mientras un grupo de mujeres lo miraba con voracidad desde el otro lado de la fuente. Sin embargo, él las ignoró, con la mirada siempre clavada en la mía.

El gimnasio fue inaugurado oficialmente en febrero y ofrecimos una gran fiesta para celebrarlo en mayo. Estábamos viviendo en un apartamento que habíamos acondicionado en la parte de atrás. Aunque era pequeño, por ahora nos llegaba de sobra.

Me sonrió mientras se sentaba a mi lado y me cogía la mano. Habíamos ido allí cada tarde para admirar las flores y observar a la gente.

En ese momento, un aleteo sobrevoló el banco y se posó a nuestro lado. Era una libélula.

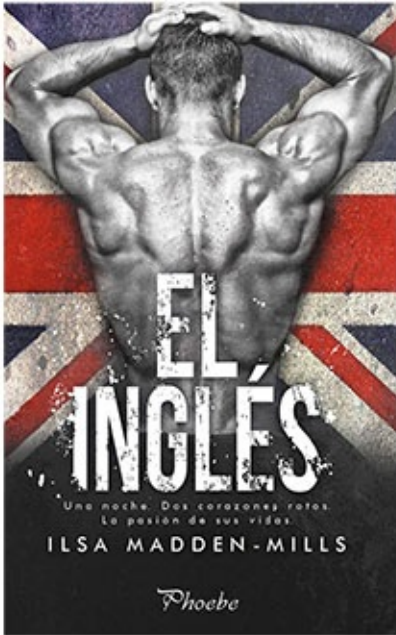
Solté un gritito ahogado y le di un codazo a Declan, pero ya la había visto.

—Sabe que te encontré —murmuró, envolviéndome entre sus brazos.

Observamos al objeto azul mientras revoloteaba a nuestro alrededor, moviéndose de un lado a otro durante un buen rato, hasta que por fin se alejó volando...

CONTENIDO EXTRA

SINOPSIS DE *CORAZONES QUE SE ENCUENTRAN*



Un luchador con cicatrices.
Una chica con normas.
Una pasión desenfrenada.

Hay tres cosas muy evidentes sobre Elizabeth Bennet: es muy inteligente, siempre mantiene el control y su vida está basada en un conjunto de normas cuidadosamente elaborado. Ha aprendido de la manera más difícil que la gente a la que ama siempre acaba haciéndole daño. Pero entonces aparece Declan Blay, el nuevo vecino de su bloque de apartamentos.

Declan es británico, experto en artes marciales y el chico malo del campus al que se supone que Elizabeth debe evitar, pero cuando lo conoce en una fiesta universitaria, todas las reglas que ella tiene sobre el sexo y el amor se desvanecen.

Después de pasar una noche de pasión desenfrenada, él anhela algo más: tras la delgada pared que separa sus dormitorios, Declan sueña con que la vulnerable chica de al lado sea suya para siempre.

Una moderna historia de amor inspirada en *Orgullo y prejuicio*

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

ILSA MADDEN-MILLS Los libros de Ilsa Madden-Mills han aparecido periódicamente en las listas de novelas más vendidas de *The Wall Street Journal*, de *The New York Times* y de *USA Today*. Le gusta que sus heroínas sean fuertes y sus héroes, hombres poderosos y atractivos que muchas veces solo merecen un buen bofetón. Es conocida por sus melodramáticos y divertidos romances del género *New Adult* que transcurren en el ámbito universitario.

Como exprofesora de inglés y bibliotecaria de un instituto, adora todo lo relativo a *Orgullo y prejuicio*, y el señor Darcy es su protagonista ideal.

Ama los unicornios, el café con espuma y las *Crónicas vampíricas*, así como cualquier libro en el que las mujeres manejen la espada.

www.ilsamaddenmills.com



FB: [@authorilsamaddenmills](https://www.facebook.com/authorilsamaddenmills)



TW: [@ilsamaddenmills](https://twitter.com/ilsamaddenmills)



IG: [ilsamaddenmills](https://www.instagram.com/ilsamaddenmills)



FANPICS

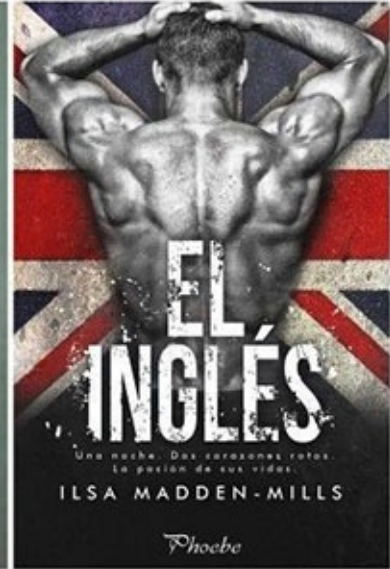
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)

live
your
dream.



FANPICS

(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS

(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS

(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)

